

EARL DERR BIGGERS

# TRAS DE ESA CORTINA



**Una aventura de  
Charlie Chan**

**Lectulandia**

Un famoso detective inglés retirado, que viaja siguiendo la pista de un crimen cometido hace quince años y que quedó impune, es asesinado en San Francisco, ya a punto de descubrir la clave esencial, por una mujer, desaparecida poco después en extrañas circunstancias. Entra en escena, por azar, Charlie Chan, que demuestra al iracundo capitán Flannery que no siempre es imprudente escuchar a un chino. De entre cuatro o cinco sospechosos, él identifica a Eva Durand y da caza, después de paciente espera, al autor del crimen de hace quince años y al autor del crimen de ahora.

**Lectulandia**

Earl Derr Biggers

**Tras de esa cortina**

**Charlie Chan - 03**

ePub r1.0

Titivillus 05.12.16

Título original: *Behind That Curtain*  
Earl Derr Biggers, 1928  
Traducción: Javier Bueno  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO I

## *El hombre de Scotland Yard*

Bill Rankin estaba inmóvil sentado ante su máquina de escribir, buscando un principio para la interviú que iba a hacer. Una sombra negra, veloz como el rayo, le pasó por junto al codo y se concretó en una suave sacudida sobre el pupitre. A Bill le saltó el corazón dentro del pecho y se le subió a la garganta hasta casi ahogarle.

Pero se trataba sencillamente de *Egbert*, el gato de la redacción. ¡Qué aburrido está todo esto!, parece que pensó el gato. ¿Y si jugáramos un poco? Rankin se quedó mirando al gato con profundo descontento. Es absurdo que un gato le alarme a uno pero cuando se ha estado hablando con un gran hombre más de una hora y el tema de la conversación ha sido el asesinato, se tiene cierta predisposición al sobresalto.

Agarró a *Egbert* y lo arrojó al suelo.

—¡Fuera! —le dijo— ¡El susto que me has dado!... ¿No ves que estoy ocupado?

Ofendido en su dignidad, *Egbert* se retiró pausadamente a través del desierto de máquinas de escribir y sillas desocupadas. Bill le vio, por fin, desaparecer por la puerta que comunicaba con el *hall*. Eran las cinco y media. Los diez pisos de debajo estaban en pleno bullicio de gentes que abandonaban la tarea, pero en la sucursal de *El Globo*, en la City, reinaba momentáneamente la quietud. De las luces con pantalla verde que había en el salón sólo la que pendía sobre Rankin estaba encendida y lanzaba una tétrica claridad sobre la hoja de papel blanco que había en la máquina. Detrás, en su garita, hallábase sentado el director de *El Globo*, de la City, que era, aparte de Rankin, el único ser humano visible. Y si hemos de creer a los jóvenes que trabajaban a sus órdenes, no podía decirse propiamente que fuera un ser humano.

Bill Rankin volvió a su interviú. Breves momentos quedó incubando sus ideas y en seguida sus dedos largos y ágiles buscaron las teclas. Escribió:

«Las alas del genio y los milagros de la ciencia, que ponen en claro la mayor parte de los crímenes en las novelas policíacas, no entran para nada en la labor efectiva de los detectives. Esta es la opinión de Frederic Bruce, ex jefe del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard.

*Sir* Frederic, que en el curso de su excursión alrededor del mundo ha llegado a San Francisco, donde se detendrá un par de semanas, tiene la

autoridad necesaria para dar una opinión técnica. Ha estado durante cerca de diecisiete años al frente de la más famosa organización de Policía que existe y aunque en la actualidad está retirado, su interés por la labor detectivesca no ha decaído. *Sir Frederic* es un hombre corpulento, de ojos grises, que miran afablemente, pero que a veces tienen destellos acerados que ponen nervioso al repórter. Si fuéramos los autores del asesinato del anciano conde de Featherstonehaugg, muerto sobre su extraña alfombra persa, no nos gustaría que estuviera sobre nuestra pista *sir Frederic*. El gran detective es este tipo de escocés, para quien no existe la derrota. No abandonaría jamás el rastro.

—Leo muchas novelas policíacas —dice *sir Frederic*—. Me divierten; pero por lo general un detective no aprende nada en ellas. Exceptuando el sistema de huellas dactilares y el trabajo de los laboratorios químicos para revelar la naturaleza de las manchas, las investigaciones científicas han ayudado muy poco en el descubrimiento de crímenes. Los misterios del asesinato y otros difíciles casos de crimen los descubren la inteligencia, el rudo trabajo y la suerte, con escasísima ayuda de esos delicados medios científicos a que son tan aficionados los autores de...».

De repente Bill Rankin dejó de escribir y se enderezó en su incómoda silla. Lo que estaba trasladando al papel era un círculo de ideas que le era familiar; las había oído antes y recientemente. Idénticas opiniones expresadas, no en el pulido inglés de *sir Frederic*, sino en un idioma completamente distinto... ¡Ah, sí! Sonrió al recuerdo del hombrecillo bajo y rechoncho, al que había entrevistado hacía tres días en el *hall* del Hotel Stewart.

El repórter se levantó, encendió un cigarrillo y empezó a pasear arriba y abajo. Dijo en voz alta: «Desde luego... Y no se me ocurrió. Y lo tenía delante de las narices. Me parece que estoy perdiendo aptitudes». Miró con ansiedad al reloj, tiró el cigarrillo y volvió a sentarse. Completando la frase que había dejado a la mitad, siguió:

«Preguntamos a *sir Frederic* cuál era el trabajo detectivesco más importante de que tuviera noticia.

—No puedo contestar a esto a causa de la parte principal que en ello tiene la casualidad —contestó—. Como ya he dicho, la mayor parte de los crímenes son descubiertos en proporciones variables por el trabajo tenaz, la inteligencia y la suerte, y aunque me sea sensible tengo que confesar que de estos tres factores, la suerte es el más importante.

No obstante, el trabajo metódico y tenaz ha dado buenos resultados en muchos casos. Por ejemplo, gracias a él se desentrañó el famoso misterio de Crippen. La primera sospecha de que allí había ocurrido algo extraño la tuvimos cuando supimos que la cajera de un *music-hall*...».

Bill Rankin escribía ahora con la mayor rapidez porque estaba ansioso de terminar. Lo que estaba haciendo había relegado para él a segundo término. En la cabeza le daba vueltas un tema mejor. Volaban sus dedos sobre el teclado; cuando, a separados intervalos, se detenía era para echar al reloj una interrogadora ojeada.

Quitó de la máquina la última hoja y corrió a la garita del director, el cual le preguntó:

—¿Qué es esto?

—La entrevisté con *sir* Frederic Bruce —le recordó Bill.

—Le encontró usted, ¿eh?

—Le encontramos todos. Tenía el cuarto lleno de periodistas.

—¿Dónde estaba?

—Para en la casa de Barry Kirk. Kirk conoció a su hijo en Londres. Estuve recorriendo todos los hoteles hasta deshacerme los pies.

El director sonrió con desdén:

—Están ustedes tontos. No hay inglés que pare en un hotel como pueda encontrar cama y mesa en casa de alguien. Debía usted haber leído los bastantes autores británicos para saberlo.

—La entrevisté la traen todos los periódicos, de fijo. Pero cuando estaba escribiendo se me ocurrió una idea. Si encuentro otra vez a *sir* Frederic se llevan el pisotón. Voy a volver allá a ver.

—¿Una idea? —el director frunció el entrecejo—. Ya me hará el favor de avisarme si mete alguna novedad interesante y periodística en medio de su literatura. Porque yo lo que quiero es hacer un periódico, y de ustedes no saco más que una avalancha de ensayos preciosos.

—¡Ah! Esta idea, es una buena idea —protestó Rankin—. Me voy corriendo...

—Un momento. Yo no soy más que su director, desde luego, y no tengo la pretensión de entrar en sus planes de usted...

Rankin se echó a reír. Se trataba de un hombre de privilegiada capacidad.

—Lo siento mucho; pero no puedo detenerme a contarle ahora. A lo mejor entre tanto se me atraviesa otro.

—Bien, bien; vaya. Andando a casa de Kirk. Y que no se le acabe a usted allí este súbito ataque de energía.

—Desde luego que no —afirmó el repórter—. Claro que necesitaré comer...

—Yo no como nunca —gruñó su complaciente director.

Bill Rankin atravesó la redacción. Sus compañeros volvían de sus informaciones y el local empezaba a animarse.

Ya en la calle permaneció Rankin un momento indeciso. La casa de Kirk no estaba lejos, podía ir andando, pero el tiempo era precioso. Supongamos que llegaba en el momento en que *sir* Frederic estaba vistiéndose para comer. Para un inglés tan famoso y correcto como aquél, el acto sería un rito sagrado imposible de ser interrumpido por periodistas jadeantes. No; tenía que encontrar a *sir* Frederic antes de

que el detective se pusiera la botonadura de perlas negras. Paró un taxi y le dio las señas de la casa de Kirk, en California Street.

Atravesó el vehículo Market Street, el distrito financiero de San Francisco, y se detuvo en un edificio de veinte pisos dedicados a oficinas. Rankin descendió.

La casa de Kirk era perfecta desde el punto de vista arquitectónico, y respondía a aquel gusto excelente que había distinguido a la familia desde que el primer Dawson Kirk había hecho sus millones y se había abierto camino. Constituía ahora la distracción del joven Barry Kirk, que alojaba su esplendorosa soltería en el espacioso, pero fresco, ático. El portal blanco era immaculado; las chicas de los ascensores, peripuestas y guapas, con sus lindos uniformes; el encargado de los ascensores, resplandeciente como un almirante de la Armada. A la sazón, terminada la febril actividad del día, las mujeres destinadas a la limpieza se arrodillaban reverentemente sobre el suelo de mármol. Funcionaba todavía un ascensor y en él se metió Bill Rankin.

—Al último —dijo a la muchacha.

Descendió en el piso veinte, el último rellano. Una escalerilla estrecha llevaba al ático de Barry Kirk y el repórter la subió de dos en dos escalones. Detúvose ante una puerta imponente y llamó. Se abrió la puerta y apareció Paradise, el mayordomo inglés de Kirk, que cortó el paso a Rankin con la solemnidad de un obispo.

—Ya estoy de vuelta —dijo jadeante Rankin.

—Ya lo veo, señor.

Las maneras del mayordomo no tenían nada de cordiales. En el curso del día había recibido a muchos periodistas, pero con reservas.

—Necesito ver inmediatamente a *sir* Frederic. ¿Está?

—*Sir* Frederic está en las oficinas del piso inferior. Creo que está ocupado, pero le anunciaré su visita...

—No, gracias; no se moleste —dijo Rankin rápidamente.

Descendió como un rayo al piso veinte y vio una puerta en la que había un cristal esmerilado con el nombre de Barry Kirk. Cuando se aproximaba abrióse de repente la puerta y salió una joven.

Rankin se detuvo. Era una joven muy guapa... Se echaba de ver, aún a la luz turbia del piso veinte. Una de esas rubias tan solicitadas, de esbelta figura, envuelta en un traje de punto verde. No alta, pero...

¿Qué era aquello? La joven iba llorando. En silencio, contenida, pero llorando evidentemente. Lágrimas no sólo de dolor, sino, por lo que Rankin juzgó, de cólera y desesperación también. Con una mirada de sorpresa al repórter atravesó apresuradamente el rellano y desapareció por una puerta que ostentaba el letrero «Calcuta Importers, Inc».

Bill Rankin entró en la oficina de Barry Kirk. Se encontró en una especie de salita de recibir, pero al fondo había una puerta abierta y el periodista entró confiado. En la segunda habitación, sentado ante un escritorio de dimensiones más que medianas,



estaba *sir* Frederic Bruce, ex jefe del Departamento de Investigación Criminal. Se volvió, con expresión de seriedad y amenaza en sus ojos grises.

—¡Ah! —dijo— ¡Es usted!

—Debo disculparme por haber venido a molestarle otra vez, *sir* Frederic — empezó Bill Rankin—; pero es el caso que... yo... ¿Puedo tomar asiento?

—Por supuesto.

El gran detective recogió con calma unos papeles.

—El caso es... —Rankin sentía que perdía aplomo. Una voz interior le decía que aquél no era el señor amable con quien había celebrado por la tarde una interviú en el piso de arriba. Ni tampoco el ilustre visitante de San Francisco, sino *sir* Frederic Bruce, de Scotland Yard, inflexible, frío y repelente—. El caso es —continuó el repórter tímidamente— que se me ha ocurrido una idea.

—¿Es posible? —(Aquellos ojos se le metían a uno en el alma).

—Lo que usted nos dijo esta tarde, *sir* Frederic... Su opinión acerca del valor de los medios científicos en el descubrimiento de los crímenes en comparación con la suerte y el trabajo tenaz... —Rankin hizo una pausa. No sabía cómo terminar la frase—. Me acordé cuando me puse a escribir que hace pocos días había yo oído, en circunstancias algo extrañas, esa misma opinión.

—¿Sí? Bueno. No tengo pretensiones de originalidad.

*Sir* Frederic guardó los papeles en un cajón.

—¡Oh, no! No he venido a quejarme de eso —sonrió Rankin, recobrando en parte su humor divertido—. En circunstancias corrientes eso no tendría nada de particular; pero es que yo oí sus ideas de usted de labios de un hombre algo extraño, *sir* Frederic. Un humilde trabajador del mismo campo de usted, un detective que ha formado sus teorías muy lejos de Scotland Yard. Se las he oído al sargento-detective Charlie Chan, de la Policía de Honolulu.

*Sir* Frederic alzó las pobladas cejas.

—¿Sí? Pues celebro el buen criterio del sargento Chan... quien quiera que sea.

—Chan es un detective que ha hecho en las islas trabajos de bastante mérito. Por casualidad, está ahora, en San Francisco, de vuelta a su casa. Vino al continente con una misión sencilla, que se convirtió en un caso verdaderamente interesante, en el que creo que se ha conducido con acierto. A primera vista no es muy atrayente, pero...

*Sir* Frederic interrumpió:

—Un chino, supongo.

—Sí, señor.

El gran hombre movió la cabeza.

—¿Y por qué no? Los chinos deben ser buenos detectives. La paciencia de Oriente, ya sabe usted.

—Precisamente —convino Bill Rankin— la tiene. Y modestia...

*Sir* Frederic movió la cabeza negativamente:

—La modestia ya no es un don muy valioso. Confianza en sí mismo, fe en uno

mismo; eso es lo que ayuda. ¿De modo que el sargento Chan es modesto?

—¿Que si lo es? «La caída hiere menos a aquel que vuela bajo», fue lo que me dijo. Y él vuela tan bajo que roza el suelo.

*Sir Frederic* se levantó y fue hacia la ventana. Miró la cascada de luces lanzadas como un puñado de estrellas, sobre la ciudad en crepúsculo. Por un momento guardó silencio. Luego se volvió al repórter.

—Un detective modesto —dijo con una sonrisa fría—. De todos modos, no deja de ser una novedad. Me gustaría conocer a ese sargento Chan.

Bill Rankin respiró con alivio. Después de todo su tarea resultaba fácil hasta lo increíble.

—A indicar eso es precisamente a lo que he venido —dijo animadamente—. Me gustaría presenciar una entrevista de usted y Charlie Chan; oírles a ustedes hablar de sus métodos y experiencias. Sería una conversación magnífica. No sé si querrá usted hacernos el gran honor de acompañarnos mañana a almorzar a míster Chan y a mí...

El ex jefe del Departamento de Investigación Criminal dudó.

—Muy agradecido. Pero estoy en poder de míster Kirk, hasta cierto punto. Mañana por la noche da una comida y creo que también proyecta algo para el almuerzo de mañana. Aunque tendría mucho gusto en aceptar, desde luego, tengo que consultar con míster Kirk.

—Pues vamos a buscarle. ¿Dónde está? —Bill Rankin era todo actividad.

—Creo que estará arriba.

*Sir Frederic* se volvió, y cerrando la puerta de una caja de caudales que había empotrada en la pared, hizo girar el pestillo.

—Lo ha hecho usted exactamente igual que un hombre de negocios americano, *Sir Frederic* —dijo Rankin sonriendo.

El detective asintió con la cabeza.

—Míster Kirk me ha permitido amablemente que utilice su despacho en tanto que soy su huésped.

—¡Vaya! Entonces es que su excursión de usted no es puramente un viaje de placer —dijo Bill Rankin rápidamente.

Los ojos grises adquirieron expresión de dureza.

—En absoluto: un viaje de placer. Pero existen determinados asuntos... Cosas privadas... Estoy escribiendo mis «Memorias».

—Claro, claro; desde luego —se disculpó el repórter.

Se abrió la puerta y entró una de las mujeres de la limpieza. *Sir Frederic* se dirigió a ella:

—Buenas noches. Ya sabe usted que no hay que tocar para nada ningún papel que quede sobre este escritorio o en el interior de él.

—Sí, señor —contestó la mujer.

—Bien. Ahora, míster... míster...

—Rankin, *sir Frederic*.

—Es verdad. En esta habitación trasera hay una escalera que conduce al ático. Si quiere usted venir conmigo...

Entraron en la tercera y última habitación de la oficina, Bill siguiendo a la enorme figura del inglés. La escalera terminaba en un pasillo oscuro del piso superior. *Sir* Frederic empujó una puerta próxima y el lugar se inundó de luz. Bill Rankin penetró en la espaciosa sala del ático. En la habitación se hallaba solo Paradise, que recibió al repórter con frío desdén. Barry Kirk debía de estar vistiéndose para comer y el mayordomo temía informarle de la inconveniente presencia del periodista.

Se presentó Kirk en mangas de camisa y con los extremos de una corbata blanca colgándole a los lados del cuello. Era un hombre joven, esbelto, bien parecido, de cerca de treinta años, cuyas maneras decían sofisticación y decían la verdad. Porque había recorrido todos los rincones del planeta en busca de algo que pudiera comprar en cada sitio la fortuna de los Kirk y la vida ya no guardaba para él ninguna sorpresa.

—Muy bien. Míster Rankin, de *El Globo* —dijo en tono de broma—. Y ¿en qué puedo servirle?

Paradise acudió solícito a hacer su oficio en cuanto a la corbata, y por encima del hombro del servidor explicó Bill Rankin el objeto de su visita. Kirk asintió.

—¡Una gran idea! —añadió—. Precisamente yo tengo muchos amigos en Honolulu, y he oído hablar de Charlie Chan. Me gustaría conocerle yo también.

—Tendremos mucho gusto en que usted nos acompañe —dijo el repórter.

—No es posible. Vengan ustedes a acompañarme a mí.

—Pero... la idea del almuerzo es mía... —empezó a decir Rankin algo confuso.

Kirk agitó la mano con el airoso movimiento del rico que se encuentra en tal situación.

—Mi querido amigo; yo he dispuesto ya el almuerzo para mañana. Me escribió un muchacho que está en la Fiscalía del distrito; se interesa mucho por la criminología y quiere conocer a *sir* Frederic. Ya le expliqué a *sir* Frederic que no era posible desatenderle. En estos tiempos no sabe uno nunca cuándo va a necesitar de un amigo en la Fiscalía del distrito.

—¿Teniente fiscal? —preguntó Rankin.

—Sí. Un muchacho que se llama Morrow; J. V. Morrow. ¿Le conoce usted acaso? Rankin afirmó con la cabeza.

—Le conozco —dijo.

—Pues éste es el plan —añadió Kirk—. Mañana a la una tenemos que ir a ver a ese chico en St. Francis. El asunto del día será asesinato y seguramente su amigo de Honolulu tendrá la gran ocasión. Busque usted a Chan y vaya a reunirse con nosotros.

—Muy agradecido —dijo Rankin—. Es usted muy amable. Iremos. Y no le molesto más.

Acudió Paradise con alegre diligencia a despedirle. En el rellano del piso veinte se encontró a su rival de siempre: Gleason, del *Heraldo*. Chascó la lengua con deleite.

—Vuélvete —le dijo—. Llegas tarde. Se me ha ocurrido a mí primero.

—¿Se te ha ocurrido qué? —preguntó Gleason, fingiendo inocencia.

—Voy a juntar a *sir* Frederic y a Charlie Chan, y la idea está patentada. Ya puedes largarte.

Míster Gleason se volvió cabizbajo y acompañó a Bill Rankin al ascensor. Mientras lo esperaban, la joven vestida de verde salió de las oficinas de los Calcuta Importers y se les unió. Bajaron juntos. Las lágrimas de la joven habían desaparecido, y, venturosamente, no le habían dejado huella en el rostro. Ojos azules eran el complemento del cuadro. Delicioso cuadro. Míster Gleason mostró también señales de interés.

Ya en la calle dijo Gleason:

—Se me ocurrió cuando estaba comiendo —dijo agriamente.

—Conmigo llegas tarde —respondió Rankin—. ¿Acabaste de comer?

—Sí, por mi mala sombra. En fin, ojalá saques una información nunca vista.

—Gracias, amigo.

—Y ojalá no puedas publicar ni un renglón de ella.

Rankin no contestó a su amigo, que desapareció en la oscuridad. Acechaba a la joven vestida de verde que subía por California Street. ¿Por qué habría salido llorando de la entrevista con *sir* Frederic Bruce? ¿Qué le habría dicho *sir* Frederic? Podía preguntar a *sir* Frederic mañana. Se echó a reír alegremente. Se imaginaba a sí mismo —a otro cualquiera— metiendo furtivamente las narices en los asuntos particulares de *sir* Frederic Bruce.

## CAPÍTULO II

### *¿Qué le sucedió a Eva Durand?*

El siguiente día, a la una, estaba *sir* Frederic Bruce en el vestíbulo del St. Francis, impecable figura vestida con un traje de mezclilla. Al lado suyo, tan immaculado como su huésped, Barry Kirk, que contemplaba el espectáculo de actividad con la divertida tolerancia que corresponde a un joven ocioso y sin preocupaciones. Kirk se colgó del brazo el bastón y sacó una carta del bolsillo.

—A propósito —dijo—; recibí esta nota de J. V. Morrow en el correo de la mañana. Me agradece muy amablemente la invitación y me dice que le reconoceré cuando aparezca en que llevará un sombrero verde. Me figuro que es un sombrero de esos de terciopelo verde. Lo que yo me pondría en la cabeza si fuera teniente fiscal de un distrito.

*Sir* Frederic no contestó. Miraba en aquel momento como atravesaba el vestíbulo dirigiéndose hacia ellos Bill Rankin. Al lado del repórter iba, con paso sorprendentemente ligero, un hombrecillo pequeño e insignificante, rodeada la cintura por una banda, y muy grave su cara redonda.

—Ya estamos aquí —dijo Rankin—, *sir* Frederic Bruce: tengo el honor de presentarle al sargento-detective Chan, de la Policía de Honolulu.

Charlie Chan hizo una rápida y profunda reverencia.

—El honor que con ello recibo —dijo— es incalculable, inmenso. Me considero dichoso de templar mi insignificancia en los resplandores de la gloria de *sir* Frederic. El tigre se ha dignado fijarse en la mosca.

Un poco azorado el inglés se acarició el bigote y sonrió al detective de Hawai. Habitado a juzgar hombres, vio en seguida algo que atrajo su atención en aquellos inquietos ojos negros.

—Mucho gusto en conocerle, sargento —dijo—. Tengo entendido que estamos de acuerdo en algunos puntos importantes. Nos entenderemos bien sin duda.

Rankin presentó a Chan al anfitrión, que saludó al chino con evidente complacencia.

—Encantado y agradecido de que haya venido usted —dijo.

—Ni un vehículo tirado por cuatro caballos hubiera sido capaz de arrastrarme en opuesta dirección —le aseguró Chan.

Kirk consultó su reloj.

—Pues ya estamos todos menos J. V. Morrow —consignó—. Me escribió esta mañana diciéndome que entraría por la puerta de Post Street. Si ustedes me permiten, voy a llegarme a ver.

Echó por el pasillo hacia Post Street. Cerca de la puerta, en un diván de pelús, estaba sentada una joven de gran atractivo. No había otro sitio, y Kirk, con una mirada de interés a la joven, se sentó también en el diván.

—Si usted me permite... —murmuró.

—No faltaba más —contestó ella con una voz que correspondía a su presencia.

Quedaron sentados en silencio. Kirk se dio cuenta de que, a poco, era ella la que le miraba a él. Levantó la vista y se encontró con su sonrisa.

—La gente llega siempre tarde —aventuró.

—¿Verdad que sí?

—Y casi siempre sin motivo. Simple descortesía. No hay nada que me moleste más.

—Y a mí lo mismo —asintió la joven.

Otra pausa. La muchacha seguía mirándole sonriente.

—Invita uno a una persona a quien no conoce —continuó Kirk— y no tiene siquiera la cortesía de llegar a su hora.

—Intolerable —convino ella—. Estoy completamente de acuerdo con usted, míster Kirk.

El se sorprendió.

—¡Cómo! ¿Me conoce usted?

Dijo ella que sí con la cabeza.

—Alguien me indicó a usted en un bazar de caridad —explicó.

—Pues la caridad no me alcanzó a mí —suspiró él—. A mí nadie me indicó quién era usted.

Miró su reloj.

—La persona quien espera usted... —empezó a decir la joven.

—Es un abogado —contestó él—. Aborrezco a los abogados. Siempre están diciéndole a uno cosas que hubiera preferido no saber.

—¿Verdad que sí?

—Mezclándose en los pleitos ajenos. ¡Qué vida!

—Terrible —otra pausa—. ¿Y dice usted que no conoce a ese abogado? —Entró y pasó de largo apresuradamente un joven—. ¿Y cómo va usted a reconocerle?

—Me ha escrito diciéndome que traerá un sombrero verde. ¡Figúrese! ¿Y por qué no una rosa detrás de la oreja?

—Un sombrero verde.

La sonrisa de la joven se hizo más expresiva. «Es encantadora», pensó Kirk. De pronto se la quedó mirando con asombro.

—Pero ¡caramba! ¡Usted lleva un sombrero verde! —exclamó.

—Creo que sí.

—¿No querrá usted decir...?

—Pues sí quiero decirlo. El abogado soy yo. Y usted aborrece a los abogados.  
¡Cuánto lo siento!

—Pero... ¿no estoy soñando?

—J. V. Morrow —siguió ella—. La primera inicial corresponde al nombre de June.

—Yo pensé que era Jim —exclamó él—. Le suplico que me perdone.

—Usted no me hubiera invitado si hubiera sabido... ¿Verdad que no?

—Al contrario: no hubiera invitado a nadie más. En el vestíbulo hay una baraja de peritos en asesinatos pereciéndose por verla a usted.

Se levantaron y avanzaron rápidamente por el pasillo.

—¿Le interesan a usted los asesinatos? —murmuró Kirk.

Notó que los hombres se volvían cuando pasaba ella para mirarla otra vez. En los ojos negros de la joven había una sagacidad que recordaban la mirada de Chan; eran sus modos decididos y serios; pero con todo era femenina, encantadora.

La presentó al sorprendido *sir* Frederic y luego a Charlie Chan. No se alteró la expresión de la cara del chino, que se inclinó y dijo:

—Gran encanto del momento actual.

Kirk se dirigió a Rankin:

—Usted —le acusó— sabía, desde luego, quién era J. V. Morrow.

El repórter se encogió de hombros.

—Creí mejor dejar que usted lo descubriera por sí mismo. La vida tiene tan pocas sorpresas agradables...

—Nunca hubo ninguna más agradable para mí —contestó Kirk.

Se dirigieron a la mesa que habían reservado, en un apartado rincón. Cuando estuvieron sentados, la joven se dirigió al anfitrión:

—Ha sido usted muy amable. Y *sir* Frederic también. Ya me figuro que estarán ustedes atareadísimo.

El inglés hizo una reverencia.

—Un momento afortunadísimo para mí —dijo sonriendo— el momento en que decidí que no estaba demasiado atareado para conocer a J. V. Morrow. Ya tenía yo conocimiento de que en los Estados Unidos las jóvenes estaban emancipadas...

—¿Y qué? ¿No le parece a usted bien?

—Desde luego que sí —murmuró él.

—¿Y a míster Chan? Estoy segura de que a míster Chan no le parezco bien.

Chan la miró expresivamente.

—¿Acaso puede el elefante desaprobarnos a la mariposa? Y si lo hiciera ¿a quién le importaría?

—Imposible contestar —dijo sonriendo la muchacha—. ¿Regresa usted pronto a Honolulu, míster Chan?

En el inexpresivo rostro se dibujó una expresión complacida.

—Mañana a mediodía el «*Maui*» recibe a mi humilde persona. Agitados juntamente por las aguas partimos para Hawai.

—Veo que se alegra usted de irse —dijo la joven.

—A veces los más deslumbradores ojos son ciegos —contestó Chan—. Pero no es verdad en su caso de usted. Tres semanas ha que arribé al continente, paladeando las alegrías de la vacación. Aun antes de que yo mismo pueda reconocerme sabedor, los acontecimientos me engolfan, y, cual cartero en su día de descanso, me entrego insensatamente a larga y fatigosa caminata. Experimento la felicidad de decir que la caminata ha tocado a su ansiado término ya. Con anheloso corazón regreso a mi pequeño hogar de Punchbowl Hill.

—Me doy exacta cuenta del estado de ánimo de usted.

—Con mil géneros de perdones me permito consignar que no se da usted cuenta. Y dudo en verter en sus oídos la razón que me llama a mi hogar con fuerza incontrastable. Voy a disfrutar en breve la emoción de la paternidad.

—¿Por primera vez? —preguntó Barry Kirk.

—Es la décima primera ocasión de esta naturaleza —contestó Chan—. Pero mis triviales asuntos no tienen aquí su adecuado lugar. Nos hemos reunido para honrar a un huésped distinguido.

Y miró a *sir* Frederic.

Bill Rankin recordó su propósito.

—Yo tenía interés en reunirlos a ustedes dos —dijo— por saber que pensaban lo mismo. *Sir* Frederic se burla también de la ciencia como auxiliar del descubrimiento de crímenes.

—He formado esta opinión en la experiencia —observó *sir* Frederic.

—Gran complacencia es para mí venir en conocimiento —dijo Chan radiante— de que el prócer entendimiento de *sir* Frederic avanza por el mismo canal que mi pobre caletre. Mecanismos intrincados que son buenos para los libros no lo son, en la realidad, tanto. Mi experiencia me aconseja reflexionar profundamente en la familia humana. Las humanas pasiones. ¿Qué es lo que se encuentra siempre en lo recóndito del asesinato? El odio, la codicia, la venganza, necesitan que la víctima calle. Estudiemos en toda ocasión la familia humana.

—Justamente —convino *sir* Frederic—. El elemento humano; eso es lo que cuenta. Yo no he tenido suerte con los medios científicos. El dictáfono, por ejemplo, en Scotland Yard ha sido un completo fracaso.

Charlaban mientras iban comiendo. Finalmente, *sir* Frederic se dirigió a Chan y le preguntó:

—¿Y qué tal le ha ido a usted con sus métodos, sargento? Tengo entendido que ha sido usted afortunado.

Chan se encogió de hombros.

—Suerte. Siempre la suerte.



—Es usted demasiado modesto —dijo Rankin—. Así no irá usted a ninguna parte.

—Surge ahora la cuestión: ¿Adónde quiero yo ir?

—Pero indudablemente tendrá usted ambiciones —sugirió *miss* Morrow.

Chan se volvió hacia ella gravemente.

—Alimentos vulgares que comer, agua que beber y el brazo doblado por almohada; he aquí una vieja definición de la felicidad en mi país. ¿Qué es la ambición? Un cáncer que devora el corazón del hombre blanco, negándole las alegrías de la satisfacción. ¿Devora también el corazón de la mujer blanca? Confío en que no. (La joven apartó la mirada). Experimento el temor de ser víctima de la cruda filosofía del Oriente. El hombre ¿qué es? Meramente un eslabón de una gran cadena que enlaza el pasado con el futuro. Constantemente recuerdo que soy un eslabón. Insignificante eslabón que une a aquellos antepasados cuyos huesos reposan en la falda de lejanas colinas con los diez niños (tal vez once a estas horas) de mi casa de la Colina de Punchbowl.

—Un credo confortador —comentó Barry Kirk.

—Así, esperando el final, cumplo mis deberes conforme se presentan. Ando el camino que ante mí se abre. (Se volvió a *sir* Frederic): En mis lecturas acerca de usted hay un punto que excita mi curiosidad. En su labor de Scotland Yard, usted seguía siempre una clave única. Lo que usted llamaba la clave esencial.

*Sir* Frederic asintió.

—Esta es generalmente nuestra costumbre. Cuando fracasamos, nuestros críticos lo atribuyen a eso. Dicen, por ejemplo, que nuestra obsesión por la clave esencial ha sido la causa de no haber descubierto el famoso asesinato de Ely Place.

Se inclinaron todos con interés. Bill Rankin estaba radiante; aquello parecía encaminarse por fin hacia algo de provecho.

—Me parece que ninguno de nosotros sabemos nada de ese asesinato de Ely Place —sugirió.

—Ojalá no supiera yo nada tampoco, dicho sea con sinceridad —contestó el inglés—. Fue el primer caso serio con que me encontré después de hacerme cargo del Departamento de Investigación Criminal, hace dieciséis años. No tengo más remedio que confesar que no llegué a entenderlo nunca.

Terminó la ensalada, apartó de sí el plato y continuó:

—Y ya que he llegado hasta aquí en mis palabras, comprendo que debo seguir. Hilary Galt era el socio de más edad en la entidad Pennock and Galt, procuradores, que tenían el despacho en Ely Place, en Holborn. El negocio a que esa casa se dedicaba desde hacía más de una generación era único en su clase. Gentes de los más altos rangos sociales acudían allá en busca de astuto consejo cuando se encontraban en situaciones comprometidas; y a *míster* Hilary Galt, así como a su suegro Pennock, que murió hará unos veinte años, se les confiaron más numerosos y románticos secretos que a firma ninguna de procuradores de Londres. Sabían ellos la oculta

historia de todos los bribones de Europa, y salvaron a muchas personas de las garras de los chantajistas. Su gala y presunción era que nunca guardaban recordatorio de cosa ninguna.

Sirviéronse los postres, y después de la interrupción que ocasionaron continuó *sir* Frederic:

—En enero de hace dieciséis años, en una noche de niebla, entró un sereno en el despacho particular de *míster* Hilary Galt, donde se suponía no haber nadie. Las luces de gas estaban apagadas, los balcones cerrados y echadas las fallebas; ni la menor señal de desorden. Pero en el suelo yacía Hilary Galt con un balazo en la cabeza.

Había una clave, y alrededor de ella anduvimos locos varios meses en Scotland Yard. Hilary Galt era hombre atildadísimo en el vestir y siempre iba impecable. Lo estaba en aquella ocasión también, pero con una extraña excepción. Tenía quitadas las relucientes botas, que se hallaban sobre un alto de papeles encima del escritorio. Y en los pies tenía puestas unas zapatillas de terciopelo, adornadas con un curioso dibujo.

Por de contado que ésta le pareció a Scotland Yard la clave esencial y sobre ella nos pusimos a la tarea. Seguimos la pista a las zapatillas hasta la Legación China, establecida en Portland Place. *Míster* Galt había hecho un pequeño favor al ministro chino, y el mismo día de su asesinato, por la mañana, había recibido las zapatillas como regalo de aquel señor. Galt se las había enseñado a los empleados, y la última vez que fueron vistas estaban envueltas en su funda junto al sombrero y el bastón de Galt. De aquí no pudimos pasar.

Dieciséis años he estado pensando en esas zapatillas. ¿Por qué se quitó *míster* Hilary las botas, se puso las zapatillas y se preparó como para alguna extraña aventura? Sigo sin saberlo. Las zapatillas aquellas siguen siendo mi obsesión. Al dimitir mi puesto en Scotland Yard me las llevé del Museo Negro como un recuerdo de mi primer caso; desventurado recuerdo de mi derrota. Me gustaría que las viera usted, *miss* Morrow.

—Es sorprendente —dijo la joven.

—Desagradable —corrigió *sir* Frederic melancólico.

Bill Rankin miró a Charlie Chan.

—¿Y usted qué piensa de este caso, sargento? —preguntó.

Los ojos de Chan se achicaron con el esfuerzo del pensamiento.

—Pidiendo previamente perdón por la pregunta —dijo—, ¿tiene usted la costumbre, *sir* Frederic, de ponerse en el lugar del asesino?

—Es una gran idea —contestó el inglés— con tal de poder hacerlo. Quiere usted decir...

—Un hombre que ha matado —siendo un hombre de gran inteligencia— conoce que Scotland Yard tiene una indestructible idea fija acerca de la clave esencial. Le acompaña su presencia de ánimo. Tiene la satisfacción de ofrecer una clave esencial que no significa nada ni conduce a ninguna parte.

*Sir Frederic* se le quedó mirando agudamente.

—Excelente —observó—. Y además tiene una gran virtud, desde el punto de vista de usted, que deja completamente limpios de culpa a sus compatriotas de la Legación china.

—Puede que sirva para algo más —indicó Barry Kirk.

*Sir Frederic* tomaba su postre con ademán pensativo. Hubo unos momentos en que no habló nadie. Pero Bill Rankin estaba ansioso de nuevo material.

—Un caso muy interesante, *sir Frederic* —observó—. Pero seguramente tiene usted ciento como ese en su archivo. Asesinatos en que haya tenido más fortuna Scotland Yard...

—Centenares —asintió el detective—. Pero ninguno que siga excitando mi interés como el crimen de Ely Place. En realidad, yo no he encontrado nunca el asesinato tan fascinador como otras cosas. Los casos de asesinato se presentaban y, con raras excepciones como la mencionada, caían en el olvido en seguida. Pero hay un misterio que ha sido siempre para mí el más obsesionante del mundo.

—¿Cuál? —preguntó Rankin, mientras esperaban todos con el mayor interés.

—El misterio de la desaparición —contestó *sir Frederic*—. El hombre o la mujer que se sale silenciosamente del cuadro y a quien no vuelve a verse más. Hilary Galt, muerto en su despacho, presenta un enigma, sin duda; pero hay algo a que agarrarse, algo tangible, un cadáver en tierra. Pero si Hilary Galt hubiera desaparecido en la niebla de aquella triste noche, sin dejar rastro... hubiera sido otra cosa.

Durante años me han subyugado los casos de desaparición —continuó el detective—. Incluso seguí muchos ocurridos fuera de mi distrito. Con frecuencia la solución era sencilla, o estúpida, pero nunca pude sustraerme a la obsesión de los que quedaban sin resolver. Y de todos los casos que quedaron sin resolver hubo uno que no se me ha apartado nunca de la memoria. A veces me despierto en medio de la noche y me pregunto: ¿Qué le pasó a Eva Durand?

—¿Eva Durand? —preguntó Rankin ansiosamente.

—Así se llamaba. En realidad, yo no tuve nada que ver con el caso. Ocurrió fuera de mi jurisdicción, muy lejos. Pero lo seguí con gran interés desde el principio. Otros hay que tampoco lo han olvidado. Precisamente cuando iba ya a salir de Inglaterra encontré, en un periódico inglés, una breve referencia al asunto. Aquí la traigo.

Sacó del bolsillo un recorte.

—*Miss Morrow* —dijo—: ¿quiere usted hacer el favor de leerlo en voz alta?

La joven cogió el recorte. Empezó a leer con voz grave y clara:

«Un divertido grupo de anglo-indios se reunió una noche, hace quince años, en una colina de las afueras de Peshawar para ver elevarse la luna por encima de la aislada ciudad fronteriza. En la partida figuraban el capitán Eric Durand y su esposa. Eva Durand era joven, bella y de buena sociedad —*miss Mannering*, de Devonshire—. Alguien propuso jugar un rato al escondite

antes de emprender el regreso a Peshawar. El juego no ha terminado aún; todavía siguen buscando a Eva Durand. Acabó por tomar parte toda la India. Buscándola se escudriñaron selvas y cuevas, ciudades amuralladas y tupidos bosques. Por todos los caminos subterráneos de la vida indígena adonde el blanco no tiene acceso llevó sus investigaciones el famoso servicio secreto. A los cinco años el esposo se entregó en Inglaterra a una vida apartada, y Durand quedó convertida en una leyenda, un cuento de miedo para que las ayas se lo cuenten a los niños malos, junto con las historias de brujas de los países del Norte».

La joven dejó de leer y se quedó mirando a *sir* Frederic con los ojos muy abiertos. Hubo un instante de tenso silencio. Lo rompió Bill Rankin, que dijo:

—¡Pues sí que fue una partidita de escondite!

—Puede usted creer —contestó *sir* Frederic— que la desaparición de Eva Durand, como las zapatillas de Hilary Galt, han sido mi obsesión durante quince años. Se trataba de una mujer excepcionalmente bella; una muchacha realmente, porque aquella misteriosa noche de Peshawar no tenía más que dieciocho años. Una chiquilla rubia, de ojos azules, desamparada y perdida en la oscuridad de aquellas peligrosas montañas. ¿Adónde fue? ¿Qué fue de ella? ¿La asesinaron? ¿Qué le ocurrió a Eva Durand?

—Me gustaría saberlo —dijo suavemente Barry Kirk.

—Toda la India —prosiguió *sir* Frederic—, según el recorte dice, se alistó en la partida. Se hicieron averiguaciones por telégrafo y empleando propios. El marido, medio loco, recorrió las peligrosas regiones a costa de su vida. El servicio secreto hizo esfuerzos sobrehumanos. Nada. No volvió a saberse palabra en Peshawar. Era como buscar una aguja en un pajar. Pasó el furor, cesó la emoción y todos olvidaron menos unos pocos. Al cesar yo en Scotland Yard y emprender este viaje alrededor del mundo, la India figuró, desde luego, en mi itinerario. Aun desviándome decidí hacer una visita a Peshawar. Fui a Ripple Court, en Devonshire, y hablé con *sir* George Mannering, tío de Eva Durand. Me dijo lo que pudo; daba lástima oírle. Le prometí que trataría de buscar los hilos del viejo misterio cuando llegara a la India.

—¿Y lo hizo usted? —preguntó Rankin.

—Lo intenté, pero... Querido amigo: ¿usted ha estado en Peshawar? Cuando llegué se me impuso con fuerza incontrastable, como diría *míster* Chan, la desesperanza de mi pesquisa. El París de los patanes<sup>[1]</sup> le llaman y sus calles sucias hormigean con todas las razas orientales. No es una ciudad, es una caravana, con una población en continuo movimiento. La guarnición inglesa se cambia frecuentemente y apenas me fue posible encontrar a nadie que estuviera allí en los tiempos de Eva Durand. Peshawar me desconcertó. Allí podía haber ocurrido cualquier cosa. Una ciudad maldita, cuyos pecados son los pecados del opio, la envidia, la intriga, el asesinato, la muerte repentina, el juego, las extrañas

intoxicaciones, el ansia de venganza. ¿Quién será capaz de comprender el diabólico virus que corre por la sangre humana en ciertas latitudes? ¡Vaya un sitio para llevar a una mujer como aquélla, delicada, instruida, joven, sin experiencia!

—¿Y no averiguó usted nada? —preguntó Barry Kirk.

—¿Qué podía averiguar? Hace quince años. Y puedo asegurarle a usted que quince años constituyen una espesa cortina en la frontera de la India.

Bill Rankin se dirigió ahora a Charlie Chan:

—¿Qué opina usted, sargento?

Chan meditó.

—La ciudad denominada Peshawar —dijo—, se asienta muy próxima al Paso de Khyber, que conduce a las regiones selváticas de Afganistán.

Sir Frederic asintió.

—En efecto —dijo—; pero el paso está guardado día y noche, pulgada por pulgada, por tropas británicas y no se permite a ningún europeo seguir aquella ruta si no es con muy especiales condiciones. No; desde luego, Eva Durand no pudo salir de la India por el Paso de Khyber... Hubiera sido imposible. Concediendo ese imposible, por descontado que no hubiera podido vivir un solo día en medio de los salvajes montañeses de la frontera.

Chan miró gravemente al hombre de Scotland Yard.

—No puede causar a nadie asombro y maravilla —dijo— que haya inspirado a usted tan profundo interés el caso y acontecimiento. Por mi humilde cuenta puedo decir que deseo con ilimitada ansiedad mirar detrás de esa cortina de la que usted hablaba hace un instante.

—Ese es precisamente el sino de nuestra profesión —contestó *sir* Frederic—. Por muchos que puedan ser nuestros éxitos, siempre existen esas cortinas tras de las cuales queremos mirar con ilimitada ansiedad... sin conseguirlo.

Barry Kirk pagó la cuenta y se levantaron de la mesa. En el vestíbulo, al despedirse, la partida se dividió en dos grupos. Rankin, Kirk y la joven fueron a la puerta, y, previa una breve expresión de agradecimiento, el repórter salió a la calle.

—Es prodigioso, *míster* Kirk —dijo *miss* Morrow—. ¿Por qué son todos los ingleses tan interesantes?

—Yo qué sé —dijo él, encogiéndose de hombros—. Usted es quien tiene que decírmelo a mí. He notado que las chicas tienen siempre debilidad por ellos.

—Sí; tienen no sé qué de distinción. No son nunca provincianos como, por ejemplo, un rotario que nos hablara de la traída de aguas. Nos ha hecho viajar realmente, ¿verdad? Nos ha llevado a Londres y a Peshawar. Me estaría oyéndole horas. Siento tener que marcharme.

—Espere. Puede usted hacerme un favor, si quiere.

—Después del que usted me ha hecho a mí —dijo ella sonriendo— lo que usted quiera.

—Gracias. Ese chino, Chan, me resulta un caballero, y un caballero altamente

interesante. Esta noche, a mi mesa, representaría un papel incomparable. Voy a invitarle. Pero me desequilibraría la mesa. Necesito otra mujer. ¿Qué le parece a usted? ¿Le dará a usted permiso para la noche el viejo Blackstone?

—Creo que sí.

—Una cena en familia, casi. Mi abuela y algunas personas a quien *sir* Frederic me ha dicho que invite. Y ya que le gustan a usted tanto los ingleses, estará el coronel John Bettham, el famoso explorador de Asia. Nos presentará unas películas que ha hecho en el Tibet.

—He visto su retrato en los periódicos.

—Las mujeres se mueren por él. Hasta mi pobre abuela; está pensando en reunir dinero para la próxima expedición que el coronel proyecta al desierto de Gobi. Con que vendrá usted, ¿eh? A las siete y media.

—Gracias. Iré. Hasta la noche.

En tanto *sir* Frederic había llevado a Charlie Chan a un sofá del vestíbulo.

—Celebro mucho haberle conocido, sargento, por varias razones. Dígame: ¿Conoce usted bien la Chinatown de San Francisco?

—Tengo ligero conocimiento con la misma —admitió Chan—. Mi primo Chan Kee Lim, es un distinguido morador de la Waverly Place.

—¿Por casualidad ha oído usted hablar de un chino que está allí —un extranjero, un turista— llamado Li Gung?

—A no dudar, que existen numerosos así llamados Ignoro a cuál de ellos pueda usted haber hecho referencia.

—El que yo digo está en casa de unos parientes que viven en Jackson Street. Usted podría hacerme un gran favor, sargento.

—Lo guardaría —dijo Chan— como un capítulo de letras de oro en el pergamino de la memoria.

—Li Gung está en posesión de ciertos informes que yo necesito. He tratado de entrevistarle yo mismo, pero, naturalmente, sin fruto.

—Comienza a alborear la luz.

—Si usted pudiera trabar conocimiento con él y conseguir su confianza...

—Pidiéndole humildemente perdón me cumple manifestarle que yo no ejerzo espionaje sobre mi propia raza sin suficiente razón y motivo.

—Es que las razones en este caso son más que suficientes.

—Tan sólo un alienado pudiera ponerlo en duda. Pero lo que usted me sugiere demandaría sin duda considerable intervalo de tiempo. Mis humildes asuntos no tienen el menor derecho a captar la atención de usted, y, de consecuencia, ha procedido usted rectamente no teniendo en cuenta mi situación. Mañana a mediodía parto anhelante hacia mi hogar.

—Podría usted quedarse una semana. Esté seguro de que no sería pérdida para usted.

En los ojillos brilló una mirada de intransigencia.

—Solo un tiempo no es, en la actualidad, perdido para mí: aquel en que me encamino hacia mi hogar de Punchbowl Hill.

—Quiero decirle que yo le pagaría a usted...

—Pidiéndole nueva e insistentemente perdón, me permito responderle que tengo alimento y tengo también ropas capaces incluso para cubrir la vasta área que poseo. Mas allá ¿qué significa el dinero?

—Perfectamente. Era sólo una indicación.

—Créame desolado por el más agudo de los dolores —contestó Chan—; pero no tengo más remedio que rehusar.

Se unió a ellos Barry Kirk y dijo:

—Míster Chan: Voy a pedirle a usted un favor.

Chan trató de desterrar de su rostro toda preocupación y lo consiguió.

—Soy todo satisfecha atención —dijo.

—Es usted mi invitado. He invitado a *miss* Morrow a cenar esta noche, y necesito otro hombre. ¿Quiere usted venir?

—Su requerimiento me hace el más alto honor y sólo un ingrato podría rehusarlo. Pero en la hora presente estoy ya en deuda con usted. Y pasar de aquí es ya producirme embarazosa situación.

—No merece la pena. Le espero a las siete y media... En mi ático de Kirk Building.

—¡Magnífico! —dijo *sir* Frederic—. Allí charlaremos otro rato, sargento. Mis requerimientos no son precisamente honores, pero aún tengo esperanza de convencerle.

—Los chinos son muy extraños —observó Chan—. Dicen que no y quieren decir que no. Dicen sí y líganse a ello. Con referencia a la comida digo sí con el mayor contentamiento.

—Muy bien —dijo Barry Kirk.

—¿Dónde está el repórter? —preguntó *sir* Frederic.

—Se ha marchado corriendo —explicó Kirk—. Ansioso de escribir su información, supongo.

—¿Qué información? —preguntó el inglés sin comprender.

—¡Toma! La información de nuestro almuerzo. Su encuentro de usted con el sargento Chan.

Se dibujó en el rostro del detective una expresión de asombro.

—Pero... ¿quiere usted decir que va a publicar eso?

—Naturalmente. Creí que usted sabía...

—Estoy viendo que soy de la mayor ignorancia por lo que hace a las costumbres americanas. Creí que su actitud era exclusivamente social. No pude figurarme...

—¿Es que no quiere usted que se publique? —preguntó Barry Kirk con sorpresa.

*Sir* Frederic se dirigió rápidamente a Charlie:

—Adiós, sargento. He tenido un verdadero gusto... Nos veremos esta noche.

Estrechó apresuradamente la mano a Chan y arrastró a la calle al admirado Barry Kirk. Se dirigió a un taxi.

—¿En qué periódico está ese granuja? —preguntó.

—En *El Globo* —le dijo Kirk.

—A la redacción de *El Globo* —ordenó *sir* Frederic.

Se metieron en el coche los dos y fueron un rato en silencio.

—Tal vez le extrañe a usted —dijo *sir* Frederic por fin.

—Y lo encontrará usted natural —dijo Kirk con una sonrisa.

—Sé que puedo contar con la discreción de usted. Durante el almuerzo no he dicho sino una pequeña parte de la historia de Eva Durand; pero ni aún eso quiero que se publique todavía. Aquí no... Todavía no...

—¡Diablo! ¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir que estoy al final de un largo camino. Eva Durand no fue muerta en la India. Se escapó. Yo sé por qué se escapó. Hasta sospecho el procedimiento de que se valió. Mas...

—¿Más? —exclamó Kirk con ansiedad.

—Más no puedo decirle a usted por el momento.

Continuaron el viaje en silencio y se detuvo el vehículo en la redacción de *El Globo*.

Rankin estaba hablando con el director, con gran animación y alegría.

—¡Va a ser un pisotón! —decía, cuando sintió en el brazo una garra de acero. Se volvió y se encontró de manos a boca con *sir* Frederic—. ¡Pero...! ¡Usted! —dijo tartamudeando.

—Ha habido un pequeño error —dijo el detective.

—Déjeme que explique yo —indicó Barry Kirk, el cual dio la mano al director y le presentó a *sir* Frederic, que se limitó a hacer una inclinación sin soltar el brazo al repórter—. Rankin, lo siento mucho —continuó Kirk—, pero no hay más remedio. *Sir* Frederic no está al corriente de las costumbres de la prensa americana y no creyó que usted estaba haciendo información mientras almorzaba con él. De modo que venimos a pedirle que no publique nada de la conversación que ha oído este mediodía.

Rankin se quedó atónito.

—¿Cómo? ¿No publicarlo? Eso...

—Apelamos a los dos —añadió Kirk, mirando al director, el cual dijo:

—Mi respuesta dependerá de la razón que exista para que hagan ustedes el requerimiento.

—En Inglaterra se respetaría mi razón —le dijo *sir* Frederic—. Aquí desconozco las costumbres de ustedes. Pero lo que puedo decirle es que si publican ustedes algo de esa conversación puede dificultarse seriamente el camino de la justicia.

El director hizo una inclinación.

—Perfectamente —dijo—. No publicaré nada sin el permiso de usted, *sir*



Frederic.

—Gracias.

Y soltando al repórter *sir* Frederic salió seguido de Kirk.

## CAPÍTULO III

### *El ático*

Por la puerta vidriera de la sala, pasó Barry Kirk al jardincillo que decoraba aquel hotelito próximo al cielo; «mi jardincito de entrada», solía él llamarlo. Avanzó hasta la barandilla y se quedó mirando aquel espectáculo que pocos jardincitos de entrada podían ofrecer, ciertamente. Veinte pisos más abajo alternaban luces y sombras de la ciudad; a lo lejos se veían las lucecillas de los botes que cruzaban el puerto.

Miró un rato, volvió a entrar y cerró la vidriera. Se quedó en pie unos momentos mirando la sala en cuya instalación estaban combinados la riqueza y el buen gusto. Un amplio sofá, varios cómodos sillones, media docena de lámparas de pie que distribuían una suave luz amarillenta, un amplio hogar en que brillaba el fuego. Podía soplar fuera el viento y subir la brisa del Pacífico; dentro se estaba cómodo y alegre.

Kirk pasó al comedor. Paradise estaba encendiendo las luces de la amplia mesa. Las flores, el blanco lienzo, la plata vieja, componían un cuadro perfecto y eran anuncio de una comida perfecta. Kirk inspeccionó las diez tarjetas que señalaban los puestos. Sonrió.

—Parece que todo está en su punto —dijo—. Va a venir la abuela y ya sabes lo que piensa de los hombres que viven solos. A creerla, toda casa necesita el cuidado de una mujer.

—La desengañaremos una vez más —advirtió Paradise.

—Así lo espero. Aunque no creo que sirva de nada. Cuando tiene una idea, en ella se está.

Sonó el timbre de la puerta y Paradise acudió a abrir con lento y majestuoso paso. Al entrar en la sala Barry Kirk se quedó fascinado un momento por el cuadro que se ofrecía a su vista. Acababa de entrar por la puerta del recibimiento y se había detenido cerca del umbral el teniente fiscal del distrito. *Miss Morrow* llevaba un sencillo traje de noche color naranja; sus negros ojos sonreían.

—*Miss Morrow* —dijo Kirk, yendo hacia ella satisfecho—. Si me lo permite le diré que esta noche no tiene usted mucho aspecto de abogado.

—Supongo que es una galantería —contestó ella—. Aquí está *míster Chan*. Hemos subido juntos en el ascensor.

Detrás entró Chan, que hizo una profunda reverencia.

—Me hallo emocionado profundamente por la amabilidad de usted —dijo—. Esta noche se agrega al memorándum de mi estancia en el continente un episodio del más alto valor.

Llevaba un frac un poco raído; pero la camisa era resplandeciente y las maneras arrebatadoras.

Paradise, que les había dado escolta con los abrigos al brazo, desapareció por una puerta alejada. Se abrió otra puerta y *sir* Frederic apareció en el umbral.

—Buenas noches, *miss* Morrow —dijo—. Palabra que está usted encantadora. Míster Chan... Celebro mucho que haya usted sido el primero. Le prometí enseñarle un recuerdo de mi pasado desagradable.

Volvió a entrarse en su habitación. Kirk los condujo cerca del fuego.

—Siéntense —les dijo—. La gente se pregunta cómo puedo soportar aquí arriba el famoso céfiro de San Francisco. (Indicó con la mano el hogar). He aquí una de mis respuestas.

Volvió *sir* Frederic, distinguida figura con su traje de frac. Llevaba en la mano un par de zapatillas. La parte de arriba era de terciopelo, color rojo oscuro, como un viejo Borgoña, y llevaba como adorno unos caracteres chinos rodeados por un dibujo de flores de granado. Dio una a la joven y la otra a Charlie Chan.

—¡Qué bonitas! —exclamó *miss* Morrow—. Y lo que significan. La clave esencial.

—No resultó muy esencial, ciertamente —objetó el gran detective.

—No juzgo aventurado presumir que usted conoce el significado de los caracteres inscritos en el terciopelo —preguntó Chan.

—Sí —dijo *sir* Frederic—. No es muy apropiado al caso, me parece. Me dijeron que significa «Larga vida y felicidad».

—Exactamente —dijo Chan, volviendo lentamente la zapatilla en la mano—. Existen ciento y una variedades de este carácter. Ciento para el pueblo y una reservada para el emperador. Importante regalo. Calzado de mandarín, solamente a la medida de personas ricas y elevadamente situadas.

—Las tenía puestas Hilary Galt cuando le encontramos asesinado en el suelo —dijo *sir* Frederic—. «Para que ande usted blando, mi excelente amigo», le había dicho el ministro chino en la carta que le había escrito enviándoselas. Hilary Galt anduvo suave aquella noche, pero no volvió a andar más. (El inglés cogió las zapatillas). Y a propósito: no sé si debo atreverme a suplicárselo, pero... Preferiría que no hicieran ustedes mención a este asunto esta noche durante la cena.

—Perfectamente —dijo la joven sorprendida.

—Ni tampoco a lo de Eva Durand. La verdad... Temo haber sido indiscreto esta mañana. Como ahora no estoy ya en Scotland Yard, suelo hablar demasiado... ¿Usted me comprende, sargento?

Notó tan firmemente clavados en sí los ojillos de Chan, que *sir* Frederic se sintió a disgusto.

—Incurriendo en inmodestia por un minuto —dijo el chino—, tengo matrícula de honor en la escuela de la discreción.

—Estoy cierto de ello —dijo sonriendo el ilustre personaje.

—No me asaltaré el menor impulso de mencionar tales materias, a buen seguro —continuó Chan—. Usted es hombre de grandes talentos, *sir* Frederic, y sabe que los chinos somos un pueblo con ciertas aptitudes de índole psíquica.

—¿De veras?

—Evidentemente. Algo me ha advertido...

—Bien, no es necesario entrar en el asunto —interrumpió *sir* Frederic rápidamente—. Tengo que bajar a las oficinas a un asunto, si ustedes me permiten un momento...

Entró en su habitación llevándose las zapatillas. *Miss* Morrow dijo con asombro a Kirk:

—¿Qué diablos ha querido decir...? Seguramente *Eva Durand*...

—*Mister Chan* tiene aptitudes psíquicas —indicó Kirk—. Tal vez él pueda explicar.

Chan sonrió.

—A veces las aptitudes psíquicas no conducen a ningún sitio positivo —advirtió.

*Paradise* escoltó a dos invitados más hasta la sala. Una mujer con traza de pájaro entró de puntillas y besó a *Barry Kirk*.

—¡Pícaro! ¡Hace un siglo que no te veo! Ya te has olvidado de la pobre abuela.

—¿Olvidarme? —dijo él riendo.

—¡Qué a gustito estás aquí! —continuó ella acercándose a la chimenea.

—Abuela, te presento a *miss Morrow* —dijo Kirk—. *Mistress Dawson Kirk*.

La anciana cogió ambas manos a la muchacha.

—¡Querida mía! Tengo el mayor gusto en conocerla...

—*Miss Morrow* es abogado —añadió Kirk.

—No digas simplezas —exclamó la abuela—. ¿Cómo va a ser abogado con esa cara?

—Eso era justamente lo que yo le decía —asintió Kirk.

La anciana miró a la joven por unos momentos.

—Juventud y belleza —dijo—. Si las tuviera yo, hija mía, no desperdiciaría el tiempo con viejos libros de leyes. (Se volvió hacia *Charlie Chan*). Y este señor...

—El sargento Chan, de la Policía de *Honolulu* —le dijo Kirk.

La anciana estrechó la mano a *Charlie* con inesperada efusión.

—Lo sé todo de usted —dijo—. Me encantan sus cosas.

—Halagado y abrumado —murmuró Chan.

—Pues no tiene motivo —contestó ella.

La mujer que había llegado acompañando a *mistress Kirk* se había quedado al fondo un poco olvidada. Kirk se apresuró a presentarla. Era, a lo que parecía, *miss Tupper-Brock*, secretaria y dama de compañía de *mistress Kirk*. Sus maneras eran

frías y reservadas. Chan le dirigió una penetrante mirada y luego le hizo una inclinación.

—Paradise las llevará a ustedes a una de las habitaciones de dentro —dijo Kirk a las mujeres—. Allí encontrarán ustedes un par de cepillos y todos los libros sobre fútbol que ha escrito Walter Camp. Si necesitan ustedes algo no tienen más que buscarlo a ver si lo encuentran.

Salieron detrás del mayordomo. Sonó el timbre. Kirk mismo fue a abrir y entró otra pareja. Míster Carrick Enderby, que estaba empleado en la sucursal en San Francisco de Thomas Cook and Sons, era un hombre lento, rubio, con monóculo, y poco de particular. Toda la brillantez de la familia parecía haberla monopolizado su esposa, Elena, mujer morena, atractiva, de unos treinta y cinco años, que entró jovialmente en la sala. Fue a unirse a las mujeres y los tres hombres quedaron en pie, en uno de esos embarazosos silencios que caracterizan el principio de este género de reuniones.

—Parece que vamos a tener niebla —deslizó Enderby.

—Indudablemente —contestó Kirk.

Cuando reaparecieron las mujeres, *mistress* Dawson Kirk fue a colocarse inmediatamente junto a Chan.

—Sally Jordan, de Honolulu, es antigua amiga mía —le dijo ella—. Una gran amiga. Las dos vivimos ya fuera de cuenta y no hay lazo como este para la amistad. Tengo entendido que fue su... su... auxiliar...

Chan hizo una inclinación.

—Uno de los más altos honores de mi menguada vida. Fui su botones y el recuerdo de sus amabilidades sobrevivirá en mí mientras la vida quiera durarme.

—Ya me dijo ella cómo pagó usted recientemente sus amabilidades. Con creces, hasta lo incalculable, me dijo ella.

Chan se encogió de hombros.

—Mi antigua señora no tiene más que una debilidad. Exagera extraordinariamente.

—¡Oh, no sea usted modesto! —dijo *mistress* Kirk—. Hace mucho tiempo que ha pasado de moda. La gente joven le atropellará a usted si insiste en ese tono. Sin embargo, yo le alabo por ello.

La interrumpió algo que llamó su atención hacia la puerta. El coronel John Bettham había entrado en la sala. John Bettham, el explorador cuyos pies habían hollado tantas solitarias y sombrías regiones, que conocía el Tibet y el Turquestán y la Mongolia del Sur. Había vivido un año en una casa flotante sobre el río más ancho del corazón de Asia, había sobrevivido a dos espantosas retiradas a través de las nevadas planicies del Tibet, había paseado entre las ruinas de viejas ciudades que habían florecido mucho antes de que Cristo naciera.

Por excepción, era hombre que revelaba su condición en su aspecto. Delgado, alto, bronceado; sus ojos grises despedían viva llama. Pero Charlie Chan procedía de

una raza modesta y cuando contestaba a las presentaciones sus maneras eran tímidas y acobardadas.

—Mucho gusto —murmuraba—. Mucho gusto. Mera fórmula.

De pronto se presentó nuevamente *sir* Frederic en la habitación. Estrechó la mano al coronel Bettham.

—Lo conocí a usted hace muchos años —dijo—. No recordará usted. Usted fue el héroe de un acto en que yo fui simple espectador. Yo estuve en la comida de la Real Sociedad Geográfica de Londres, en que le impusieron a usted aquella enorme medalla... La Medalla de los Fundadores se llama ¿no?

—¡Ah, sí! Es verdad. Recuerdo —murmuró el coronel Bettham.

Con los ojos relucientes en la semioscuridad como dos botones, Charlie Chan observaba como *sir* Frederic era presentado a las damas, a *miss* Tupper-Brock y a Elena Enderby. Llegó Paradise llevando algo en una bandeja.

—Estamos todos menos *miss* Garland —anunció Kirk—. Vamos a esperar un momento.

Sonó el timbre e indicó al mayordomo que él abriera la puerta.

Cuando volvió a aparecer Kirk le acompañaba una linda mujer con la cara encendida y que llevaba algo entre las alhajadas manos, la cual se acercó con apresuramiento a una mesa y depositó sobre ella cierto número de perlas sueltas.

—Me ha ocurrido en la escalera el más ridículo de los accidentes —explicó—. Se me ha roto el hilo del collar y empezó a regarlo de perlas todo. Creo que no se me ha perdido ninguna.

Una de las perlas rodó al suelo y Kirk la recogió. La dama empezó a contarlas metiéndolas una por una en un bolsillo de malla de oro. Terminó, y Barry Kirk le preguntó:

—¿Están todas?

—Creo que sí. No recuerdo bien el número. Y ahora les suplico a ustedes que dispensen esta entrada ridícula. En el escenario puede ser que estas cosas sean de gran efecto, pero ahora no estoy en el escenario. En la vida real lo encuentro muy desagradable.

Paradise tomó el abrigo de la señora, que acto seguido fue presentada por Kirk. Charlie Chan la estudió larga y cuidadosamente. No era joven ya, pero su hermosura triunfaba aún. Sin duda había de ser así, porque su profesión era la escena y era la favorita de los teatros de Australia.

A la mesa. Chan se encontró con *miss* Kirk a la derecha y June Morrow al otro lado. Si acaso se encontraba un poco cohibido por la compañía que le había tocado, lo cierto es que no daba la menor señal de ello. Escuchó a *miss* Kirk varias anécdotas del pasado de Sally Jordan, y luego se volvió hacia la joven, cuyos ojos brillaban de satisfacción.

—Estoy encantada hasta lo indecible —dijo la joven—. *Sir* Frederic y este maravilloso Bettham, en una sola noche. Y usted también.

Chan sonrió.

—Yo soy una insignificante mosca solitaria en esta exposición de leones —reconoció.

—Dígame, a propósito de eso de las aptitudes psíquicas: ¿No cree usted que *sir* Frederic ha encontrado a Eva Durand?

Chan se encogió de hombros.

—Por una palabra puede ser un hombre calificado de sabio, y por una palabra puede ser un hombre calificado de insensato.

—Hágame el favor de no ser tan oriental. Lo que digo es que Eva Durand puede estar sentada a esta mesa esta noche.

—Extraños acontecimientos se permiten a veces el lujo de ocurrir —concedió Chan.

Sus ojos vagaban de un lado a otro de la mesa y ya se detenían silenciosos y como distraídos sobre *miss* Tupper-Brock, ya en la vivaz Elena Enderby, ya (con más detenimiento que nunca) en la linda Gloria Garland, ya completamente repuesta de la excitación que le había producido el haber regado el suelo de perlas.

—Dígame, *sir* Frederic —dijo *miss* Kirk—. ¿Qué tal le va a usted en este paraíso sin mujer que tiene Barry?

—Espléndidamente —dijo el detective sonriendo—. Míster Kirk ha sido muy amable. No sólo dispongo de las comodidades de este ático encantador, sino que ha puesto a mi disposición también las oficinas de abajo. (Miró a Kirk). Esto me recuerda que me parece que me he dejado la caja de abajo abierta.

—Que vaya Paradise —indicó Kirk.

—No, no —dijo *sir* Frederic—. No se moleste nadie.

La cosa no tiene importancia, por lo que se refiere a mí.

Carrick Enderby dijo con voz potente y explosiva:

—Coronel Bettham acabo de leer su libro.

—Muchas gracias... ¿Cuál? —preguntó Bettham amablemente.

—No seas tonto, Carry —dijo Elena Enderby un poco encendida—. El coronel Bettham ha escrito muchos libros. Y seguramente no le hará impresión el hecho de que tú, sabiendo que te ibas a encontrar con él esta noche, hayas ojeado apresuradamente uno de ellos.

—Nada de apresuradamente —protestó Enderby—. Lo he leído con la mayor atención. «La vida»; me refiero a ése. Todas las aventuras de usted... ¡Y vaya si son emocionantes! Lo que es por mi parte no le comprendo a usted. Donde esté el buen *whisky* con soda en un buen sillón al lado del fuego... No me explico qué atractivo tienen para usted esos lugares desolados.

Bettham sonrió.

—Hay sitios blancos... Los sitios blancos de los mapas. Me atraen. Me gusta ir allí donde no ha ido antes hombre ninguno. Es una idea rara ¿verdad?

—Hombre, no debe dejar de tener su emoción el regreso —admitió Enderby—.

Los reyes y los presidentes le imponen a usted condecoraciones, y luego banquetes y elogios...

—Es el lado más terrible, le aseguro —dijo Bettham.

—Sin embargo, yo lo preferiría a sus malditos desiertos de usted —continuó Enderby—. El tiempo que anduvo usted perdido en el... en...

—El desierto de Taklamakan —completó Bettham—. Estuve en un tris, ¿verdad? Pero no estaba perdido, querido amigo; era que me había puesto en marcha con insuficiencia de agua y viandas.

Intervino *miss Kirk*:

—A mí me cautivó la nota que puso usted en su diario, creyendo que sería la última. De memoria me la sé. «Nos paramos en una alta duna, donde los camellos cayeron exhaustos. Miramos hacia el Este con los gemelos; montañas de arena en todas las direcciones; ni una paja, ni el menor signo de vida. Todos, hombres y camellos, estamos extremadamente débiles. Dios nos ayude».

—Pero no fue la última nota —le recordó Bettham—. A la noche siguiente, ya casi en trance de muerte, arrastrándome con las manos y las rodillas, llegué hasta un bosquecillo, el lecho de un río seco... Un charco. Agua. Salí de la situación mucho mejor de lo que merecía.

—Perdóneme si me permito una leve investigación —dijo Charlie Chan—. ¿Qué hay de verdad en una vieja superstición? Ya se refiere a ella Marco Polo seiscientos cincuenta años ha. Cuando un viajero anda por el desierto de noche, oye voces extrañas que le llaman por su nombre. En su estado de espanto, voces de espectros le acompañan hasta su fatal y prematura muerte.

—Desde luego —dijo Bettham—; a mí no me acompañaron voces algunas. No oí nada.

Elena Enderby se estremeció.

—Yo no haría eso nunca —dijo—. Me da muchísimo miedo de la oscuridad. Me hace enloquecer de miedo.

*Sir Frederic Bruce* la miró con ojos penetrantes, y habló por vez primera desde hacía un rato.

—Creo que a la mayor parte de las mujeres les pasa igual —dijo. Y volviéndose a la compañera de *miss Kirk* añadió—: ¿Usted qué opina, *mistress Tupper-Brock*?

—A mí no me importa la oscuridad —contestó la dama con tono tranquilo y sencillo.

—¿Y *miss Garland*? —preguntó el detective, clavando la mirada en la actriz.

*Miss Garland* pareció un poco confusa.

—Yo, la verdad, prefiero que haya luz. No; la verdad es que la oscuridad no me hace gracia.

—¡Qué simpleza! —dijo *mistress Dawson Kirk*—. Las cosas son lo mismo en la oscuridad que en la luz. A mí no me ha importado nunca.

Bettham dijo lentamente:



—¿Y por qué no pregunta usted a los caballeros, *sir* Frederic? El miedo a la oscuridad no es sólo una flaqueza femenina. Si me hubiera usted preguntado a mí yo le hubiera hecho una confesión.

*Sir* Frederic le miró con sorpresa.

—¿Usted, coronel?

Bettham asintió.

—Cuando yo era muchacho, me amargaba la vida el horror a la oscuridad. Todas las noches cuando me quedaba solo en mi habitación me daban sudores de muerte.

—¿Es posible? ¿Y cuando creció se dedicó usted a pasar la vida en los sitios más oscuros del mundo?

—Sin duda dominó usted aquel temor infantil —indicó *sir* Frederic.

Bettham se encogió de hombros.

—¿Es que se llega a dominar nunca una cosa de esa naturaleza? En realidad, me queda mucho. Kirk me ha pedido que después de comer les exhiba a ustedes algunas de las películas que hice en el Tibet. Aunque, a decir verdad, temo convertirme en el centro exclusivo de la reunión.

De nuevo volvieron los comensales a charlar por parejas. *Miss* Morrow se inclinó hacia Chan.

—Imagínese —dijo— una película en que el explorador, de niño, sintiera miedo en la oscuridad. Es una de las cosas más encantadoras y más humanas que he oído en mi vida.

Movió él la cabeza gravemente sin apartar los ojos de Elena Enderby. «La oscuridad me hace enloquecer de miedo», había dicho. ¡Qué oscuro debía de estar aquella noche en las colinas de los alrededores de Peshawar!

Una vez que se hubo servido el café en la sala, apareció Paradise con una blanca y reluciente pantalla que, bajo la dirección del coronel, puso sobre una mesa baja, apoyada en un tapiz flamenco. Barry Kirk ayudó a Bettham a entrar, del vestíbulo donde se hallaban, una máquina cinematográfica y varias cajas de películas.

—Menos mal que nos hemos acordado —dijo riendo el joven—. Sí que se hubiera divertido si se tiene que volver a casa con todo este impedimento sin que le hubiéramos dicho que proyectara. Como aquel que trató de salir disimuladamente de una reunión con un arpa que nadie le había pedido que tocara.

Quedó por fin instalada la máquina y los reunidos se sentaron en los cómodos sillones frente a la pantalla.

—Necesitaremos completa oscuridad, desde luego —dijo Bettham—, *míster* Kirk; si tiene usted la bondad...

—Desde luego.

Barry Kirk apagó las luces y echó las cortinas de puertas y ventanas.

—¿Está así bien? —preguntó.

—La luz del vestíbulo —indicó Bettham.

La apagó también Kirk. Hubo un instante de profundo silencio.

—Está esto para impresionar a cualquiera —dijo Elena Enderby en la oscuridad. Le temblaba la voz un poco.

Bettham estaba colocando una cinta en el aparato.

—En la expedición que voy a describir —comenzó— salimos de Darjeeling. Como sin duda ustedes saben perfectamente, Darjeeling es una pequeña estación montañosa en el extremo de la frontera norte de la India...

*Sir Frederic* interrumpió:

—¿Ha estado usted mucho en la India, coronel?

—Frecuentemente, entre unos viajes y otros.

—Gracias. Perdón por haberle interrumpido.

—De nada. (Empezó a rodar la cinta). Estos primeros cuadros son de Darjeeling, donde contraté hombres, me abastecí y...

El coronel continuó su interesante, aunque algo prolijo relato.

Pasaba el tiempo y su voz seguía runroneando en la intensa oscuridad. El humo de los cigarrillos había enrarecido el aire, de vez en cuando se percibía el ruido producido por alguien que daba unos pasos en la parte de atrás o se abría la cortina de una puerta. Pero el coronel no hacía caso. Volvía a vivir en las altas planicies del Tibet; se reproducía en él el fervor del más allá; avanzaba por entre la nieve, dejándose hombres y mulas en el desierto blanco y luchando como un iluminado por alcanzar el fin.

Charlie Chan experimentó una sensación extraña de opresión; sensación que atribuyó a lo pesada que estaba la atmósfera. Se levantó y se escurrió hasta el jardín de la azotea. Allí estaba Barry Kirk de pie, apenas visible su figura en medio de la niebla, fumando un cigarrillo. Había mucha niebla; la avisaba la campana del puerto. El tejado estaba envuelto en nubes.

—Hola —dijo Kirk en voz baja—. A tomar un poco de aire ¿verdad? Me temo que están dando la gran lata a mis pobres invitados. Actualmente las exploraciones suponen un capital y me parece que está tratando de persuadir a la abuela para que reúna el dinero que necesita para una pequeña gira que esta proyectando. Hombre interesante ¿verdad?

—Interesantísimo —convino Chan.

—Pero duro —agregó Kirk—. Se deja los muertos atrás como si nada. Supongo que es un talento específicamente científico. ¿Qué importa que mueran unos cuantos hombres cuando se está tratando de borrar un blanco en el mapa? Pero a mí no me va ese estilo. Puede ser que tenga la culpa mi estúpido sentimentalismo americano.

—Indudablemente es el estilo del coronel Bettham —contestó Chan—. Lo he leído en sus ojos.

Volvió a entrar en la habitación y fue hacia la parte de atrás. Le interesó un leve ruido que oyó en el vestíbulo y allá se dirigió. Acababa de entrar un hombre por la puerta que comunicaba con las oficinas de abajo. Antes de que la hubiera cerrado la luz del exterior cayó sobre el cabello rubio de Carrick Enderby.

—Me he salido a fumar un cigarrillo en las escaleras —explicó conteniendo la voz—. No he querido enrarecer todavía más el aire de ahí dentro. Está eso terrible ¿verdad?

Volvió a entrar en la sala, y Chan, que pasó detrás, se sentó en un sillón. Se oía en las distintas habitaciones de servicio el entrecocar de platos, en competencia con el ruido que producía la película al desenrollarse y con la tranquila corriente del relato de Bettham. El incansable hombre puso otro rollo.

—Se me cansa un poco la voz —reconoció el coronel—. Voy a pasar esta cinta sin comentario. No lo necesita.

Desapareció de la confusa luz que la máquina despedía y quedó oculto en las sombras.

En diez minutos la película estuvo pasada y el indomable Bettham nuevamente dispuesto. Iba a comenzar a pasar la que anunció como última película, cuando las cortinas de la puerta vidriera se separaron súbitamente y entró en el cuarto la blanca figura de una mujer. Quedó como un espectro, iluminada por la luz de la niebla que tenía a la espalda.

—¡Paren! —gritó—. ¡Paren en seguida y enciendan las luces! ¡En seguida! ¡En seguida, por favor!

La voz de Elena Enderby revelaba evidente angustia.

Barry Kirk saltó a la llave de la luz y la estancia se iluminó. *Miss Enderby* estaba en pie, pálida, temblando ligeramente, con la garganta oprimida, por la emoción.

—¿Qué es eso? —preguntó Kirk—. ¿Qué ocurre?

—¡Un hombre! —dijo ella angustiada—. No podía yo sufrir la oscuridad... me hacía perder la razón. Me salí al jardín. Estaba al lado de la barandilla cuando vi a un hombre saltar por una ventana con luz del piso de abajo y huir por la bajada de incendios. Desapareció en la niebla.

—Abajo están mis oficinas —dijo tranquilamente Kirk—. Vamos a mirar. *Sir Frederic*... (Miró de un lado a otro). ¿Dónde está *sir Frederic*? —preguntó.

Entró en la sala *Paradise* procedente de las habitaciones de servicio.

—Perdone, señor —dijo—. *Sir Frederic* bajó a las oficinas hará cosa de diez minutos.

—¿A las oficinas? ¿A qué?

—Estaba sonando la señal de alarma de junto a su cama de usted, señor. La que está conectada con el piso de abajo por si entran ladrones. Al mismo tiempo de advertirlo yo, entraba en la habitación *sir Frederic*. Me dijo: «Yo miraré lo que pasa, *Paradise*. No moleste a nadie más».

Kirk se volvió a *Charlie Chan*:

—Sargento, ¿quiere usted hacer el favor de venir conmigo?

*Charlie* le siguió en silencio a la escalera y bajaron juntos. Las oficinas estaban deslumbrantes de luz. La habitación posterior donde daba la escalera estaba desierta. Pasaron a la habitación central.

Había abierta una ventana de par en par y entre la niebla exterior Chan columbró las barras de hierro de la bajada de incendios. También parecía estar desierta aquella habitación. Pero, pasado el escritorio, Barry Kirk, que iba delante, lanzó una débil exclamación y cayó de rodillas.

Chan acudió rodeando la mesa. No le sorprendió lo que veía, pero le apenó profundamente. *Sir Frederic Bruce* yacía en el suelo, con un balazo en el corazón. A su lado había un volumen pequeño, encuadernado en tela amarilla oro.

Kirk se levantó espantado.

—¡En mi oficina! —dijo débilmente, como si eso fuera lo importante—. ¡Es horrible! ¡Horrible! ¡Dios mío! ¡Mire usted!

Y señalaba a *sir Frederic*. Los pies del detective tenían puestos calcetines negros... y nada más. No llevaba zapatos.

—Paradise había bajado detrás. Por un momento se quedó mirando al hombre que yacía muerto en tierra y luego se dirigió a Barry Kirk.

—Cuando bajó *sir Frederic* —dijo— llevaba unas zapatillas de terciopelo. Unas zapatillas como si fueran chinas, señor.

## CAPÍTULO IV

### *La factura del cielo*

Barry Kirk miraba en torno su oficina; se le hacía imposible creer que en una habitación corriente y familiar como aquella hubiera podido la tragedia abrirse paso. Pero allí estaba en el suelo la silenciosa figura momentos antes tan llena de vida y energía.

—¡Pobre *sir* Frederic! —dijo—. Hoy mismo me decía que estaba al final de un largo camino. Más cerca de lo que él pensaba. (Se detuvo). Un largo camino, sargento. Sólo muy pocos de nosotros tenemos conocimiento de qué relación puede tener esto con un pasado remoto.

Chan asintió con la cabeza. Había estado mirando un enorme reloj de oro, y ahora había cerrado la tapa y se lo había vuelto a meter en el bolsillo.

—La muerte es la factura del cielo —observó—. En esta ocasión una factura de partidas bien complicadas.

—¿Qué es lo que hacemos? —preguntó Kirk desesperado—. Supongo que debemos llamar a la Policía. Pero ¡cielo santo! Este es un caso superior a las fuerzas de todos los policías que yo he conocido. Todo policía uniformado, quiero decir. (Hizo una pausa y miró a Chan con una amarga sonrisa). Tal vez usted quiera, *míster* Chan, encargarse de esto y...

En los ojillos negros brilló una luz de obstinación.

—Arriba está *miss* Morrow —dijo Chan—. Es una fortuna que así acontezca, ya que se trata de persona dependiente de la Fiscalía del distrito. Me permito sugerir humildemente...

—¡Oh, no se me había ocurrido! —dijo Kirk, y volviéndose al mayordomo añadió—: Paradise; diga a *miss* Morrow que haga el favor de bajar. Discúlpeme con los invitados y dígales que esperen.

—Bien, señor —contestó Paradise. Y salió.

Kirk recorrió la habitación lentamente de un lado a otro. Los cajones de la amplia mesa del despacho estaban abiertos y su contenido en desorden.

—Alguien ha andado buscando con verdadero frenesí —dijo.

Se detuvo ante la caja de caudales. La puerta estaba entreabierta.

—La caja está abierta —indicó Chan.

—Es extraño —dijo Kirk—. Esta tarde me dijo *sir* Frederic que sacara de ella todo lo que tuviera algún valor y me lo llevara arriba. Así lo hice. No me explicó la razón.

—Ya —asintió Chan—. Y cuando estábamos en la mesa habló, sin que viniera nada a cuento, del hecho de no haber cerrado la caja. Prodújome el asunto sorpresa a la sazón. Una cosa se manifiesta clara: *Sir* Frederic tenía el designio de armar un cepo. Una caja abierta para tentar a los salteadores. (Miró el librito que estaba junto al hombre muerto). No desordenemos nada. Pero tenga la cortesía de mirar el tomo y decirme dónde estaba colocado últimamente.

Kirk se inclinó sobre él.

—Es un Anuario del Cosmopolitan Club. Estaba generalmente en esa jaula sobre la que está el teléfono. No puede significar nada.

—Puede ser que no; puede ser que sí —dijo Chan encogiendo los menudos ojos—. Puede no ser y puede ser una indicación de la región de lo desconocido.

—No comprendo —murmuró Kirk.

—¿Era *sir* Frederic miembro o visitante del Cosmopolitan Club?

—Sí; le di yo una tarjeta quincenal. Escribió allí muchas de sus cartas. Pero no veo...

—Era hombre inteligente. Aun en momentos de tránsito, su mano moribunda se habrá cuidado de dejar tras de sí una clave esencial.

—Y ahora que hablamos de eso —dijo Kirk—, ¿dónde están las zapatillas de terciopelo? ¿Adónde han ido a parar?

—Las zapatillas fueron clave esencial en un caso, largo tiempo ha. ¿Qué habían de significar ahora? Positivamente, nada. Si he de dejarme llevar de mi propia inclinación y consejo, en esta ocasión buscaré en otro sitio.

Entró en la estancia *miss* Morrow. Tenía generalmente buen color; color auténtico que es el don que hace la niebla a las hijas de San Francisco. Pero ahora estaba mortalmente pálida. Sin hablar, pasó detrás de la mesa y miró. Pareció, por un momento, que iba a desvanecerse y Barry Kirk dio un paso hacia ella.

—¡No, no! —exclamó la joven.

—Creí... —dijo él sin terminar.

—Creyó usted que iba a desmayarme. Absurdo. Esta es mi profesión... Me ha correspondido a mí y yo me encargaré de ello. Si usted cree que no soy capaz...

—De ningún modo —protestó Kirk.

—Sí, lo cree usted. Como lo creería cualquiera. Yo les enseñaré a todos. Supongo que habrán ustedes llamado a la Policía.

—Todavía no —contestó Kirk.

Ella se sentó resueltamente ante la mesa y tomó el teléfono.

—Davenport, 20 -dijo—. ¿Palacio de Justicia? El capitán Flannery, haga el favor... ¡Hola, capitán! Aquí *miss* Morrow, de la Fiscalía del distrito. Se ha cometido un asesinato en el despacho de *míster* Kirk, en el último piso de la casa Kirk, Mejor

será que venga usted mismo... Muchas gracias... Sí, yo me encargaré.

Se levantó, y, dando vuelta a la mesa, se inclinó sobre el cuerpo de *sir* Frederic. Miró el libro y su mirada se fijó después, no sin asombro, en los pies cubiertos sólo por los calcetines. Se volvió a Chan interrogativa.

—Las zapatillas de Hilary Galt —asintió él—. Recuerdo de un caso desafortunado, adornábanle los pies cuando descendió. He aquí a Paradise, que podría explicar a usted.

El mayordomo había vuelto y *miss* Morrow se le dirigió:

—Díganos lo que sepa, haga el favor —le dijo.

—Yo estaba en las habitaciones interiores —dijo Paradise—. Me pareció oír el zumbido de un aparato de alarma que hay junto a la cama de *míster* Kirk; el que está conectado con la caja de caudales y con las ventanas de esta habitación. Eché a correr para asegurarme, pero entró inmediatamente *sir* Frederic. Hubiera podido decirse que lo estaba esperando. No sé por qué me dio esa impresión... No puedo decirlo...

—Adelante —dijo la joven—. ¿De modo que *sir* Frederic entró detrás de usted en el cuarto de *míster* Kirk?

—Sí, *miss*. «Anda alguien abajo, *sir*, —le dije. *Sir* Frederic se volvió a mirar a la sala que estaba a oscuras—. Eso creo, Paradise, —dijo. Estaba sonriente—. Yo veré lo qué es, —añadió—. No moleste a *míster* Kirk ni a los invitados. —Le acompañé a su habitación. Se quitó los zapatos—. Puede ser que estén las escaleras algo sucias, —le indiqué. Se echó a reír—. Bueno —dijo—; pero yo tengo aquí justamente lo que hace falta. —Tenía las zapatillas de terciopelo al lado de la cama. Se las puso—. Con esto andaré bien suave, Paradise», me dijo. Ya junto a los escalones le detuve. No sé qué presentimiento tuve... Me ocurre a veces... Tengo como corazonadas...

—Le detuvo usted —cortó Kirk.

—Sí, señor. Respetuosamente, desde luego. «¿Lleva usted armas, *sir* Frederic?». —Se lo pregunté con toda franqueza, sin rodeos. Movié la cabeza—. No hace falta, —contestó—. Me parece que nuestro visitante es del sexo débil». Y bajó... bajó a su muerte.

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales se ponderó el relato del servidor.

—Debemos ir a decírselo a los demás —dijo la joven—. Alguien tiene que quedarse aquí. Si *míster* Chan es tan amable...

—Me causa el más agudo dolor haber de mostrarme en desacuerdo —contestó Chan—. Sírvase perdonarme. Pero por lo que a mí hace, hállome preso de la mayor curiosidad por apreciar cómo se recibe la noticia en la habitación superior.

—¡Yo me quedaré con mucho gusto, *miss*! —dijo Paradise.

—Muy bien —contestó la joven—. Tan pronto como llegue el capitán Flannery haga el favor de avisarme.

Emprendió la subida y la siguieron Kirk y el menudo detective de Honolulu.

Los invitados de Barry Kirk estaban sentados, en silencio expectante, en la sala,

brillantemente iluminada ahora. Miraron interrogativamente a los tres que subían. Kirk se quedó mirándoles sin saber cómo empezar.

—Tengo que darles a ustedes una noticia espantosa —dijo—. Una desgracia, una terrible desgracia.

Los ojos de Chan movíanse rápidamente de un lado al otro del grupo y, hecha la elección, claváronse por fin en el rostro pálido y ávido de Elena Enderby.

—*Sir* Frederic Bruce ha sido asesinado en mi despacho —terminó Kirk.

Hubo un instante de silencio, de aliento contenido, y luego *mistress* Enderby se puso en pie.

—Es la oscuridad —dijo, con una voz áspera e impresionada—. Ya lo sabía yo. Ya sabía yo que ocurriría algo cuando se apagaran las luces. Lo sabía, se lo dije a ustedes...

Su marido se le acercó para calmarla y Chan siguió en pie mirando, no a Elena, sino al coronel John Bettham. Por un breve instante creyó que había caído la máscara de aquellos ojos cansados y desilusionados. Por un momento sólo.

Empezaron a hablar todos a la vez. Gradualmente fue logrando *miss* Morrow hacerse oír en medio de la confusión.

—Hay que tomarlo con serenidad —dijo, de tal modo que Barry Kirk se admiró de su aplomo—. Naturalmente, todos somos sospechosos. Nosotros...

—¿Cómo? ¡Me parece muy bien! —dijo *mistress* Dawson—. Sospechosos, no hay duda.

—El cuarto estaba en completa oscuridad —continuó *miss* Morrow—. Había mucho entrar y salir. No quiero subrayar mi papel oficial en el asunto; pero tal vez prefieran ustedes mis métodos a los del capitán de Policía. ¿Cuántos de ustedes han salido de esta habitación durante la proyección de las películas del coronel Bettham?

Embarazoso silencio que rompió *mistress* Kirk diciendo:

—Yo encontraba las películas interesantísimas... Un momento fui a la cocina...

—A echar una ojeada a mis arreglos domésticos —indicó Barry Kirk.

—Nada de eso. Es que tenía la boca seca. Fui a beber un vaso de agua.

—¿No vio usted nada de particular? —preguntó *miss* Morrow.

—Aparte los métodos de gran despilfarro que parecen estar a la orden del día en la cocina, nada —contestó *mistress* Kirk resueltamente.

—¿Y *mistress* Tupper-Brock? —dijo *miss* Morrow.

—Yo estaba en el sofá con *miss* Garland —contestó la dama—. Ninguna de las dos nos hemos movido en todo el tiempo.

Hablaba con voz fría y tranquila.

Nuevo silencio. Habló Kirk:

—Estoy seguro de que ninguno de nosotros es capaz de cometer una descortesía con el coronel —dijo—. La diversión que nos ofrecía era deliciosa y todos le estamos agradecidísimos por el honor que con ello nos ha hecho. Yo, desde luego, he estado en la habitación todo el rato..., es decir... salvo un breve instante que he salido al



jardín... No vi allí a nadie... salvo...

Chan se adelantó.

—En cuanto a mí, he hallado el más intenso deleite en las películas. Un instante acometióme el deseo de estar solo para digerir los grandes acontecimientos que habían herido mi retina reflejados por la pantalla. Por esta razón invadí el jardín y hallé en él a míster Kirk. Un instante dedicamos a maravillarnos del distinguido coronel Bettham, de su valor indomable, su profundo talento, sus servicios a la humanidad. Volvimos a entrarnos muy luego, porque no queríamos perder más del grandioso espectáculo. (Hizo una pausa). Antes de reasumir la posición sedente, hirióme el oído un ruido procedente del vestíbulo. Salí con sigiloso andar y contemplé...

—Las películas eran maravillosas, sin duda ninguna —dijo Carry Enderby—. Me han gustado muchísimo. Pero si he de decir toda la verdad me salí a la escalera a fumar un cigarrillo...

—¡Idiota! —le gritó su mujer—. Tú tenías que haber sido.

—Pero ¿por qué no? Nada vi. Nada había que ver. En el piso de abajo no había nadie. (Se dirigió a *miss* Morrow). El que haya cometido ese crimen horrible se ha escapado por la bajada de incendios. Usted ya sabe que...

—Ya —le atajó Chan—. Lo sabemos porque nos lo ha dicho su esposa de usted.

Miró a *miss* Morrow y sus ojos se encontraron.

—Porque se lo ha dicho mi esposa, eso es —repitió Enderby—. Y oiga: ¿qué quiere usted decir con...?

—No es nada —interrumpió *miss* Morrow—. Coronel Bettham: usted estuvo ocupado con la máquina. Quitando un intervalo como de unos diez minutos en que la dejó usted funcionar sola.

—En efecto —dijo el coronel con sencillez—. No he salido de la habitación, *miss* Morrow.

Elena Enderby se levantó.

—Míster Kirk; no tenemos más remedio que marcharnos. La comida ha sido un encanto. Es terrible que haya terminado de manera tan trágica. Yo...

—Un momento —dijo June Morrow—. Yo no puedo permitirles salir a ustedes hasta que el capitán de Policía lo autorice.

—¿Cómo? —exclamó la mujer—. Esto es ofensivo. Quiere decirse que estamos prisioneros aquí...

—¡Pero Elena! —protestó su marido.

—Lo siento mucho —dijo la joven—. Yo les evitaré a ustedes en cuanto de mí dependa la molestia de un nuevo interrogatorio. Pero no tienen ustedes más remedio que esperar.

*Mistress* Enderby se apartó violentamente, y una hombrera de piel que llevaba se le cayó y quedó colgando. Acudió Chan a recogerla, dio otro paso la mujer y él se quedó con la hombrera en la mano. *Mistress* Enderby se volvió y notó que los ojillos

negros del detective se fijaban con agudo interés en la delantera de su vestido, azul pálido, y siguiendo la mirada de él, ella se miró.

—Estoy consternado —dijo Chan—. Consternado. Espero que el delicado adorno no habrá quedado por completo inservible.

—Deme esa hombrera —dijo ella, ásperamente, al tiempo que se la arrancaba de la mano.

Se presentó Paradise en la puerta de entrada.

—Con permiso, *miss Morrow* —dijo—. Abajo está el capitán Flannery.

—Háganme ustedes el favor de esperar aquí —dijo la joven—. Todos ustedes. Yo procuraré que queden ustedes libres lo antes que pueda.

Volvió al piso veinte acompañada de Kirk y Charlie Chan. En la habitación central encontraron al capitán Flannery, un recio *policeman*, con cabello gris, como de cincuenta años. Le acompañaban dos policías de uniforme y un doctor del servicio.

—Buenas, *miss Morrow* —dijo el capitán—. Esto es una... quiero decir una cosa terrible. *Sir Frederic Bruce*, de Scotland Yard... Ya estamos listos. Como no lo resolvamos en seguida, se nos va a echar encima toda Scotland Yard.

—Me parece que se nos va a echar —admitió *miss Morrow*, que hizo luego las presentaciones—. El capitán Flannery, *míster Kirk*. Y este señor es el sargento-detective Charlie Chan, de Honolulu.

El capitán consideró atentamente al compañero detective.

—¿Cómo está usted, sargento? Yo he leído en los periódicos algo acerca de usted. Pronto ha acudido usted a este caso.

Chan se encogió de hombros.

—No es tarea que me competa —contestó—. Le corresponde a usted, y sea a ella bien venido. Yo estoy aquí en sociedad, como invitado de *míster Kirk*.

—Eso es diferente —dijo el capitán algo aliviado—. *Miss Morrow*, ¿qué es lo que ha descubierto usted?

—Muy poco. *Míster Kirk* daba una comida arriba. (Dio cuenta de la lista de los comensales, de la proyección de películas en la oscuridad y del relato del mayordomo referente al descenso de *sir Frederic* al piso de abajo, llevando puestas las zapatillas de terciopelo). Tiene el asunto otros aspectos que luego examinaremos juntos —añadió.

—Perfectamente. Supongo que el fiscal querrá llevar el asunto por sí mismo.

La joven enrojeció.

—Tal vez. Esta noche está fuera. Es posible que quiera dejarlo en mis manos.

—Es un asunto muy importante, *miss Morrow* —dijo el capitán, sin darse cuenta de su descortesía—. No habrá usted dejado marchar a los de arriba ¿verdad?

—Claro que no.

—Muy bien. Ahora los veré. He mandado al vigilante nocturno que cierre la puerta de la calle y me traiga a todas las personas que haya en la casa. Ahora vamos a

ver si podemos fijar cuándo ha sido esto. ¿Cuánto tiempo lleva muerto, doctor?

—No más de media hora —contestó el doctor.

—Demando humildemente perdón por inmiscuirme —dijo Chan—. El homicidio ocurrió presuntamente a las diez y veinte minutos.

—¿Está usted seguro?

—No tengo el hábito de hablar con ligereza. A las diez y veinticinco encontramos el cadáver, precisamente cinco minutos después de haber irrumpido una dama, que está en el piso superior, con la nueva de haberse evadido un hombre por la bajada de incendios.

—¡Hum! Parece que han estado registrando la habitación. (Flannery se volvió a Barry Kirk). ¿Falta algo?

—No he tenido tiempo de investigar —dijo Kirk—. Si falta algo me parece que será de propiedad de *Sir Frederic*.

—Este despacho es de usted ¿no?

—Sí. Pero lo habilité para *sir Frederic*. Tenía varios papeles y cosas así.

—¿Papeles? Y ¿para qué? Yo pensé que estaba retirado.

—Parece que seguía interesado en ciertos y determinados casos —dijo *miss Morrow*—. Ese es uno de los puntos que trataré con usted luego.

—Nueva intromisión, sintiéndolo en lo más profundo del alma —observó Chan—. Si no sabemos lo que se han llevado sabemos al menos tras lo que iban.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Flannery, mirando a Chan fríamente.

—*Sir Frederic* era detective, y gran detective inglés. Todos los detectives ingleses reúnen detallados expedientes de todos los casos. No hay duda de que aquí se buscaban los datos sobre un determinado caso, en los cuales el criminal estaba interesado profundamente.

—Puede ser —admitió el capitán—. Luego registraremos la habitación.

Añadió dirigiéndose a los guardias:

—Echen un vistazo a la bajada de incendios.

Desaparecieron por ella en la niebla. Al mismo tiempo se abrió la puerta que comunicaba con el recibimiento y entró un extraño grupo. Iba delante un hombre de mediana edad, recio; era *míster Cuttle*, el vigilante nocturno.

—Aquí están, capitán —dijo—. Le traigo a todos los que estaban en la casa, quitando unas cuantas mujeres de la limpieza que no tienen nada que ver con este piso. Después podrá usted verlas, si quiere. Esta es *mistress Dyke*, que está al cuidado de los dos pisos de arriba.

*Mistress Dike*, muy asustada, dijo que había acabado de arreglar el despacho de Kirk a las siete y que había dejado el aparato de alarma dispuesto para funcionar, según tenía por costumbre. No había vuelto. No había visto en la casa a nadie que le fuera desconocido.

—¿Y éste quién es? —preguntó el capitán, volviéndose hacia un joven pálido y de pelo rubio claro que daba muestras de hallarse extremadamente nervioso.

—Estoy empleado en Brace and Davis, peritos mercantiles matriculados —dijo el joven—. Me llamo Samuel Smith. Estaba trabajando esta noche para ponerme al corriente (he estado enfermo), cuando míster Cuttle me dijo que me llamaban aquí. No sé nada de este suceso terrible.

Flannery se volvió al cuarto y último miembro de la partida, una joven cuyo uniforme la designaba como encargada de uno de los ascensores.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Grace Lane, señor —le dijo ella.

—Encargada del ascensor ¿no?

—Sí, señor. Míster Kirk mandó recado de que nos teníamos que quedar una esta noche hasta más de la hora. Para atender a los invitados.

—¿A cuántas personas ha puesto usted el ascensor desde que se cerró el despacho?

—No las llevé por cuenta. Unas cuantas señoras y caballeros; invitados de míster Kirk, desde luego.

—¿No recuerda usted de nadie que tuviera otro aspecto?

—No, señor.

—Esta casa es grande —dijo Flannery—. Lo probable es que esta noche haya trabajado alguien más que este señor Smith. ¿Recuerda usted?

La muchacha titubeó.

—Había... Había otro.

—¿Y quién era?

—Una joven que está empleada en las oficinas de los Importadores de Calcuta en este piso. Se llama *miss* Lila Barr.

—¿De manera que trabajando aquí esta noche? En este piso. ¿Y no está ya?

—No, señor. Salió hace rato.

—¿Cuánto rato?

—No puedo decirlo exactamente, señor. Como media hora; tal vez algo más.

—¡Hum!

El capitán tomó nota de los nombres y direcciones y despachó a los declarantes. Al mismo tiempo que salían entraron por la bajada de incendios los guardias, y, dejándolos a ellos al cuidado, Flannery pidió que le guiaran al piso de arriba.

Los invitados estaban sentados en actitud relativamente paciente, formando semicírculo en la sala. Se colocó en medio de ellos el capitán, con una expresión de confianza que estaba muy lejos de sentir. Se quedó mirándolos.

—Ya comprenderán ustedes que es lo que vengo a hacer aquí —dijo—. *Miss* Morrow me ha dicho que ya ha hablado con ustedes y yo no he de repetir sus pasos. No obstante, necesito el nombre y la dirección de todos ustedes. (Se volvió a *miss* Kirk). Empecemos por usted.

Ella contestó con cierta tirantez:

—Es usted muy amable. Soy *mistress* Dawson Kirk —y añadió su dirección.

—Usted —dijo Flannery, dirigiéndose al explorador.

—Coronel John Bettham. Estoy de paso en la ciudad y paro en el Fairmont.

Flannery siguió haciendo la lista. Cuando la hubo terminado añadió:

—¿Tiene alguno de ustedes que decir algo que sirva para esclarecer el caso? En caso afirmativo lo mejor es que me lo digan, desde luego. La cosa será mucho menos divertida si soy yo quien lo averigua por sí mismo más adelante. (Nadie habló). Una señora ha visto a un hombre descender por la bajada de incendios —dijo resueltamente.

—Yo lo vi —dijo Elena Enderby—. Ya se lo he contado a *miss* Morrow. Salí al jardín...

Relató de nuevo lo que había visto.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó Flannery.

—No puedo decir. Se le veía muy borroso con la niebla.

—Muy bien. Pueden marcharse todos. Tendré que hablar con algunos de ustedes más adelante.

Y pasando por delante de ellos salió al jardín.

Uno tras otro fueron despidiéndose forzosamente y partieron. *Mistress* Kirk y su acompañante, *miss* Gloria Garland; después los Enderby y finalmente el explorador. Charlie Chan tomó también su sombrero y su abrigo mientras *miss* Morrow le miraba curiosamente.

—Hasta tanto que el siniestro suceso vino a ensombrecer la fiesta —dijo Chan—, la noche fue de indiscutible alegría y exaltación. Míster Kirk...

—¡Ah! Pero usted no puede marcharse —exclamó *miss* Morrow—. Hágame el favor. Necesito hablar con usted.

—Mañana seré un pasajero sobre los mares —le recordó Chan—. Lo sucedido ha debilitado mi ánimo considerablemente. Necesito dormir, tranquilizarme...

—Sólo le necesito un momento —le rogó ella.

Y Chan accedió con un movimiento de cabeza.

El capitán Flannery volvió a entrar procedente del jardín.

—¡Qué oscuro está ahí fuera! —dijo—. Pero si no me equivoco cualquiera ha podido muy bien llegar al piso de abajo por la bajada de incendios ¿verdad?

—Indudablemente —contestó Kirk.

—Importante descubrimiento —aprobó Chan—. En el vestido de una de las damas invitadas había huellas de óxido de hierro que pudieran haber sido determinadas por... Pero ¿quién soy yo para hablar así a un hombre de la agudeza del capitán? Seguramente usted advirtió el hecho.

Flannery enrojeció.

—La verdad, no puedo afirmar que lo advirtiera. ¿Qué señora?

—La llamada *mistress* Enderby, que fue testigo de cómo el hombre huía... De nada, señor. Encantado de ser de alguna, aunque escasa, utilidad.

—Vamos abajo —gruñó más que dijo Flannery.

En el piso de abajo estuvo unos momentos mirando en torno. Añadió:

—Me parece que aquí voy a tener tarea.

—Yo me permito despedirme —dijo significativamente Chan.

—Se marcha usted ¿eh? —dijo Flannery con marcada satisfacción.

—Me marchó lejos —dijo Chan con una sonrisa—. Mañana parto para Honolulu. Le dejo a usted entregado al más importante asunto de su vida profesional. No le tengo envidia, ciertamente.

—Saldremos de ello —replicó Flannery.

—Tan solo el insensato pudiera dudar. Pero habrá usted de realizar larga tarea. Considere: ¿Quién es el grande hombre que yace silente en esa alfombra? Un famoso detective, de gloriosa historia. ¿Qué significa esto? Un millar de triunfos... y un millar de enemigos. Por toda la redondez del mundo hay repartidos hombres que diéranle muerte con el más regocijado corazón. Larga jornada para usted, capitán. Hago los más fervientes votos por la brillantez del resultado. Ojalá salga usted adornado con los deslumbradores ornamentos del buen éxito.

—Gracias —dijo Flannery.

—Un último punto. Y perdone si me permito una última intervención. (Tomó de sobre la mesa un pequeño volumen amarillo y lo mostró). El mismo que estaba junto al hombre muerto cuando cayó.

Flannery asintió.

—Ya lo sé. El libro del Cosmopolitan Club. Maldito lo que tiene que ver en el asunto.

—Tal vez. Yo soy un estúpido chino procedente de una isla insignificante. Yo nada sé. Pero si yo interviniera en el caso tomaría en consideración el libro, capitán Flannery. En medio de mis noches me despertara para pensar en el libro. Adiós, y tenga por repetidos los votos de que ya he hecho mérito.

Hizo una profunda reverencia, y atravesando el recibimiento llegó al *hall*. Kirk y la joven le siguieron silenciosos. Ella puso a Chan una mano en el brazo.

—¡Sargento, no se vaya usted! —gritó con desesperación—. No puede usted abandonarme así. Le necesito.

—Destroza usted mi corazón en innúmeros fragmentos —contestó él—. No obstante, el plan está dispuesto.

—Pero el pobre capitán Flannery... Esto está muy por encima de sus posibilidades. Usted sabe del caso más que él. Quédese; yo haré que le den todo género de facilidades...

—Eso digo yo —intervino Barry Kirk—. No puede usted marcharse. ¿Es posible que no sienta usted curiosidad?

—Las montañas más azules son las que están más lejos —dijo Chan—. La más azul de todas es Punchbowl Hill, donde mi familia está esperándome...

—Pero es que yo dependo de lo que usted haga —suplicó la joven—. Necesito triunfar; no tengo más remedio. Si usted se quedara...

Chan se apartó de ella.

—Lo siento mucho. El cartero en su día libre da largos paseos, házeme dicho. Yo he hecho otro tanto y estoy cansado. Lo siento mucho, pero retorno a Honolulu mañana. (Se abrió la puerta del ascensor. Chan hizo una profunda reverencia). He tenido el mayor placer en conocer a ustedes. Tal vez volvamos a encontrarnos. Adiós.

Como un Buda, inmutable y severo, desapareció hacia abajo. Kirk y la joven se volvieron al despacho, donde estaba el capitán Flannery entregado de lleno a sus pesquisas.

Chan cruzó vivamente por entre la niebla hasta el Stewart Hotel. En el mostrador le entregaron un cable que leyó con faz radiante. Aún sonreía cuando en su cuarto sonó el teléfono. Era Kirk.

—Óigame —dijo Kirk—. Después de irse usted hemos hecho en el despacho el descubrimiento más asombroso.

—Complacidísimo de saberlo —contestó Chan.

—Debajo de la mesa había una perla del collar de Gloria Garland.

—Con lo cual se abre —dijo Chan— un nuevo campo a la maravilla. Mi más calurosa enhorabuena.

—Pero —exclamó Kirk— ¿es posible que no esté usted interesado? ¿Por qué no se queda y nos ayuda a buscar qué hay en el fondo de todo esto?

Nuevamente se dejó ver la terquedad en los ojos de Charlie.

—No es posible. Breves minutos ha he recibido un cable que me llama a casa con incontrastable fuerza. Nada puede sujetarme ya en el continente.

—¿Un cable? ¿De quién?

—De mi esposa. Gloriosa noticia. Hemos recibido a nuestro hijo décimo primero... Varón.

## CAPÍTULO V

### *La voz en el camarote de al lado*

Charlie Chan se levantó a las ocho de la mañana, y mientras se quitaba los pequeños brotes de barba negra de las mejillas, sonrió feliz a la imagen suya que reflejaba el espejo. En breves días, se prometió a sí mismo, se hallaría en Punchbowl Hill, junto a una cuna, y el último de los Chan podría contemplar al cabo la sonrisa de bienvenida de su padre.

Con rápido paso bajó a desayunarse. En la primera plana del periódico matinal estaba el suceso de *sir* Frederic y por un instante Chan entornó los ojos. Complicado misterio, en verdad. Interesante llegar al fondo de él... Pero ésta era la difícil tarea que a otros correspondía. Si le hubiera correspondido a él lo hubiera aceptado sin reparo; pero desde su punto de vista el asunto no le importaba. A casa: esto era lo único que le tenía con cuidado.

Soltó el periódico y volvió a volar su pensamiento hacia el niño de Honolulu. Un ciudadano americano, un futuro *boy scout*, formado bajo la bandera americana, debía llevar un nombre americano. Chan había cobrado gran afición a su original anfitrión de la noche pasada. Barry Chan, ¿eh? ¿Qué tal?

Cuando estaba terminando el té vio en la puerta del comedor la menuda y nerviosa figura de Bill Rankin, el repórter. Firmó su cuenta, dejó una generosa propina y se unió a Rankin en el vestíbulo.

—¡Hola! —dijo el repórter—. Parece que se armó un pequeño jaleo anoche en la Casa Kirk.

—Horriblemente desolador —contestó Chan.

Se sentaron en un amplio sofá y Rankin encendió un cigarrillo.

—Tengo una información que tal vez le interesará a usted —continuó el periodista.

—Pidiéndole humildemente perdón he de advertirle que padece usted un error, por otra parte, perfectamente natural —dijo Chan.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir...?

—No estoy encargado del caso —le dijo Chan con toda calma.

—Pero eso no es posible.

—Dentro de tres horas me voy.



Rankin dio un repullo.

—¿Es posible? Yo ya sabía que tenía usted el proyecto de marchar, pero suponía... ¡Pero si este es el suceso más grande que ha ocurrido aquí desde el incendio! *Sir Frederic Bruce*... Se trata de una catástrofe internacional. Yo pensé que se precipitaría usted sobre ello...

—No soy yo —dijo Charlie sonriendo— del género de hombres que se precipitan sobre nada. Asuntos personales me reclaman en Hawai. El cartero se niega a dar un nuevo paseo. Caso interesantísimo, pero, como suele decir mi primo Willie, inclinado al argot, a mí me sale por una friolera.

—Ya sé —dijo Rankin—. El oriental calmoso, frío. No se ha excitado usted en su vida ¿verdad?

—¿Y qué hubiera ganado con ello? He contemplado al ciudadano americano. Le laten las sienas. Le salta el corazón. Vibran todas las fibras de su cuerpo. ¿Con qué resultado? Un año sustraído a su vida.

—Bien; es usted más fuerte que yo —dijo Rankin, reclinándose y tratando de tranquilizarse un poco él también—. Supongo que no le molestaré con hablarle de *sir Frederic*. He estado todo el tiempo pensando en nuestro almuerzo del St. Francis, y ¿sabe usted lo que pienso?

—Saberlo sería para mi objeto de la mayor satisfacción —contestó Chan.

—«Quince años son una recia cortina en la frontera india», dijo *sir Frederic*. Si me preguntaran a mí diría que para resolver el misterio de su asesinato hay que mirar tras de esa cortina.

—Fácil de decir, pero difícil de hacer —indicó Chan.

—Muy difícil, y por eso es por lo que usted... Pero, bueno, váyase y tome el vapor. Sin embargo, la desaparición de Eva Durand está mezclada de algún modo en esto. Y puede ser que también el asesinato de Hilary Galt.

—¿Tiene usted razones para pensarlo así?

—Ciertamente que las tengo: En el mismo momento en que yo iba a sentarme para escribir una divertida información acerca del almuerzo se presentó precipitadamente *sir Frederic* en la redacción de *El Globo* y me pidió que no publicara nada. ¿Por qué lo hizo? Esto es lo que yo le pregunto a usted.

—Y yo hago pausa para esperar su respuesta.

—Pues óigala. *Sir Frederic* estaba trabajando todavía en uno o, tal vez, en los dos casos. Más aún: había averiguado algo. La visita a Peshawar de que nos habló tal vez no fuera tan desprovista de resultados como nos dijo. Puede que actualmente Eva Durand esté en San Francisco. Desde luego, alguien relacionado con uno de estos dos casos está aquí... El que tiró anoche del gatillo. En cuanto a mí, yo recurriría al «*cherchez la femme*». Es francés.

—Lo sé —asintió Chan—. Hay que dar con la mujer. Plan excelente. Yo también lo seguiría.

—¡Ah! ¡Ya lo sabía yo! Y por esto es por lo que tiene tanta importancia mi

información. La otra noche subí a la casa de Kirk a ver a *sir* Frederic. Paradise me dijo que estaba en el despacho. Y justamente cuando yo me acercaba a la puerta de la oficina se abrió y una mujer joven...

—Un momento —le interrumpió Chan—. Pidiéndole perdón por haberle interrumpido, le sugiero que debe usted ir inmediatamente con su relato a *miss* Morrow. Yo no tengo nada que ver.

Rankin se levantó.

—Muy bien. No puedo con usted. Es un hombre de piedra. Le deseo feliz viaje. Y espero que si el misterio se desvanece usted no se entere siquiera.

En el rostro de Chan se dibujó una dilatada sonrisa.

—Aprecio mucho sus amables deseos. Adiós y buena suerte dentro de lo posible.

Vio al repórter salir rápidamente del vestíbulo a la calle, se volvió arriba y terminó de hacer su equipaje. Una mirada a su reloj le dijo que tenía tiempo de sobra y marchó a despedirse de su pariente de la Ciudad China. Cuando volvía al hotel a recoger sus maletas estaba esperándole *miss* Morrow.

—¡Cuán venturosa suerte! —exclamó Chan—. Una vez más recibo la sin igual recompensa de ver su interesante rostro.

—Desde luego —contestó ella—. No tenía más remedio que volver a verle. El fiscal del distrito ha puesto el asunto en mis manos y es la mayor oportunidad de mi vida. ¿Sigue usted resuelto a volverse a su casa?

—Más que nunca. (Dejó sitio a la joven en el sofá). Anoche tuve un cable delicioso.

—Ya lo sé. Estaba yo allí cuando le telefoneó *míster* Kirk. Un varón, me parece que me dijo.

—El más hermoso regalo del cielo —asintió Chan.

*Miss* Morrow suspiró:

—¡Si al menos hubiera sido una niña!... —dijo.

—La buena suerte —dijo Chan— me persigue en tales asuntos. De once oportunidades sólo he recibido tres desengaños.

—Es usted hombre de fortuna. Sin embargo, las chicas son un mal necesario.

—Es usted indebidamente rigurosa. Necesario, desde luego. Y en el caso de usted no se puede hablar tampoco de mal.

Entró en el vestíbulo *Barry* Kirk y se les incorporó.

—Buenos días, padre —dijo sonriendo—. Aquí estamos todos a despedir al huésped que nos deja.

Chan miró su reloj. *Miss* Morrow sonrió.

—Todavía le queda a usted mucho tiempo —le dijo—. Al menos présteme el apoyo de su consejo antes de marcharse.

—Gran honor para mí —otorgó Chan—. No merece la pena, pero está a su incondicional servicio.

—El capitán *Flannery* está completamente desorientado, aunque, desde luego, no

lo quiere reconocer. Le conté todo lo de Hilary Galt y Eva Durand, abrió la boca y se olvidó de cerrarla.

—Hombres mejores que el capitán pudieran también detenerse en el bostezo de la duda.

—En efecto; lo reconozco. (La perplejidad arrugó la blanca frente de *miss* Morrow). Además, está todo tan separado. San Francisco, Londres, Peshawar... Parece como si quien hubiera de descubrirlo tuviera que dar la vuelta al mundo.

Chan negó con la cabeza.

—Numerosos hilos alcanzan lejana distancia, pero la solución deberá estar en San Francisco. Acepte mi consejo y acometa el caso con ánimo decidido.

La joven se quedó preocupada.

—Sabemos —dijo— que Hilary Galt fue muerto hace dieciséis años. Mucho tiempo; pero *sir* Frederic era hombre para no abandonar jamás una pista. Sabemos también que a *sir* Frederic le interesó profundamente la desaparición de Eva Durand de Peshawar. Podía tratarse de simple curiosidad, pero si era así, ¿por qué fue corriendo a la redacción del periódico a pedir que no se publicara nada? No; era más que curiosidad. Estaba sobre la pista de algo.

—Y cerca del fin —intervino Kirk—. Él mismo me lo dijo.

*Miss* Morrow movió la cabeza.

—¿Cerca del fin? —continuó—. ¿Qué es lo que quiere decir eso? ¿Que había encontrado a Eva Durand? ¿Que estaba a punto de descubrir su identificación? ¿Y había alguien, Eva Durand u otra persona, decidida a que no ocurriera? ¿Tan decidido, o decidida, que no retrocedió ante el asesinato para callarle?

—Expresado con la mayor claridad —alabó Chan.

—Pero no está nada claro. ¿Estaba el asesinato de Hilary Galt relacionado en algún modo con la desaparición de esa joven de Peshawar? ¿Dónde han ido a parar las zapatillas de terciopelo? ¿Se las llevó el asesino de *sir* Frederic? Y si se las llevó, ¿para qué?

—Numerosas preguntas surgen —admitió Chan—. En tiempo oportuno recibirá usted las respuestas.

—No las recibiré jamás —suspiró la joven— sin la ayuda de usted.

—¡Qué dulce sonido el de sus adulaciones! (Pensó). Yo no hice pesquisas ningunas anoche en el despacho. Pero el capitán Flannery sí las hizo. ¿Qué se halló? ¿Documentos?

—Nada —dijo Kirk— que tenga relación alguna con el asunto. Nada en que se mencionara a Hilary Galt ni a Eva Durand.

Chan frunció el entrecejo.

—Y sin ningún género de duda, *sir* Frederic guardaba documentos. ¿Eran esos documentos lo que impulsó al asesino a su desenfrenada busca en el despacho? Sin duda que sí. ¿Los encontró él o ella? Parece acomodarse a la verdad, a no ser que...

—¿A no ser que, qué? —preguntó la joven rápidamente.

—A menos que *sir* Frederic los hubiera puesto por sí mismo en distante y seguro lugar. Según el exterior de los acontecimientos, él esperaba saqueo. Puede ser que armara la trampa con papeles sin valor. ¿Han registrado ustedes sus efectos personales en el dormitorio?

—Todo —le aseguró Kirk—. No se ha encontrado nada. En la mesa de abajo se han encontrado varios recortes de periódicos hablando de las desapariciones de otras mujeres, ocurridas de noche. Indudablemente a *sir* Frederic le interesaban particularmente estos casos.

—¿Otras mujeres? —dijo Chan pensativo.

—Sí. Pero Flannery creyó que aquellos recortes no significaban nada y creo que tenía razón.

—¿Y el recorte acerca de la desaparición de Eva Durand seguía en el bolsillo de *sir* Frederic?

—¡Mil diablos! —dijo Kirk, mirando a la joven—. No me había acordado siquiera. ¡Ese recorte ha desaparecido!

En los negros ojos de *miss* Morrow se reflejó el desaliento.

—¡Qué estupidez! —exclamó—. Ha desaparecido y el hecho no me ha producido la menor impresión. No soy más que una pobre mujer sin energía...

—Calme su desesperación —dijo Chan dulcemente—. Es un hecho que conviene anotar y nada más. Prueba que la busca de Eva Durand era asunto de gran valor en el espíritu del asesino. No tiene usted remedio. «*Cherchez la femme*». ¿Comprende usted?

—Buscar a la mujer —dijo *miss* Morrow.

—Exactamente. Y para tal caza será mucho mejor una cazadora que un cazador. Pensemos en los invitados a la comida. Míster Kirk, usted ha dicho que parte de aquellas personas estaban allí porque *sir* Frederic había solicitado su presencia. ¿Cuáles eran?

—Los Enderby —contestó Kirk rápidamente—. Yo no los conocía. Pero *sir* Frederic quiso que fueran.

—Es del más profundo interés. Los Enderby. *Mistress* Enderby estuvo toda la noche en un estado próximo al histerismo. El miedo a la oscuridad podía significar miedo a alguna otra cosa. ¿No es admisible que Eva Durand, con distinto nombre, se hubiera casado, cometiendo bigamia?

—Pero Eva Durand era rubia —le recordó *miss* Morrow.

—Verdad. Y Elena Enderby tiene el pelo como la noche. Por las noticias que yo tengo ese es punto fácil de arreglar. Puede alterarse el color del pelo, pero el color de los ojos... eso ya es diferente. Y los ojos de *mistress* Enderby son azules, nada en relación con las endríneas crenchas.

—¿No teme usted engañarse? —dijo sonriente Kirk.

—*Mistress* Enderby sale al jardín y ve al hombre en la bajada de incendios. Nos da cuenta de ello. Pero ¿le ha visto realmente? ¿O bien sabe que su esposo, que ha

salido a fumar un cigarrillo en las escaleras, ha empleado el tiempo en menos ociosa ocupación? ¿El hombre de la bajada de incendios, es un mito por ella inventado para proteger a su esposo? ¿Por qué tiene manchas en el traje? ¿De apoyarse con demasiada excitación y alarma en la balaustrada del jardín, húmeda por la niebla de la noche? ¿De haber saltado ella misma a la bajada de incendios? ¿Comprenden el significado? ¿Qué otros invitados acudieron a ruego de *sir* Frederic?

Kirk reflexionó y dijo luego:

—Me pidió que invitara a Gloria Garland.

Chan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me lo suponía. Gloria Garland: he aquí un nombre que parece convenir a ser humano ninguno. Más bien parece el nombre de una manufactura. Y Australia está dispuesta sobre el mapa de tal modo que muy bien pudiera ser apropiado fin de un viaje nacido en Peshawar. Rubia, de ojos azules; se le rompe el collar en la escalera. Y, sin embargo, ustedes encuentran una perla debajo de la mesa del despacho.

*Miss* Morrow hizo un signo de asentimiento.

—Sí... *Miss* Garland... Ciertamente es una posibilidad.

—Nos queda —continuó Chan— *mistress* Tupper-Brock. Mujer más bien morena. Pero ¿quién sabe? ¿Acaso solicitó también *sir* Frederic su presencia?

—No. No creo que supiera siquiera que existía en el mundo —dijo Kirk.

—Bien. Pero es cuerdo en la índole de nuestro trabajo, *miss* Morrow, estudiar incluso la más ligera de las posibilidades. El hombre tropieza en piedrecillas, jamás en montañas, Y dígame míster Kirk, la asistencia del coronel John Bettham ¿fue también idea de *sir* Frederic?

—No; no. Y, ahora que recuerdo, *sir* Frederic se quedó un poco sorprendido cuando se enteró de que asistía Bettham. Pero no dijo nada.

—Actualmente hemos echado un vistazo al dilatado campo, *miss* Morrow. Tiene usted tres damas dignas del más atento estudio por parte de usted: *Mistress* Enderby, *miss* Garland y *mistress* Tupper-Brock. Las tres de edad apropiada, en cuanto a un hombre humilde le es, posible decirlo en estos días de institutos de belleza, con sus sorprendentes juegos y maravillas. Esto sólo por lo que se refiere a los comensales...

—Y uno que no forma parte de ellos —agregó la joven, con sorpresa por parte de Chan.

—¡Oh! En cuanto a este punto estoy en las tinieblas de la ignorancia —dijo suspenso.

—¿Recuerda usted que la encargada del ascensor habló de una muchacha empleada en los Importadores de Calcuta, del piso veinte? Se llama *miss* Lila Barr. Anoche estuvo trabajando en su oficina.

—Ya —asintió Chan.

—Hace unos minutos estuvo a verme un periodista, Rankin, de *El Globo*. Me dijo que la noche antepasada fue a ver a *sir* Frederic al despacho de míster Kirk, un poco tarde ya. Cuando él llegó a la puerta salía una joven que iba llorando. Rankin la vio

enjugarse los ojos y meterse después en las oficinas de los Importadores de Calcuta. Una muchacha rubia, dijo.

Chan se había quedado serio.

—Una cuarta dama que reclama y exige nuestra atención. El problema aumenta de dimensiones. Tanta tarea y usted en medio de ella como una perla en un charco de lodo. (Se levantó). Lo siento mucho. Pero el «*Maui*» debe de estar ya a estas horas a punto de soltar las amarras...

—Otra cosa más —dijo la joven—: Usted insistió en hablar del anuario del Cosmopolitan Club, que estaba al lado de *sir* Frederic. ¿Es que le pareció a usted que tenía importancia?

Chan se encogió de hombros.

—Temo —dijo— haberme conducido con inoportunos modos. Me pareció el rasgo más sorprendente y enigmático de todos. No obstante lo cual, yo soy hartamente insignificante para pretender imponer una miserable idea mía en el cerebro del capitán Flannery. Lo que significara no puedo imaginarlo. Esto no le ocurrirá jamás al capitán Flannery:

Miró su reloj. La joven se levantó.

—No quiero molestarle a usted más —suspiró ella—. Tengo mucho que hacer, pero no sé separarme de usted. Le acompañaré al muelle, si no le importa. Tal vez por el camino se me ocurra alguna otra cosa.

—¡Que yo, miserable criatura, reciba tan desproporcionado honor! —dijo Chan, sonriendo—. Quedo privado de habla a fuerza de satisfacción, míster Kirk...

—¡Oh!, yo voy también —dijo Kirk—. Siempre es espectáculo que me gusta ver zarpar un barco. Yo debía haber sido marino.

Chan cogió su maletín, pagó la cuenta y los tres se metieron en el coche de Kirk, que estaba parado en la esquina.

—Ahora que ha llegado el momento —dijo Chan—, advierto que no abandono sin pesar este hormigueante continente. Los hados me han sonreído durante mi estancia aquí.

—Pues ¿por qué se va? —sugirió la joven.

—Una larga experiencia aconseja —contestó Chan— no forzar a los hados. Puede marchitárseles la sonrisa.

—¿Quiere usted ir a algún sitio de camino? —preguntó Kirk—. Aún tiene treinta minutos.

—Mi más rendida gratitud; pero ya me he despedido de todo el que había de despedirme. Esta mañana mismo he estado en la Chinatown... (Se detuvo). ¡Qué gran fortuna el que usted haya traído el asunto a colación! —añadió, dirigiéndose a la muchacha—. Se me olvidaba el dato más importante para usted. Otra vereda por la que usted puede caminar.

—¡Oh, mi buen amigo! —suspiró ella— ¡Si no sé lo que me hago! ¿De qué se trata?

—Debe usted inmediatamente infiltrar esta información en el camino del capitán Flannery. Se trata de encontrar a un chino que está aquí de paso y que para en casa de unos parientes suyos, en Jackson Street De nombre, Li Gung.

—¿Quién es Li Gung? —preguntó *miss* Morrow.

—Ayer, una vez que hubimos terminado el delicioso e inolvidable almuerzo, oí hablar de ese chino a *sir* Frederic. (Repitió su conversación con el gran hombre). Li Gung tenía informes que *sir* Frederic estaba interesadísimo en que fueran a parar a sus expertas manos. Esto es lo único que me es dable decir. El capitán Flannery extraerá sin duda estos datos del propio Li.

—No lo logrará en toda su vida —contestó la joven con pesimismo—. Usted, sargento...

—Yo —dijo Chan después de un profundo suspiro— estoy abrumado por la amable brillantez de la mañana en que digo mi adiós al continente.

Siguieron en silencio; la joven, de mal humor ante la imposibilidad de conservar a aquel hombre a su lado. Revolvió apresuradamente en su magín todo lo que había leído acerca del carácter chino.

Entró Kirk su elegante *roadster* por el muelle hasta unos metros de la plancha del *Maui*.

Entre el hormiguero de gentes que bullían en preparativos y despedidas, se destacó un dispensero que tomó el maletín de Chan y dijo:

—¡Hola, sargento! Se vuelve usted a su casa, ¿eh? ¿Qué camarote?

Chan se lo dijo y se volvió hacia los dos jóvenes que estaban a su lado:

—Abrumado por la amabilidad de ustedes. Estoy suspenso. Las palabras se niegan a comparecer en mis labios. Sólo puedo decir adiós.

—Recuerdos al pequeño Chan —dijo Kirk—. Puede que algún día le conozca.

—Recuérdanme sus palabras —contestó Chan— que esta misma mañana atormenté mi cerebro para darle un nombre. Y con la amable venia de usted, le llamaré Barry Chan.

—Orgullosísimo —contestó Kirk seriamente—. Quisiera tener algo que enviarle; un cachorrillo, cualquier cosa. Tendrá usted noticias mías.

—Sólo es mi deseo —dijo Chan— que crezca y viva digno de tal nombre. *Miss* Morrow, en este muelle quiero repetirle una vez más mis vehementes deseos...

Ella le miró de un modo extraño.

—Muchas gracias —le dijo con frialdad—. Quisiera que se hubiera usted quedado, míster Chan. Pero comprendo su actitud. El caso es demasiado difícil. Por una vez, Charlie Chan huye. Me temo que el famoso sargento de la Policía de Honolulu ha tenido miedo hoy.

Una expresión de extrañeza se dibujó en aquel semblante, de ordinario inexpresivo. Por unos momentos se quedó mirándola Chan con seriedad, y luego, muy mortificado, hizo una reverencia.

—Quede usted con Dios —dijo, y con ofendida dignidad subió por la plancha del

barco.

Kirk miraba a la joven con asombro.

—No me mire usted así —exclamó ella lastimera—. Era cruel, pero era mi último recurso. Lo había intentado ya todo. Tampoco ha servido. ¿Qué? ¿Nos vamos?

—Esperemos un poco —rogó Kirk—. Va a zarpar dentro de un minuto. Siempre me produce emoción. Mire, mire allí, en cubierta. (Y señalaba a una joven vestida de gris, que llevaba un ramo de orquídeas prendido en el hombro). Debe de ser una novia. Y supongo que esa cara de idiota que va a su lado es el afortunado mortal.

Miss Morrow miró sin interés.

—¡Hawai debe de ser un gran sitio para una luna de miel! —continuó Kirk—. Lo he pensado muchas veces... ¿La estoy aburriendo a usted?

—No —contestó ella.

—Comprendo. Las bodas le dejan a usted indiferente. El divorcio tiene para usted más sentido. Para usted y para Blackstone. En fin, no marchite usted mi romántica naturaleza juvenil. (Sacó un pañuelo y lo flameó hacia la joven que iba en cubierta). ¡Buen viaje! ¡Eterna felicidad!

—No veo a míster Chan —dijo la joven de la fiscalía del distrito.

Míster Chan estaba pensativo, mucho más abajo, sentado a la puerta de su camarote. La gran felicidad de su anticipado regreso al hogar había recibido un rudo golpe. ¿Huía? ¿Era verdad que huía? ¿Miedo de un caso difícil? ¿Lo suponía realmente miss Morrow? Si era cierto que lo suponía, no cabía duda de que había tenido miedo.

Vino a interrumpir sus amargas reflexiones una voz procedente de un camarote reservado contiguo al suyo; una voz que le era conocida. Escuchó hasta detener los latidos de su corazón.

—Creo que ya está todo, Li —dijo la voz conocida—. Tiene usted su pasaporte, su dinero. No tiene usted más que esperarme en Honolulu. Una vez allí, procure no dejarse ver.

—Así lo haré —contestó una voz atiplada y cantarina.

—Y si alguien le pregunta, usted no sabe nada. ¿Comprende?

—Sí. Guardo silencio. Comprendo.

—Muy bien. Es usted un servidor magnífico, Li Gung. No quisiera adularle, grandísimo granuja; pero la verdad es que sin usted no hubiera podido hacer nada. Adiós y buen viaje.

Chan estaba en pie ahora, atisbando el oscuro pasillo a que daban las puertas de los camarotes de la cubierta inferior. A la luz mortecina vio salir de la puerta inmediata a una figura conocida, que desapareció en la distancia.

Un momento se quedó el detective indeciso. De todos los invitados a la cena de míster Barry Kirk, uno le había interesado muy por encima de todos los demás, casi con exclusión de todos los demás: aquel hombre alto, silencioso, torvo, que había recorrido los desiertos del mundo, que había dejado una estela de muerte; pero que



había seguido siempre adelante, sin reposo, hacia su meta: el coronel John Bettham, a quien acababa de ver salir del camarote inmediato al suyo con una última palabra de despedida dirigida a Li Gung.

Chan miró su reloj. No era su costumbre apresurarse; pero en esta ocasión no había más remedio que hacerlo. Cogió el maletín. En el salón de cubierta encontró al contador del navío.

—¿A casa, eh, Charlie? —preguntó aquel señor jovialmente.

—Así pensaba —contestó Chan—, mas parece que me hallaba en un error. En el último momento me voy bruscamente arrastrado a tierra. Pero tengo un pasaje valedero sólo para este barco.

—¡Bah! La casa se lo arreglará a usted. A usted le conocen todos, Charlie.

—Gracias por la indicación. Mi baúl ya está cargado. ¿Tendrá usted la amabilidad de entregar el susodicho baúl al mayor de mis hijos, que se presentará a recogerlo cuando entren ustedes en Honolulu?

—Descuide.

Se oyó la voz de «A tierra los visitantes» por última vez.

—No se quede mucho tiempo en este continente corrompido, Charlie —le advirtió el contador.

—Tan sólo una semana —le contestó Chan conforme se retiraba—. Hasta el próximo barco. Se lo juro.

En el muelle, *miss* Morrow tocó en el brazo a Kirk, diciéndole:

—¡Fíjese quién sale del barco! ¡El coronel Bettham! ¿A qué habrá venido?

—¡Es verdad! ¡Si es Bettham! —dijo Kirk—. Le voy a ofrecer un asiento. No; ha tomado un taxi. Bueno; que se vaya. Es un individuo muy seco. No me gusta.

Vio como el coronel se metía en un taxi y desaparecía.

Cuando se volvieron hacia el *Maui* dos robustos marineros se disponían a levantar la plancha. De repente apareció entre ellos una figurilla menuda, que llevaba en la mano un neceser. *Miss* Morrow lanzó una exclamación de regocijo.

—¡Es Chan! —dijo Kirk—. Se vuelve a tierra.

Y a tierra se volvió Chan, al tiempo que quitaban la plancha detrás de sus talones. Se plantó entre los dos jóvenes, un poco azorado.

—Ocasión para mí de suave embarazo —dijo—. El viajero que dice adiós y que se vuelve antes de irse.

—¡Míster Chan! —exclamó la joven—. ¡Mi buen amigo! Se queda usted a ayudarnos, ¿verdad?

Chan afirmó con la cabeza.

—Hasta el límite de mi muy escasa suficiencia, quiero estar con usted hasta el final, para bueno o para malo.

Charlie Chan vio partir el *Maui* con un suspiro.

—¡Pobre Barry Chan! —dijo—. Le hubiera complacido verme. Al capitán Flannery no le va a complacer tanto. Partamos a vernos de cara con nuestros

problemas.

## CAPÍTULO VI

### *El huésped detective*

Barry Kirk echó el maletín de Chan al compartimento de equipajes de su *roadster* y el trío se acomodó en el asiento único.

—Parecen hallarse ustedes devorados por la inquietud de la sorpresa ante mi retorno —dijo Chan.

La joven se encogió de hombros.

—¡Bah! El caso es que haya vuelto usted. Para mí es lo bastante.

—No obstante lo cual, me cumple confesar mi vergüenza. Tanto he circulado entre americanos del continente, que, por contagio, he adquirido uno de sus peores defectos. Yo también padezco del mal de la curiosidad. Un acontecimiento ha ocurrido a bordo, que viene a revelar, cual celestial relámpago, mi oculta flaqueza.

—¿Que le ha ocurrido un acontecimiento a bordo? —preguntó *miss Morrow*.

—Así puede usted creerlo cual lo digo. En mi supuesto paseo de despedida por la ciudad les hablé a ustedes de Li Gung. Díjeles que había de ser interrogado. Pues ya no puede ser interrogado.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Porque va en el *Maui*, olas adelante. No es improbable que en el decurso de breve lapso experimente un sentimiento de aguda disconformidad en el asiento de toda sabiduría: el estómago.

—¿Que va Li Gung en el *Maui*? —preguntó la joven, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Y qué puede significar eso?

—Pregunta es esa —admitió Chan— que fricciona el entendimiento. No sólo va Li Gung en el *Maui*, sino que le estimula con gran calor en su viaje y apartamiento un nuestro amigo.

Y repitió la breve conversación que había oído en el camarote inmediato.

Barry Kirk fue el primero en hablar.

—Con que el coronel Bettham, ¿eh? No me sorprende.

—¡Qué tontería! —exclamó *miss Morrow* con vehemencia—. De seguro que no está comprometido. Un hombre delicado como él...

—Un hombre delicado —admitió Chan— y un hombre duro. Mírele a los ojos y observe. Son fríos y brillantes como los del tigre. Nada puede atravesarse en el

camino cuando esos ojos se han clavado en la meta del triunfo.

La muchacha no pareció convencida.

—No paso a creerlo. Pero ¿por qué no hemos hecho desembarcar a Li Gung?

Chan se encogió de hombros.

—Demasiado tarde. La oportunidad volaba con alas rapidísimas.

—Haremos entonces que le interroguen en Honolulu —dijo *miss Morrow*.

Chan hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Perdón si oso decir que de ningún modo. El carácter chino me es familiar. Preguntarle no había de rendir resultado, salvo uno: advertir al coronel Bettham de que considerábamos sus movimientos con fría mirada. Sólo la idea me hace estremecerme. ¡Hombre inteligente este coronel! Bastante difícil vigilarle si no sospecha; imposible, si cae en guardia.

—Entonces, ¿qué le parece a usted? —preguntó la joven.

—Vigílese a Li Gung sin su consentimiento. Si trata de rebasar Honolulu en su viaje, recias manos se lo impedirán. No siendo así, permitámosle reposar cual bien guardado gabán de invierno durante la estación calurosa del estío. (Chan se volvió a Barry Kirk). ¿Me lleva usted al hotel?

—No —dijo Kirk, sonriendo—. Nada de hotel. Si va usted a tratar de resolver este rompecabezas, su sitio de usted es la casa Kirk, donde el asunto se ha organizado. ¿No cree usted, *miss Morrow*?

—Es usted lo más complaciente del mundo.

—No lo crea. Aquello se pone terriblemente solitario cuando la niebla empieza, si no hay siquiera un huésped. Ahora no tengo ninguno... Así que... Bueno, quiero decir que *míster Chan* me hará un verdadero favor. (Se volvió a Charlie). Tendrá usted la habitación que tuvo *sir Frederic*.

—Jamás podré pagar —dijo Chan— tan extremada cortesía. ¿A qué intentarlo, pues?

—Vamos antes que nada a mi despacho —dijo *miss Morrow*—. Quiero que el fiscal del distrito conozca a *míster Chan*. Tenemos todos que ser amigos... Al menos al principio.

—Adonde usted quiera —convino Kirk, que echó el vehículo por Market Street, a salir a Kearny.

Se quedó en el coche, en tanto que la joven y Charlie subían al despacho del fiscal del distrito. Cuando entraron se encontraron con que estaba allí el capitán Flannery.

—*Míster Trant* —empezó la joven—, tengo buenas noticias para usted. ¡Oh! Buenos días, capitán.

Los irlandeses ojos de Flannery no sonreían ciertamente cuando se posaron en Chan.

—¿Qué hay, sargento? —preguntó—. Creí que salía usted para Honolulu a las doce.

Chan sonrió.

—Le encantará a usted venir en conocimiento de que he cambiado mis planes. *Miss Morrow* me ha persuadido para que permanezca y agregue la fuerza escasa de mi menguado cerebro a la famosa capacidad que usted tiene acreditada en el mismo menester.

—¿De veras? —murmuró Flannery.

—Sí. ¿Verdad que está muy bien? —dijo la joven—. Míster Chan nos va a ayudar. (Se volvió a su jefe). Tendrá usted que darle una especie de nombramiento temporal como detective de paso, en contacto con esta dependencia.

Trant sonrió.

—¿No será una cosa un poco irregular? —preguntó.

—Es imposible —dijo Flannery con firmeza.

—De ningún modo —insistió la joven—. Se trata de un caso muy difícil y necesitaremos de todas las ayudas que podamos allegar. El sargento Chan no se mezclará en las cosas de usted, capitán...

—Ya puede usted asegurar que no —afirmó Flannery con vehemencia.

—Puede actuar como una especie de consejero. Yo sé que usted es un hombre lo bastante inteligente para admitir un consejo.

—Cuando sirve para algo —agregó el capitán.

La joven miraba, suplicante, a Trant.

—¿Tiene usted permiso para estar ausente de su puesto de Honolulu, sargento? —preguntó el fiscal de distrito.

—Permiso tengo, que se dilata como un elástico —contestó Chan.

—Bien. Pues ya que *miss Morrow* lo desea, no veo razón para que no le preste usted su indudablemente eficaz ayuda. Teniendo en cuenta, desde luego, que ni uno ni otro deberán intervenir en las funciones del capitán Flannery.

—Sí, sí, importa repetirlo —le dijo Flannery, y luego, volviéndose a Chan, añadió —: Eso quiere decir que no venga usted metiendo las narices en todo y echando a perder las cosas.

Chan se encogió de hombros.

—Fue el sabio Confucio quien dijo: «El que no forme parte del Consejo, no deberá mezclarse en los asuntos de gobierno». La tarea es toda para usted. Yo me limitaré a admirarla desde un segundo término, pensando profundamente.

—Me agrada —convino Flannery—. Yo haré todas las diligencias. (Se dirigió al fiscal de distrito). Ahora mismo me voy a buscar a esa Garland. Necesito saber todo lo relacionado con la perla que se le cayó debajo de la mesa a *sir Frederic*.

—Le ruego que no lo tome como entremetimiento —dijo *miss Morrow* suavemente—; pero, por lo que se refiere a las mujeres complicadas en este caso, tal vez pudiera yo sacar de ellas más que usted. Por el hecho de ser yo mujer, se entiende. ¿Quiere usted dejarme que vea yo a *miss Garland*?

—No veo la razón —dijo Flannery obstinadamente.

—Pues yo, sí —terció Trant, resuelto—. *Miss Morrow* es una muchacha muy

inteligente, capitán. Déjele a ella las mujeres. Usted se encarga de los hombres.

—¿De qué hombres? —protestó Flannery—. ¡Si en el asunto no hay más que mujeres!

—Le quedo muy agradecida —dijo *miss* Morrow, sonriendo y dando por otorgado un consentimiento que no lo había sido—. Entonces, yo veré a *miss* Garland. Hay también otra mujer, a la que habrá que interrogar sin pérdida de tiempo: *miss* Lila Barr. Hablaré con ella en la primera oportunidad posible. Desde luego, le tendré a usted al corriente de todo.

Flannery alzó los brazos.

—Muy bien, cuénteme las cosas cuando ya estén terminadas. Yo no soy nadie.

—Evidente inexactitud —dijo Chan, apaciguador—. Usted lo es todo. Cuando llegue el momento del triunfo, ¿para quién será toda la fama? Y es justo que así sea. Para el capitán Flannery, encargado del caso. Los demás se desvanecerán como la niebla cuando se presenta el sol.

La joven se levantó.

—Tenemos que irnos. Vendré a verle a usted más tarde, capitán. Vamos, sargento Chan...

Chan se levantó. Parecía encontrarse un poco violento.

—El capitán ha de perdonarme —dijo—. Temo que estoy ocasionándole dolor comparable al de un niño. Es natural. A mí me pasaría lo mismo.

—Está muy bien —contestó Flannery—. Usted se va a quedar en segundo término, pensando intensamente. Lo ha prometido usted. Piense todo lo que quiera; yo en eso no puedo meterme. Piense en el libro del Cosmopolitan Club, por ejemplo; le dejo a usted todas las cavilaciones sobre ese tema. Yo me ocuparé de otras cosas. En una cosa quiero insistir: que usted no tiene por qué interrogar a las personas sobre quienes recaen sospechas.

Chan hizo una reverencia.

—Yo soy discípulo de un famoso filósofo, capitán —observó—. El anciano de la China, que dijo: «Es insensato preguntar a los demás; el discreto se pregunta a sí mismo». Hasta la vista.

Y salió, siguiendo a la joven.

Flannery, roja la cara, se volvió al fiscal de distrito:

—¡Delicioso! —exclamó—. El caso más duro con que me he tropezado en mi vida, y con qué clase de ayuda me encuentro: una niña, con cara de muñeca, y un chino. ¡Si no fuera...!

—¿Quién sabe? —contestó Trant, sonriendo—. Tal vez le serán a usted de más provecho que se imagina.

—Si me son de alguno, me sorprenderá. ¡Una mujer y un chino! Se va a reír de mí toda la Policía.

Los dos a quienes el capitán quedaba desacreditando encontraron a Kirk esperando impaciente en su coche.

—¡Tengo un hambre feroz! —dijo—. Ustedes dos se vienen a almorzar conmigo a mi casa. De prisa, vamos.

Cuando estuvieron arriba, Paradise recibió la orden de poner dos cubiertos más, y Kirk mostró a Chan su habitación. Dejó en ella al detective para que sacara sus efectos del maletín y se volvió con *miss Morrow*.

—Es usted el eterno anfitrión —le dijo ella, sonriendo.

—Me voy a divertir mucho con Charlie —contestó—. Es un chico encantador, y me gusta estar con él. Pero, dicho sea en confianza, tengo otras razones para invitarle a que se quede aquí. Usted y él van a trabajar juntos, y ello significa...

—Significa, espero, que voy a aprender mucho.

—¿De trabajar con Chan?

—Justamente.

—Y que si trabaja usted con mi huésped, se verá obligada a caer por aquí de vez en cuando. Soy un chico muy listo. Lo he visto venir.

—No comprendo. ¿Para qué quiere usted que caiga yo por aquí de vez en cuando?

—Porque siempre que caiga usted por aquí yo podré verla, y será otro día con cifra roja en mi vida.

—Me parece que es usted un hombre terriblemente frívolo. Si nos vemos mucho, se dedicará a apartarme de lo que es el sentido de mi vida, hasta hacer que fracase.

—Pero mire usted la cosa desde el otro lado —rogó él—. Usted puede acercarme a mí al sentido de mi vida cada vez más.

—Lo dudo.

Entró Chan, y Paradise, imperturbable ante los inesperados huéspedes, sirvió un decoroso almuerzo. Cuando ya estaban al cabo de él, Kirk habló seriamente como sigue:

—He estado pensando en esa tal Barr, la chica de abajo. No sé si les he referido a ustedes las circunstancias en que vino *sir Frederic* a parar a mi casa. Yo soy conocido de su hijo (no amigo, puesto que no tenemos más que un trato muy superficial), y él me escribió que venía su padre a San Francisco. Fue a visitar a *sir Frederic* al hotel. Desde el primer momento pareció mostrar el mayor interés por la Casa Kirk; yo no me daba cuenta de por qué. Me hizo muchas preguntas, y cuando se enteró de que yo vivía en el ático, puede decirse que fue quien se invitó a parar a mi casa. No es que yo no tuviera el mayor gusto en alojarle, comprendan ustedes, me refiero a que percibí en la conversación ese deseo ardiente por su parte. ¿Verdad que es una cosa extraña?

—Mucho —dijo la joven.

—Pues cuando llevaba aquí un par de días empezó a hacer preguntas acerca de los Importadores de Calcuta, hasta que todas las investigaciones acabaron por concretarse, al parecer, en torno de *miss Lila Barr*. Yo no sabía nada de la entidad ni de *miss Lila Barr*; de ésta no había oído hablar en mi vida. Más tarde descubrió que mi secretario, Kinsey, conocía a la muchacha, y todas las preguntas se dirigían en este

sentido, que a él, sin duda, le parecía más discreto. Un día, en el despacho, oí que Kinsey preguntaba a *sir* Frederic si tendría interés en conocer a *miss* Barr, y oí también lo que *sir* Frederic le contestó.

—¿Qué le contestó? —interrogó *miss* Morrow.

—Pues le dijo simplemente: «Más adelante, quizá». A mi parecer, con absoluta indiferencia. No sé si tendrá importancia o no todo esto.

—Considerando que en una ocasión *miss* Lila Barr se separó de *sir* Frederic llorando, yo juzgo que es de la mayor importancia —contestó Morrow—. ¿No está usted conforme, *míster* Chan?

Chan asintió con un movimiento de cabeza.

—*Miss* Barr —dijo— ofrece una perspectiva del más vivo interés —convino—. Presa estoy de la más fervorosa curiosidad por oírle a usted interrogarla.

La muchacha se levantó de la mesa.

—Voy a llamar a las oficinas de Importadores de Calcuta y a pedirle que suba.

Y se dirigió al teléfono.

A los cinco minutos entró en la sala *miss* Lila Barr, bajo la implacable custodia de Paradise. Miró unos segundos a las tres personas que la esperaban, las cuales pudieron advertir que se trataba de una muchacha de estatura algo menos que mediana, extremadamente bella, rubia auténtica, y cuyos ojos azules parecían reflejar una especie de asombrada inocencia.

—Le agradezco que haya venido —dijo el teniente fiscal del distrito, levantándose y sonriendo a la joven amablemente—. Yo soy *miss* Morrow, y este señor es *míster* Charles Chan. Aquí, *míster* Barry Kirk.

—¿Cómo están ustedes? —dijo la joven sin apenas voz.

—Necesito hablar con usted, en nombre de la fiscalía de distrito —añadió *miss* Morrow.

La muchacha se la quedó mirando muy fija, con expresión de mayor asombro aún en los ojos.

—Muy bien —dijo titubeando.

—Haga el favor de sentarse.

Kirk le ofreció una silla.

—Sin duda, tiene usted noticias del asesinato que se cometió anoche en su piso de usted —continuó *miss* Morrow.

—Desde luego —contestó la joven con voz apenas perceptible.

—¿Estuvo usted anoche trabajando en la oficina?

—Sí... Primero de mes, ya sabe usted. Siempre tiene un trabajo extraordinario en esta fecha.

—¿A qué hora salió usted del edificio?

—Calculo que serían las diez y cuarto. No estoy segura. Pero cuando yo me marché no sabía nada de... de esta cosa terrible.

—Muy bien. ¿Y encontró usted en la casa anoche a alguien desconocido?



—A nadie. A nadie en absoluto —dijo con voz repentinamente más enérgica.

—Y dígame —le preguntó *miss* Morrow, mirándola fijamente—, ¿usted conocía a *sir* Frederic Bruce?

—No; no le conocía.

—No le conocía usted. Haga el favor de pensar bien lo que dice. ¿No es más verdad que lo vio usted anteanoche, cuando estuvo a visitarle en su despacho?

La muchacha se sorprendió.

—Sí; verle, claro que le vi. Pensé que me preguntaba usted si estaba presentada a él.

—¿De modo que anteanoche estuvo usted en su despacho?

—Entré en el despacho de *míster* Kirk. Vi a un hombre alto, con bigotes, sentado en la segunda habitación. Supongo que sería *sir* Frederic Bruce.

—¿Supone usted?

—Es decir, ahora ya sé que era él. He visto su retrato en el periódico de esta mañana.

—¿Estaba solo en el despacho cuando usted entró?

—Sí.

—¿Era él la persona a quien usted entraba a ver?

—No; no era él.

—Cuando salió usted del despacho, ¿iba llorando?

De nuevo se sorprendió la muchacha, y ahora se ruborizó.

—¿Fue el haber visto a *sir* Frederic lo que le hizo a usted llorar? —insistió *miss* Morrow.

—¡Oh, no! —contestó *miss* Barr con más ánimo.

—Entonces, ¿por qué lloraba usted?

—Por... Era un asunto completamente particular. Supongo que no tendré que contarle...

—Me temo que sí —le dijo *miss* Morrow—. Ya comprenderá usted que se trata de un asunto grave.

La joven titubeó.

—La verdad, yo...

—Refiérame todo lo que ocurrió anteanoche.

—Pues... No fue el haber visto a *sir* Frederic lo que me hizo llorar —empezó la joven—. Fue el no haber visto a algún otro.

—¿El no haber visto a algún otro? Haga el favor de explicarse.

—Bueno. (La muchacha inició un movimiento de aproximación a *miss* Morrow). Se lo diré a usted. Estoy segura de que usted me comprenderá. *Míster* Kinsey, el secretario de *míster* Kirk, y yo... estamos..., bueno..., en relaciones. Todas las noches, *míster* Kinsey me espera y nos vamos a comer juntos. Después me lleva a casa. Anteayer tuvimos una pequeña riña..., una tontería... Ya sabe usted lo que son estas cosas...

—Me las figuro —dijo *miss* Morrow solemnemente.

—Fue una verdadera simpleza. Estuve esperándole mucho rato por la noche y no fue. Entonces pensé que tal vez no tuviera yo razón. Me tragué el amor propio y pasé a buscarle yo. Abrí la puerta del despacho de *míster* Kirk y entré. Yo suponía, desde luego, que *míster* Kinsey estaría allí. Estaba sólo en el despacho *sir* Frederic... *Míster* Kinsey se había ido. Pedí perdón. *Sir* Frederic no dijo nada, sino sólo se me quedó mirando. Me salí corriendo, y... seguramente usted sabe lo que son estas cosas, *miss* Morrow...

—¿Se echó usted a llorar porque *míster* Kinsey no la había esperado?

—Seguramente. Una tontería, ¿verdad?

—Eso no importa —dijo *miss* Morrow, y guardó silencio unos momentos—. La casa en que usted trabaja, se dedica a importaciones de la India, ¿no?

—Sí. Seda y algodón principalmente.

—¿Ha estado usted alguna vez en la India, *miss* Barr?

La joven dudó.

—Siendo muy pequeña..., viví allí unos años... Con mi madre y mi padre.

—¿En qué sitio de la India?

—En Calcuta generalmente.

—¿Pero en otros sitios también? (La joven asintió). ¿Tal vez en Peshawar?

—No —contestó *miss* Barr—. En Peshawar no estuve nunca.

Chan tosió fuerte, y entendiendo la seña que le hizo, *miss* Morrow abandonó el tema de la India.

—¿No había usted oído hablar nunca de *sir* Frederic hasta que vino aquí? —preguntó.

—Nunca.

—¿Y no le ha visto usted más que esa vez en que no le dijo a usted nada?

—Nada más.

*Miss* Morrow se levantó.

—Muchas gracias. Nada más por el momento. Espero que *míster* Kinsey se habrá disculpado.

La muchacha sonrió.

—¡Oh, sí! Ya estamos como si nada. Muchas gracias por su interés.

Salió rápidamente.

Barry Kirk había desaparecido de la habitación y volvió ahora.

—Kinsey sube —anunció—. Hay que cogerle en seguida, antes de que pueda ponerse de acuerdo, ¿verdad? Yo me estoy volviendo también un poco detective.

—¡Magnífica idea! —aprobó *miss* Morrow.

Entró un hombre alto, moreno, bien vestido.

—¿Me llamaba usted, *míster* Kirk? —preguntó.

—Sí. Lamento mucho tener que meterme en sus asuntos particulares; pero me han dicho que tiene usted una especie de compromiso con *miss* Lila Barr, que trabaja en

una de estas oficinas. ¿Es verdad?

Kinsey sonrió.

—Verdad, míster Kirk. Quería decírselo a usted, pero no se ha ofrecido la oportunidad.

—Anteayer tuvo usted con ella una pequeña riña, ¿no?

—¡Bah! Nada, señor —dijo Kinsey, con expresión momentáneamente sombría—. Ya está todo resuelto.

—Me alegro. Pero aquella noche, en contra de la costumbre de usted, no la esperé para acompañarla a casa, ¿verdad?

—Cierto; no lo hice. Estaba un poco incomodado...

—Y quería darle una lección. Pues nada más. Esto era todo, y perdone por haberle hecho estas preguntas de índole particular.

—De nada, señor —dijo Kinsey, volviéndose para salir, pero dudó—. Míster Kirk...

—Dígame, Kinsey.

—Nada, señor —dijo, y desapareció.

Kirk se dirigió a *miss* Morrow:

—Ahí lo tiene usted. El relato de *miss* Lila Barr, confirmado.

—Verosímil relato —suspiró la joven—. Pero que no nos sirve para nada. He tenido un desengaño, la verdad. Míster Chan, ¿cree usted que me he excedido en lo de la India?

Chan se encogió de hombros.

—En estas pugnas, mejor si el adversario no se da cuenta de cuáles son nuestros pensamientos y designios. Simular la mayor ignorancia es siempre uno de mis propósitos. A veces, lo que simulo es exactamente lo que tengo. Otras, vuelo rastreando.

—Me parece que he debido rastrear más bajo todavía de lo que lo he hecho —dijo la muchacha con ceño—. Lo que me ha contado es perfectamente verosímil; y, sin embargo, no sé...

—Por lo menos, una cosa hay segura —opinó Kirk—: que no es Eva Durand.

—¿Y cómo lo sabe usted? —preguntó *miss* Morrow.

—¿Por qué lo he de saber? Por su edad. Es una criatura.

*Miss* Morrow se echó a reír.

—Menos mal que interviene una mujer —dijo—. Ustedes, los hombres, no tienen ojos cuando se trata de rubias.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que ciertos artificios bastarán para engañar a un hombre, pero no engañarán nunca a una mujer. *Miss* Barr tiene treinta años... cuando menos.

Kirk lanzó un silbido.

—Tendré que andar con más cuidado —dijo—. No creí que pasaba de los veinte.

Paradise se le había puesto al lado. Había entrado silenciosamente y alargaba una

bandeja de plata como quien presenta un rico tesoro.

—¿Qué hago con esto, señor? —preguntó.

—¿Con qué? —preguntó Kirk.

—Cartas dirigidas a *sir* Frederic Bruce, señor. Acaba de entregarlas la oficina local de Thomas Cook and Sons.

*Miss Morrow* avanzó con decidido ánimo.

—Yo me haré cargo de ellas —dijo.

*Paradise* se inclinó y se retiró. A la muchacha le brillaban los ojos.

—No nos habíamos acordado de esto, sargento. El correo de *sir* Frederic puede ser una mina de oro. (Cogió una carta). Aquí hay una, la primera, de Londres. De la Policía Metropolitana, de Scotland Yard...

Rasgó rápidamente el sobre, y sacando una hoja de papel la extendió. Lanzó una exclamación de desencanto.

Kirk y Charlie se aproximaron. Se quedaron mirando con asombro la hoja de papel que acababa de llegar en el sobre de Scotland Yard. Era eso justamente: una hoja de papel, completamente en blanco.

## CAPÍTULO VII

### *Aguas turbias*

Miss Morrow quedó en pie, contraídas las cejas por el asombro, mirando el inesperado contenido del sobre con sello de Londres.

—¡Amigos míos! —suspiró—. Es terrible este oficio de detective. ¡Está tan lleno de misterios!

Chan sonrió.

—Pidiéndole rendidamente perdón por la advertencia, me permitiría indicarle que planchara su rostro. Pueden producirse en él arrugas que serían una desoladora lástima. Los esporádicos acontecimientos asombrosos son los que dan a la vida su sal y su aroma. Acepte esta opinión de uno que lo sabe.

—Pero ¿qué puede significar esto? —preguntó ella.

—Una cosa estoy cierto de que no significa —contestó Chan—. Scotland Yard es incapaz de enviar por correo un papel en blanco a seis mil millas de distancia, tan sólo por dar una broma. No. Algún extraño suceso acaba de abrir su capullo aquí mismo, bajo nuestra mano, y nuestro deber es averiguar qué es.

La joven comenzó a acariciar el papel blanco. Chan extendió una mano de prevención. A pesar de su gordura, la mano de Chan era estrecha y larga, de dedos finos y ágiles.

—Le suplico que no siga tocando el papel —exclamó—. Puede ser un gran error. Porque, aunque no lo veamos, en ese papel hay algo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Huellas dactilares —contestó, y cogiéndolo delicadamente por un extremo, le quitó de la mano el papel—. Las huellas dactilares, deliciosas y firmes, que usted acaba de imprimir. Y también las huellas dactilares, quizá no tan deliciosas, de la persona que ha doblado el pliego y lo ha metido en el sobre.

—Es verdad —dijo miss Morrow.

—No es que yo sea un incondicional admirador de la ciencia en estos trabajos —continuó Chan—. Pero las huellas dactilares suelen decir bastante verdad. Satisfáceme poder declarar que he hecho un estudio asaz minucioso de este arte. En Honolulu, aunque (he de reconocerlo) la competencia que se me opone es escasa, gozo del pomposo título de perito en huellas dactilares. Míster Kirk, ¿acaso es usted

poseedor de algún cajón con cerradura firme, y del cual sólo usted tenga llave?

—Desde luego —contestó Kirk.

Abrió un compartimento de un hermoso escritorio estilo español y Chan metió en él el pliego. Kirk echó la llave y, quitándola del llavero, se la ofreció a Charlie.

—Después —indicó Chan—, con humo y un cepillo de pelo de camello, procederé con arreglo al nombramiento de perito de que estoy, aunque inmerecidamente, en posesión. Tal vez descubriremos quién ha estado abriendo el correo de *sir* Frederic. (Cogió el sobre vacío). Miren: se ha empleado el vapor de agua. Las señales son inconfundibles.

—¡Vapor de agua! —exclamó Barry Kirk—. Pero ¿quién diablos? ¡Oh, ya sé! El correo le llegaba a *sir* Frederic por medio de la oficina local de Thomas Cook and Sons.

—Justamente —sonrió Chan.

—Y *míster* Carrick Enderby está empleado allí.

Chan se volvió hacia Kirk.

—Es usted un hombre de talento —dijo—. No está, en efecto, fuera de las posibilidades la de hallar en este papel la huella del dedo pulgar de *míster* Enderby. Sin embargo, la suposición es sistema ocioso. Los hechos deben ser puestos de manifiesto, *miss* Morrow. ¿Ha de serme permitida la rudeza de preguntar por el resto de la correspondencia de *sir* Frederic?

—No faltaba más —dijo la joven—. Me repugna lo que voy a hacer; pero cuando el deber lo exige...

Se sentó y examinó las demás cartas. El examen no tuvo resultado interesante ninguno.

—Bien —dijo al terminar—, nada más hay. El asunto del pliego en blanco se lo dejo a usted, sargento. Por mi parte, voy a dedicar la atención a *miss* Gloria Garland. ¿Qué significa esa perla de su collar roto, encontrada bajo la mesa junto a la cual fue asesinado *sir* Frederic?

—Discreta pregunta, en verdad —asintió Chan—. Debe invitarse ahora a hablar a *miss* Garland. Tal vez resulte conversadora más aguda y amena que *miss* Lila Barr.

—Voy a llamarla para que venga aquí —indicó Kirk—. Le diré que tengo que hablar con ella en mi despacho acerca de lo ocurrido anoche. Así vendrá menos preparada que si la digo que es la Policía quien desea verla.

—Muy bien —aprobó *miss* Morrow—. Pero me temo que estemos interrumpiéndole en sus ocupaciones, *míster* Kirk. Sea franco con nosotros.

—¿Qué ocupaciones? —preguntó airado—. Yo estoy ahora, lo mismo que el sargento Chan, agregado a usted. Y me está pareciendo que cada vez voy a sentirme más agregado. Si me perdonan un momento...

Fue al teléfono y encontró a *miss* Garland en su domicilio. La artista se ofreció a acudir en seguida.

Al volver Kirk del teléfono sonó el timbre de la puerta, y Paradise hizo pasar a un

visitante. Entró en la habitación el capitán Flannery.

—¡Hola! —dijo—. ¿Están ustedes aquí todos? Quisiera dar un vistazo por aquí..., si no soy molesto.

—A buen seguro que a ninguno recibiríamos con más cordial y efusiva bienvenida —le dijo Chan.

—Gracias, sargento. ¿Ha resuelto usted ya el problema?

—No, hasta el momento en que tengo el honor de dirigirle la palabra —dijo Chan sonriente.

—Es usted un poco tardo, ¿eh? —dijo el capitán Flannery, que estaba visiblemente contrariado y de no muy buen humor—. Por lo que había leído de usted, creí que ya me tendría al culpable encerrado en un cuarto para cuando yo llegara.

Chan entornó los ojos.

—Acepto el reto —dijo con amabilidad—. Ya he hecho a policías del continente el servicio de encerrarles criminales que ellos no podían capturar. Y por lo que yo he leído en los periódicos, aún queda, ciertamente, labor que hacer en el mismo sentido.

—¿De verdad? —fue la respuesta de Flannery, el cual, volviéndose luego a *miss* Morrow, preguntó—: ¿Habló usted con esa tal Barr?

—Sí —dijo la joven; y repitió el relato de Lila Barr.

Flannery la escuchó en silencio.

—Bueno —dijo una vez que ella hubo terminado—. Ya veo que no ha sacado usted mucho, ¿verdad?

—Tengo que reconocer que así es —replicó.

—Tal vez menos de lo que hubiera sacado yo. A pesar de no ser una mujer. Ahora bajaré y hablaré yo con ella. No me da buena espina. Con que llorando porque el mozo se había ido y la había dejado, ¿eh? Quizá. Pero a mí me parece que en estos tiempos hace falta para llorar algo más que eso.

—Tal vez tenga usted razón —convino *miss* Morrow.

—Sé que la tengo. Y permítame que le diga algo más todavía; cuando interroge a Gloria Garland pienso estar presente. Váyase usted haciendo a la idea desde ahora.

—Celebraré mucho que esté usted. *Miss* Garland viene ya de camino para hablar con nosotros en el despacho de abajo.

—Muy bien. Pues ahora voy a dar un vistazo a esa dama llorona. Si viene la tal Garland antes de que yo haya vuelto, avíseme. Llevo en estos jaleos veinte años, joven, y no hay fiscal de distrito que me eche a un lado. Cuando llevo un asunto, lo llevo.

Salió de la habitación con paso decidido. Chan se le quedó mirando sin entusiasmo.

—Cuanto más retumba el trueno, menos llueve —dijo para sí.

—Vámonos al despacho, mejor —sugirió Kirk—. *Miss* Garland debe de estar a punto de llegar.

Bajaron. El sol entraba hasta mitad de la habitación, iluminándola con brillantez;

lo sucedido en la noche de niebla parecía una pesadilla. Kirk se sentó ante su mesa, abrió un cajón y alargó a Chan un par de recortes de periódicos.

—¿Quiere usted verlos? —preguntó—. Como ya le dije esta mañana, parece que *sir* Frederic estaba interesado no sólo en el caso de Eva Durand, sino también en los de otras mujeres desaparecidas.

Chan leyó los recortes reflexivamente y los dejó sobre la mesa. Dio un fuerte suspiro.

—Un caso de largo alcance —observó. Y se quedó pensativo un buen rato.

—Un rompecabezas, hasta para usted —dijo Kirk al cabo.

Chan volvió en sí con un repulso.

—Perdón. ¿Qué decía usted?

—Decía que hasta el famoso sargento Chan está perplejo en esta ocasión.

—En verdad. En verdad que así es. Pero no estaba pensando en *sir* Frederic. Una persona de mucha menor importancia y significación ocupaba actualmente mi cerebro. En el vapor del miércoles, sin falta, tengo que partir para ocupar mi puesto al lado del pequeño Barry Chan.

—Confío en que pueda usted —dijo *miss* Morrow sonriendo—. Pocos hombres hay en la actualidad tan devotos de la familia como usted demuestra serlo.

*Miss* Gloria Garland apareció en el antedespacho. Y Kinsey la escoltó hasta la pieza central. No estaba tan definitiva a la luz del día, como estaba en la mesa la noche de la comida, bajo el fulgor de las lámparas. Tenía alrededor de los ojos leves arrugas, y la edad se dejaba ver por debajo del maquillado.

—Aquí estoy, míster Kirk —dijo—. ¡Hola, *miss* Morrow!... ¡Mister Chan! Estoy hecha un adefesio, ya lo sé. Lo de la noche pasada me ha destrozado... ¡Un hombre tan encantador como *sir* Frederic! ¿No se ha descubierto todavía nada? ¿Hay alguna pista?

—No gran cosa —contestó Kirk— hasta el momento. Haga el favor de sentarse.

—Un momento —dijo *miss* Morrow—. Voy a llamar al capitán Flannery.

—Iré yo; permítame —dijo Chan, al mismo tiempo que salía.

Empujó la puerta de la oficina ocupada por los Importadores de Calcuta. El capitán Flannery estaba en pie, rojo de ira; y ante él, sentada, hallábase Lila Barr, otra vez llorando. El capitán se volvió airadamente.

—¿Qué hay? —articuló.

—Le llaman a usted, capitán —dijo Chan—. Ha llegado *miss* Garland.

—Muy bien —dijo; y volviéndose a la muchacha que lloraba—: Ya volveré a verla a usted, joven.

Ella no contestó. El siguió a Chan.

—Ya veo que usted también tiene éxitos como causante de lágrimas —indicó Chan.

—Sí. Es la mujer más llorona con que me he tropezado este año. Claro que yo no he estado con ella muy suave. No sirve de nada.



—A no dudar, los métodos de usted habrán tenido sorprendentes resultados.

—¡Bah! Se ha obstinado en su cuento. Pero acuérdesse usted de lo que le digo: sabe más de lo que dice. Son demasiadas lágrimas para una que no tenga nada que ver. Le apuesto a usted ahora mismo cien dólares a que es Eva Durand.

Chan se encogió de hombros.

—Mi raza —dijo— posee gran afición al juego. Para no verme abismado en la ruina, véome compelido a desdeñar incluso los métodos más fáciles para ganar por este siniestro camino.

El capitán Flannery se vio arrastrado a su frase favorita:

—¿De verdad? —contestó, y entró en el despacho de Kirk.

Ya en la habitación central, Barry Kirk cerró la puerta al interesado míster Kinsey. El capitán Flannery se quedó mirando a Gloria Garland.

—Tengo que hablar con usted. Usted ya sabe quién soy yo. Anoche estuve arriba. Se llama usted Gloria Garland, ¿verdad?

Ella se le quedó mirando, un poco asustada.

—Sí, desde luego.

—¿Ha dado usted su verdadero nombre, señora?

—Bien. Es el nombre que llevo usando muchos años. Yo...

—¡Ah! ¿De modo que no es el nombre verdadero?

—No, exactamente. Es un nombre que adopté...

—Ya. Adoptó usted un nombre que no le pertenecía. (El tono del capitán equivalía casi a un auto de prisión). Tendría usted sus razones, supongo.

—Claro que las tenía —dijo la mujer, mirándole con ira creciente—. Mi nombre es Ida Pingle, y me pareció que no iría bien el teatro. Por eso me puse el nombre de Gloria Garland.

—Muy bien. ¿De modo que reconoce que ha viajado con nombre supuesto?

—No me importa la interpretación que usted le dé. Numerosas gentes de teatro adoptan nombres más atractivos que los suyos propios. Yo no he hecho nada que justifique la aspereza de usted...

—Comprendo perfectamente su estado de ánimo —dijo *miss* Morrow, con una mirada de reproche para el capitán—. Desde este momento me encargo yo de la diligencia.

—Será para mí una gran satisfacción —dijo *miss* Garland efusivamente.

—¿Usted no había visto nunca a *sir* Frederic Bruce hasta anoche en la comida? —preguntó la joven.

—No; no le había visto.

—Es decir, que para usted era completamente desconocido.

—Desde luego. ¿Por qué me pregunta usted estas cosas?

—¿Usted no tuvo con él anoche ninguna entrevista particular?

—No. En absoluto.

El capitán Flannery avanzó un paso y abrió la boca como para hablar. *Miss*

Morrow alzó la mano.

—Un momento, capitán. *Miss Garland*: me permito advertir a usted que éste es un asunto muy serio. Debe usted decir la verdad.

—Bien —dijo con incertidumbre—. ¿Qué es lo que le hace suponer a usted que yo estoy...?

—¿Mintiendo? Lo sabemos —estalló Flannery.

—A usted se le rompió anoche el hilo del collar cuando subía al ático —continuó *miss Morrow*—. ¿Dónde le ocurrió a usted el accidente?

—En las escaleras. En el tramo que va desde el piso veinte al ático.

—¿Encontró usted todas las perlas?

—Sí... Creo que sí. No estaba segura del número. Desde luego, que no tengo que decirle a usted que son falsas. No tengo para llevarlas buenas.

*Miss Morrow* abrió su bolso y puso sobre la mesa una perla.

—¿Reconoce usted ésta, *miss Garland*?

—Sí, sí, ya lo creo. Es mía, sin duda. Muchas gracias. ¿Dónde la ha encontrado usted?

—La hemos encontrado —dijo *miss Morrow* lentamente— debajo de la mesa de esta habitación.

La mujer se puso encarnada y no contestó. Hubo unos momentos de tenso silencio.

—*Miss Garland* —continuó la joven—, creo que será mejor que cambie usted de táctica. Diga la verdad, haga el favor.

La artista se encogió de hombros.

—Tal vez tenga usted razón. Mi único propósito era quedarme fuera de todo esto. Es una clase de publicidad que no me conviene. Y después de todo, no estoy muy metida en ello.

—¿Realmente se le rompió a usted el hilo del collar en este despacho, donde entró usted para hablar con *sir Frederic*?

—Sí; es la verdad. Me enganché el collar en un ángulo de la mesa al levantarme.

—Tenga la bondad de no empezar por el momento en que se levantó. Vamos al principio, si tiene la amabilidad.

—Muy bien. Cuando dije antes que no había visto a *sir Frederic* hasta anoche, dije la verdad. Había salido del ascensor y me disponía a cruzar el rellano de la escalera, cuando se abrió la puerta de estas oficinas y apareció un hombre en el umbral. Me dijo: «Supongo que es usted *miss Garland*». Le dije que así me llamaba, y él me dijo que era *sir Frederic Bruce*, el huésped de *míster Kirk*, y que necesitaba hablar conmigo a solas antes de que nos reuniéramos en el piso de arriba.

—Muy bien. Adelante.

—Me pareció extraño; pero se trataba de un hombre de aspecto tan distinguido, que no pensé nada malo y entré tras él. Nos sentamos y empezó a contarme quién era..., lo de *Scotland Yard* y todo eso. Yo soy inglesa y tengo el mayor respeto por

los funcionarios de la Yard. Hablamos de esto como un minuto, y después pasó al asunto.

—Muy bien —dijo *miss* Morrow sonriendo—. Eso es lo que estamos esperando. ¿Cuál es el asunto?

—Pues... que quería preguntarme una cosa.

—Muy bien. ¿Qué cosa?

—Quería preguntarme si reconocería yo a una mujer que desapareció hace muchos años. Una mujer que había salido una noche y de la cual no había vuelto a saberse nada.

Un silencio de gran tensión siguió a estas palabras. Chan, muy quedito, se acercó un poco. Los ojos de Barry Kirk se fijaron con interés en el rostro de Gloria Garland. Hasta el capitán Flannery puso ávida atención.

—Bien —dijo *miss* Morrow—. ¿Y por qué suponía *sir* Frederic que usted podría reconocer a esa mujer?

—Porque yo era su mejor amiga. Yo fui la última persona que la vio la noche en que desapareció.

*Miss* Morrow movió la cabeza.

—¿De modo que usted estuvo presente en la partida que fue a las montañas próximas a Peshawar una cierta noche de hace quince años?

La mujer abrió los ojos mucho.

—¿Peshawar? Eso es la India, ¿no? Yo no he estado en la India en mi vida.

Otro momento de silencio sorprendido. En seguida Flannery rugió a *miss* Garland:

—Óigame, ha prometido usted decir la verdad.

—Y la verdad estoy diciendo —protestó ella.

—No la está usted diciendo. La mujer por quien él preguntó a usted era Eva Durand, que desapareció una noche en las afueras de Peshawar...

Chan le atajó.

—Pidiéndole muy rendida y humildemente perdón, capitán —dijo—, sería conveniente que no se mostrara usted con exceso ágil en saltar sobre el relato de la señora. (Tomó de sobre la mesa un par de recortes). ¿Sería usted tan amable —dijo a *miss* Garland— que mencionara el lugar en que su amiga desapareció?

—Desde luego. Desapareció en Niza.

—¿Niza? ¿Y dónde diablos está eso? —preguntó el capitán.

—Niza es una ciudad de lujo de la Riviera francesa —contestó *miss* Garland dulcemente—. Me temo que sus obligaciones de usted no le permiten viajar con frecuencia, capitán.

—Niza —repitió Chan con calma—. ¿Acaso el nombre de su amiga de usted era María Lantelme?

—Así se llamaba —contestó la actriz.

Chan eligió un recorte y se lo alargó a *miss* Morrow.

—¿Tiene usted la amable condescendencia de leer estas palabras en alta voz? —preguntó—. Ofrecen el más vivo interés, a no dudar.

Nuevamente, como en el comedor del St. Francis el día antes, *miss* Morrow leyó uno de los recortes que guardaba como tesoros *sir* Frederic.

«¿Qué fue de María Lantelme? Se cumplen ahora los once años de aquella noche de luna en que una compañía de dirección inglesa representó *La princesa del Dólar*, en el escenario del teatro de la Jetée-Promenade, de la ciudad de Niza. Fue una noche memorable para todos los que intervinieron. Se agotaron las localidades y se llenó el teatro de militares con permiso, y el empresario estaba frenético. En el último momento llegó aviso de que la primera actriz estaba seriamente enferma, y el empresario, a vuelta de muchas disculpas y explicaciones, encargó de sustituirla a una corista, muchacha muy bella y sin renombre ninguno, llamada María Lantelme. Para aquella chica era la única oportunidad. Salió el relumbrante escenario y se transformó en otra mujer. La interpretación que dio a la obra no será olvidada nunca por ninguno de los que estaban en el público; público que enloqueció aclamando en pie a la artista cuando el telón cayó.

Después de la representación el empresario corrió con la mayor alegría al camerino de María Lantelme. Era una revelación y se la debía a él. La lanzaría como estrella en Londres, en Nueva York. Ella le escuchó en silencio. Luego se puso su abrigo y salió del teatro al muelle. La fama y la riqueza la esperaban si quería tomarlas. Si resolvió sí o no, es lo que no se supo nunca. Todo lo que se sabe es que cuando salió del teatro fue para precipitarse en el no ser. Han pasado quince años y desde aquel día hasta el presente nadie ha vuelto a oír hablar de María Lantelme».

*Miss* Morrow dejó de leer, otra vez con el rostro en situación de necesitar un planchado. El capitán Flannery se quedó con la boca abierta. Solamente Chan parecía mantener su animosa compostura.

—¿De modo que su amiga de usted era María Lantelme? —dijo a *miss* Garland.

—Ella era —contestó la actriz—, y *sir* Frederic se enteró de algún modo. Yo estaba en la misma compañía. El recorte exagera un poco; supongo que lo habrá hecho para darle más interés al asunto. Fue una representación ajustada, nada más. Yo no recuerdo que hubiera tantos aplausos. Pero no hay duda de que estuvo bien. Sin duda podía hacer otros papeles mejores de los que había estado haciendo hasta entonces. Pero lo que es muy verdad es que salió del teatro y no se volvió a saber más de ella.

—¿Fue usted quien posó sobre ella la mirada por postrera vez? —indicó Chan.

—Sí. Cuando yo iba hacia casa la vi hablando con un hombre en la Promenade des Anglais, a la entrada del muelle. Seguí, sin pensar nada. Luego, claro...

—¿Y fue esa la muchacha por quien le preguntó a usted *sir* Frederic? —preguntó *miss* Morrow.

—Por ella. Me enseñó este recorte y me preguntó si no estaba yo en la misma compañía. Yo le dije que sí. Quería saber si yo sería capaz de reconocer a María

Lantelme si volviera a verla, y yo le dije que seguramente sí. «Muy bien, —me dijo—. Le pediré a usted que me haga ese favor antes de que terminemos la noche. Hágame la bondad de no marcharse hasta que hayamos hablado de nuevo». Le dije que no me marcharía, y el final ha sido... Ya ven ustedes. Que no ha vuelto a hablar con nadie más.

Quedaron un momento en silencio. Luego *miss* Morrow habló:

—Supongo que hemos acabado. Es decir, a menos que el capitán Flannery...

Miró al capitán, en cuya cara roja se dibujó una expresión de desorientación completa.

—¿Yo? No, no. Creo que no. Por mí nada, ahora —tartamudeó.

—Muchas gracias, *miss* Garland —continuó la joven—. ¿Estará usted en la población algún tiempo?

—Sí. Me han prometido un contrato para el Alcázar.

—Bien. No salga de la ciudad sin avisarme. Ahora puede usted retirarse. Muy agradecida a su amabilidad.

*Miss* Garland miró a la mesa.

—¿Puedo llevarme esa perla?

—Desde luego.

—Gracias. Cuando una actriz lleva tiempo sin contratar hasta las joyas falsas tienen para ella valor. ¿Me comprende?

*Miss* Morrow la despidió y volvió al silencioso grupo de la habitación interior.

—¿Qué? —preguntó.

—Es increíble —exclamó Barry Kirk—. Otra mujer desaparecida. ¡Cielos santos! Eva Durand y María Lantelme andan complicadas en todo esto. ¿Qué dice usted, sargento?

Chan se encogió de hombros.

—Cada vez nos sumergimos en más insondables profundidades —reconoció—. Véome reducido a confesar que me encuentro hundido en la perplejidad.

—Yo llegaré a lo hondo —exclamó Flannery—. Déjenme ustedes a mí. Yo lo revolveré todo hasta dar con ello.

Chan entornó los ojos.

—Mi raza tiene un viejo refrán —observó suavemente—: El agua turbia, si se la revuelve insensatamente, hácese más turbia todavía. Si se la deja, por sí misma se aclara.

Flannery se le quedó mirando, y sin decir palabra salió a zancadas de la habitación y cerró la puerta de fuera con un portazo.

## CAPÍTULO VIII

### *La buena obra de Willie Li*

Con ademán pensativo cogió Charlie Chan los recortes de *sir* Frederic de encima de la mesa y sacando una abultada cartera los metió en ella. Barry Kirk tenía puestos los ojos en la puerta por donde Flannery había salido tan sin ceremonia.

—Temo mucho —dijo— que la misión de policía no tiene nada de agradable. El buen capitán parecía un poco... ¿cómo diría yo? Un poco... picado. Sí; picado es la palabra.

*Miss Morrow* sonrió.

—Está intrigadísimo y esto pone siempre a un policía de mal temple.

—Supongo que en usted no tendrá los mismos efectos.

—Como los tuviera estaría tan de mal temple que seguramente me mandaría usted ahora mismo quitarme de delante de su vista para no volver a verme más.

—Está usted un poco perpleja ¿eh?

—¡Y cómo no estarlo! ¿Se ha visto nunca un caso como éste?

Y cogiendo el abrigo que había llevado consigo desde el ático añadió:

—Toda esa historia de María Lantelme...

—Pidiendo mil perdones por permitirme hacer la indicación —advirtió Chan— no se ocupe usted mucho de la llamada María Lantelme. Constituye lo que pudiera llamarse una desviación de la línea. Acuérdesse siempre de un hecho grande: *Sir* Frederic muerto en este suelo mismo, las zapatillas de terciopelo ausentes de sus pies. Todo lo que sea vagar apartándose con exceso de ahí, es perderse. Piense en Eva Durand, piense en Hilary Galt; pero piense sobre todo en *sir* Frederic y en la pasada noche. Recluya a María Lantelme en un distante palomar del entendimiento. Sólo por este camino progresamos, avanzamos.

La joven suspiró.

—¿Avanzamos? —preguntó—. Lo dudo.

—Cobre ánimo —aconsejó Chan—. Un hombre sabio ha dicho: «La nube oscura pasa, el cielo azul perdura».

Hizo una profunda reverencia y desapareció en la escalera que comunicaba con el piso de arriba.

Barry Kirk ayudó a la joven a ponerse el abrigo. Al echárselo sobre los hombros

se le vinieron a la memoria las palabras de un consejo familiar: «Obedece ese impulso». Pero no se podría vivir obedeciendo todos los impulsos de dudoso resultado.

—Cada vez nos enredamos más —dijo—. Empieza a parecerme un caso de gran complicación.

—Me temo que sí —respondió *miss* Morrow.

—¿Qué quiere usted decir con ese «me temo»? Usted y yo somos personas de talento (gracias por mi inclusión) y no nos importa nada que se presente una ocasión de poner a prueba nuestras facultades. Vamos a celebrar muy poco una conferencia juntos.

—¿Cree usted que es necesaria?

—Estoy seguro.

—Entonces ya está convenido —dijo ella sonriendo—. Gracias por el almuerzo, y adiós.

Cuando Kirk llegó al ático estaba llamándole Charlie desde la habitación que había ocupado el hombre de Scotland Yard. Entró y se encontró al detective muy pensativo ante el equipaje de *sir* Frederic, que a la sazón estaba ordenadamente dispuesto en un rincón.

—¿Ha investigado usted estos efectos propiedad de *sir* Frederic? —preguntó Chan.

Kirk hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Yo no valgo para eso. Flannery estuvo mirándolo anoche y seguramente no encontró nada. Me dijo que lo mandara al consulado británico.

—Flannery viaja con sobrado apresuramiento —protestó Chan—. ¿Acaso está usted en posesión de las llaves? Si ello es así, experimentaría yo sumo placer con dar un vistazo en el interior.

Kirk le alargó las llaves y le dejó solo. Durante largo rato se dedicó Chan al registro. Por fin se presentó en la sala con una gran colección de libros bajo el brazo.

—¿Ha encontrado usted algo? —le preguntó Kirk.

—Nada en absoluto —respondió Chan—, salvo estas harto pesadas excepciones. Dígnese aproximarse, si tiene la gentileza.

Kirk se levantó y miró los libros al azar. De repente su aire despreocupado desapareció y exclamó con gran excitación:

—¡Como!

—Análogo sentimiento experimenté —dijo Chan sonriendo—. Ha advertido usted el nombre del autor de estos volúmenes. (Leyó los títulos). «Viaje por la China y regreso», «Vagando por Persia», «Un año en el desierto de Gobi», «Tibet, la cumbre del mundo», «Mi vida de explorador». (Entornó un poco los ojos al mirar a Kirk). Todas las obras de nuestro buen amigo el coronel Bettham. No había más libros que éstos en el equipaje de *sir* Frederic. ¿No le produce a usted cierta extrañeza su gran interés por un solo autor?

—Ciertamente que me la produce —convino Kirk—. Me asombra...

—Yo no he cesado de asombrarme un solo instante. Cuando en la pasada noche miraba yo los profundos ojos del explorador solitario preguntábame a mí mismo qué género y catadura de hombre podía ser aquél. Apenas encontramos a *sir* Frederic yacente sobre el pavimento cuando mis pensamientos retornan a aquella faz misteriosa. Tan frío, tan tranquilo; pero ¿quién sería capaz de decir que encendido fuego ardía bajo el calmoso continente? (Elegió un volumen enorme: «La Vida»). Siéntome inclinado a rumiar un poco entre la modesta biblioteca de *sir* Frederic. Empezaré por éste, que me permitirá ver a vista de pájaro el panorama de una afortunada carrera.

—Buena idea —convino Kirk.

Antes de que Chan hubiera podido ponerse a leer sonó el timbre y Paradise introdujo a *mistress* Dawson Kirk, que entró tan vivaracha como una chiquilla.

—Hola, Barr. Míster Chan: me figuraba que iba a encontrarle a usted aquí. No se marchó usted por fin, ¿eh?

Chan dejó escapar un suspiro.

—Me he tropezado con ciertas dificultades para dar a mis vacaciones la oportuna dirección. La historia se repite constantemente.

—Me alegro mucho —dijo *mistress* Kirk—. Le necesitarán a usted aquí. Ha sido una cosa terrible ¿verdad? ¡Y pensar que ha ocurrido en tu casa, Barry! Los Kirk no están acostumbrados al escándalo. No he pegado un ojo en toda la noche.

—¡Cuánto lo siento! —le dijo su nieto.

—¡Oh, no tienes por qué sentirlo! Hace tiempo que no duermo mucho nunca. Parece que hace años acabé de dormir todo el sueño que tenía. ¿Se ha adelantado algo?

—No mucho —dijo Kirk.

—¿Cómo iban a adelantar? ¡Cómo me hartó ese capitán estúpido! No tiene la menor sutileza. Aquí, el botones de Sally Jordan, le enseñará por dónde hay que ir.

—Acepto humildemente la lisonja —dijo Chan con una reverencia.

—Nada de lisonja. Justicia, a secas. No me deje usted mal. Todas mis esperanzas están puestas en usted.

—Y a propósito —dijo Kirk—, me alegro de que hayas venido sola. ¿Cuánto tiempo lleva contigo esa mujer, *mistress* Tupper-Brock?

—Cosa de un año. Pero ¿qué tiene ella que ver con esto?

—¿Qué informes tienes tú de ella?

—No seas tonto, Barry. Lo sé todo. No es posible pensar de ella nada.

—¿Quieres decir que todo su pasado es para ti como un libro abierto?

—No es eso. Nunca le he preguntado nada. No tenía por qué. Pero yo sé conocer a la gente. Con una mirada me basta.

Kirk se echó a reír.

—¡Qué señora tan lista! —dijo—. Pero el hecho es que no sabe nada de ella, ¿no



es eso?

—¡Ya lo creo que sé! Es inglesa... ha nacido en Devonshire...

—En Devonshire, ¿eh?

—Sí. Su marido era clérigo... Tenías que habérselo conocido en la cara de hambre. Ya murió.

—¿Y a todo eso alcanzan tus conocimientos?

—Estás tomando el rábano por las hojas. Pero no me extraña. Eres un buen chico; pero no fuiste nunca muy inteligente. Pero, en fin, yo no he venido aquí a discutir acerca de Elena Tupper-Brock. Es que me he acordado de que anoche no dije todo lo que sabía.

—Con que ocultando las pruebas, ¿eh? —le dijo Kirk sonriendo.

—No sé... Puede que sean pruebas... Probablemente no lo son. Díganme: ¿se ha descubierto que hubiera alguna relación entre *sir* Frederic y la tal *mistress* Enderby?

—No. ¿Lo has descubierto tú?

—Bueno. Fue después de empezar las películas. Yo fui a la cocina...

—¿Cómo no?

—Tenía la garganta seca, y en la sala no había agua en ninguna parte. Pero ¿qué puede una esperar en la casa de un soltero? En el pasillo me encontré con *sir* Frederic y *mistress* Enderby hablando, al parecer, de un asunto serio.

—¿Qué decían?

—Yo no soy una chismosa. Además, cuando me vieron aparecer se callaron y callados estuvieron hasta que pasé. Cuando volví a los pocos minutos los dos habían desaparecido.

—Pues es muy importante —admitió Kirk—. Tal vez no; pero extraño sí lo es. Porque *sir* Frederic me dijo que no conocía a *mistress* Enderby cuando me dijo que invitara al matrimonio a la cena. Brindaré la información a *miss* Morrow.

—¿Qué tiene que ver *miss* Morrow en todo esto? —atajó la anciana.

—Lleva el asunto en nombre de la Fiscalía del distrito.

—¡Cómo! Pero ¿es posible que hayan puesto un caso tan importante como este en manos de...?

—Cálmate. *Miss* Morrow es una joven muy inteligente.

—No es posible. Es demasiado guapa.

—Hay milagros —dijo Kirk riendo.

La abuela se le quedó mirando astutamente.

—Ten cuidado, hijo mío.

—¡Bah! ¿Qué quieres decir?

—Los Kirk varones han tenido siempre debilidad por las mujeres inteligentes... La atracción de los contrarios, supongo. Por eso vine yo a entroncar en la familia. En fin; dile a *miss* Morrow lo de Elena Enderby. Pero me parece que el miembro importante del Comité de investigación ya lo ha oído. Me refiero a *míster* Chan. (Se levantó la anciana). Esta mañana escribí a Sally Jordan que lo había conocido a usted

—continuó dirigiéndose al detective—. Le he dicho que creía que el continente no iba a poder dejarle marchar todavía.

Chan se encogió de hombros.

—El continente disfruta el espectáculo del fatigado cartero entregándose al paseo en su vacación —contestó—. Sin que ello signifique ofensa he de manifestar que ansío arribar a Hawai.

—Pues de usted depende —le dijo *mistress* Kirk animadamente—. Resuelva este caso rápidamente y váyase en seguida, antes de que surja otro. Me marchó. Tengo una reunión en el club. A eso está reducida mi existencia: a reuniones en el club. Barry, no dejes de tenerme al corriente de lo que ocurra. Es el primer asunto que ha interesado en mi vecindad desde hace veinte años. No quiero perder ni una línea.

Kirk la acompañó a la puerta y volvió a la sala. Ya dejaba caer sus sombras el invierno y encendió las luces.

—Todo eso —dijo— vuelve a meter otra vez en el pisito a Elena Enderby. Anoche parecía que andaba bastante complicada en todo, aun antes de haber visto al hombre en la bajada de incendios. Eso suponiendo que lo viera. Voy a poner a *miss* Morrow sobre la pista.

Chan levantó los ojos del grueso libro y asintió sin interés.

—Es todo lo que puede usted hacer.

—No parece que a usted le preocupa mucho *mistress* Enderby —dijo Kirk sonriendo.

—Este coronel Bettham —respondió Chan—. ¡Qué hombre!

Kirk miró su reloj.

—Me perdonará usted, pero esta noche como en el Cosmopolitan Club con un amigo. Tengo contraído el compromiso desde hace varios días.

—Profundamente apesadumbrado —dijo Chan— si me encuentro en algún modo atravesado en su camino. Y dígame: ¿acaso ha visto usted a nuestro amigo el coronel Bettham en el Cosmopolitan Club?

—Sí. Se conoce que le ha facilitado alguien una tarjeta. Alguna vez me lo encuentro allí casualmente. Uno de estos días vendrá usted al club conmigo ¿eh?

—Inmenso será el honor que reciba con ello —dijo Chan gravemente.

—Paradise le servirá a usted la comida —le dijo Kirk.

—No vale la perla de ocuparse de ello —protestó Chan—. El benemérito personal de su cocina merece un reposo después del esfuerzo de la pasada noche. Estoy excediéndome en cuanto a yantar en su generosa mesa. Comeré yo también por ahí... Hay algunos extremos a que creo de conveniencia asomarse.

—Como usted quiera —asintió Kirk.

Y se metió en su alcoba dejando a Chan enfrascado en el libro. A las seis y media, después que Kirk hubo salido, se marchó a la calle Chan. Comió en un establecimiento nada lujoso, y una vez que hubo terminado se dirigió, al parecer, con paso indiferente, a la Ciudad China.

Los chinos son una raza nocturna; los establecimientos de la Grant Avenue estaban abiertos y llenos de clientes; las aceras cuajadas de desocupados. Los jóvenes iban vestidos como sus contemporáneos blancos; los viejos con la blusa de raso negro y los calzones típicos de China y con pisos de fieltro en las pantuflas. De vez en cuando se veía pasar a una matrona china con toda su oronda dignidad, que jamás había tratado de reducir. Unas cuantas muchachitas de brillantes ojos animaban el cuadro.

Chan entró por la Washington Street para ir a parar al oscuro ensanche de la Plaza Waverly. Subió unas escaleras a medias alumbradas y llamó a una puerta que le era familiar.

La sorpresa no figura en el diccionario de la raza, y Chan Kee Lim le recibió e hizo pasar con cara inexpresiva. Aunque por la mañana se había despedido, la visita del detective fue recibida por su primo con la mayor naturalidad.

—Aquí estoy otra vez —dijo Chan en cantonés—. Creí que iba a partir del continente, pero los hados han dispuesto otra cosa.

—Entra —le dijo su primo—. En esta pobre casa mía la bienvenida no se enfría nunca. Dígnate sentarte en esta horriblemente fea banqueta.

—Eres con exceso amable —le contestó Chan—. Soy, como puedes imaginarte, víctima de mi despreciable profesión. Si eres tan amable como para facilitármelos, necesito unos informes.

Kee Lim entornó los ojos y se acarició la fina barba gris. No aprobaba aquella profesión, como Charlie sabía muy bien.

—¿Estás complicado —preguntó fríamente— con la diabólica Policía blanca?

Chan se encogió de hombros.

—Desventuradamente sí. Pero no solicito de ti ningún abuso de confianza. Se trata solo de una pregunta inocente. Tal vez puedas darme alguna noticia de un extranjero, un turista, que ha estado de huésped en casa de unos parientes suyos en Jackson Street. Su nombre es Li Gung.

Kee Lim afirmó con la cabeza.

—No le conozco, pero he oído hablar de él en casa de Tong. Se trata de persona que ha viajado mucho por extraños países. Durante algún tiempo ha estado domiciliado con su primo, Henry Li, importador de cestos, que vive al estilo americano en un espléndido piso de Jackson Street. Los pisos orientales, desde luego. No he estado en ellos, pero tengo entendido que hay baños y otras extrañas instalaciones de esas que los diablos blancos se complacen en llamar civilización.

—¿Eres tú amigo de Henry Li? —preguntó Chan.

—No tengo ese honor —contestó Kee Lim, dura la mirada.

Charlie comprendió. Su primo estaba dispuesto a no tomar parte en nada de lo que le propusiera. Se levantó de la banqueta de ébano.

—Eres extremadamente amable —dijo—. Este y no otro era el alcance de mis deseos. El deber me dice que debo continuar mi camino.

Kee Lim se levantó también.

—La brevedad de tu estancia hace esencial e inexcusable que vuelvas. Aquí siempre se te recibe bien.

—Bien persuadido estoy de ello —añadió Charlie—. Soy hombre atareado; pero nos volveremos a ver. Por ahora, adiós.

Su primo le acompañó hasta la puerta.

—Que lleves propicio camino —le dijo; lo que en sus labios solía ser algo más que una formularia despedida.

Chan se dirigió en el acto a la Jackson Street. A mitad de ella se encontró la fachada lujosa de los Pisos Orientales. Allí vivían los miembros más prósperos de la colonia china a la usanza de su país de adopción.

Entró en el portal y examinó los buzones del correo. Descubrió que Henry Li vivía en el segundo piso. Sin hacer caso de los timbres empujó la cancela. Estaba abierta y entró. Subió hasta el tercer piso, pisando muy suavemente al pasar por delante del ocupado por Henry Li. Se detuvo un momento en la parte superior de la escalera y comenzó a bajar de nuevo. Habría bajado cosa de medio tramo cuando de repente pareció perder pie y rodó con terrible estrépito hasta el rellano del piso segundo. Se abrió la puerta de la casa de Henry Li y un chino pequeño y gordo, vestido como quien está en una oficina, se asomó.

—¿Ha sido usted víctima de algún accidente? —preguntó solícito.

—¡Ay! —exclamó Chan, poniéndose en pie—. Los malos espíritus me persiguen. He perdido pie en estas resbaladizas escaleras. (Intentó andar cojeando penosamente). Temo haberme dislocado el tobillo. Si pudiera sentarme un momento...

El hombrecillo abrió la puerta de par en par.

—Sírvase entrar en mi despreciable casa. Mis sillas son pobres e incómodas, pero siéntese usted en una de ellas.

Con profusión de gracias Chan le siguió a un gabinete en verdad asombroso. Tumbonas de seda y unos cuantos muebles de roble oriental se mezclaban con otros de pelús, como dejados casualmente aquí y allá y procedentes sin duda de cualquier almacén de muebles. Un muchacho que aparentaría unos trece años estaba sentado ante un aparato de radio que desgranaba música de baile. Llevaba el uniforme caqui de un *boy scout*, con un pañuelo amarillo muy fuerte al cuello.

—Tenga la bondad de tomar asiento aquí —invitó Henry Li, indicando a Chan un gran sillón de pelús verde—. ¿Son muy agudos los dolores?

—Empiezan a ceder —le dijo Chan—. Es usted muy amable.

El muchacho había desenchufado la radio y se había puesto en frente de Charlie Chan con el más vivo interés retratado en los relucientes ojos.

—Una cosa altamente desagradable —le explicó su padre—. El señor se ha dislocado un tobillo en nuestras detestables escaleras.

—Lo siento mucho —dijo el muchacho cada vez más brillantes los grises ojos—. Todos los *boy scouts* saben vendar. Voy a traer mi mochila de socorro...

—No, no —se apresuró Charlie a contestar—. No te molestes. La lesión no tiene importancia.

—No es ninguna molestia —aseguró el muchacho tan decidido que Charlie tuvo poca dificultad para disuadirle. Por fin el muchacho desapareció y el detective respiró tranquilo.

—Me sentaré y descansaré un momento —dijo Chan a Henry Li—. Espero no servir aquí de extraordinaria molestia. Ha venido el accidente a abrumarme cuando estaba en busca de un antiguo amigo mío, llamado Li Gung.

Henry Li clavó por un instante sus ojillos en el retrato de un chino de mediana edad que había en un marco de plata sobre la chimenea.

—¿Es usted amigo de Li Gung? —preguntó.

Aquel momento había sido lo bastante para Chan.

—Sí lo soy... Y por cierto que ahí encima veo su retrato, enmarcado ricamente. ¿Luego es cierto que está parando aquí? Al menos mi busca ha terminado afortunadamente.

—Estuvo aquí —contestó Li—, pero esta misma mañana se ha marchado.

—¡Se ha marchado! —exclamó Chan poniendo cara de desencanto—. De modo que he llegado tarde... ¿Sería usted tan amable que me dijera adónde se ha dirigido?

Henry Li se sintió discreto.

—Se marchó por razón de sus negocios, en los cuales yo no tengo la menor intervención.

—Por descontado. Pero es una lástima, una verdadera lástima. Un amigo mío, un caballero americano que está a punto de emprender un largo y peligroso viaje, requería sus servicios. La recompensa hubiera sido sin duda una considerable suma.

Li movió la cabeza negativamente.

—Seguramente el asunto no hubiera interesado a Gung. Tiene otras ocupaciones.

—Claro, claro. ¿Sigue todavía empleado con el coronel Bettham?

—Indudablemente sí.

—No obstante, la remuneración en este otro asunto hubiera sido en verdad crecida. Pero muy bien pudiera acontecer que sea extremadamente leal al coronel Bettham. Una lealtad cimentada en muchos años. No acierto a imaginar cuántos. ¿Cuánto tiempo lleva su honorable primo al servicio del coronel Bettham?

—Lo suficiente para cimentar la lealtad, como usted decía —contestó Li con evidente desconfianza.

—¿Quince años, tal vez? —aventuró Chan.

—Puede ser.

—¿O tal vez más aún?

—No sé tanto como eso.

Chan asintió:

—Cuando sabes saber que sabes y cuando no sabes saber que no sabes, es verdadera y auténtica sabiduría, como dijo el maestro. (Movié el pie y se le dibujó en

la ancha cara un espasmo de dolor). Es un gran hombre ese coronel Bettham. Un hombre de lo más notable. Li Gung ha tenido suerte. Con el coronel Bettham ha visitado Tibet, Persia... hasta India. ¿Le ha hablado a usted alguna vez por ventura de sus visitas a la India con el coronel Bettham?

En los oblicuos ojos del dueño de la casa se dibujó con evidencia una terca expresión.

—Mi primo habla poco —recalcó Henry Li.

—Rasgo de carácter que, sin duda, avalora sus méritos a los ojos de un hombre como el coronel Bettham —indicó Chan—. Siento mucho que se haya ausentado. Aunque indudablemente hubiera fracasado debido al sentimiento de lealtad que tiene por la persona a cuyo lado trabajo, no obstante me hubiera gustado intentar. He prometido a mi amigo...

Se abrió la puerta de la escalera y penetró en la habitación el pequeño y activo *boy scout*. Tras él entró un joven americano, muy serio y de barba precoz, llevando en la mano un pequeño estuche negro.

—He traído un médico —exclamó Willie Li triunfalmente.

Chan dirigió al niño una terrible mirada.

—Un accidente, ¿eh? —dijo el doctor muy animadamente—. Bueno. ¿Quién de ustedes...?

Henry Li le indicó a Chan.

—El tobillo de este señor —dijo.

El hombre blanco se acercó a Chan.

—Vamos a ver.

—No es nada —protestó Chan—. Absolutamente nada.

Alargó el pie y el doctor le quitó el zapato y el calcetín. Hizo un rápido examen palpando y volviendo el pie a un lado y a otro y se quedó mirándole pensativo unos momentos. Luego se levantó.

—¿Es que pretende usted embromarme? —dijo con mal humor—. No le ocurre absolutamente nada.

—Ya me he apresurado a consignar que la lesión era de lo más insignificante —dijo Chan.

Miró a Henry Li. Una expresión de completa inteligencia iluminó la faz del comerciante en cestos.

—Son cinco dólares —dijo el doctor con toda seriedad.

Chan sacó su portamonedas y contó el dinero. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar hacia donde se encontraba el muchacho.

El hombre blanco se fue de mal talante. Chan se puso el calcetín, se metió el zapato y se puso en pie. Como su dignidad requería que mantuviera la comedia hasta el último instante, cojeó trabajosamente.

—¡Estos demonios de doctores blancos! —dijo tristemente—. Todo lo que saben es decir. «Son cinco dólares».

Henry Li le miraba con ojos penetrantes.

—Recuerdo —dijo— que vino otro a hacer preguntas relacionadas con Li Gung. Un inglés, un hombre muy alto. Los ingleses son inteligentes y fríos. ¿No ha sido su muerte la que he leído en el periódico de esta mañana?

—No sé nada de eso —respondió Chan secamente.

—Desde luego —dijo Henry, acompañándole hasta la puerta—. Si quiere usted aceptar un consejo dado con la mayor humildad, ande despacio. Sería una lástima que le ocurriera a usted un accidente serio.

Refunfuñando una despedida, Chan salió. Junto a la puerta se tropezó con Willie Li, que se reía abiertamente. El acontecimiento había tenido un fin inesperado, pero que no dejaba de ser satisfactorio para el chiquillo. Era *boy scout* y ya había hecho la buena obra del día.

Chan volvió a salir a la calle, completamente desalentado. Rara vez habían tomado un carácter tan desastroso sus pequeñas decepciones. Había desaparecido para él la posibilidad de seguir la pista de Li Gung. Consignó al limbo con una muda imprecación a todos los *boy scouts*.

Entró en una droguería y compró una cierta cantidad de negro de humo y un cepillo de pelo de camello. Se dirigió a la Casa Kirk. El vigilante de noche le acompañó hasta el ático y él entró con la llave que Kirk le había dado. La casa estaba a oscuras y en silencio. Encendió las luces y recorrió en inspección los cuartos. No parecía haber nadie.

Abrió el cajón de la mesa de Kirk y sacó cuidadosamente el pliego de papel que había llegado en el sobre de Scotland Yard. Con satisfacción advirtió que el papel era de calidad barata, muy satinado. A lo largo de las rayas por donde estaba doblado los dedos de quien fuera tendrían que haber apretado fuertemente.

Sentado a la mesa, con una lámpara de pie iluminándole al lado, extendió con precaución el negro de humo por el lugar más probable. Luego lo sacudió cuidadosamente con el cepillo de pelo de camello. Como recompensa halló el diseño de un pulgar grande... el pulgar de un hombre corpulento. Pensó. Carry Enderby era un hombre corpulento. Estaba empleado en Cook. Tenía que procurarse de algún modo huellas del pulgar de Enderby.

Volvió el papel al cajón y con él puso los elementos de investigación. Rebuscando en su imaginación modos y procedimientos se sentó en un cómodo sillón, tomó la historia de la vida del coronel Bettham y empezó a leer.

Al cabo de un cuarto de hora entró Paradise. Había estado unos momentos en las habitaciones interiores de la servidumbre. Luego, entrando en la sala con su inevitable bandeja de plata, cogió unas cuantas cartas y las puso encima de la mesa de escritorio de Kirk.

—El último correo, señor —anunció—. Me parece que hay una tarjeta postal ilustrada para usted.

Le puso negligentemente bandeja y postal al lado como para expresar su

desprecio por las postales ilustradas. Chan levantó la vista sorprendido; había telefonado al hotel que le remitieran allí todo el correo y le parecía demasiada diligencia. Paradise le ofreció la bandeja y Chan cogió delicadamente la postal.

Era de su hija menor, y estaba echada con el tiempo justo para llegarle antes de partir.

«Ven a casa corriendo, honorable padre, decía. Te echamos mucho de menos. Sopla viento de Kone ahora y tenemos a diario treinta y dos grados de clima. Estamos deseando verte. Tu hija que te quiere, Ana».

Chan volvió la postal. Vio un panorama de Waikiki, con sus olas cubiertas de espuma y en el fondo Diamond Head. Suspiró con nostalgia y por unos momentos se quedó sentado inmóvil.

Pero tan pronto como Paradise hubo salido de la habitación se levantó de un salto y volvió a la mesa. Porque Paradise había colocado la tarjeta en la bandeja con un dedo pulgar grande y húmedo; dedo que, afortunadamente, había quedado en el azul claro del encantador cielo de Hawai.

Rápidamente Chan, aplicó negro de humo y cepillo. Después sacó el papel blanco del cajón y con ayuda de una lupa estudió las impresiones.

Se recostó en el asiento con el entrecejo fruncido en señal de perplejidad. Ahora sabía que no necesitaba investigar las huellas dactilares de Carrick Enderby. La huella dactilar de Paradise estaba en la tarjeta y la misma huella estaba en la hoja de papel blanco que había llegado en el sobre de Scotland Yard. Era, pues, Paradise quien había abierto el correo de *sir* Frederic.



## CAPÍTULO IX

### *Las mujeres desaparecidas*

El martes amaneció espléndido día. Chan, al saltar animadamente de la cama a la ventana, vio brillar el sol en las aguas del puerto. El espectáculo de la mañana clara y fresca era vigorizador. Ya no era posible andar entre perplejidades y dudas; en un día como aquel tenía que ver quién era el asesino de *sir* Frederic con la misma claridad con que veía en aquel momento las distantes torres de Oakland. Después, el Pacífico, el faro de la Punta de Makapuu, Diamond Head y una playa bordeada de palmas, y, por último, su adorada ciudad de Honolulu, anidada en la copa esmeralda de los montes.

Sin precipitación ninguna se preparó para un nuevo día y salió de su alcoba. Barry Kirk, inmaculado e intachable, también estaba sentado a la mesa del desayuno leyendo el periódico de la mañana. Chan sonrió pensando en la bomba que iba a arrojar dentro de un momento a quien tan generosamente le hospedaba. No había visto a Kirk la noche pasada, después de su descubrimiento. Le había esperado hasta las doce, pero el joven no había regresado y Chan se había ido a la cama muerto de sueño.

—Buenos días —dijo Kirk—. ¿Qué tal se encuentra el famoso sabueso?

—Todo lo bien que de mi aspecto puede juzgarse —contestó Chan—. En cuanto a usted, ya percibo que se encuentra en perfecto equilibrio, sin necesidad de más formal interrogatorio.

—Así es —respondió Kirk—. Me encuentro lleno de salud y vigor y ambición, y dispuesto a los descubrimientos del nuevo día. A propósito: anoche visité a *miss* Morrow y le conté lo que me había dicho mi abuela acerca de *mistress* Enderby. Está disponiendo una entrevista con la señora y está usted invitado a ella. Supongo que a mí no me darán tampoco con la puerta en las narices. Si lo hacen, no será porque no me parezca mal.

Chan hizo un signo de aprobación.

—La entrevista está ciertamente indicada —convino.

Entró Paradise, altivo y digno como siempre, y después que hubo distribuido un respetuoso «buenos días» a cada uno, puso ante ambos zumo de naranja. Kirk alzó el vaso.

—Brindo a la salud de usted —dijo— con el vino del país. Zumo de naranja de California, indudablemente ha leído usted los anuncios. Lo cura todo; desde el insomnio hasta la melancolía. ¿Qué hizo usted anoche?

—¿Yo? —dijo Chan, encogiéndose de hombros—. Estuve dando una vuelta por la Chinatown.

—Sobre la pista de Li Gung, ¿eh? ¿Y con qué resultado?

—El más pobre, el más miserable resultado —contestó Chan, haciendo al recuerdo un gesto de desagrado—. Me encontré con un *boy scout* chino ávido de hacer una buena obra y me hizo a mí la peor que yo haya sufrido en mi existencia.

Refirió su aventura con gran regocijo de Kirk.

—¡Mala suerte! —dijo el joven riendo—. Sin embargo, seguramente que sacó usted de ello todo lo que pudo.

—Más adelante —continuó Chan— la suerte se dignó mejorar.

En esto entró Paradise con el desayuno y Chan le consideró en silencio. Cuando el mayordomo se hubo ausentado él continuó:

—Anoche he hecho en esa sala un portentoso descubrimiento.

—¿De veras? ¿Y qué ha sido?

—¿Qué informes tiene usted de este perfecto servidor a sus órdenes?

Kirk se sorprendió.

—¿De Paradise? ¡Dios mío!... No querrá usted decir que...

—¿Vino con informes?

—No hubiera podido reunirlos mejores el rey Jorge. Duques y condes hablan de él en los más calurosos términos. ¿Y cómo no, si es el mejor criado del mundo?

—Eso es lo peor —comentó Chan.

—¿Qué quiere usted decir con esas palabras?

—Que lo peor es que el mejor criado del mundo tenga aficiones a abrir las cartas por medio del vapor...

Se detuvo súbitamente porque entraba Paradise llevando el jamón y los huevos. Una vez que hubo salido, Kirk se inclinó para hablar en voz baja.

—¿Que Paradise abrió la carta de Scotland Yard? ¿Y cómo lo sabe usted?

Chan le refirió brevemente lo ocurrido y Kirk se entristeció al escucharlo.

—Debía haberme preparado para la noticia —suspiró—. En tales asuntos siempre suelen estar mezclados los mayordomos. ¡Pero Paradise! ¡El ejemplo y compendio de todas las virtudes! ¿Cómo creer ya en la humana inocencia? ¿Y qué le parece a usted que haga? ¿Plantarlo en la calle?

—¡Oh, no! —protestó Chan—. Por el presente tan sólo el silencio es recomendable. No debe venir en conocimiento de que estamos al corriente de su debilidad. Solo corresponde una vigilante espera.

—Lo que usted quiera —dijo Kirk—. Yo le sujetaré mientras usted saca las esposas. ¡Qué dolor tan grande haber de atar manos tan competentes como esas!

—Tal vez no haya que hacerlo —indicó Chan.

—Así lo deseo —contestó Kirk fervientemente.

Después de desayunar fue a la redacción de *El Globo* y se enteró del domicilio de Bill Rankin. Sacó al repórter de un bien ganado reposo y le dijo que fuera en seguida al ático con él.

Una hora después Rankin, contento y lleno de entusiasmo, se presentaba en escena. Reía con toda la boca al tiempo que repartía apretones de manos.

—No ha tenido valor para escapar, ¿eh? —decía burlón—. El calmoso y frío oriental se volvió en el puerto mismo.

Chan hizo con la cabeza un signo de asentimiento.

—El calmoso y frío oriental acaba asemejándose a los americanos del continente a fuerza de moverse en el seno de tan desmoralizadora sociedad. Permanezco para ayudar al capitán Flannery, con gran y bien disimulada satisfacción suya.

Rankin soltó la carcajada.

—Sí. Estuve hablando con él anoche. Está hecho un gran lío, pero no quiere confesárselo ni a sí mismo. Bueno, y ¿qué es lo que hay? ¿Quién mató a *sir* Frederic?

—Proposición difícil de determinar —contestó Chan—. Hemos de volver hacia el pasado, removiendo cenizas aquí y acullá. Precisamente en este momento hállome enfrentado con un pequeño problema en el cual puede usted asistirme. Razón por la cual me he aventurado a importunarle.

—¡Nada de importunarme! Encantado de que haya usted ido a buscarme. ¿Qué me manda usted?

—Por la hora presente, guárdelo todo bajo la custodia de la penumbra. Nada de publicidad, ¿me comprende?

—Muy bien... por la hora presente. Pero cuando llegue el gran momento, lo que haya para mí. ¿Me comprende usted?

Chan sonrió.

—Sí. Usted es el preferido. Ya llegará. Pero ahora necesito que usted haga una investigación encubierta. ¿Recuerda usted la historia de Eva Durand?

—¿Como había de olvidármeme? No sé que nada me haya hecho una impresión parecida. Peshawar, las montañas oscuras, el escondite, la rubia a quien no se ha vuelto a ver más.

—En efecto. Hace quince años, según relató *sir* Frederic. Pero ni *sir* Frederic ni tampoco el recorte me proporcionan la fecha exacta y heme aquí pereciendo por ella. ¿En qué día de qué mes, probablemente del año 1913, desapareció Eva Durand en las ilimitadas negruras de la India? ¿Es usted capaz de proporcionar el dato?

Rankin afirmó con la cabeza.

—El suceso tiene que haberse publicado en todos los periódicos del mundo. No tengo más que mirar las colecciones de 1913 y buscar lo que haya.

—Perfectamente —dijo Chan—. Sírvase tomar aún otra nota. Supongamos que encuentra usted referencias y formulemos esta nueva pregunta: ¿Se menciona en alguna parte el nombre del coronel John Bettham?

—¡Cómo! ¿Bettham? ¿Anda en esto, ese pájaro?

—¿Le conoce usted?

—Desde luego. Le he hecho una interviú. Es un tipo misterioso. Si anda él en esto, el suceso es todavía más divertido de lo que yo me había pensado.

—Puede ser que no ande —le advirtió Chan—. Experimento curiosidad; eso es todo. Así que procederá usted a explorar las colecciones ¿verdad?

—Desde luego que lo haré. Tendrá usted en seguida noticias mías. Voy ahora mismo a ocuparme de ello.

El repórter salió apresuradamente, dejando a Chan con su amado libro. Durante buen espacio anduvo Chan con el coronel por solitarios lugares, arenas ardientes unas veces y otras, interminables desiertos nevados. Hombres, camellos y mulas se quedaban muertos en el camino, pero Bettham seguía. No lo detenía nada.

Durante el almuerzo sonó el teléfono y Kirk respondió:

—¡Hello! ¡Oh! Miss Morrow. Claro que sí. Bien. Voy en seguida. De manera que... ¿Cómo? Nada; ninguna molestia. Míster Chan es forastero y yo no quiero que se pierda... Sí... Sí voy. Tranquilícese usted, tranquilícese.

Colgó.

—Miss Morrow nos invita a estar a las dos en su despacho para ver a los Enderby. Mejor dicho: que le invita a usted y que yo voy, sea como sea.

A las dos en punto entraban ambos en el despacho de la muchacha; una habitación polvorienta y mal iluminada en que se amontonaban los libros de derecho. El teniente fiscal del distrito se levantó detrás de una mesa bien ordenada y los saludó sonriendo.

Kirk se quedó en pie mirando la habitación.

—Pero ¡Dios Santo! ¿Es aquí donde pasa usted el día? (Se acercó a la ventana). ¡Encantadoras vistas! Tendré que llevarla a usted alguna vez al campo para que vea el verde y los árboles. Recibirá usted una gran sorpresa.

—¡Bah! No está mal esta habitación —contestó la muchacha—. Yo no soy como otras personas. Yo estoy atenta a mi trabajo.

Entró Flannery.

—Bien; ya estamos aquí otra vez —dijo—. Dispuestos para un nuevo cuento. Ahora es *mistress* Enderby, ¿no? Hay en este caso más mujeres que en la Liga del Voto de la Mujer.

—Parece hallarse usted en situación asaz embarazada —indicó Chan.

—Lo estoy desde luego —reconoció el capitán—. Y en cuanto a usted, ¿qué me dice? No he recibido de usted indicaciones muy luminosas que digamos.

—En cualquier momento, a partir del presente —dijo Chan sonriendo—, pudiera deslumbrarle a usted con cualquier ofuscadora claridad.

—Bien; por mí no se dé prisa —le aconsejó con sorna Flannery—. Tenemos todo el año para resolver. Después de todo, el muerto no era más que *sir* Frederic Bruce, de Scotland Yard. No le interesa a nadie..., quitando al Imperio británico.

—¿Ha realizado usted algún progreso? —preguntó Chan.

—¡Y cómo he de realizarlo! Cada vez que me pongo al asunto por algún camino razonable, tengo que pararme para dedicarme a la caza de alguna mujer desaparecida. Le aseguro a usted que ya estoy harto de esta canción. Si seguimos con estas tonterías...

Se abrió la puerta y un empleado hizo pasar a Carry Enderby y su esposa. Elena Enderby, aun antes de hablar, dejaba ver lo inquieta y nerviosa que estaba. *Miss Morrow* se levantó.

—¿Cómo están ustedes? —dijo—. Háganme el favor de sentarse. Les agradezco mucho que hayan venido.

—Naturalmente que hemos venido —contestó Elena Enderby—. Aunque, a decir verdad, no imagino qué es lo que puede usted desear...

—Debemos dejar que *miss Morrow* nos diga lo que desea, Elena —corrigió el marido.

—¡Ah, desde luego!

*Mistress Enderby* recorrió con la mirada a todos los que estaban presentes, y por fin se quedó fija en la sólida figura del capitán Flannery.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, *mistress Enderby* —comenzó *miss Morrow*—. Preguntas que estamos seguros de que usted tendrá mucho gusto en contestar. Dígame: ¿Usted conocía a *sir Frederic Bruce* antes de la comida de la otra noche en casa de *míster Kirk*?

—Ni siquiera había oído hablar de él en mi vida —contestó la interrogada con firmeza.

—Muy bien. Sin embargo, cuando el coronel *Bettham* comenzó a proyectar las películas, *sir Frederic* la llamó a usted al pasillo. Deseaba hablar con usted reservadamente.

Elena Enderby miró a su marido, que hizo un signo afirmativo con la cabeza, y luego reconoció:

—Sí. Es verdad. En mi vida he recibido una sorpresa parecida.

—¿Y de qué quería hablarle a usted *sir Frederic*?

—Fue una cosa muy rara. Me habló de una muchacha... Una muchacha de quien yo fui muy amiga.

—¿Dónde está esa muchacha?

—Pues el caso es... que se trata de un misterio. La muchacha de que *sir Frederic* me habló desapareció una noche. Se alejó en la oscuridad y no ha vuelto a saberse de ella.

Hubo un momento de silencio.

—¿Desapareció en Peshawar, en la India? —preguntó *miss Morrow*.

—¿En la India? ¡No! —contestó Elena Enderby.

—¡Ah, ya comprendo! Usted habla de *María Lantelme*, que desapareció en Niza.

—¿Niza? ¿*María Lantelme*? No sé de lo que me habla usted —dijo *mistress*

Enderby, frunciendo la frente con extrañeza.

Por primera vez habló Chan.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido —preguntó— desde que su amiga fue vista por postrera vez?

—Pues... deje que me acuerde... Siete años... Eso; siete años.

—¿Y desapareció tal vez en Nueva York?

—Exactamente; en Nueva York.

—¿Era su nombre Jennie Jerome?

—Eso: Jennie Jerome.

Chan sacó la cartera y extrajo un recorte. Se lo alargó a *miss* Morrow.

—Una vez más, y en espera de que sea la última —dijo—, suplico a usted con el más rendido encarecimiento que dé lectura en voz alta a este trozo de papel que figuraba entre los efectos de *sir* Frederic.

*Miss* Morrow, con los ojos muy abiertos, cogió el papel. El rostro del capitán Flannery era un apunte en carmesí. La joven empezó a leer.

«¿Qué le ocurrió a Jennie Jerome? Una famosa modista de Nueva York y un más famoso todavía dibujante de Nueva York figuran entre las personas que llevan siete años haciéndose esta pregunta.

Jennie Jerome era lo que los franceses llaman una *mannequin*, una modelo, empleada en la elegante casa de Du Fort et Cie., en la Quinta Avenida de Nueva York. Era algo más que un modelo, que la armadura de los lindos trajes; era una joven de encantadora y original personalidad y de una belleza que no será olvidada en siete veces siete años. Aunque llevaba poco tiempo colocada en la casa Du Four, era la más popular de todas las modelos entre los distinguidos dueños de la casa. Un célebre dibujante de Nueva York vio su retrato en un periódico, y en seguida fue a buscarla y le ofreció una crecida suma por servirle de modelo.

Jennie Jerome pareció encantada del ofrecimiento. Invitó a varias amistades a una modesta comida en su casa para celebrar el acontecimiento. Cuando los amigos llegaron, la puerta estaba abierta. Entraron. La mesa estaba puesta, las luces encendidas, hechos todos los preparativos para la comida. Pero la dueña de la casa no aparecía por parte ninguna.

El muchacho encargado de la central telefónica de abajo declaró que minutos antes la había visto bajar corriendo la escalera y desaparecer en la oscuridad de la noche. Fue la última persona que vio a Jennie Jerome. La dueña de la casa donde estaba colocada, *madame* Du Four, y el dibujante a quien tanto había impresionado su belleza, hicieron todos los esfuerzos posibles por hallar su paradero. Inútil. Jennie Jerome había desaparecido como evaporada en el aire. ¿Se fugó? Tal vez; pero nunca se relacionó con su vida nombre de varón ninguno. ¿Asesinada? Quizá. Nadie lo sabe. Sea lo que sea, Jennie Jerome desapareció sin dejar rastro, y así siguen las cosas desde hace siete años».

—¡Otra! —exclamó Flannery cuando *miss* Morrow hubo terminado de leer—.

¿Pero qué diablos de caso es éste?

—Un rompecabezas —sugirió tranquilamente Chan—. Y devolvió el recorte a su cartera.

—Lo parece —reconoció Flannery.

—¿Conocía usted a Jennie Jerome? —preguntó *miss* Morrow a Elena Enderby.

*Mistress* Enderby afirmó.

—Sí; yo estaba empleada también en la casa Du Four. Yo era también modelo. Allí trabajaba cuando conocí a míster Enderby, que estaba empleado por entonces en las oficinas de Cook, de Nueva York. A decir verdad, ese relato que ha leído está un poco diferente. Jennie Jerome era una muchacha bonita como otra cualquiera; pero no como para volverse loco. Sí; creo que un dibujante le propuso que fuera su modelo. A todas nos hacían proposiciones de esa clase.

—Y dejando a un lado lo de la belleza —dijo *miss* Morrow sonriendo—, la cuestión es que desapareció, ¿verdad?

—Sí. Yo era una de las personas invitadas a la comida. Esa parte es completamente cierta. Desapareció en la oscuridad de la noche.

—¿Y fue por esa muchacha por quien le preguntó *sir* Frederic?

—Sí. No sé cómo él conocía que habíamos sido amigas. No me figuro cómo lo averiguaría. El caso es que me preguntó si reconocería yo a Jennie Jerome si volviera a verla. Le dije que sí. Y me dijo: ¿La ha visto usted en la Casa Kirk esta noche?

—Y usted le dijo...

—Le dije que no. El se quedó callado y pensativo como un minuto. No sé qué querría decir. Yo estaba segura de no haberla visto.

—¿Y no la ha visto usted después?

—No; no la he visto.

*Miss* Morrow se levantó.

—Muy agradecidos a usted *mistress* Enderby. Creo que no tendremos que molestarla más. Si el capitán Flannery no...

—Por mí están bien —dijo Flannery.

—Bien. Si no desean ustedes nada más...

*Mistress* Enderby se levantó con visible alivio, Su marido dijo muy gravemente:

—Vamos, Elena.

Salieron. Los cuatro que quedaron en el despacho se miraron unos a otros con asombro.

—Ya tiene usted ahí —estalló Flannery, levantándose— otra mujer desaparecida. Eva Durand, María Lantelme y Jennie Jerome. Tres, justamente tres; y si va usted a dar crédito a lo que oye, las tres estaban anteanoche en la Casa Kirk. Yo no sé a ustedes qué les parecerá, pero a mí me parece un puro disparate.

—Sí que parece un poco sospechoso —reconoció Kirk.

—Un puro disparate —siguió Flannery en alta voz—. Jamás ha ocurrido nada semejante. Hay alguien que está quedándose con nosotros. Esta última historia es ya

demasiado. (Se detuvo y se quedó mirando a Charlie Chan). Y bien, sargento, ¿qué opina usted? —le preguntó.

—Opino mucho —dijo sonriendo Chan—. Por lo menos, en uno de los lados de nuestro rompecabezas empieza a hacerse luz. Esta historia última ilumina la oscuridad. Comprende usted lo que quiero decir, desde luego.

—Ni palabra. ¿Qué quiere usted decir?

—¿Es posible que no? ¡Es una verdadera lástima! Ya se lo mostraré a usted en el momento oportuno.

—Bien, bien —dijo Flannery—. Le dejo a usted y a *miss* Morrow estas mujeres desaparecidas. No quiero volver a oír hablar de ellas; que me ahorquen si vuelvo a meterme. Yo me atenderé a los hechos principales. Anteanoche *sir* Frederic fue asesinado en un despacho del piso veinte de la Casa Kirk. O alguien de los que estaban allí se escurrió o alguien entró de fuera y acabó con él. A su lado había un libro, y en la bajada de incendios había señales (no se lo he dicho a ustedes, pero las había); y el asesino le quitó de los pies unas zapatillas de terciopelo. Este es mi caso, esta es mi obligación, y tras ella he de seguir, por vida de Dios, así me vengan con más historias de mujeres desaparecidas que...

Se detuvo. Habíase abierto la puerta de fuera y volvía Elena Enderby. Pisándole los talones, su marido, serio y melancólico. La mujer parecía muy contrariada.

—Aquí volvemos —dijo ella, a tiempo que se dejaba caer en un sillón—. Mi marido cree... Me ha hecho ver a mí...

—He insistido —dijo Carrick Enderby— en que mi mujer lo cuente todo. Ha omitido un punto muy importante.

—Estoy en una situación terrible —protestó la mujer—. Creo que hago bien. Carry, ¿tú estás seguro?...

—Estoy seguro —cortó el marido— de que un asunto de la seriedad de este, el único camino es la verdad.

—Pero es que ella me pidió que no lo dijera —le recordó Elena Enderby—. ¡Me lo suplicó de un modo! No quisiera ocasionarle ninguna molestia.

—No prometiste nada —le dijo su marido—. Y si la mujer no ha hecho nada malo no comprendo...

—Escuche —interrumpió secamente Flannery—: Usted ha vuelto a decirnos algo. ¿Qué es?

—¿Ha vuelto usted a decirnos que ha visto a Jennie Jerome? —insinuó *miss* Morrow.

*Mistress* Enderby afirmó con la cabeza y empezó a hablar con manifiesta desconfianza:

—Sí; la he visto. Pero no antes de hablar con *sir* Frederic. Le dije la verdad. Yo no la había visto entonces... Es decir: la había visto, pero no me había fijado... A lo mejor una no... Usted comprenderá.

—Pero se dio usted cuenta después.



—Sí. Cuando nos retirábamos a casa, bajando en el ascensor. Entonces fue cuando la miré más cara a cara y la reconocí. La joven encargada del ascensor en la Casa Kirk anteanoche era Jennie Jerome.

## CAPÍTULO X

### *La carta de Londres*

El capitán Flannery se levantó y dio un paseo en torno de la habitación. Era un hombre sencillo y la expresión de su rostro revelaba que las complicaciones de su profesión se le hacían cada vez más enojosas. Se detuvo frente a Elena Enderby.

—¿De manera que la muchacha encargada del ascensor de la Casa Kirk era Jennie Jerome? ¿De modo que mentía usted cuando hace unos minutos decía usted a miss Morrow que no la había visto?

—No puede usted lanzarle esta acusación —protestó el marido—. Ha vuelto por su propia voluntad a decir a ustedes la verdad.

—¿Pero por qué no la dijo en el primer momento?

—No le gusta a uno verse complicado en un asunto de esta clase. Es muy natural.

—Muy bien, muy bien —dijo Flannery, volviéndose otra vez hacia míster Enderby—. De modo que usted reconoció a esa muchacha cuando bajaba en el ascensor para irse a casa después de la cena. ¿Y le dio usted a entender que la había reconocido?

—Sí, sí. Le grité toda sorprendida: «¡Jennie, Jennie Jerome! ¿Qué haces aquí?».

—Ya veía usted lo que estaba haciendo, ¿no?

—Fue una de esas preguntas que no quieren decir nada.

—Ya. Y ella ¿qué dijo?

—Se sonrió y me dijo por lo bajo: «Hola, Elena. Estaba pensando si me reconocerías o no».

—¿Y qué más?

—Yo quise preguntarle mil cosas, naturalmente. Por qué desapareció; dónde había estado... Pero ella no quiso contestar. Movié la cabeza sin dejar de sonreír y me dijo que tal vez en otra ocasión me lo contaría todo. Y luego me pidió que le hiciera ese favor.

—Se refiere a callar el hecho de haberla visto, ¿no?

—Sí. Dijo que no había nada malo; pero que si llegaba a saberse cómo había desaparecido de Nueva York podrían despertarse muchas sospechas...

—Según su marido, usted no le hizo promesa ninguna —dijo Flannery.

—No; no se la hice. En condiciones normales, sí se lo hubiera prometido en el

acto. Pero pensé en el asesinato de *sir* Frederic y me pareció que lo que pedía era una cosa muy seria. Así que le contesté que lo pensaría y le diría mi determinación cuando volviera a verla.

—¿Y ha vuelto usted a verla?

—No. Era tan raro todo aquello... No sabía qué hacer.

—Lo mejor que puede usted hacer es mantenerse apartada de ella —le indicó Flannery.

—Desde luego que me mantendré apartada de ella. Me parece como si la hubiera traicionado.

Y Elena Enderby dirigió una mirada acusadora a su marido.

—No te habías comprometido a nada —dijo Enderby—. Mentir en un asunto de esta clase es muy peligroso.

—Tiene usted suerte, *mistress* Enderby —dijo el capitán—. Tiene usted un marido que se da cuenta de las cosas. Hágale usted caso y se verá libre de enredos. Creo que todo está ya terminado. Puede usted retirarse. Si la necesito de nuevo se lo avisaré.

Chan abrió la puerta.

—¿Me hace el honor de permitirme una pregunta? —le dijo—. El lindísimo vestido que se le manchó de hierro ¿ha vuelto a su resplandeciente estado?

—Sí; no fue nada —dijo ella, y luego de hacer una pausa como si considerara que el asunto requería una explicación, añadió—: Cuando vi al hombre en la bajada de incendios me impresioné tanto que me apoyé en la barandilla del jardín. Estaba húmeda con la niebla. Qué falta de cuidado ¿verdad?

—En momentos de impresiones vivas es lo más fácil cometer acciones descuidadas —le contestó Chan. Y luego de una reverencia cerró la puerta tras los Enderby.

—Bueno —dijo Flannery—. Parece que por fin vamos a saber algo. Aunque si me pregunta usted por dónde, no podré decírselo. De todos modos, sabemos que *sir* Frederic andaba buscando a Jennie Jerome la noche en que lo mataron, y que Jennie Jerome estaba dirigiendo el ascensor en la misma puerta de él. Por el diablo que se me pasan grandes ganas de encerrarla ahora mismo.

—No tiene usted nada de qué acusarla —objetó *miss* Morrow—. Demasiado lo sabe usted.

—No tengo, no. Pero es que los periódicos están reclamando una detención. Siempre están lo mismo. Podría ofrecerles a Jennie Jerome, que es una muchacha guapa, para que la devoraran. Después, si no resultaba nada contra ella, la dejaría en libertad a la chita callando.

—Esa táctica es indigna de usted, capitán —dijo *miss* Morrow—. Confío en que cuando hagamos una detención se basará en algo más tangible que las pruebas que tenemos hasta ahora. ¿Está usted conforme, míster Chan?

—Indubitablemente —contestó Chan, al tiempo que dirigía una mirada al rostro

ceñudo del capitán—. Si se me permite hacer una humilde indicación...

—Lo que usted quiera —atajó *miss* Morrow.

Pero Chan pareció haber cambiado de parecer. Se guardó para sí la humilde indicación.

—La paciencia —dijo por fin, titubeando— es siempre el plan más brillante en estos asuntos. Proceder como campeón de esta admirable virtud, es actitud a la que he dedicado mi energía en reñidas batallas. El americano tiene siempre la urgencia de saltar con demasiada rapidez. Está dicho con gran sabiduría: cede un paso y alcanzarás ventaja.

—Pero los periodistas... —protestó el capitán.

—Lejos de mí el propósito de presentarme como modelo —dijo Chan sonriendo—; pero séame permitido referirme a mi propio hábito en similares situaciones. Cuando los periodistas gritan yo me pongo lindamente algodones en los oídos. Poniendo en su punto la verdad, yo soy parte responsable, no reportero de periódico. Y con toda cortesía les invito a quitarse de en medio y guardar silencio.

—Un buen sistema —dijo *miss* Morrow riendo, y añadió, volviéndose a Barry Kirk—. Y a propósito: ¿usted tiene algún dato de esa muchacha del ascensor? Creo que el nombre que dio la otra noche fue el de Grace Lane.

—No sé nada —respondió Kirk—. Aparte de que es la muchacha más guapa que haya estado empleada en la casa nunca. Eso ya lo había notado yo.

—Ya me figuraba que lo habría usted notado —dijo *miss* Morrow.

—Señora mía, no soy ciego —le aseguró él—. Me doy cuenta de la belleza donde quiera que esté; en los ascensores, en los tranvías, hasta en los despachos de abogado. Intenté dos o tres veces hablar con esa muchacha, pero no fui muy allá. Si usted quiere, intentaré otra vez.

—No, muchas gracias. Probablemente se saldría usted de la cuestión.

—Todo esto me resulta extraordinariamente misterioso —dijo él—. Pensábamos que *sir* Frederic estaba en la pista de Eva Durand y ahora parece que hay otras dos mujeres. El pobre se ha ido, pero ha dejado en mi puerta el rompecabezas más incomprensible. Ustedes todos son excelentes detectives (no quiero ofenderles); pero ¿me harán ustedes el favor de decirme en qué dirección nos movemos, adónde vamos? A mí me parece que a ninguna parte.

—Me temo que tenga usted razón —suspiró *miss* Morrow.

—Tal vez si encerráramos a esa mujer —empezó Flannery apegado a su idea.

—No, no —le dijo *miss* Morrow—. Eso no podemos hacerlo. Pero podemos vigilarla. Y puesto que se trata de una criatura que tiene demostrado que sabe desaparecer en la noche, lo mejor será que lo disponga usted sin dilación.

—Pondré tras ella a unos muchachos. Creo que tiene usted razón. Tal vez podamos sacar algo por ese sistema. Pero, como Kirk ha dicho, no avanzamos muy de prisa. ¡Si tuviéramos siquiera una pista en que yo pudiera clavar los dientes...!

Chan le atajó.

—Infinitamente agradecido —le dijo— por hacer un llamamiento a mis dispersas ideas. En medio del tumulto de tanto acontecimiento el asunto se había oscurecido en mi memoria. Dispongo de algo que pudiera constituir excelente presa para la dentadura. (Sacó un sobre del bolsillo y cuidadosamente extrajo una hoja de papel doblada y una postal ilustrada). Sin duda, capitán, que usted es más inteligente en materia de huellas dactilares de lo que pueda serlo un estúpido como yo. ¿Podría usted decirme si estas dos huellas de pulgares son identificables en una misma?

Flannery estudió el papel y la cartulina.

—Parecen ser la misma. Podemos hacer que las mire el perito. Pero, dígame: ¿de qué se trata?

—La hoja en blanco —explicó Chan— llega en un sobre que trae el sello de Scotland Yard. Sin duda *miss* Morrow ha puesto a usted en antecedentes.

—¡Ah, sí, me lo dijo! Alguien ha andado en la correspondencia, ¿eh? ¿Y la huella de la tarjeta?

—Impresa ahí anoche por el dedo de Paradise, el mayordomo de *míster* Kirk —le informó Chan.

Flannery dio un salto.

—¡Caramba! ¿Por qué no lo había dicho usted? Pues ¡ya está todo! Por fin ha hecho usted algo de detective, sargento. Paradise ¿eh? Con que ¿andando en la correspondencia del Tío Sam? No necesito más. Antes de una hora lo tendré entre rejas.

Chan levantó una mano en señal de protesta.

—¡Oh, eso no! Mis más rendidas disculpas... Me parece que salta usted otra vez demasiado rápido. Debemos vigilarle y esperar...

—¿Qué simpleza dice usted? —exclamó Flannery—. Ese no es mi sistema. Yo le echo la mano ahora mismo. Y ya le haré yo hablar...

—Y yo —suspiró Barry Kirk— me quedaré sin el mejor de los mayordomos...

—Capitán: cálmese y escuche —suplicó Chan—. No tenemos prueba ninguna de que Paradise introdujera la bala fatal en el considerable cuerpo de *sir* Frederic. No obstante, está comprometido en algún modo. Vigilemos todos sus movimientos. El que no sospecha puede revelar muchas cosas. Dejémonos orientar por su conducta. Creo que hoy tiene su día semanal libre ¿no es así?

Miró a Kirk.

—Sí —dijo Kirk—. Paradise irá probablemente al cine; adora las películas. El melodrama es su ilusión.

—Venturoso acontecimiento —continuó Chan—. El cocinero también está libre. Volvamos al piso y realizamos alguna condenable furtiva averiguación en la vida privada de Paradise. ¿No es esto mejor, capitán, que buscar en la cargada atmósfera del local cinematográfico para llevar a cabo una insensata detención?

Flannery pensó.

—Bueno; puede que lo sea.

—Pues a casa —dijo Kirk, levantándose—. Si *miss* Morrow quiere echar una mano, les daré a ustedes té.

—No cuente conmigo —dijo Flannery.

—Té y otros líquidos —dijo Kirk.

—Vuelva a contar conmigo —corrigió Flannery—. ¿Ha traído usted su coche? (Kirk afirmó). Pues puede usted llevar a *miss* Morrow y el sargento y yo iremos en el mío.

En el *roadster*, camino de la Casa Kirk, Barry Kirk miró a *miss* Morrow y se sonrió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Iba pensando. A veces pienso.

—¿Cree usted que hace falta?

—Tal vez no. Pero me resulta divertido. En este momento estaba pensando en usted.

—No se moleste, por Dios.

—No es molestia. Iba asombrándome. Tantas mujeres misteriosas en este caso y nadie la somete a usted a interrogatorio.

—¿Y por qué habían de someterme?

—¿Y por qué no? ¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted? Puesto que no es muy probable que usted se interrogue a sí misma, me encargaré yo.

—Es usted muy amable.

—Espero que no pondrá usted dificultades. Tiene usted aspecto de juventud e inocencia; pero usted misma me ha dicho que los hombres se vuelven locos fácilmente. (Hizo un regate para evitar un chasis que obstruía el camino y luego se volvió seriamente hacia ella). ¿Qué estaba usted haciendo la noche en que Eva Durand desapareció en Peshawar?

—Probablemente estaba enfrascada en mis estudios —contestó la muchacha—. Desde pequeña he sido muy formalita.

—Ya me lo figuraba yo. ¿Y dónde estaba realizándose ese esfuerzo mental? ¿En San Francisco?

—No; en Baltimore. Viví allí hasta que vine al Oeste, a la Escuela de Derecho.

—Bien. Y penetrando más allá en su oscuro pasado, ¿cómo diablos se le ocurrió a usted venir a la Escuela de Derecho? ¿Desengaño amoroso o cosa así?

Ella sonrió.

—En absoluto. Mi padre era juez y estaba desconsolado por que yo no fuera chico.

—Ya tengo yo notado lo poco razonables que son los jueces. Sobre todo cuando han tenido que decirme algo relacionado con mi modo de conducir automóviles. ¿De modo que el juez quería un chico? Pues no sabía la suerte que tenía.

—Poco a poco fue descubriendo que no era cuestión perdida. Me dijo que estudiara Derecho, y lo estudié.

—¡Qué niña tan obediente! —dijo Kirk.

—La verdad es que no me importó. Me gustaba. Las cosas frívolas no me han llamado nunca la atención.

—Me temo que es verdad. Y no me hace maldita la gracia.

—¿Y por qué no?

—Porque yo soy una de las cosas más frívolas que puedan existir.

—Pero seguramente tendrá usted su lado serio.

—No. Me temo que este lado lo bosquejaron nada más. No está terminado. Pero yo estoy trabajando en él. Poco he de poder o me verá usted de pastor protestante.

—¿Sí? Me parece que tampoco me gustan mucho los pastores protestantes.

—Bien; entonces buscaré un justo medio.

—Yo le ayudaré a encontrarlo —dijo la joven sonriendo.

Kirk paró el coche en una bocacalle, y volviendo la esquina entraron en la Casa Kirk. Fue Grace Lane quien los subió. Kirk la estudió con nuevo interés. Le salían por debajo de la gorra mechones de pelo oscuro; tenía la cara pálida, pero tersa y joven. Edad incierta, pensó Kirk, pero belleza indiscutible. ¿Cuál sería el secreto de su pasado? ¿Por qué habría llevado *sir* Frederic a la Casa Kirk aquel recorte referente a Jennie Jerome?

—Termino en un minuto —dijo *miss* Morrow cuando el ascensor se detuvo en el piso veinte.

Kirk echó delante de ella hacia el ático. Ella le siguió casi inmediatamente.

—Quería hacer un par de preguntas —explicó ella al llegar—. Apenas me fijé en Grace Lane la noche en que fue asesinado *sir* Frederic.

—¿Y qué le parece a usted ahora que la mira de nuevo?

—Es una señora, si puede emplearse una palabra de la que se ha abusado con exceso. El trabajo que desempeña está muy por debajo de su condición.

Chan y el capitán Flannery estaban a la puerta y Kirk se la abrió. El capitán daba la impresión de hombre muy atareado.

—Muy bien —dijo—. Si usted nos enseña ahora mismo la habitación de ese mayordomo, mister Kirk, empezaremos a trabajar inmediatamente. Yo traigo unas cuantas llaves ganzúa. Lo recorreremos todo sin dejar rastro. ¿Y por qué no echamos también un vistazo al cuarto del cocinero? —añadió Flannery, mientras iban por el pasillo.

—Mi cocinero es francés —le dijo Kirk—. Duerme fuera.

—Pero ¿estaba aquí la otra noche cuando se cometió el crimen?

—Desde luego.

—Pues tendré que hablar con él.

—Habla muy poco inglés —dijo Kirk sonriendo—. Le hará a usted reír.

Dejó a los dos en el cuarto del mayordomo y se volvió con *miss* Morrow.

—Si un abogado notable como usted no aborrece la cocina, venga conmigo a preparar las cosas para el té.

—Además de leyes he estudiado libros de cocina —contestó ella mientras iban—. Y en el cuarto que tengo arrendado, cuando no estoy muy cansada, me hago la comida yo misma.

—Y los martes por la noche, ¿cómo se encuentra usted? ¿Muy cansada?

—Según. ¿Por qué?

—Es la noche de descanso de mis criados. ¿Necesito decir más?

:—Me acordaré —dijo *miss* Morrow riendo, al mismo tiempo que ponía el agua a hervir y empezaba a arreglar el servicio de té. Observó—: ¡Qué limpio está todo! Este Paradise es una alhaja.

—Dígaselo a mi abuela —indicó él—. Cree que un hombre que vive solo por fuerza tiene que padecer desorden y despilfarro. Según su teoría, toda casa necesita el cuidado de una mujer.

—Es absurdo —exclamó la muchacha.

Kirk llevó la bandeja a la sala y la colocó en una mesita baja delante de la chimenea. *Miss* Morrow se sentó al lado. El echó un par de leños a la brasa y luego de una visita al comedor regresó con una botella, un sifón y unos vasos.

—No olvidemos que al capitán Flannery no le hace gracia el té —dijo.

—Si no se dan prisa —dijo ella— van a llegar tarde.

Pero Chan y Flannery seguían sin presentarse. Afuera caía el crepúsculo de marzo. Un viento áspero barría el jardín y sacudía las persianas. Kirk echó las cortinas. Cogió luego de manos de *miss* Morrow la taza de té, escogió un pastel y se sentó en un sillón. A poco Chan y Flannery aparecieron en la puerta. El capitán llevaba la satisfacción retratada en el semblante.

—¿Qué? —preguntó Kirk.

—¡Magnífico! —exclamó Flannery radiante mostrando un trozo de papel que en la mano llevaba—. ¡Ah! ¿Puedo servirme?

—Por descontado —le dijo Kirk—. Un trago de felicitación. Y usted, míster Chan, ¿qué desea?

—Té, si *miss* Morrow tiene la exquisita amabilidad.

La joven le preparó la taza. Flannery se arrellanó en una butaca.

—De modo que han encontrado ustedes algo —le indicó Kirk.

—¿Qué si he encontrado? He encontrado la carta de Scotland Yard que Paradise cogió del correo.

—Magnífico —exclamó Kirk.

—No es mal pájaro este Paradise —continuó Flannery—. ¿Dónde se piensa usted que la tenía? Pues muy liada, metida entre borra y dentro de un zapato, apretada contra la punta.

—¡Qué buena ocurrencia la suya de mirar en semejante sitio! —dijo *miss* Morrow.

Flannery titubeó.

—Bien; en realidad... no fui yo mismo... Fue el sargento Chan quien la sacó. Sí;



el sargento está resultando un buen sabueso.

—Merced a las brillantes enseñanzas de usted.

—Bueno; todos tenemos que aprender unos de otros —otorgó el capitán—. En fin, el caso es que la encontró y me la dio. Era la carta que había llegado en el sobre de Scotland Yard, no tiene duda. Fíjense en el encabezamiento: Policía Metropolitana...

—Y si no es mucho preguntar —dijo Kirk—, ¿qué dice la carta?

Flannery puso mal gesto.

—La verdad es que no es mucho. Pero, poco a poco...

—Breve paso, tras breve paso, se avanza —intervino Chan—. Me permito sugerirle la lectura de la epístola.

—Bien. Está dirigida a *sir* Frederic, por medio de la Cook, de San Francisco —dijo Flannery.

Y a continuación leyó:

«Querido *sir* Frederic: Me dio gran satisfacción su carta fechada en Shanghai y saber que se encuentra usted al término de una larga jornada. Me sorprende la noticia de que el asesinato de Hilary Galt y la desaparición de Eva Durand están relacionados. Usted siempre dijo que lo estaban; pero por mucha que fuera la admiración que yo por su talento tenía, siempre pensaba que estaba usted equivocado. No me queda más que disculparme humildemente. Siento mucho que no haya usted dicho más. Lo que me refirió despertó mi interés en grado sumo. Crea que tendré la mayor satisfacción en conocer el final de este extraño caso.

A propósito: el inspector Rupert Duff llegará a los Estados Unidos, para otro asunto, al mismo tiempo que usted a San Francisco, aproximadamente. Seguramente usted conoce a Duff. Es un buen hombre. Si necesita usted su ayuda no tiene más que telegrafiarle al Hotel Waldorf, de Nueva York.

Con todo deseo que termine usted con bien su investigación, quedo siempre su obediente servidor, *Martin Benfield*, comisario».

Flannery dejó de leer y miró a los demás.

—Aquí tienen ustedes —dijo—. El caso Galt y Eva Durand están relacionados. Claro que no puede decirse que ésta sea una noticia nueva; yo ya lo sabía. Pero lo que necesito saber ahora es por qué razón Paradise trataba que estos informes no llegaran a nosotros. ¿Qué pinta él en todo este negocio? Podía detenerle ahora mismo, pero me temo que si lo hago cerrará el pico y no habrá manera de saber más. No sabe que estamos enterados; de modo que voy a volver a poner esta carta donde estaba y a darle cuerda larga. El sargento se ha comprometido a vigilarle y también confío en usted, míster Kirk, para que no se nos escape.

—No se preocupe —dijo Kirk—. No me conviene que se vaya.

Flannery se levantó.

—¿No sigue viniendo aquí el correo de *sir* Frederic? —preguntó a *miss* Morrow.

—No. He dispuesto que lo lleven a mi despacho. No ha habido nada de interés.

Asuntos meramente personales.

—Pues a poner esta carta en su sitio y en seguida nos vamos —dijo el capitán.

Y desapareció en el pasillo.

—Bien —dijo Kirk—; por lo menos me dejan a Paradise de momento. Veo en ello la mano de usted, y le doy las gracias más expresivas.

—Al menos por breve lapso —dijo Chan—. Habrá usted percibido, a no dudar, que yo no me dejo manejar por nadie cual artefacto. No he de disponer yo la detención del mayordomo de la mansión en que soy huésped. Le protejo, y llegado el caso, protegería también al cocinero.

Volvió Flannery.

—Me vuelvo al puesto de Policía —anunció—. Míster Kirk: Muchas gracias por... por su hospitalidad.

*Miss* Morrow se le quedó mirando y le preguntó:

—¿Va usted a telegrafiar al inspector Duff a Nueva York?

—No —dijo el capitán.

—Pero su ayuda podría ser valiosa...

—En absoluto —cortó Flannery tercamente—. Ya tengo en este asunto toda la ayuda que necesito. ¿Qué quiere usted, que lo traigamos para tenerlo colgado de las narices? Nada de eso. Primero voy a descubrir quién mató a *sir* Frederic. Después, que venga todo el que quiera. ¿No le parece a usted, sargento?

Chan hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Procede usted como prudente —dijo—. Jamás llega a puerto buque con demasiados timoneles.

## CAPÍTULO XI

### *Se aclaran las aguas turbias*

Se marchó Flannery y *miss* Morrow cogió su abrigo. Kirk, de mala gana, le ayudó a ponérselo.

—¿Tiene usted que irse? —preguntó con tono de protesta.

—Sí; tengo que volver al despacho —contestó ella—. Tengo mucho trabajo.

—Acariciaba yo la esperanza —intervino Chan— de que pudiéramos hoy haber avanzado en nuestra jornada obra de seis u ocho leguas; pero los hados han dispuesto de otro modo. Ya no puede ser antes del lunes.

—¿El lunes? —repitió la joven— ¿Qué quiere usted decir, míster Chan?

—Quiero decir y expresar que experimento la más aguda comezón por traer de nuevo a *miss* Gloria Garland a la hospitalaria sombra de este edificio. Tengo lo que mi primo Willie Chan, exagerado cultivador del habla vulgar, llama una corazonada. Pero cuando esta mañana llamé por el ingenioso medio del teléfono a *miss* Garland, hubieron de responderme que se hallaba en Del Monte y que no retornaría hasta el domingo por la noche.

—¿*Miss* Garland? ¿Y qué tiene que ver en esto *miss* Garland?

—Aspectos hay dignos de observación. Puede tener que ver mucho y puede no tener que ver nada. Ello depende del auténtico valor de mi corazonada. El lunes dirá.

—¡Hasta el lunes! —suspiró *miss* Morrow—. ¡Si no estamos más que a jueves!

Chan suspiró también.

—También lo lamento yo con el más lacerado de los corazones. No olviden que he jurado hallarme a bordo en el buque que zarpa el viernes. Mi tierno hijo me llama.

—Paciencia —dijo riendo Kirk—. El doctor tiene que tomar su propia medicina.

—Lo sé —dijo Chan, encogiéndose de hombros—. Tomándola estoy en fuertes dosis. Casi siempre cuando hablo de paciencia trato de inculcarla a los demás. Mas por lo que a mí hace en este asunto he de confesar que no me agrada su sabor.

—No le ha dicho usted nada de su corazonada al capitán Flannery —observó *miss* Morrow.

Chan sonrió.

—¿Puede hablarse del Océano a una rana de pozo, o de hielo a un insecto de estío? El buen capitán se hubiera burlado... hasta tanto que yo le hubiera demostrado

que mi tesis es absolutamente correcta. Le hablaré el lunes.

—Entre tanto, vigilemos y esperemos —dijo *miss* Morrow.

—Usted espera y yo vigilo —indicó Chan.

Kirk acompañó a *miss* Morrow a la puerta, y cuando volvió le dijo Chan, mirándole fijamente:

—¡Cuán lastimoso que una muchacha tan encantadora esté marchitando su gloriosa juventud en la persecución de un hombre! Debiera estar dedicada a la función augusta de la maternidad.

Kirk se echó a reír.

—Dígaselo si se atreve —dijo.

El viernes, Bill Rankin llamó a Chan por teléfono. Había estado mirando la colección de *El Globo* del año 1913, y nada; no había encontrado una palabra de Eva Durand. Indudablemente el cable en que se diera la noticia no había interesado entonces a la redacción.

—Voy a la Biblioteca pública a hacer otra investigación —anunció—. Indudablemente algún periódico de Nueva York daría la noticia.

—Agradecidísimo a su febril actividad —le contestó Chan—. Es usted hombre de positivos merecimientos.

Llegó el sábado; la vida en el ático se deslizaba con calma imperturbada. Paradise se movía con su acostumbrada dignidad y ceremonia, ajeno a la nube de sospecha que sobre su cabeza se cernía, Chan se afanaba a leer los libros del coronel Bettham; ya había terminado «La Vida», y repasaba metódicamente los otros como en busca de una clave.

El sábado por la noche Kirk tuvo que comer fuera y Chan, después de comer, volvió a ir a la Chinatown. Poco había que hacer allí, lo reconocía; pero el lugar le atraía. Esta vez no fue a visitar a su primo, sino que se dedicó a vagar por la concurrida acera de la Grant Avenue.

Le llamaron la atención las luces del Teatro Mandarín y hacia la puerta encaminó sus pasos. Los chinos, raza civilizada desde hace siglos, no son aficionados al cine y prefieren el drama hablado. Una gran multitud se agolpaba a la puerta del teatro y Chan se detuvo. De costumbre hallaba en la vida humana drama suficiente para satisfacerle, pero aquella noche sentía inclinación por los actores caracterizados.

De repente descubrió entre la multitud a Willie Li, el *boy scout* cuya buena obra había torcido sus mejores planes en la tarde del miércoles. Chan se le acercó con una amable sonrisa.

—Me alegro de volver a verte —le dijo en cantonés—. Lo tengo a gran fortuna, dado que la otra tarde me separé de ti atolondradamente, sin darte las gracias por el gran servicio que me habías hecho con llevarme un doctor.

Al muchacho le resplandeció en el rostro el agradecimiento.

—¿Está usted ya mejor de su herida? —le dijo.

—Tienes un tierno corazón —contestó Chan—. Circulo ya sobre mis pies con la

mejor salud. Pero ten la bondad de decirme: ¿Has realizado ya hoy tu buena obra?

El muchacho frunció el entrecejo.

—Todavía no. No se ofrecen oportunidades así como así.

—Muy verdad. Pero si te dignas entrar en el teatro como invitado mío verás aumentar las oportunidades, sin duda. Como ya sabes, todos los actores reciben, además de su sueldo, una bonificación de veinticinco céntimos por cada vez que los aplauden. Entra conmigo; y aplaudiendo frecuentemente puedes acumular actos meritorios suficientes para varios días.

No deseaba el muchacho otra cosa, y así, previa la compra de los dos billetes, Chan le entró consigo. La confusión de ruidos que los recibió no les pareció desconcertante, porque al cabo para sus oídos era música. Aún a aquella hora temprana el local ya estaba lleno. En el escenario, con afectada manera, la compañía china estaba representando un famoso drama histórico. No había sido poca la suerte de Chan de encontrar localidades. Miró en torno el detective de Hawai y pudo comprobar que la concurrencia estaba constituida exclusivamente por gentes de su raza. Las señoras estaban adornadas con sus mejores sedas; en un palco proscenio estaba una muchacha esclava famosa en la colonia. En los pasillos jugaban niños de oblicuos ojos. De vez en cuando una madre enviaba al puesto de refrescos del vestíbulo una botella de leche para que se la calentaran con destino al niño que llevaba en brazos.

El ruido del sexteto era incesante; tocaba más piano en los momentos dramáticos, pero las escenas de comedia eran acompañadas de terroríficas descargas. Chan se interesó en el drama porque los actores eran consumados y las mujeres particularmente bellas y graciosas. A las once indicó que deberían partir, no fuera que la familia del muchacho estuviera inquieta.

—Mi padre no se asusta —dijo Willie Li—. Sabe que puede confiarse en un *boy scout*.

No obstante, Chan lo sacó a la calle, y cuando subían por la desierta calle donde estaban los Pisos Orientales, Chan le dijo hablándole en cantonés:

—¿Y cuáles son tus planes para el futuro? Eres ambicioso. ¿Qué profesión te llama?

—Yo quisiera ser explorador como mi primo Li Gung —respondió el muchacho en la misma lengua.

—¡Ah, sí! El que va con el coronel Bettham —dijo Chan—. ¿Le has oído tu contar a tu primo historias del coronel Bettham?

—Muchas, preciosas —dijo el muchacho.

—Y admiras al coronel ¿eh? Te parece un gran tipo ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Es un hombre de hierro. Duro pero justo. Le gusta mucho la disciplina, y los *boy scouts* sabemos bien cuánta razón tiene. Mi primo nos ha contado muchas cosas. A veces la caravana quería sublevarse y entonces el coronel sacaba la pistola y él solo les plantaba cara valientemente. La caravana se echaba a

temblar y seguía.

—Tal vez supieran que el coronel no hubiera titubeado para disparar ¿no?

—Le habían visto disparar. Li Gung contó una vez una cosa que no se me olvidará nunca —añadió Willie Li con la emoción en la voz—: Era en el desierto, y el coronel les había dicho lo que tenían que hacer y lo que tenían que no hacer. Un camellero, hombre de mal carácter, hizo una cosa que el coronel había prohibido. En el acto caía en la arena con un balazo en el corazón.

—Muy bien —dijo Chan—. Era natural que ocurriera. Sin embargo, es un incidente que no he encontrado en ninguno de los libros del coronel.

—Le quedo muy agradecido —dijo Willie Li—. Ha sido usted muy amable conmigo.

—Tu compañía —dijo Chan sonriendo— me ha sido del mayor agrado. Espero que volveremos a vernos.

—También lo deseo yo —contestó Willie Li cordialmente—. Adiós.

Chan se volvió lentamente a la Casa Kirk. Iba pensando en el coronel Bettham. Un hombre duro, que no titubeaba en matar a aquel que se oponía a sus deseos. Pasto había en ello para la reflexión.

El domingo Barry Kirk fue a visitar a *miss* Morrow y la invitó a un paseo por el campo y a comer en un apartado restaurant.

—Para quitarle a usted las telarañas de la cabeza —dijo.

—Gracias por la advertencia —dijo ella—. ¿De manera que esa es la opinión que tiene usted de mi cabeza: que está llena de telarañas?

Pasaron una agradable jornada por las carreteras, alejados del tráfico de la ciudad. Cuando Kirk, de regreso, daba la mano a la joven para descender del coche, dijo:

—Y mañana veremos la corazonada de Charlie.

—¿Sospecha usted de qué se trata?

—No tengo la menor idea. Cuanto más le veo menos le conozco. Esperemos que sea algo útil.

—Y revelador —agregó *miss* Morrow—; necesito un poco de luz. Y añadió, tendiendo la mano a Kirk:

—Hoy ha sido usted muy amable conmigo.

—Deme otra oportunidad de serlo —dijo él—. Deme muchas oportunidades. Iré siendo más amable cada vez.

—¿Es una amenaza? —preguntó ella riendo.

—Es una promesa. Espero que no tenga usted por qué rechazarla.

—¿Por qué había de tener? Adiós.

Y entró en el portal de su casa.

El lunes por la mañana Chan estaba activo y atareado. Llamó por teléfono a Gloria Garland y experimentó gran satisfacción al oír que era su voz la que respondía y que accedía a ir al ático a las diez. Charlie se puso en seguida al habla con *miss* Morrow y le dijo que acudiera a la misma hora, llevando consigo al capitán Flannery.

—¿Puedo permitirme —dijo a Kirk— la atrevida indicación de que envíe a Paradise con lejana y aun errabunda misión cuando se aproxime la hora de las diez? No quisiera que se hallase en el ático hoy por la mañana.

—Desde luego —convino Kirk.

A las diez menos diez, Chan se levantó y cogió su sombrero. Dijo que quería acompañar por sí mismo al ático a *miss* Garland. Bajó y se quedó a la puerta de la casa. Vio entrar a *miss* Morrow y al capitán Flannery, pero se limitó a saludarlos con una leve inclinación de cabeza. Ellos, suspensos, subieron. En la puerta los recibió Kirk.

—Ya estamos aquí —rugió el capitán—. Vamos a ver qué quiere el sargento. Como me haya hecho venir para una simpleza lo deporto ahora mismo a Hawai. Hoy estoy muy atareado para andar jugando.

—¡Oh! Chan justificará la llamada —dijo Kirk confiado—. A propósito: supongo que la muchacha del ascensor, Grace Lane, o como se llame, estará bajo su ojo de águila de usted.

—Sí; tiene vigilancia.

—¿Han descubierto algo?

—En absoluto. Ha alquilado una casa en Powel Street. Allí se pasa las noches dedicada a sus cosas, según creo.

A la puerta Chan estaba saludando a Gloria Garland.

—Acude usted con la puntualidad de un cuerpo celeste —aprobó—. Una virtud hartamente recomendable.

—Aquí estoy, pero no imagino lo que puedan ustedes querer de mí. El otro día dije todo lo que tenía que decir...

—Por descontado que sí. ¿Será tan amable que quiera venir conmigo?

Subieron en el ascensor atendido por una muchacha irlandesa morena, y entraron en la sala del ático.

—Hola, capitán... *Miss* Morrow; ya estamos aquí todos —dijo Charlie—. *Miss* Garland: tenga la gentil amabilidad de reclinarsse en una butaca.

Ella se sentó, visiblemente intrigada. Su mirada buscaba la de Flannery.

—¿Qué desean ustedes de mí? —preguntó.

El capitán encogió sus robustos hombros.

—Yo... Yo no deseo nada. Es el sargento Chan. Tiene no sé qué misteriosa corazonada.

Chan sonrió.

—Sí; el responsable soy yo; *miss* Garland. Sería mi más ferviente deseo no haber causado a usted notorio perjuicio.

—Nada —contestó ella.

—Un día nos habló usted de la joven María Lantelme desaparecida de Niza por tan extraño modo —continuó Chan—. ¿Quiere usted tener la cortesía de deponer ahora si no ha vuelto a verla más?

—No; claro que no —dijo la interrogada.

—¿Está usted plenamente segura de que la reconocería si se la encontrara?

—Desde luego. La conocía mucho.

Chan entornó los ojos.

—¿Existiría acaso algún motivo para que usted disimulara ante nosotros el hecho de haberla reconocido? Me permito recordarle que se trata de un asunto grave.

—No. ¿Por qué? Si la veo se lo diré a ustedes. Pero estoy segura de que no la he visto...

—Perfectamente. Tenga la amabilidad de permanecer en la misma postura hasta mi regreso.

Chan salió rápidamente al tramo que bajaba al piso inferior.

Se quedaron todos mirando suspensos, pero nadie dijo nada. A los pocos momentos volvió Chan. Llevaba consigo a Grace Lane, la muchacha del ascensor, a quien *mistress* Enderby había identificado como Jennie Jerome, la cual entró tranquilamente en la habitación y se quedó en pie en medio de ella. Le daba en la cara la luz del sol, que contorneaba claramente su rostro bien modelado. Gloria Garland mostró asombro hasta casi levantarse de la butaca.

—¡María! —gritó—. ¡María Lantelme! ¿Qué haces aquí?

Todos contuvieron el aliento. En los ojillos de Chan brilló una mirada de triunfo. El aplomo no abandonó a la muchacha, que dijo suavemente:

—Hola, Gloria. Otra vez volvemos a encontrarnos.

—Pero ¿dónde has estado, querida? —preguntó ansiosa *miss* Garland—. ¿Adónde te fuiste y por qué...?

La muchacha la detuvo.

—En otra ocasión —le dijo.

Estupefacto, Flannery se levantó.

—Esperen —dijo—. Esto lo voy a arreglar yo ahora mismo. (Dio un paso hacia adelante con actitud acusadora). ¿Usted es Maria Lantelme?

—Lo era... en tiempos —asintió la preguntada.

—¿Estaba usted trabajando hace once años en la misma compañía que *miss* Garland, aquí presente? ¿Desapareció usted?

—Desaparecí.

—¿Por qué?

—Porque estaba cansada de aquello. Me encontré con que no me gustaba el teatro. Si seguía allí me hubieran obligado a seguir trabajando. Y me escapé.

—Ya. Y hace siete años estuvo usted en Nueva York de modelo de un modisto. Entonces se llamaba usted Jennie Jerome. ¿Por qué desapareció usted también?

—Por la misma razón. No me gustaba el trabajo. Tal vez es que soy un poco inquieta...

—Verdaderamente inquieta... Y volvió usted a cambiar de nombre ¿eh?

—Quería empezar de nuevo por completo. Ser otra.



Flannery la miró fijamente.

—Hay en usted un no sé qué de extraño, joven. Usted sabe quien soy yo ¿verdad?

—Me parece que es usted policía.

—Pues eso es lo que soy.

—Yo no he hecho nada nunca. No tengo miedo.

—Tal vez. Pero, dígame: ¿qué es lo que sabe usted acerca de *sir* Frederic Bruce?

—Sé que era un policía famoso de Scotland Yard, a quien han matado en el despacho de *míster* Kirk la noche del martes.

—¿No le había usted visto nunca hasta que vino aquí?

—No, señor; no le había visto nunca.

—¿Ni oído hablar de él?

—Creo que no.

Las sencillas y tranquilas respuestas tenían desconcertado a Flannery.

—¿Estaba usted atendiendo el ascensor aquí el martes por la noche? —continuó.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted idea de cuál era el motivo de que *sir* Frederic anduviera buscándola a usted? ¿A *María* Lantelme, o a *Jennie* Jerome, o a quien quiera que sea usted?

—¿Buscándome a mi? ¡Qué raro! No, señor; no tenía la menor idea.

—Está bien —dijo Flannery—. Le voy a advertir una cosa: es usted un testigo importante en el asesinato de *sir* Frederic y no quiero perderla a usted de vista.

La joven sonrió.

—Lo creo. Me ha parecido notar que se me vigilaba bastante estrechamente en estos días.

—Pues desde ahora se la vigilará más estrechamente todavía. Un paso sospechoso y la encierro a usted. ¿Me comprende?

—Perfectamente, señor.

—Bien. Ahora váyase a su trabajo, y cuando la necesite la avisaré. Por ahora puede usted irse.

—Muchas gracias —contestó la joven. Y se marchó.

Flannery se dirigió a *miss* Garland.

—La reconoció usted la otra noche ¿verdad?

—Le aseguro a usted que no. La he reconocido hoy por vez primera.

—Con sobra de tiempo —dijo Chan—. *Miss* Garland: quedámosle obligadísimos con la más profunda gratitud. Autorizo a usted para que pueda ausentarse...

—Sí, váyase —dijo el capitán—. Tome otro ascensor y no se aproxime a su antigua amiga hasta que las cosas se hayan aclarado.

—Así lo haré —le aseguró *miss* Garland—. Me parece que no le ha gustado que la reconozca. Espero que no la habré perjudicado en nada.

—Eso veremos —contestó Flannery. Y Kirk despidió a la artista.

Chan estaba radiante.

—Una gran corazonada, después de todo —dijo.

—Bien; pero ¿qué diablos es todo esto? —repuso Flannery—. La chica del ascensor es Jennie Jerome. De modo que es María Lantelme. ¿Qué significa esto?

—Significa una sola cosa —dijo *miss* Morrow tímidamente.

—El capitán está fingiendo ignorancia —indicó Chan—. No es posible que sea tan denso.

—Pero ¿de qué está usted hablando?

—De mi corazonada, que tan verdad resultó —dijo Chan—. La muchacha del ascensor es Jennie Jerome. Luego es María Lantelme. ¿Qué significa esto, pregunta usted? Significa una sola cosa: que es también Eva Durand.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Flannery.

—Considere cómo se aclaran las aguas turbias —continuó Chan—. Eva Durand desaparece de la India en una oscura noche, hace quince años. Cuatro años después se la encuentra trabajando en un teatro de Niza. Algo ocurre —tal vez es vista y reconocida—, y desaparece otra vez. Transcurren otros cuatro años y la encontramos en Nueva York, mostrando modelos de vestidos. Otra vez vuelve a acontecer algo y vuelve a desaparecer. ¿Adónde va? Por lo pronto, a San Francisco. Aquí no se dan tan excelentes oportunidades, y tiene que resignarse a una menos elevada posición. Y aquí llega *sir* Frederic en su incesante busca de Eva Durand.

—Está perfectamente claro —aprobó *miss* Morrow.

—Cual un lago en la noche —asintió Chan—. *Sir* Frederic, aunque buscaba ardorosamente a esta mujer, no la había visto nunca. Descubre que no hay nadie que pueda identificar a Eva Durand, pero recuerda que en una ocasión ha sido María Lantelme y en otra Jennie Jerome. Averigua que en esta gran ciudad existen dos personas que la han conocido cuando usaba esos nombres. Pide entonces que las inviten a comer con la esperanza de que una o las dos le indiquen quién es la mujer a quien lleva buscando tan largo tiempo.

Flannery se paseaba.

—En fin, no sé. Me parece demasiado bien para que sea verdad. Pero si es cierto... si es Eva Durand, no es posible que la dejemos suelta por ahí. Yo la encierro esta misma mañana. Como yo tuviera la seguridad...

—Se lo participo yo —insistió Chan.

—Sí, pero usted está conjeturando. La ha identificado usted como las otras dos, pero como Eva Durand... Sonó el teléfono. Kirk tomó el aparato y luego se lo dio a Flannery.

—Es para usted, capitán —dijo.

Flannery cogió el aparato:

—¡Al habla, jefe! —dijo—. Sí, sí. ¿Cómo? ¿Que es él? Me alegro. Muchas gracias, jefe. Lo haré seguramente.

Colgó el aparato y se dirigió a los demás con una amplia sonrisa dibujada en la cara.

—Ahora vamos a ver, sargento, si es usted buen o mal adivinador —dijo—. Pondré dos hombres más que vigilen a esa dama; pero no pienso hacer nada hasta mañana. Así, señor mío: mañana por la noche sabré si esa mujer es Eva Durand o no.

—Ofrecen las palabras de usted un oscuro sentido —dijo Chan.

—El jefe de Policía acaba de recibir un cable —explicó Flannery—. El inspector Duff, de Scotland Yard, llega mañana, a las dos y media de la tarde. Y trae consigo el único hombre que hay en el mundo capaz de reconocer a Eva Durand cuando la vea. Trae consigo al marido, el comandante Eric Durand.

## CAPÍTULO XII

### *Una oscura noche*

Cuando se quedaron solos Chan y Kirk, el pequeño detective se sentó con la mirada perdida en el espacio.

—Tenemos, pues, que el martes se transformen en el día grande para las agudas adivinaciones. ¿Qué revelará? Tengo la risueña esperanza de que mucho, porque el tiempo de mi estancia en el continente va reduciéndose ya a lo que pudiéramos denominar breve lapso.

Kirk se le quedó mirando con sorpresa.

—No querrá usted decir que se marcha el miércoles, si el asunto no está resuelto.

Chan afirmó tercamente con la cabeza.

—He hecho a Barry Chan promesa sin palabras. Ahora la formulo por medio de ellas. Mañana llega el marido de Eva Durand. No pudiéramos haber elegido en la redondez del mundo una más apta persona para el caso. Identificará si la joven del ascensor es su esposa o no lo es. En caso afirmativo, el caso está terminado. En caso negativo... (Chan se encogió de hombros) yo habré hecho todo lo posible. Quede, entonces, para el capitán Flannery.

—En fin, no nos anticipemos a los acontecimientos —dijo Kirk—. Pueden ocurrir muchas cosas antes del miércoles. A propósito: quiero que venga usted al Cosmopolitan Club. ¿Quiere usted que almorcemos allá hoy?

Chan mostró radiante satisfacción.

—Precisamente vive en mí creciente deseo de visitar el famoso local. Es usted dechado y espejo de cortesía.

—De acuerdo entonces —contestó Kirk—. Yo tengo que hacer unas cosas en el despacho. Baje a las doce y media. Y cuando vuelva Paradise haga el favor de advertirle que almorzaremos fuera.

Tomó sombrero y abrigo y bajó. Chan se acercó distraídamente a la ventana y se quedó mirando a la luminosa ciudad. Miró hacia el muelle y pensó en el buque que zarpaba dentro de dos días para el puerto de Honolulu. A poco sonó el timbre y Chan abrió la puerta a Bill Rankin, el periodista.

—¡Hola! —dijo Rankin—. Me alegro mucho de encontrarle. Ayer estuve todo el día en la Biblioteca.

—¿Con qué resultado?

—Sí. Por fin encontré la cosa en la colección del *New York Sun*. En aquellos días era un gran periódico. Pero no dio más que cuatro líneas, fechadas en Peshawar. Las he copiado. Mírelas.

Charlie leyó una breve noticia en que nada se decía que él no supiera. Que Eva Durand, la joven esposa de un tal capitán Eric Durand, había desaparecido en circunstancias misteriosas hacía dos noches, en el curso de una jira a las colinas de los alrededores. Las autoridades estaban muy alarmadas y patrullas de soldados ingleses estaban recorriendo las regiones sin civilizar del país.

—La noticia tiene la fecha de 5 de mayo —observó Chan—. Luego Eva Durand desapareció en la noche del 3 de mayo de 1913. ¿No ha encontrado usted nada más?

—No había informaciones posteriores —contestó Rankin—. Y ni una palabra de Bettham, como usted esperaba. Pero, dígame: ¿Para qué diablos había de haber hecho él una cosa semejante?

—Para nada —dijo Chan rápidamente—. Ha sido uno de mis pequeños lapsus. Hasta los grandes detectives dan a veces un paso en falso. Mis pasos en falso son tan frecuentes que no es raro que me fatiguen cual larga caminata.

—Y qué, ¿cómo van las cosas? —preguntó Rankin interesado—. He acometido a Flannery, he intentado sonsacar a *miss* Morrow y no he sacado nada. Mi director se burla de mí. ¿Puede usted prestarme un poco de ayuda?

—Sería —dijo Chan, al tiempo que movía negativamente la cabeza— miserable actitud por parte mía hablar nada acerca del caso. Yo no constituyo aquí autoridad, y, por otra parte, el capitán Flannery me tiene en la más lamentable opinión en que podría tener a un ratero de Los Angeles. Yendo más allá, tampoco hay nada que decirle a usted. Aún no nos hallamos propincuos a nada revelador de un feliz resultado.

—Lo siento —dijo Rankin.

—Mas la situación no se prolongará —le aseguró Chan—. Se hará la luz. En cuanto al presente, nadamos con un pie en el fondo; pero tiempo llegará en que nos aventuremos con fortuna en el centro de la corriente. Si yo me encuentro en escena cuando el triunfo alumbre, tendré la más alta satisfacción en hacerle a usted algunas indicaciones.

—¿Si está usted en escena? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Asuntos personales me llaman al hogar con potente altavoz. El miércoles parto, tanto si el caso está resuelto como si no lo está.

—Ya. Como el miércoles pasado —dijo Rankin riendo—. A mí no me engaña usted. El paciente oriental no va a impacientarse precisamente en el minuto más inoportuno. En fin, me marchó. No se le olvide la promesa acerca de las indicaciones.

—Tengo duradera y persistente memoria —contestó Chan—. Y, además, le debo a usted mucho. Adiós.

Cuando el repórter se hubo marchado, Charlie se puso a considerar la copia del

cable.

—Tres de mayo de 1913.

Con paso sorprendente, rápido, se acercó a una mesa y cogió «La Vida» del coronel Bettham. Buscó apresuradamente por las páginas hasta encontrar lo que quería. Luego se sentó en un sillón y permaneció largo rato con el libro abierto sobre las rodillas y con la mirada perdida en el espacio.

A las doce y media en punto entraba en el despacho de Kirk. Este se levantó, tomó unos papeles de mano de su secretario y los metió en una cartera.

—Después de almorzar tengo que ir a ver a un abogado —explicó—. No un abogado como otros. Esta vez se trata de un hombre.

Marcharon al Cosmopolitan Club. Una vez que hubieron dejado sombreros y abrigos en el guardarropa y se quedaron en el vestíbulo del imponente edificio, Chan miró en torno de sí con el más agudo interés. El Cosmopolitan era famoso en todas partes; era, en efecto, el punto de reunión de los hombres dedicados a las artes, las finanzas y el periodismo. La gran popularidad que allí disfrutaba Kirk se puso de manifiesto con los mil saludos joviales que recibió. Presentó a Chan a buen número de sus amigos y el detective se convirtió en el centro del amable grupo. No sin dificultad consiguieron aislarse a comer en un rincón del espacioso comedor.

Estaban ya al final del almuerzo, cuando Chan, alzando la vista, vio aproximarse a un hombre que le interesaba extraordinariamente en aquellos instantes. La cara del coronel Bettham resultaba, a la luz del día más dura y áspera que nunca. El coronel se detuvo junto a la mesa de ellos.

—¿Cómo está usted, Kirk? —dijo—. ¡Hola, míster Chan! ¿Me permiten sentarme un rato con ustedes?

—Con el mayor gusto —respondió cordialmente Kirk—. ¿Quiere usted almorzar con nosotros?

—No, muchas gracias. Acabo de hacerlo —contestó Bettham.

—Un cigarrillo entonces —dijo Kirk alargándole la pitillera.

—Muchas gracias —dijo el coronel, cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo—. No los he vuelto a ver a ustedes desde aquella comida estúpida. Bueno... Ya comprenderán ustedes lo que quiero decir... ¡Fue horrible! ¡Un hombre como *sir* Frederic! ¿Y qué? ¿Tienen ustedes ya idea de quien haya podido ser el autor?

Kirk se encogió de hombros.

—Si por fortuna la tienen, a mí no me la han comunicado.

—¿Está usted trabajando en el caso, sargento? —preguntó Bettham.

Chan entornó los ojos.

—El asunto concierne a la Policía del continente. Yo, como usted, aquí soy extranjero.

—Claro. Es verdad —respondió Bettham—; es que creí recordar que estaba usted a punto de partir, y al verle aquí todavía...

—Si puedo ayudar lo haré —dijo Chan.

Estaba sumido en sus pensamientos: a un hombre como el coronel Bettham no podían pasarle inadvertidas las idas y venidas de un Charlie Chan, sin motivo aparente.

—¿Y cómo marcha la nueva expedición? —preguntó Kirk.

—Un poco despacio —dijo Bettham, poniendo ceño—. A propósito de eso tengo que echar una parrafada con usted. Su abuela de usted me ha ofrecido alguna ayuda financiera; pero yo estoy dudando; se trata de una suma fuerte...

—¿Cuánto?

—Tengo ya parte del dinero. Pero necesito todavía unos cincuenta mil dólares.

Kirk alzó las cejas.

—Sí; no es ninguna tontería, Pero si mi abuela quiere... Su dinero es.

—Me alegro de que lo tome usted así —dijo Bettham—. Me temía que los demás miembros de la familia se pensarán que yo estaba ejerciendo una influencia indebida. La idea ha sido por completo suya, le doy mi palabra.

—Desde luego —contestó Kirk—. Estoy seguro que para ella es una satisfacción.

—Los resultados serán importantísimos, desde el punto de vista científico —continuó Bettham—. El nombre de su abuela de usted será grandemente ensalzado. Ya procuraré yo que se la tenga presente como merece.

—¿Y qué expedición es? —preguntó Kirk.

Aquellos cansados ojos se animaron por vez primera en la conversación.

—Pues se trata de que tuve un poco de suerte la última vez que estuve en el desierto de Gobi. Tropecé con las ruinas de una ciudad que debió de florecer a principios del siglo uno. No tuve tiempo más que de echar una ojeada, pero encontré unas monedas que llevaban la fecha del año VII de nuestra era. Desenterré los más antiguos papeles que existen —papeles con garabatos de niños pequeños... aritméticas... de sistema septimal; cartas escritas por el gobernador militar de la ciudad, restos de trajes, joyas... asombrosas muestras del pasado—. Deseo ardientemente volver para realizar una investigación a fondo. Claro que la revolución de China será una perturbación. Pero en China hay revolución siempre. Ya he esperado bastante. Iré, sea como sea.

—No le envidio a usted —dijo Kirk sonriendo—. A mí me ha parecido siempre que viendo un desierto se han visto todos. Pero le deseo feliz viaje.

—Mil gracias. Es usted amabilísimo —dijo Bettham, levantándose—. Supongo que todo quedará arreglado en unos días. Espero también que antes de que yo parta ya se habrá descubierto al autor del asesinato de *sir* Frederic. Me fue muy simpático *sir* Frederic.

Chan le clavó la mirada rápidamente.

—Era un gran admirador de usted, coronel Bettham —dijo.

—¿Admirador mío *sir* Frederic? ¿De veras? —dijo el coronel, con tono de gran naturalidad.

—Es un hecho indubitable. Entre sus efectos hemos encontrado numerosos libros

de los que usted es autor.

Bettham tiró el cigarrillo.

—Pues crea usted que me produce gran satisfacción. Si está, por casualidad, dedicado a la busca del criminal, sargento Chan, créame que le deseo el mejor éxito.

Se alejó de la mesa seguido de la mirada pensativa de Chan.

—Me recuerda la nieve del Tibet —dijo Kirk—. Es lo mismo de cálido y de humano. Excepto cuando habla de su ciudad muerta. Eso parece excitarle. ¡Qué tipo tan raro! ¿Verdad, Chan?

—En efecto. Estoy considerando...

—¿Qué?

—Dedica lamentaciones al tránsito de *sir* Frederic. Mas ¿no pudiera ocurrir que bajo los ojos llorosos hubiera dientes que rieran?

Recogieron sombreros y abrigos y la cartera de Kirk. Yendo por la calle abajo, Kirk, que iba mirando a Chan, acabó por preguntarle:

—¿Y qué me dice usted ahora del anuario del Cosmopolitan Club? No cree que tenga ningún interés ¿verdad?

Chan se encogió de hombros.

—La imaginación no parece funcionar bien en el clima continental —contestó.

Kirk se marchó a casa de su abogado y Chan se volvió a casa a esperar un mañana más prometedor.

El martes por la tarde fue *miss* Morrow la primera en llegar al piso. Serían las tres y media. El día estaba nublado y hacía viento y llovía. No obstante, la muchacha estaba deslumbradora. Kirk la ayudó a quitarse el impermeable.

—¿Ha llegado el comandante? —preguntó Chan.

—Sí. Él y el inspector Duff llegaron hace media hora. El tren traía un poco de retraso. El capitán Flannery fue a la estación a recibirlos. Me ha telefoneado que vendrán dentro de poco. Parece que el comandante, como buen inglés, no quiere ver a nadie hasta haber tomado su buen baño en el hotel.

—No hay que censurárselo, viniendo como viene desde Chicago —dijo Kirk—. Creo que Jennie Jerome, María Lantelme, está en el ascensor.

—Sí. La he visto cuando subía. ¿Será de veras Eva Durand? ¡Sería espléndido!

—Lo será. Es la corazonada de Charlie.

—No alimente en su corazón una excesiva seguridad —objetó Chan—. En el pasado hay numerosos ejemplos de haber tomado yo el encarnado rábano por las verdes hojas.

Sentáronse Kirk y la muchacha, hablando de temas sin interés, mientras Chan se paseaba nerviosamente.

—¿Por qué no se sienta usted, Chan? —le dijo él—. Parece usted un hombre que espera en la antesala de un dentista.

—Y análogos son mis sentimientos —contestó Chan—. Tengo en juego una gran postura. Si he errado, una vez más, a buen seguro que haya de sufrir befas de



Flannery.

Eran ya las cuatro y la oscuridad descendía cuando el timbre sonó. Kirk en persona abrió la puerta. Entraron Flannery y un inglés, grueso y joven. Dos hombres tan solo. Kirk miró a la escalera, pero el tercer hombre no aparecía.

—Hola —dijo Flannery—. ¿No ha venido todavía el comandante Durand?

—No —contestó Kirk—. No le habrá dado usted mal las señas.

—No. Se lo he explicado perfectamente. *Miss Morrow*: tengo el gusto de presentarle al inspector Duff, de Scotland Yard.

La joven se adelantó sonriente.

—Mucho gusto —dijo.

—Encantado —dijo Duff con voz cordial y robusta, como alimentada de *roast beef* inglés.

Era hombre muy joven, con mejillas rosadas y aspecto un poco campesino, que denunciaba la granja de Yorkshire desde la que había ido a la Policía metropolitana.

—El inspector y yo hemos ido desde la estación a mi despacho —explicó Flannery—. He querido que examinara lo que teníamos acerca del caso. El mayor se quedó en el hotel lavándose. Estará listo en unos minutos. ¡Ah! Le presento a míster Kirk y al sargento Charlie Chan, de la Policía de Honolulu.

Chan hizo una profunda reverencia.

—Momento éste que perdurará por siempre en mi memoria —dijo.

—Mucho gusto, sargento —contestó Duff—. Ya me ha hablado de usted el capitán. Tenemos el mismo oficio... a unas leguas de distancia.

—A muchas leguas de distancia —concedió Chan seriamente.

—Oiga —dijo Flannery—. Yo creo que será mejor que el comandante no encuentre a la chica del ascensor hasta que nosotros lo dispongamos todo. Lo mejor será que baje alguien y le meta en otro ascensor.

—Yo experimentaré la mayor satisfacción en realizar ese servicio —se ofreció Chan.

—No; yo le conozco de vista. Bajaré yo —contestó Flannery—. Quiero advertir una cosa a los hombres que están vigilándola. He visto a uno de ellos frente a la casa al entrar. Inspector, le dejo a usted aquí. Está usted en buenas manos.

Salió. Kirk ofreció una silla al detective inglés.

—¿De modo que ya le ha informado a usted del caso el capitán Flannery? —preguntó *miss Morrow*.

—Desde el principio —contestó Duff—. Es un asunto extraño, muy extraño. *Sir Frederic* era muy respetado, podría decir muy querido, por todos nosotros. Nos parece como si le hubieran matado en el ejercicio de su cargo, aunque ya retirado, y teóricamente apartado de estas cosas. Les aseguro a ustedes que Scotland Yard no toma así como así el asesinato de uno de sus miembros. No descansaremos hasta que hayamos encontrado al culpable, y en la labor serán bienvenidas las ayudas de donde quiera que vengan, sargento.

Chan hizo una reverencia.

—Mis merecimientos son escasísimos, pero forman al lado de los muy grandes de usted.

—Yo espero, inspector —dijo *miss* Morrow—, que usted podrá lanzar luz considerable en este asunto.

—No tengo la menor confianza —dijo Duff moviendo la cabeza—. Hay en nuestra organización muchos hombres que hubieran sido de mucha mayor utilidad que yo. Desgraciadamente yo soy el único individuo de Scotland Yard que se encuentra en los Estados Unidos en este momento. Ya ve usted. Yo soy un poco joven...

—Ya lo había notado —dijo la muchacha sonriendo.

—Todos esos acontecimientos que parecen ligados con la muerte de *sir* Frederic ocurrieron antes de mis tiempos. Haré todo lo que esté en mi mano, pero...

—¿Echamos un cigarrillo? —intervino Kirk.

—No, gracias. Yo fumaré una pipa, si no le molesta a la señora.

—Nada de eso —dijo *miss* Morrow—. Está por completo dentro de la tradición de Sherlock Holmes.

Duff sonrió.

—Pero me temo que sea el único punto de semejanza. Llevo con la Policía Metropolitana poco tiempo. Siete años en total. Claro que he oído hablar del asesinato de Hilary Galt, aunque ocurrido hace muchos años. Cuando entré en la Policía me enseñaron en el Museo Negro las famosas zapatillas de terciopelo que llevaba Galt aquella noche siniestra. Por lo que hace a Eva Durand, me es familiar la historia de su desaparición por pura casualidad. He tenido una vez una remota relación con el caso. Hace cinco años corrió el rumor de que había sido vista en París, y *sir* Frederic me envió a averiguarlo al otro lado del canal. Era una falsa alarma más; pero en mis investigaciones vine a dar con el comandante Durand, que estaba también sobre la pista. ¡Pobre! Fue un desengaño más en la larga serie que llevaba. Espero que no se lleve otro más esta noche.

—¿Y cómo es que el comandante ha venido a América? —preguntó *miss* Morrow.

—Ha venido en virtud de un cable que le puso *sir* Frederic —explicó Duff—. *Sir* Frederic reclamó su auxilio y él se apresuró a prestarlo y por ello llegó a Nueva York hace una semana. Al llegar yo a Chicago me encontré con que Durand venía en el mismo tren. Juntos hemos llegado a San Francisco.

—En fin; por lo menos podrá ayudarnos —indicó *miss* Morrow.

—Supongo que podrá. Como ya digo he intervenido en el caso, pero no tengo orientación ninguna. Un detalle de él me interesa de modo extraordinario: las zapatillas de terciopelo. ¿Por qué se las han llevado? ¿Dónde están a la hora presente? Me parece que son la clave esencial. ¿Qué le parece a usted, sargento?

Chan se encogió de hombros.

—Las zapatillas lo fueron evidentemente mucho tiempo ha —dijo—. Ocasión en la cual no condujeron a ningún lugar positivo.

—Ya lo sé —dijo Duff sonriendo—. Pero yo no soy supersticioso. Yo las perseguiré de nuevo. Y a propósito: hay un punto en que puedo ofrecerles a ustedes alguna ayuda. Y volviéndose rápidamente hacia Kirk le preguntó: —¿Tiene usted un mayordomo que se llama Paradise?

A Kirk se le heló la sangre en las venas.

—Sí... Un gran mayordomo —contestó.

—Despierta mi interés ese Paradise —dijo Duff—. Y, por lo que tengo entendido, Paradise ha andado en el correo de *sir* Frederic. ¿Dónde está?

—Estará en la cocina, o en su cuarto —dijo Kirk—. ¿Quiere usted verle?

—Antes de irme sí —contestó Duff.

Flannery atravesó el portal seguido de un corpulento hombre rubio, cubierto con un amplio impermeable. El comandante retirado Durand era el tipo de *sportsman* inglés; las mejillas curtidas; la mirada viva.

—Pase, comandante —dijo Flannery, y presentó al inglés a la reunión—. Comandante: no le hemos dicho a usted todavía para qué le hemos hecho venir. Usted ha llegado a San Francisco en virtud de un cable de *sir* Frederic Bruce, ¿no?

—Así es —dijo Durand serenamente.

—¿Le indicaba él a usted para qué le quería?

—Me sugería que se encontraba a punto de encontrar... a mi mujer.

—Muy bien. Su esposa desapareció en la India hace quince años, en circunstancias extrañas, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿No ha vuelto usted a saber de ella desde entonces?

—Jamás. Ha habido muchos informes falsos, desde luego. Los hemos seguido todos, pero ninguno ha tenido resultado.

—¿No ha oído usted hablar nunca de que estuviera en Niza? ¿Ni en Nueva York?

—No. Me parece que de esos sitios no he oído decir nada nunca. Estoy seguro de que no.

—Desde luego, usted la reconocería si volviera a verla.

Durand levantó los ojos con súbito interés.

—Supongo que sí. No tenía más que diez y nueve años cuando... desapareció. Pero no es fácil olvidar.

—Comandante —dijo Flannery reposadamente—: tenemos firmes razones para creer que su esposa se encuentra en esta casa esta tarde.

Durand, asombrado, dio un paso atrás. Luego movió la cabeza en una negativa de desconfianza.

—¡Ojalá fuera cierto! No pueden ustedes figurarse... Quince años de ansiedad... Acaban con uno. Al cabo del tiempo se pierde ya toda esperanza. ¡Si fuera verdad!... Pero he tenido tantos desengaños... No tengo ya fuerza para esperar.

—Haga el favor de esperar un momento —le dijo Flannery. Y salió.

—No puede ser —gritó Durand a Duff—. No: no puede ser Eva. Después de tantos años... En San Francisco... No puedo creerlo.

—Dentro de un momento lo sabremos, amigo mío —dijo Duff amablemente.

Los momentos eran siglos. Chan empezó a extrañarse. Durand paseaba de un lado a otro en silencio. Seguía martilleando el reloj. Cinco minutos... diez...

Se abrió la puerta y Flannery se precipitó en la habitación. Estaba rojo y con el canoso cabello en desorden.

—¡Se ha ido! —gritó—. Su ascensor estaba en el piso séptimo con la puerta abierta. ¡Se ha ido sin que la vea nadie!

Durand ahogó un grito y se dejó caer en un sillón con la cabeza entre las manos.

## CAPÍTULO XIII

### *Viejos amigos que vuelven a encontrarse*

No sólo al comandante Durand sonaron las palabras de Flannery a desastre y desengaño. En las caras de las otras cuatro personas que en la habitación estaban se reflejó el desaliento.

—Se ha ido sin que la vea nadie —repitió Chan, al tiempo que miraba al capitán con reproche—. Y, sin embargo, estaba bajo el ojo vigilante de la Policía continental.

Flannery resopló.

—Lo estaba, pero no somos superhombres. El diablo de mujer se escurre como una serpiente. Tenía dos vigilándola, dos muchachos bien listos... En fin; de nada sirve lamentarse después que han ocurrido las cosas. La cogeré. No puede haber...

Se abrió la puerta y penetraron dos policías de paisano llevando consigo a una mujer vieja de las dedicadas a la limpieza de la casa.

—¿Qué es esto, Petersen? —preguntó Flannery.

—Oiga, jefe —dijo Petersen—. Esta mujer estaba trabajando en una oficina del piso siete.

Y añadió volviéndose a la mujer:

—Dígale al capitán lo que me ha dicho a mí.

La mujer se retorció el mandil nerviosamente.

—Yo estaba en el 709, señor. Se habían ido pronto y yo estaba sola en mi trabajo. Se abrió la puerta y entró esa chica del ascensor. Llevaba impermeable y sombrero. Yo la dije: «¿Qué hay?»; pero ella se metió en las habitaciones de dentro. Yo fui detrás sorprendida. Llegué con el tiempo justo para verla saltar a la bajada de incendios. No dijo una palabra; desapareció en la oscuridad de la noche.

—¡La bajada de incendios! —repitió Flannery—. Me lo figuraba. ¿Ha mirado usted, Petersen?

—Sí, señor. Es de las que llegan hasta la calle misma. Es de lo más fácil escapar por ella.

—Bien —contestó Flannery—. Alguien la habrá visto en la calle. Vamos a bajar a ver. Puede usted marcharse —dijo después a la mujer de la limpieza.

La mujer se cruzó en el *hall* con otro policía vestido de paisano, el cual entró rápidamente en la sala.

—Tengo una pista, capitán —dijo—. El chico del despacho de tabaco de la esquina dice que hace unos minutos una muchacha con uniforme de la Casa Kirk debajo del abrigo entró apresuradamente en la tienda y habló por teléfono.

—¿Oyó lo que decía?

—No, capitán. El teléfono está en una cabina. Estuvo nada más un poco y volvió a salir corriendo.

—En fin; algo es —dijo Flannery, y añadió dirigiéndose a los policías—: Ustedes espérenme. He traído un coche. Lo primero de todo daré la voz de alarma. Tengo hombres en los vapores y en las estaciones de ferrocarril. Una mujer con ese uniforme se distingue fácilmente. Antes de las doce de la noche estará en mi poder...

—¿Acusada de qué? —preguntó *miss* Morrow suavemente.

—Bueno, sí... como testigo. La cogeré como testigo. Aunque esto supone un cierto género de publicidad que no me hace mucha gracia. Y en estos momentos. La detendré por robo. El uniforme ¿es de su propiedad de usted, *míster* Kirk?

—Sí; pero yo no quiero eso —protestó Kirk.

—No es más que un pretexto. No lo llevaremos adelante. Si me permite usted usar el teléfono...

Flannery habló con el puesto de Policía y de nuevo se organizó la cacería de aquella mujer. Luego se incorporó lleno de energía.

—La cogeré —prometió—. Es un retraso en nuestros planes, pero lo será solo por unos minutos. No es posible que se vaya...

—Trátase de persona que ha alcanzado ya algunos éxitos en lo de irse —le recomendó Chan.

—Sí; pero esta vez no —contestó el capitán—. No me ha tenido a mí nunca a los alcances.

Salió como un torbellino seguido de sus dos hombres.

El comandante Durand seguía desmadejado en su sillón. El inspector Duff echaba calmosamente bocanadas de humo de su pipa.

—Mala suerte —observó—. Pero hay que llevarlo con paciencia. Es lo único que se puede hacer en este oficio, ¿verdad, sargento Chan?

Charlie sonrió radiante.

—¡Gracias sean dadas a los dioses, porque al fin encuentro un detective que habla el mismo lenguaje que yo!

Barry Kirk se levantó y tocó el timbre para encargarse de que les sirvieran té. Entró Paradise con reposada dignidad y quedó en pie en la bien alumbrada estancia, con aquella blanca guedeja que le comunicaba aspecto de la mayor respetabilidad.

—¿Llamaba el señor?

—Sí —contestó Kirk—. Sírvenos té, Paradise. Somos cinco.

Nada más dijo. La mirada del mayordomo estaba fija en el inspector Duff y la cara se le había quedado tan blanca como el pelo. Hubo un momento de silencio.

—Hola, Paradise —dijo Duff tranquilamente.

El mayordomo musitó algo y se volvió como para salir.

—Un momento —continuó el inspector con voz fría como el acero—. ¡Qué sorpresa para mí! Y para usted también, me parece. La última vez que le vi fue en el dique de Old Bailey. (Paradise inclinó la cabeza). Tal vez no le hubiera descubierto si usted se hubiera conducido bien, Paradise. Pero se ha dedicado usted a violar la correspondencia, ¿verdad? Ha andado usted con una carta dirigida a *sir* Frederic Bruce.

—Sí, señor —dijo el criado con voz desfallecida.

—Así lo tenía entendido —siguió Duff, que añadió, volviéndose a Kirk—: Siento mucho causarle a usted molestia, mister Kirk. Creo que Paradise es un servidor modelo ¿verdad?

—El mejor que he tenido nunca —contestó Kirk.

—Siempre fue un buen servidor —continuó Duff—. Recuerdo que en la vista se puso de manifiesto ese hecho. Un hombre competente, fiel. Tenía numerosos informes para acreditarlo. Pero desgraciadamente hace unos años, en Inglaterra, hubo cierta sospecha de que había echado hidrocianuro en el té de una señora.

—¡Vaya un sitio para echar hidrocianuro! —dijo Kirk—. Aunque, desde luego, hablo sin conocer a la señora.

—La señora era su mujer —explicó Duff—. A algunos nos pareció que se había excedido en los privilegios de marido. Se le llevó ante los tribunales...

Paradise alzó la cabeza.

—No se me probó nada —dijo con firmeza—. Me absolvieron.

—Verdad; fracasamos —reconoció el inspector Duff—. No suele ocurrir, míster Kirk, pero en aquel caso ocurrió. Al menos técnicamente no puede considerarse culpable a Paradise. A los ojos de la ley, quiero decir. Y por esta razón yo me hubiera inclinado a reservarme todo esto si no hubiera llegado a mí noticia de su intervención en lo de la carta. Dígame, Paradise: ¿Usted sabe algo de Eva Durand?

—No he oído jamás ese nombre hasta este momento, señor.

—¿No sabe usted nada respecto de un asesinato cometido hace tiempo en Ely Place, el asesinato de Hilary Galt?

—En absoluto, señor.

—Pero usted abrió el sobre dirigido a *sir* Frederic Bruce y sustituyó lo que hubiera dentro por una hoja de papel blanco. Lo mejor que puede usted hacer es explicarlo, amigo mío.

—Sí, señor, lo explicaré —dijo el servidor, volviéndose hacia Barry Kirk—. Me es muy doloroso, mister Kirk. En los dos años que llevo al servicio de usted no he cometido jamás un acto deshonesto... hasta ahora. El señor ha dicho que yo envenené a mi esposa. Debo advertir que tiene alguna animosidad, porque él fue quien hizo las diligencias y se llevó un gran desengaño cuando el jurado me absolvió. Un sentimiento natural...

—Deje eso a un lado —dijo Duff ásperamente.

—Sea de ello lo que quiera —continuó el mayordomo—, el caso es que fui absuelto por la poderosa razón de que era inocente. Pero comprendo que, inocente o no, el saber que yo había sido procesado no sería una buena noticia para usted.

—En efecto —convino Kirk.

—Creí que era mejor que la cosa siguiera oculta. Yo estaba muy contento aquí (es una colocación excelente), y el hecho de comprender su elevación sobre lo que es corriente es lo que me ha aconsejado. Siempre he sido aficionado a los altos puestos. Por eso cuando el señor me dijo que venía *sir* Frederic Bruce me produjo inquietud. No es que yo tuviera el honor de conocerle; pero yo había tenido sobre mí, en cierto tiempo, la pública mirada, y temía que él tuviera el honor de conocerme a mí. Con que llegó, y, desgraciadamente, me reconoció en seguida. En esta misma habitación tuvimos una conversación bastante extensa. Yo le aseguré que había sido injustamente acusado; que no había hecho nada malo nunca, y que llevaba una vida modelo. Le supliqué que me guardara el secreto. Era un hombre justo. Me dijo que estudiaría el asunto (supongo que querría preguntar a Scotland Yard) y que me comunicaría lo que resolviera. Así estaban las cosas, señor, la noche en que *sir* Frederic encontró su fin desventurado.

—Ya —dijo Kirk—. Empiezo a comprender.

—Lo que hice después obedeció a un erróneo propósito de conservar el respeto y la confianza del señor. Un mensajero de Cook puso en mis manos un paquete de cartas y encima vi la que me creí sería la temida misiva de Scotland Yard. Perdí la chaveta, si se me permite decirlo. Creí que *sir* Frederic habría cablegrafiado preguntando a Scotland Yard y que aquella era la respuesta. Estaba seguro de que iría a parar a manos de la Policía...

—Era pronto para que hubiera respuesta —le dijo Kirk.

—¿Cómo podría yo tener la seguridad, señor? En estos días de correos aéreos y otros medios de rapidez... Me resolví a ver la carta, con la intención de, si no se refería a mí, volverla a dejar en su sitio...

—Pero no se refería a usted, Paradise —dijo Kirk.

—No de modo directo, señor. Sin embargo, hablaba de que el inspector Duff estaba en Nueva York. Yo ya había gozado las atenciones del inspector Duff cuando aquello y me dio pánico. La Policía local, al leer la carta, mandaría a buscarle con el resultado que tenemos ahora delante de los ojos. Así que, en mi locura, metí una hoja de papel blanco en el sobre y volví a cerrarlo. Fue un torpe subterfugio, señor, y soy el primero en lamentarlo... No la torpeza, sino el engaño, señor. El señor lo dejaba todo encima de la mesa, sin que yo tocara nada jamás.

—Eso me parecía...

—Quizá sea demasiado pedir al señor que perdone mi infracción. Le aseguro, míster Kirk, que lo que me ha empujado a obrar malamente ha sido el cariño que le tengo y el mucho deseo que tengo de seguir a su servicio. Si fuera posible para mí volver a la antigua situación de estima y de confianza mutua...



Kirk se echó a reír.

—No sé. Lo pensaré. ¿Está usted seguro de que siente afecto hacia mí, Paradise?

—Mucho, señor.

—¿Ha analizado usted sus emociones cuidadosamente? ¿No habrá en lo hondo de ellas algo de desaprobación de resentimiento?

—En absoluto, señor. Le doy mi palabra.

—Bien. Entonces, puede usted marcharse a preparar el... el té. Como de costumbre, si tiene la bondad.

—Muchas gracias, señor —dijo Paradise. Y salió.

—¡Pobre viejo! —dijo *miss* Morrow—. Estoy segura de que no hizo tal cosa. Fue, sin duda, una víctima de las circunstancias.

—Tal vez —admitió Duff—. Sin embargo, mi experiencia personal es que la acusación era muy concreta. Pero yo entonces era nuevo en el oficio y pudiera ser que me hubiera equivocado. De cualquier modo, me complace mucho haber eliminado del caso a Paradise. Eso despeja un tanto la atmósfera.

—Del caso quedará eliminado —dijo Kirk—; pero para mi recobra importancia que nunca tuvo.

—No supondrá usted que tenga nada que ver con la muerte de *sir* Frederic —dijo *miss* Morrow.

—No. Pero tengo miedo de que tenga algo que ver con la mía. Me encuentro frente a un problema completamente particular. No tiene gracia creer uno que está tomando una naranjada y encontrarse con hidrocianuro. Charlie: usted, como huésped nuestro, está interesado. ¿Qué dice?

Chan se encogió de hombros.

—Puede ser que no quisiera a su mujer —indicó.

—Me desagradaría profundamente suponer que la quería —contestó Kirk—. Pero, en fin, me parece un alma de Dios. Y es que hay esposas capaces de sacar de quicio a cualquiera.

—Sargento Chan —dijo Duff—: no se ha dormido usted, sin duda. Díganos, pues, cuáles son sus descubrimientos hasta ahora.

—Tan sólo ligerísimos detalles —le dijo Chan—. Mi principal hazaña ha sido hacer que comparezca ante nosotros Paradise; ya hemos visto con qué resultado. Desmañadas siembras que no maduran nunca en sazonado grano.

—Pero, sin duda, tendrá usted algunas ideas generales sobre el caso. Me gustaría saberlas.

—En propicia ocasión tendremos reposada charla —le prometió Chan—. En cuanto al presente, no me determino a hablar. No carece yo de tiernos sentimientos, conozco que el tema constituirá honda pena para el comandante Durand. Mas con todo habrá de perdonar mi rudeza y atrevimiento si le muestro mi deseo ardiente de oírle referir algo de aquella lejana noche en que Eva Durand desapareció.

Durand volvió de la especie de inconsciencia en que había caído.

—¿Cómo? ¿Qué...? Sí... La noche en que Eva Durand... Claro, hace tanto tiempo...

—Constituye, no obstante, un momento que no es probable que se borre de su memoria de usted.

Durand sonrió tristemente.

—Mucho me temo que no. He intentado olvidar. Me parecía lo mejor. Pero no lo he conseguido nunca.

—La fecha fue el 13 de mayo del año de 1913 -dijo decidido Chan.

—Exactamente. Llevábamos seis meses viviendo en Peshawar; me destinaron a un regimiento destacado allí un mes después de nuestro matrimonio, celebrado en Inglaterra. Peshawar está en los quintos infiernos; no era el sitio mejor para llevar a una mujer como Eva, que no conocía más que la vida civilizada del campo inglés. (Guardó unos instantes de silencio sumido en sus pensamientos y continuó). No obstante, éramos allí muy felices. Éramos jóvenes; Eva no tenía más que diez y ocho años, yo tenía veinticuatro y nos amábamos intensamente. Nada nos importaba las incomodidades de aquella apartada guarnición; nos teníamos el uno al otro.

—¿Y en la noche en cuestión...? —preguntó Chan.

—Llevábamos en la guarnición vida de alegre sociedad en que, como era natural, Eva tenía parte muy principal. En la noche a que usted se refiere organizamos una jira a las colinas. Salimos de la ciudad a caballo, y por estrecho y sucio camino llegamos a una pequeña explanada desde donde se veía elevarse la luna sobre los tejados de Peshawar. El plan era un poco insensato, porque aquellas colinas están infestadas de bandidos... Yo llevaba algún miedo. Pero las mujeres insistieron y ya saben ustedes lo que son las mujeres. Además, en la partida íbamos cinco hombres, bien armados. No parecía haber verdadero peligro. (Nueva pausa y luego continuó). Eva llevaba sus joyas: un collar de perlas que su tío le había regalado. Recuerdo que yo se lo reproché antes de salir. Pero ella se echó a reír. A veces he llegado a pensar... Pero no; no quiero pensarlo. ¿La mataron para robarle el collar y las sortijas? En fin, el caso es que preparamos la cena y salimos a caballo de la ciudad. Todo fue bien hasta que llegó el momento de volver a casa. A no sé quién se le ocurrió jugar al escondite...

—¿Recuerda usted a quién se le ocurrió?

—Sí; a Eva. Yo no quería; pero no me gusta ser aguafiestas y se empezó el juego con la mayor diversión. Las mujeres se escondieron por entre los árboles y desaparecieron en la sombra, riendo y charlando. Al cabo de media hora las habíamos encontrado a todas... menos a una.

—¡Es horrible! —exclamó *miss* Morrow.

—No puede usted imaginárselo bien —contestó Durand—. Aquellas montañas negras llenas de innumerables peligros... Creo que no será necesario que siga refiriendo cómo fue para mí el resto de aquella noche ni los días largos espantosos que vinieron tras ella...

—De modo que había cinco hombres —dijo Chan—. Contando con usted.

—Cinco hombres, sí —contestó Durand—. Y cinco muchachas encantadoras.

—Cinco hombres... ¿Oficiales los otros cuatro como usted? —continuó Chan.

—Tres de ellos eran oficiales. El otro no.

—¿El otro no?

—No. La jira era en su honor en cierto modo. Era un hombre famoso a quien todos queríamos halagar. Acababa de estar alojado en la residencia del virrey, había hablado en la sala del trono y le habían impuesto medallas y condecoraciones. Toda la India se deshacía en elogios para él. Acababa de regresar de un viaje terriblemente peligroso a través del Tibet...

—¿Era explorador?

—Y de los mejores. Un hombre de mérito.

—¿Se refiere usted al coronel John Bettham?

—Al mismo. De modo que usted sabía...

—Me lo había imaginado —dijo, y añadió después de un instante de silencio—: El coronel Bettham se encuentra actualmente en San Francisco.

—¿De veras? —preguntó el comandante— ¡Qué coincidencia! Me gustaría verle. Me fue extraordinariamente simpático.

—¿De modo que la jira era en su honor, dice usted?

—Sí; una especie de despedida. Se marchaba al día siguiente. Se volvía a su tierra, pero no por el camino usual ¡bueno era para eso! Se iba en caravana a través de las selvas del Afganistán y por el gran desierto de sal de Persia hasta Teherán.

—¿Por el paso de Khyber? —preguntó Chan.

—Eso es; por el Khyber. Peligroso camino; pero él llevaba su séquito de servidores que le había acompañado en otras expediciones... Y el emir de Afganistán le había invitado. Se marchó a primera hora de la mañana siguiente y no le he vuelto a ver desde entonces.

—A primera hora de la mañana siguiente —repitió Chan—. Hacia su tierra. (Se quedó mirando unos instantes a la ventana mojada por la niebla). Yo también esperé marcharme a primera hora de la mañana. Pero siempre se cruza algo que me hace faltar a la palabra que tengo dada a mi hijito. Pensará que soy un padre de todo punto despreciable. Sin embargo, lo que ha de ser tiene que ser.

Entró Paradise en la estancia, empujando pomposamente el carrito del té. Hubo un momento de embarazoso silencio.

—El té, señor —dijo el mayordomo.

—Tal espero que sea —dijo Kirk.

Paradise sirvió a *miss* Morrow y luego se volvió al inspector Duff preguntándole:

—Y el señor ¿qué desea?

El inspector se le quedó mirando con firmeza.

—Un terrón de azúcar —le dijo—. Y nada más.

## CAPÍTULO XIV

### *Comida para dos*

Paradise sirvió el té con grave continente, así como los *sándwiches* y *cakes* y se retiró en silencio. Barry Kirk se llevó la taza a los labios y se detuvo con una interrogante mirada. El inspector Duff sonrió.

—Le advierto —dijo— que el hidrocianuro tiene un olor muy característico. Un olor penetrante a flor de melocotón.

Se lo agradezco mucho y lo tendré en cuenta.

—Debemos tratar a Paradise con la más exquisita consideración —indicó Chan—. Debemos tener presente en nuestras memorias que en una buena palabra hay calor suficiente para tres inviernos, en tanto que una palabra dura hiere como tres meses de frío.

Kirk, persuadido por las palabras de Chan, cambió el tema de la conversación.

—Y díganos, comandante —empezó—: ¿Qué le parecen a usted los Estados Unidos?

—Me temo —contestó Durand— que mis impresiones no tengan nada de originales. Mi única impresión es de... de grandeza. Grandeza en lo que se refiere a tamaño. El país de ustedes es tremendo.

Duff se mostró conforme.

—Apenas hemos hablado de otra cosa en el tren en que veníamos. No pueden ustedes figurarse la impresión que produce América en gentes que proceden de un país como Inglaterra. Allí basta andar unas cuantas millas en cualquier dirección para encontrarse en la costa. Aquí parece que no se llega nunca al final de los viajes.

—Sí; no tiene duda que hay gran abundancia de Estados Unidos. En concepto de algunas gentes, demasiada.

—No he querido decir tanto —replicó Durand; y añadió mirando a *miss* Morrow—: Debo añadir que sus mujeres me parecen encantadoras.

—Muy amable —dijo ella sonriendo.

—Nada de eso. Es la verdad. Lo que no comprendo, y usted perdone, es su relación de usted con este asunto.

—Soy el teniente fiscal del distrito —le dijo ella.

—El cargo que corresponde a nuestro fiscal de la corona, el fiscal de distrito —le

explicó Duff—. Esta señorita es representante de la ley.

—¡Caramba! —exclamó Durand—. Pues crea que me sorprende cómo no hay en los Estados Unidos más respeto por la ley. (Se levantó acto seguido y continuó). Habrán ustedes de disculparme que me ausente. El largo viaje me ha fatigado un poco... Y además el desencanto que acabo de sufrir hace unos minutos... Yo decía que no tenía la menor esperanza, pero no era verdad del todo. A pesar de todos los desengaños, tengo esperanza siempre. Y esta vez, mediando un nombre como el de *sir* Frederic Bruce... No descansaré hasta haber visto a la mujer que tan de repente ha desaparecido esta noche.

—Aún puede encontrársela —indicó Duff.

—Seguro estoy de ello. ¿Se viene usted conmigo?

—Desde luego —dijo Duff, levantándose.

—Usted y yo tenemos que cambiar impresiones en breve plazo, inspector —dijo Chan.

Duff se detuvo.

—Siempre he pensado que no existe mejor ocasión que la presente. Váyase, comandante, y yo iré después.

—Perfectamente —contestó Durand—. He tomado habitación en el St. Francis. Supongo que le parecerá a usted bien.

Y con muchas palabras de agradecimiento se despidió de todos y salió.

—¡Pobre hombre! —dijo *miss* Morrow.

—Es un gran muchacho —observó Duff, el cual, dirigiéndose a Chan, continuó —: Pero el asunto no marcha, sargento. ¿Por dónde empezamos? El capitán Flannery me ha dicho que en el equipaje de *sir* Frederic no se han encontrado datos acerca de caso ninguno.

—Ninguno ha sido hallado, en efecto —corroboró Chan.

—Pues entonces la cosa presenta el carácter de robo y de asesinato, porque indudablemente existían esos datos. En algún sitio (a no ser que hayan sido destruidos por la misma mano que ha matado a *sir* Frederic) tiene que encontrarse relatos detallados del caso Hilary Galt, así como de la desaparición de Eva Durand...

—¿Acaso usted tiene oído en que en pensamiento de *sir* Frederic aquestos dos hechos estuvieran ligados por alguna oscura conexión? —preguntó Chan.

Duff afirmó:

—Sí; yo vi una copia de la carta que escribió mi jefe a Scotland Yard. De ella me pareció deducir que andaban aproximadamente tan en tinieblas como nosotros andamos. Pero ya he cableografiado para que me manden todos los informes que tengan.

—Ha procedido usted con muy loable diligencia —aprobó Chan—. Uno de los extremos que el comandante Durand nos ha referido cambia el aspecto y cariz de todo el asunto. Hasta el presente éranos aquí, por todo punto desconocido, que el coronel Bettham hubiera asistido a la jira en aquella inolvidable noche de Peshawar.

—¿Y qué hay de Bettham? ¿Ha dicho que estaba en San Francisco?

—Así es la verdad. Estuvo presente en la comida. Un hombre extraño, silencioso, de inescrutable continente.

*Miss Morrow* intervino de pronto.

—Es verdad —dijo—. Si el coronel Bettham estaba en la jira eso significa que conocía a Eva Durand. La noche que vino aquí a comer pudo encontrarse en el ascensor a Jennie Jerome, María Lantelme. Y si era Eva Durand probablemente la reconocería.

—Indubitablemente —convino Chan.

—Pues la cosa es entonces bien sencilla —continuó *miss Morrow*—. Ahora mismo voy a hacer que me le traigan y a preguntarle...

Chan alzó la mano.

—Pidiendo rendidamente perdón por el entrometimiento: ¿Acaso preguntaría usted a un ciego por su camino?

—¿Cómo...? Yo... ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Días ha, poseía el conocimiento de que el coronel estaba en la vecindad de Peshawar en aquellos primeros días de mayo de 1913. Hasta esta noche no supo ni hubiera soñado, que figuraba como participante de aquella jira.

—No pensará usted...

—No he decidido aún qué es lo que debo pensar. Participante en aquella jira: el hecho puede significar mucho o puede significar nada. En el supuesto de que signifique mucho, no digamos nada por ahora al coronel Hacer tal pudiera ser causa de que fracasaran nuestros propósitos. Hubo una vez un hombre que pellizcaba al niño al mismo tiempo que mecía la cuna. Su labor no llegó jamás a considerarse como de gran éxito.

—Tomaré su consejo —dijo *miss Morrow* riendo.

—Mil gracias. Antes de proceder, permítame que saque a la clara luz del día algunos otros añejos acontecimientos. (Y luego, dirigiéndose al inspector, añadió Chan): Me refiero, dejando por el momento al coronel, a las famosas zapatillas de terciopelo.

—Ya —dijo Duff—. Las zapatillas de terciopelo. Son un misterio. Parece que se las haya llevado el asesino. ¿Por qué? ¿Y qué habrá hecho con ellas? No parece disparatado suponer que en su apresuramiento las haya tirado por cualquier parte. En Inglaterra seguimos un sistema en tales casos. Ponemos un anuncio ofreciendo una gratificación.

—Idea espléndida —asintió Chan.

—Seguramente ya se le habrá ocurrido al capitán Flannery.

Chan se encogió de hombros.

—El capitán aseméjase en su conducta a un niño cogido en una red. Lucha, pero es a costa de enredarse cada vez más. Pero debo cohibir mi crítica. Sólo quedo libre para proclamar que el arbitrio no se me había ocurrido ni aun a mí.

Duff se echó a reír.

—Bueno. Pues yo veré al capitán después de comer y le indicaré que lo intente. Y a propósito: como soy nuevo en la ciudad, no sé por dónde ir. ¿Querría usted comer conmigo, sargento? Así charlaremos.

—Profundamente reconocido a la invitación. ¿Qué no podré yo aprender en su distinguida compañía?

Salió por el abrigo y el sombrero y Duff dijo a Kirk y a la muchacha:

—Encantado de haberlos conocido a ustedes. *Miss Morrow*: trabajar al lado de una mujer bella será para mí una novedad y de las más agradables.

Volvió Chan y salieron juntos. *Miss Morrow* cogió su abrigo.

—Un momento —protestó Kirk—. ¿Adónde va usted?

—A casa —dijo ella.

—¿A comer sola? —añadió Kirk.

—No necesita usted andar con indicaciones. Pero es que esta noche no puedo invitarle a usted.

—No era eso. La verdad... es que la idea de comer aquí me alarma un poco. Propongo que vayamos donde haya luces, rosas y un camarero de confianza.

—Tendría que ir a casa. Pero, en fin, si usted se empeña...

Kirk llamó al timbre y *Paradise* se presentó en el acto.

—Esta noche como fuera —le explicó el joven.

*Paradise* quedó desolado.

—Bien, señor. Pero si se me permite...

—¿Qué?

—No quiero interpretar esta salida como falta de confianza en mí. Espero que la relación que entre nosotros existía...

—¡Qué simpleza! Ya sabe usted que como fuera con frecuencia.

—Cierto, señor.

El mayordomo salió taciturno.

—¡Cielo santo! —suspiró Kirk—. Estoy viendo que a mi lado se ha convertido en un sentimental. Para demostrarle que tengo confianza en él no voy a tener más remedio que dar una gran comida, a la que invite a todas las personas a quienes distingo especialmente.

—¿Una gran comida?

—Bueno; regular de grande. Mi abuela, *Charlie Chan* y unos cuantos antiguos amigos del club. Y si usted quería venir...

—Si no venía no sería porque tuviera miedo de *Paradise*.

Salieron a la calle. Era noche de niebla y con ráfagas de lluvia. Ya en el coche preguntó Kirk:

—¿Vamos a *Marchetti*?

—No me parece mal —contestó *miss Morrow*.

Entraron en el pequeño restaurant. Ya estaba actuando el primer número del

*cabaret*: un coro que cantaba aires populares.

—Me gusta este sitio —dijo Kirk—. No confunden nunca la diversión con el ruido. Guapas muchachas, ¿verdad? —añadió cuando le hubo saludado al pasar una rubia—. Me gusta verlas pasar... de lejos. Pero no me interesa su conversación. Es insustancial. En cambio, por ejemplo, un abogado...

—Haga el favor de no burlarse de mi. No estoy de humor esta noche. Estoy cansada y descorazonada.

—Cansada, me lo explico. Pero ¿descorazonada? Por lo que yo entiendo ha obtenido usted un gran éxito en su trabajo.

—¡Oh, no! Un poco de camino, total. Pero ¿iremos más allá? Ha olvidado usted que hoy es... un aniversario. Esta noche hace una semana...

—Que comió usted conmigo por primera vez. Espero...

—Hace una semana que fue asesinado *sir* Frederic y yo me puse a trabajar en mi primer caso importante. Hasta el momento no he contribuido en nada a la solución.

—¿Cómo que no? Claro que no ha resuelto usted todavía el rompecabezas; pero mire usted si queda tiempo por delante...

—Nada de eso. De un momento a otro el fiscal del distrito puede relevarme. Tenía que haber resuelto rápidamente, y ¿qué hemos conseguido hasta el día?

—Han encontrado ustedes a Eva Durand.

—Para volver a perderla. Eso en el caso de que la muchacha del ascensor sea Eva Durand.

—Tiene que serlo. Chan lo ha dicho.

*Miss Morrow* movió la cabeza con desconfianza.

—Charlie es inteligente, pero está equivocado. Él no se niega a reconocerlo. Esta noche, cuando estábamos esperando a que el capitán Flannery entrara con la muchacha, no sé qué sentí... Una corazonada... Las corazonadas son especialidad femenina. De pronto me sentí plenamente segura de que no era Eva Durand.

—¡No me diga! ¿Y qué base tenía usted para esa corazonada?

—Ninguna. Pero tuve la sensación de que habíamos equivocado la pista otra vez. Podía ser Jennie Jerome y María Lantelme y no ser la mujer de Durand. No olvide que quedan otras posibilidades.

—Por ejemplo...

—Por, ejemplo, Lila Barr, la muchacha del Importadores de Calcuta. ¿No recuerda usted lo interesado que estaba por ella *sir* Frederic? ¿Qué significaba eso?

—Se lo diría a usted con mucho gusto si lo supiera.

—Pero no lo sabe usted. Y además quedan Elena Enderby y Gloria Garland. A pesar de lo que han contado qué quería de ellas *sir* Frederic, ¿quedan al margen del asunto? Y *mistress* Tupper-Brock. No; no es posible asegurar que la muchacha del ascensor sea Eva Durand. No hemos hecho más que conjeturas. Chan no ha hecho más que conjeturas. Y no lo averiguaremos jamás.

—¿Por qué no? Flannery la encontrará.



—¿Lo cree usted de veras? Si lo cree tiene usted en el pobre capitán más fe de la que yo tengo. Pero supongamos que la encuentra y que es Eva Durand. ¿Qué? Sencillamente se negará a hablar y no estaremos un paso más cerca de averiguar quién ha matado a *sir* Frederic.

—Yo la he traído a usted aquí para pasar una noche agradable y la encuentro acometida de negros pensamientos.

—Déjeme seguir un minuto. Es demasiado cómodo dejar a un lado las cosas. ¿Quién ha matado a *sir* Frederic? Este es mi problema. La identificación de Eva Durand no tendrá para el caso tanta importancia como le concedemos. Puede ser incluso que no tenga que ver nada. ¿Quién tiró del gatillo el martes por la noche en su despacho de usted? ¿Carrick Enderby? Es muy posible. ¿Elena Enderby? Tenía en el vestido aquellas manchas... ¿Trepó por la bajada de incendios? Y prescindiendo de la familia Enderby, quedan otras personas. ¿No tenemos a Gloria Garland, a *mistress* Tupper-Brock?

—Cada una de las cuales acudió a mi comida con una pistola oculta debajo del vestido —dijo Kirk sonriendo.

—Cada una de las cuales sabía que aquella noche había de encontrarse con *sir* Frederic. La pistola pudieron procurársela. Siguiendo con la lista, tenemos a Paradise. Yo siento estimación por él, pero lo que nos ha contado esta noche no le pone por encima de toda sospecha. Al contrario. Y, ya aparte de su ático de usted, tenemos a aquel joven pálido de la oficina de peritos mercantiles...

—¡Ah, sí! Sé que se llama Smith. No me había vuelto a acordar de él.

—Pues yo sí —contestó *miss* Morrow—. Después, Li Gung. El chino que escapó para Honolulu al día siguiente. ¿Por qué aquella prisa? ¿No es posible que fuera él quien trepara por la bajada de incendios? ¿A qué seguir? La lista es interminable.

Y *miss* Morrow lanzó un suspiro.

—E incompleta —añadió Kirk.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues quiero decir que hubo un hombre que acompañó a Li Gung al puerto: el coronel Bettham.

—¡Absurdo! Un hombre como el coronel Bettham, famoso en el mundo entero. Un hombre que está en posesión de todas las medallas y condecoraciones que se han creado para premiar el comportamiento bravo y generoso ¿cómo podía hacer nada tan bajo y tan despreciable?

—Ahí la traiciona a usted su sexo. No hay mujer que pueda resistir a un inglés guapo y distinguido; Pero, hablando como varón menos romántico, yo tengo que decirle que la impresión que yo tengo del coronel no es ni mucho menos tan favorable. Valor, sí; pero hace lo que quiere hacer sin dársele nada de las consecuencias. No hubiera yo querido formar en la partida del Tibet y haberme sentido débil para seguir adelante. Me hubiera dirigido una mirada de desdén y me hubiera abandonado. Pero no: creo que hubiera tenido para mi una última cortesía.

—¿Cuál?

—Creo que me hubiera soltado un tiro. Y hubiera seguido tranquilamente su camino contento de saber que aquel perezoso no le volvería a molestar más.

—Sí; es hombre duro, decidido —concedió *miss* Morrow—. Pero, sin embargo, no es posible que haya matado él a *sir* Frederic. El pobre *sir* Frederic no se cruzaba en ninguno de sus planes.

—¿No? ¿Y cómo sabe usted que no?

—La verdad, no veo...

—Dejemos el coronel a Chan —indicó Kirk—. Nuestro amigo la tiene con él, y creo que sabe por dónde se anda. Y dejando todo esto ¿querrá usted bailar conmigo, o tendré que bailar solo?

—No sé. Dado el cargo que ocupó, debo dar la impresión de ser una persona seria, en público...

—No haga caso del público. El público no habrá salido de casa con tan mala noche como hace. Vamos.

*Miss* Morrow se echó a reír y empezaron a bailar. Ella permitió que por el resto de la noche Kirk condujera la conversación por derroteros más frívolos; género de conversación en que era maestro. El cambio pareció aliviarla. Pero antes de salir del local ya le habían vuelto sus preocupaciones. Al salir pasaron por delante de una serie de comedorcitos independientes. Frente al último la muchacha se detuvo un momento y volvió la cabeza para dirigir una mirada disimulada a Kirk. El miró también y siguieron rápidamente su camino. No era necesaria tanta diligencia, porque las dos personas que estaban comiendo juntos en el compartimiento hallábanse tan enfrascadas en su grave conversación que todo les pasaba inadvertido.

En la calle *miss* Morrow se dirigió a Kirk.

—¿Qué le decía yo a usted? —exclamó—. En el asunto hay mezcladas otras mujeres además de la pobre chica del ascensor.

—¿Y qué le decía yo a usted de su famoso héroe inglés? —le contestó Kirk.

*Miss* Morrow asintió.

—Mañana —dijo— miraremos esto. Lo que, por el momento, me ha dejado suspensa es qué clase de relación pueda existir entre el coronel Bettham y *mistress* Tupper-Brock.

## CAPÍTULO XV

### *El discreto mister Cuttle*

Cuando Charlie Chan se levantó el miércoles por la mañana, no llovía y la niebla estaba desvaneciéndose. Miró al puerto, donde varios buques en fila parecían esperar la señal de zarpar. A pesar de la brillantez de la mañana, Chan estaba mustio. A las doce se marchaba el vapor en que había jurado partir. Pensaba en que en su casita cubierta de algarrobos de Punchbowl Hill se produciría, al llegar el buque, análogo desengaño al que a él le abrumaba ahora. Suspiró. ¿Era que no iban a acabarse nunca sus vacaciones? ¿Aquellas vacaciones que eran todo, menos vacaciones?

Cuando entró en el comedor ya estaba Barry Kirk sentado a la mesa; pero el vaso de naranjada hallábase intacto delante de él.

—Hola —dijo a Chan—. Estaba esperándole.

—Cada aurora amanece en usted nuevos encantos de cortesía —dijo Chan sonriendo.

—No sé. No es precisamente cortesía. Es que hoy por la mañana no siento maldita la prisa por ingerir esta favorita bebida mañanera y californiana. Mírela usted bien: ¿A usted le parece que es verdaderamente... auténtica?

Al sentarse Chan apareció Paradise en la puerta. Chan, sin un momento de duda, alzó el vaso.

—A la salud de usted —dijo.

Kirk miró al mayordomo y levantó su vaso también.

—Muy sinceramente deseo que acierte usted —murmuró. Y bebió decidido.

Paradise dio los buenos días con ceremoniosa gravedad, y, dejando ante ellos dos sopas de puré de avena, se marchó.

—Bueno —dijo Barry Kirk sonriendo—. Parece que nos encontramos perfectamente hasta ahora.

—La sospecha —le dijo Chan— es un travieso sentimiento que se desliza en todas las partes.

—Verdad. Y ¿cómo se las arreglarían ustedes en su oficio sin ella? Y a propósito, ¿sacó usted algo a Duff anoche?

—Nada que reclame enérgica actuación del pensamiento. Un extremo que elucido parece no ser de gran consecuencia y momento.

—¿Qué fue?

—Pidiéndole a usted respetuosamente perdón quiero, por ahora, incubarlo con mi acostumbrado silencio. ¿Comió usted aquí?

—No. Nos fuimos a un restaurant *miss* Morrow y yo.

—¡Hola! Unos instantes de plácido recreo —dijo Chan con tono de aprobación.

—Esa era la intención.

—Parece que disfruta usted con la sociedad de esa señorita.

—No puedo decir que padezca en su presencia, la verdad. No es tan seria como quiere hacer ver.

—Y encuéntrolo de sumo acierto. Las mujeres están configuradas para la penosa labor del grave pensamiento. Más bien para decorar la escena, cual la flor del ciruelo.

—Sí; pero no todas van a ser artistas de cine. A mí no me importa que una mujer tenga talento, con tal de que no le dé demasiada importancia. Y *miss* Morrow no se la da. Pasamos una noche alegre; pero no por ello estuvimos ciegos. Al salir del restaurant hicimos un pequeño descubrimiento.

—¿Y qué fue ello?

Kirk se encogió de hombros.

—¿Deberé yo incubarlo también con mi acostumbrado silencio? No; no quiero ser tan tacaño como usted. Pues vimos a nuestro amigo, el coronel Bettham, descansando de las duras realidades de la vida. Le vimos comiendo con una señora.

—Ya. ¿Y quién era la señora?

—Una señora en quien hasta ahora no habíamos puesto gran atención: *mistress* Elena Tupper-Brock.

—No está, ni mucho menos, el hecho exento de interés. ¿Hará averiguaciones *miss* Morrow?

—Sí. Hoy por la mañana voy a ir yo a recoger a *miss* Morrow para llevarla a la Fiscalía —dijo Kirk, levantándose ya terminado el desayuno; y añadió—: Ahora voy a bajar al despacho a contestar unas cartas.

—Le acompañaré, sí me es permitido —dijo Chan, levantándose rápidamente—. He de escribir una carta disculpa para mi esposa y espero que llegue todavía al vapor que a punto está de hacerse a la mar. Irá en sustitución mía... Menguada sustitución.

Suspiró.

—Es verdad, que era hoy cuando se marchaba usted.

—Una semana más me otorgo y concedo. Trascorrida que sea, cualquiera que sea la situación, sacudo de mis zapatos el polvo del continente y parto. Lo juro de nuevo, y esta vez seré firme como el Peñón de Gibraltar.

Bajaron juntos. Kirk se sentó a la mesa de escritorio. Kinsey no estaba, había ido a «cobrar alquileres», según explicó Kirk. Chan tomó papel y sobre y se sentó ante la mesa del taquígrafo que estaba junto a la pared.

Pero su imaginación no parecía hallarse en la carta. Con el rabillo del ojo vigilaba cuidadosamente los movimientos de Kirk. Un momento se levantó y se acercó a la

mesa.

—La pluma —dijo— sufre de espasmo recalcitrante. La tinta no fluye. ¿Quién idearía llamarle pluma fuente?

—Aquí hay plumas —dijo Kirk, al tiempo que se inclinaba para abrir uno de los cajones de abajo.

Los ojos de Chan estaban fijos en los papeles que había sobre la mesa. Siendo ejemplar su cortesía, aquella actitud era extraña. Parecía hallarse espiando a quien le daba hospitalidad. Aceptó una pluma y se volvió a su escritura. Siguió acechando a Kirk con el rabillo del ojo.

El joven terminó la carta y empezó otra. Una vez que tuvo las dos terminadas las selló. Simultáneamente Chan cerró y selló la suya y se puso ágilmente en pie.

Tendió su mano, larga y fina.

—Permítame —dijo— que deposite su correo con el mío en el buzón del pasillo.

—¡Oh, muchas gracias! —dijo Kirk, dándole las cartas.

Al volver Chan, Kirk estaba de pie mirando su reloj.

—¿Desea usted oír la historia de la vida de *mistress* Tupper-Brock? —preguntó.

El detective hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Con las más rendidas gracias debo manifestarle que no quiero interpolarme. *Miss* Morrow es competente. Varias veces me he visto arrastrado a la desairada e inútil posición de quinta rueda. Por esta vez encaminaré mis giros hacia otro lado.

—Como usted quiera —contestó Kirk sin darle importancia. Luego de lo cual cogió el abrigo y desapareció.

Chan subió al ático por la escalera interior y encontró a Bill Rankin que estaba esperándole en la sala. El repórter se le quedó mirando muy divertido.

—Buenos días —le dijo—. Pensé que embarcaba usted hoy por la mañana.

Chan frunció el entrecejo.

—El que se me escape el barco ha llegado ya a constituir costumbre en mí —contestó—. No puedo irme. Entenebrecen la escena pesados y negros nubarrones.

—Ya lo sabía yo —dijo Rankin sonriendo—. Antes de marcharse tiene usted que darme a mí una información que levante en vilo al público. Estaba seguro de que podía confiar en usted. ¡Qué gran raza, la raza china!

—Agradecidísimo a la publicidad que hace usted a mi modesta raza —dijo Chan.

—Le traigo a usted —continuó Rankin— un regalito para celebrar esta mañana de sol.

—Siempre tan amable.

—Soy un chico listo. Pues, verá usted: las veladas observaciones de usted acerca del coronel Bettham me han hecho pensar. Y cuando yo pienso lo pongo todo patas arriba. He leído «La Vida» del coronel de una punta a otra. Creo que no necesitaré decirle a usted que el 4 de mayo de 1913 Bettham emprendió un viaje de ocho meses de duración, de Peshawar a Teherán por el Afganistán y el desierto de Kevir, de Persia.

—Yo también había hecho el descubrimiento —dijo Chan.

—Me lo figuraba. Pero ¿sabe usted que había escrito un libro aparte acerca de aquella excursión? Unos días de vacación le llama él. Dice que no es exploración propiamente dicha, sino tan sólo la vuelta a casa.

Chan se interesó.

—Desconocida era para mí, en efecto, la existencia de ese volumen.

—No es tan conocido como sus otros libros —siguió Rankin—. Está agotado. Se titula «Las tierras más allá del Khyber». He buscado por todas las librerías de la población, y por fin he encontrado un ejemplar en Berkeley.

Sacó un volumen encuadernado en rojo y añadió:

—Este es el regalito de que le hablaba.

Chan lo tomó satisfecho.

—¿Qué puedo decirle? Puede ser de alguna utilidad. El reconocimiento que siento hacia usted penetra cada vez hasta mayores profundidades de mi insignificante individuo.

—Bueno; lo que valga no lo sé. Tal vez encuentre usted en él algo que a mí se me haya pasado. Yo lo he leído con toda atención, pero no he encontrado nada.

Chan abrió el libro.

—Interesantes extremos resaltan, desde luego, inmediatamente —dijo—. Al contrario que los demás libros del coronel Bettham, éste porta una dedicatoria.

La leyó: «A quien recordará y comprenderá».

—Ya me había fijado —dijo Rankin—. Parece como si el coronel hubiera tenido también alguna vez momentos de ternura ¿verdad? «A quien recordará y comprenderá». Algún noviazgo de tiempos mozos, probablemente. Alguien que recordara la época en que la besaba bajo las lilas del parque y comprenderá que realiza todos esos viajes con su imagen en el corazón.

Chan reflexionaba.

—Es posible —dijo.

—Ya sabe usted que estos ingleses no son tan enérgicos como parece —siguió Rankin—. Recuerdo de un aviador a quien conocí en la guerra que se desayunaba con tachuelas y, sin embargo, llevaba en el aeroplano el recuerdo de un amor. Tal vez el coronel es un sentimental de este género.

—Tal vez —reconoció Chan.

Rankin se levantó. Le apremiaba el tiempo para ir al periódico. Antes preguntó.

—Todavía no se puede decir nada —le contestó Chan.

—Pues ya parecía que había de ser tiempo de que echáramos un vistazo tras de esa cortina —observó Rankin.

Charlie movió la cabeza.

—Grave es el asunto. Si yo estuviera en Peshawar... Pero no lo estoy. Estoy en San Francisco, quince años después del suceso, y sólo me es dado conjeturar. Y puedo añadir que conjeturar es miserable oficio que con harta frecuencia conduce a

largos senderos que terminan en el extraviado camino.

Salió Rankin dejando con su libro a Chan, que se sentó junto al fuego y empezó a leer ávidamente, juzgando aquello mejor que entrevistar a *mistress* Tupper-Brock.

Casi al mismo tiempo Kirk subía rápidamente las escaleras de la linda casa que su abuela tenía en Pacific Heights. La anciana le recibió en el gabinete.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Cómo tú por aquí tan temprano? Y despierto de todo, si he de creer a mis ojos.

—Trabajos policíacos —dijo él riendo.

—Bien. ¿Y en qué puedo servirte yo? Parece que me han dejado por completo a un lado, lo que me disgusta profundamente.

—Y sigues fuera, de modo que no acaricies vanas esperanzas. A lo que yo vengo es a buscar a *mistress* Tupper-Brock. ¿Dónde está?

—Arriba. ¿Qué la quieres?

—Quiero llevármela a dar un paseo... a ver a *miss* Morrow.

—¡Ah! ¿Todavía sigue preguntado esa joven? No parece que consigue gran cosa.

—Déjale tiempo.

—Me parece que va a necesitar mucho. Esas son cosas de hombres...

—Eres una traidora a tu sexo. Bueno; ¿por qué no llamas a *mistress* Tupper-Brock?

Salió *mistress* Kirk dirigiéndole una mirada desdeñosa. A los pocos minutos se presentó grave y fría *mistress* Tupper-Brock, que se ofreció a acompañar a Barry; no sin decir antes que creía que ya estaba todo resuelto.

—Supongo —dijo la abuela— que no le harán nada a Elena. No pensarán que está complicada en el asunto.

—No tengo permiso para contestar ni sí, ni no. Y dime tú: ¿Has dado ya ese dinero al coronel Bettham?

—No; pero me parece que se lo dará.

—Sigue mi consejo y resístete unos días.

—¿Cómo? No será que esté comprometido en la cuestión ¿verdad? Es un perfecto caballero.

—Tú sigue mi consejo.

*Mistress* Tupper-Brock, que había salido a hacerse una rápida *toilette*, estaba esperándole en el *hall*. Salieron y ella se acomodó en el coche muy tiesa y sin ganas de conversación. Unas cuantas observaciones acerca del tiempo no dieron el menor resultado como tema de conversación, y Kirk renunció. En silencio llegaron ante las oficinas de *miss* Morrow, la cual, que tenía aspecto de hallarse muy atareada, saludó a *mistress* Tupper-Brock y le indicó una silla.

—Hágame el favor de sentarse. Le agradezco mucho que haya venido. Espero no haberla molestado.

—En absoluto —contestó ella, sentándose.

Hubo un momento de silencio, y *miss* Morrow empezó:

—Como usted sabe, andamos a la busca del asesino de *sir* Frederic.

—Claro —dijo *mistress* Tupper-Brock con frialdad—. ¿Y para qué quería usted verme?

—Quisiera saber si tenía usted algún dato que pudiera sernos de ayuda.

—No es muy probable —contestó *mistress* Tupper-Brock, cogiendo el pañuelo y empezando a retorcerlo entre las manos.

—Tal vez no —dijo *miss* Morrow sonriendo—. Pero no tenemos más remedio que valernos de todo el mundo en este suceso terrible. *Sir* Frederic ¿le era a usted completamente desconocido?

—Totalmente. Le vi por vez primera el martes por la noche.

—¿Y también al coronel Bettham le vio usted por primera vez aquella noche?

*Mistress* Tupper-Brock encerró el pañuelo hecho una bola en el hueco de la mano.

—No; no le vi por primera vez aquella noche.

—¿De modo que le conocía usted de antes?

—Sí. Le conocí en casa de *mistress* Dawson Kirk. Iba allí con cierta frecuencia.

—Ya. Creo que usted y el coronel eran buenos amigos, ¿no? Quizá le conocía usted desde antes de venir a San Francisco.

—No; no le conocía.

—Mientras el coronel estaba proyectando las películas usted estaba con *miss* Garland en el diván. ¿No advirtió usted nada sospechoso?

—Nada.

Tenía el pañuelo arrugado encima de la falda. Lo cogió y comenzó a estirarlo.

—¿Ha vivido usted en la India?

—No; no he estado allí nunca.

—¿Ha oído usted hablar de un trágico suceso que ocurrió en la India, en Peshawar? ¿De la desaparición de una mujer llamada Eva Durand?

*Mistress* Tupper-Brock reflexionó.

—Puede que haya leído algo en los periódicos —admitió—. Parece que me suena.

—Dígame: ¿por casualidad se fijó usted en la muchacha del ascensor la noche de la comida en casa de *mister* Kirk?

Nuevamente quedó sepultado el pañuelo en la mano de la dama.

—No. ¿Por qué había de fijarme?

—De modo que le fue a usted completamente desconocida.

—Supongo que sí. Claro que una no estudia... a esa clase de personas.

—Ya —dijo *miss* Morrow, buscando un final indiferente para la entrevista—. ¿Es usted inglesa, *mistress* Tupper-Brock?

—Sí; inglesa.

—¿De Londres?

—No; nací en Devonshire. Allí viví hasta mi matrimonio. Después mi marido me trajo a Nueva York, donde tenía su modo de vivir. Era clérigo, como usted sabe.



—Muchas gracias.

—No creo haber sido de gran ayuda.

—Oh, no buscaba ninguna cosa concreta —dijo *miss* Morrow sonriendo—. Estas preguntas son una mera formalidad. A todo el que estuvo en la comida. Muchas gracias.

Se levantó. *Mistress* Tupper-Brock volvió el pañuelo al bolso y se levantó también.

—¿Nada más, entonces?

—Nada más. ¡Qué buen día ha quedado después de la lluvia!

—Hermoso —murmuró la mujer, al mismo tiempo que se retiraba.

Acudió Kirk, que había estado en un rincón esperando.

—¿Qué? —preguntó—. Nada ¿verdad? Lo siento mucho.

La joven se le acercó mucho, fragante, joven, sonriente. Kirk sintió un poco de mareo.

—Se equivoca usted —le dijo ella quedamente—. Me ha dicho mucho.

—¿Cómo?

—Quiero decir que es la embustera más grande que he tropezado en mi vida. Y voy a probarlo.

—¡Qué chica tan lista! —dijo Kirk sonriendo. Y echando a correr alcanzó a *mistress* Tupper-Brock en el portal.

El viaje de regreso a casa de *mistress* Dawson Kirk fue tan silencioso y violento como el otro y Kirk experimentó un sentimiento de alivio cuando se hubo apartado de la mujer. Se encaminó a la Casa Kirk y subió al piso veinte. Al salir del ascensor vio a *míster* Cuttle que estaba tratando de abrir la puerta de su despacho. Cuttle no era solamente el vigilante nocturno, sino también inspector adjunto del edificio, título que tenía a gran orgullo.

—Hola, Cuttle —dijo Kirk—. ¿Viene usted a verme?

—Sí, señor —contestó Cuttle—. Una cosa que puede tener importancia. Es a propósito de Grace Lane, señor —explicó cuando llegaron a la habitación interior—. La que desapareció anoche.

—Sí —dijo Kirk, animado de súbito interés—. ¿Qué hay de ella?

—La Policía me hizo un montón de preguntas. Cómo fue el traerla aquí a esas cosas. Pero hubo un punto en que quise guardar silencio. Me pareció que era mejor hablar primero con usted, *míster* Kirk.

—No sé, amigo Cuttle. No me parece prudente andar ocultándole cosas a la Policía...

—Pero en este punto, señor...

—¿Qué punto?

—El asunto de cómo entró empleada aquí. La carta que me trajo de cierta persona...

—¿De qué persona?

—De la abuela de usted, señor. De *mistress* Dawson Kirk.

—¡Cielo santo! ¿De modo que Grace Lane vino a verle a usted con una carta de mi abuela?

—Sí. Y todavía tengo la carta. ¿Quiere usted verla?

Cuttle sacó un sobre gris de lujosa apariencia. Kirk sacó lo que guardaba y vio la carta escrita con la letra antigua y rígida de su abuela. Leyó:

«Querido míster Cuttle: La joven portadora de esta carta es una buena amiga mía, *miss* Grace Lane. Le agradecería mucho que viera el modo de encontrarle una colocación en la casa; había pensado en el trabajo de los ascensores. *Miss* Lane está muy por encima de esa tarea, pero se encuentra en situación difícil y aceptará con gusto cualquier cosa que se le ofrezca. Estoy segura de que usted podrá apreciar su voluntad y su competencia. Respondo de ella en todos los terrenos. De usted afectísima, *Mary Winthrop Kirk*».

Kirk acabó la lectura con ceño de asombro.

—Me guardo esto, Cuttle —dijo, metiéndose la carta en el bolsillo—. Y me parece que ha hecho usted muy bien en no decir nada a la Policía.

—Eso me parecía a mí, señor —contestó Cuttle con honda satisfacción.

Y se retiró.

## CAPÍTULO XVI

### *Larga vida y felicidad*

Kirk subió rápidamente al ático. Encontró a Charlie Chan sentado en una butaca junto a la ventana, completamente enfrascado en el relato del coronel Betham sobre «Las tierras de más allá del Khyber».

—Bien —dijo Kirk—. Le traigo noticias. Estoy sobre la pista de otro sospechoso.

—Dígnese nombrar a la nueva persona a quien sea oportuno atribuir hechos punibles.

—Pues, sencillamente: mi abuela.

Charlie se permitió a sí mismo el lujo de un instante de sorpresa.

—Me abruma usted de asombro. ¡Esa respetable dama! ¿Qué extraño rasgo ha podido observarse en su comportamiento?

—Fue ella quien colocó a Grace Lane, o como diablos se llame, en esta casa.

El joven repitió su conversación de Cuttle y mostró a Chan la carta.

Charlie leyó con interés la recomendación. La devolvió sonriendo.

—De modo que se hace aconsejable vigilar a la abuela. Humildemente aconsejo que se ponga *miss* Morrow sobre su pista.

Kirk se echó a reír.

—Lo haré yo mismo. El consiguiente resultado de fuegos artificiales va a ser divertidísimo.

Llamó a *miss* Morrow, la cual, una vez informada, indicó la conveniencia de una entrevista en el ático a las dos.

—¡Hola! —le dijo—. Aquí Barry. ¿No decías esta mañana que querías verte mezclada en el crimen de *sir* Frederic?

—De cierta manera. Ya comprenderás. La verdad es que me divertiría.

—Pues ya has conseguido tu deseo. La Policía te busca.

—Mil gracias. ¿Y puede saberse qué es lo que he hecho?

—Eso tú lo dirás. Tú piensa en tus pecados y vente por aquí a las dos. *Miss* Morrow tiene que interrogarte.

—¿Es ella? ¡Bah! No le tengo miedo.

—Bien; pero no dejes de venir.

—Tendré que marcharme temprano. Voy a una conferencia.

—No importa. Te irás cuando la ley haya terminado contigo. Te aconsejo que vengas preparada para decir la verdad. Si lo haces así es posible que haya modo de no encerrarte en un calabozo.

—No me asustas. Iré; pero solo por curiosidad. Tengo gana de ver a esa señorita en funciones. No me cabe duda de que sabré tenérmelas con ella.

—No lo creo yo así. Acuérdate: a las dos. ¡Vivo!

Colgó el aparato y esperó impaciente la hora del conflicto. A las dos menos cuarto llegó *miss Morrow*.

—¡Es extraño! —dijo—. ¿De modo que su abuela de usted conocía a Jennie Jerome María Lantelme?

—La conoce —contestó Kirk—. Son muy amigas. (Le dio la carta). Lea. Responde de ella en todos los terrenos. ¡Pobre abuela!

*Miss Morrow* sonrió.

—La trataré con amabilidad —dijo—. De todos modos, no creo que he de parecerle bien.

—Ha llegado a esa edad en que no parece bien nadie —explicó Kirk—. Ni yo. Pero es un carácter noble y delicado, como ya sabe usted. Y, sin embargo, resulta que tiene fallos. ¿Quién había de suponerlo?

—Es absurdo —exclamó *miss Morrow*.

—No esté usted amable con ella —indicó Kirk—. Le parecerá usted mucho mejor si la atropella. Hay gentes así.

Charlie entró procedente de su cuarto.

—¡Oh, *miss Morrow*! ¡De nuevo viene usted a aportar encantos al paisaje! ¿Me equivoco al suponer que el capitán Flannery ha detenido ya a Eva Durand?

—Si se refiere usted a la chica del ascensor, está usted equivocado por completo. No hay rastro de ella. Pero ¿sigue usted creyendo que es Eva Durand?

—Si no lo fuera, habría yo de hundir mi miserable cabeza en el cieno del descrédito —contestó Chan.

Entró *mistress Dawson* resuelta.

—Aquí estoy al minuto. Hagan el favor de tomar nota de ello.

—Hola —la saludó Kirk—. Te acuerdas de *miss Morrow*, desde luego.

—Sí; el abogado. ¿Cómo está usted? ¡Hola, míster Chan! ¿No hemos resuelto el caso todavía?

—Un poco más de paciencia —dijo Chan sonriendo—. Ahora nos vamos acercando más. Por fin se encuentra usted bajo la amenazadora nube de la sospecha.

—Así me han dicho —dijo la dama con viveza, y añadió volviéndose a *miss Morrow*—: Bueno; Barry me ha dicho que deseaba usted molestarme... Interrogarme.

—Nada de molestarla a usted —dijo *miss Morrow* con una sonrisa—. Solamente unas cuantas amables preguntas.

—Bien; ya. Pues conmigo puede usted dejarse de amabilidades. Desconfío

siempre de la gente demasiado amable. No supondrá usted que maté yo a *sir* Frederic.

—Eso no. Pero ha escrito usted una carta...

—No me extraña. Tengo la costumbre de escribir cartas indiscretas. Y ya tengo mala edad para dejar costumbres. Pero siempre he puesto al final: «Quema esta carta». Por lo visto alguien ha dejado de obedecer mis instrucciones.

*Miss Morrow* negó con la cabeza.

—Me parece que en este caso se olvidó usted de hacer la recomendación. (Alargó la carta a *mistress* Kirk). Esta carta es de usted, ¿no?

*Mistress* Kirk la miró.

—Desde luego, es mía. ¿Y qué?

—¿Era muy amiga de usted esta Grace Lane?

—En cierto modo sí. Claro que yo apenas conocía a la muchacha.

—¡Oh! —exclamó Kirk— ¿De modo que apenas la conocías y respondes por ella en todos los terrenos?

—Tú no te metas, Barry —le aconsejó la anciana—. Tú no eres abogado. Tú no tienes talento.

—¿De modo que conocía usted a Grace Lane solamente de vista? —continuó la joven.

—Eso es.

—Y, sin embargo, la recomendaba usted sin reservas. ¿Por qué?

*Mistress* Kirk titubeó.

—Si me permite usted, eso me lo reservaré para mi.

—Lo siento mucho —le replicó *miss* Morrow con viveza—, pero tiene usted que contestar. Le advierto que no debe usted engañarse por la forma en que se ha preparado esta entrevista. No es una función social. Estoy actuando como teniente fiscal del distrito y voy a lo mío.

Un relámpago brilló en los ojos de *mistress* Kirk.

—Comprendo —dijo—. Pero ahora, si a usted no le importa, voy a formular algunas preguntas yo.

—Puede usted hacer. Y cuando usted haya terminado empezaré yo de nuevo.

—¿Qué tiene que ver esa chica, Grace Lane, con el asesinato de *sir* Frederic Bruce?

—Eso es lo que estamos tratando de determinar.

—Quiere usted decir entonces que tiene que ver algo, ¿no es eso?

—Creemos que tiene. Y por esa razón la recomendación de usted en su favor ha dejado de ser un asunto personal de usted, *mistress* Kirk.

La anciana se sentó con firmeza en el borde de la silla.

—No diré una sola palabra hasta que no sepa adónde conduce todo esto.

—Si te empeñas en esas terquedades, te meterán de cabeza en un calabozo —le indicó Barry Kirk.

—¿Sí? Bueno. Yo también tengo abogados. *Miss* Morrow; yo quiero saber qué

relación tiene Grace Lane con *sir* Frederic.

—No tengo inconveniente en decírselo a usted... si me promete guardar el secreto.

—Es la mujer más indiscreta de la costa occidental —dijo Kirk.

—A callar, Barry. También sé estarme callada cuando hay que estarlo. Dígame, *miss* Morrow.

—Cuando llegó aquí *sir* Frederic —explicó *miss* Morrow—, andaba en busca de una mujer llamada Eva Durand, que desapareció en la India hace quince años. Sospechamos que esa mujer es Grace Lane.

—¿Y por qué no se lo preguntan ustedes a ella?

—Bien quisiéramos. Pero es que ha desaparecido otra vez.

—¡Cómo! ¿Que se ha ido?

—Sí. Yo he contestado ya sus preguntas y espero que haga usted ahora otro tanto con las mías —dijo *miss* Morrow, volviendo a su expresión de persona de negocios—. Indudablemente Grace Lane le fue llevada a usted por una tercera persona... Una persona a quien usted tiene confianza. ¿Quién es?

*Mistress* Kirk movió negativamente la cabeza.

—Lo siento. Me es imposible decírselo.

—Se da usted cuenta de la importancia de su negativa ¿verdad?

—La verdad, no comprendo cómo he podido verme metida en este asunto. Una persona respetable como yo...

—Precisamente —dijo *miss* Morrow secamente—. Por eso he de decirle a usted que me extraña ver atravesándose en el camino de la justicia a una persona respetada en todo el país y significada en todos los movimientos de avance y progreso. Y todo porque quien le llevó a usted a Grace Lane le ha pedido ahora que no lo diga...

—Yo no he dicho tal cosa.

—No la ha dicho usted. Pero es verdad, ¿no?

—Pues bien; sí. Y debo añadir que está confiada en que no hablaré.

—¿Confiada? ¿Luego fue una mujer quien le llevó a usted a Grace Lane?

—¿Cómo? Bien; sí. No tengo inconveniente en reconocerlo.

—Lo has reconocido —intervino Kirk.

—Y dígame —continuó *miss* Morrow—: ¿antes de salir para aquí dijo a *mistress* Tupper-Brock adónde iba?

—Sí.

—¿Le dijo usted que suponía que iba a interrogarla yo cuando llegara?

—Sí.

—¿Y fue entonces cuando la pidió a usted que no dijera que era ella la persona que le había presentado a usted a Grace Lane pidiéndole que la protegiera? (*Mistress* Kirk guardó silencio). No necesita usted contestar —dijo *miss* Morrow con una sonrisa—. En cierto modo ya ha contestado usted. La expresión de su cara.

*Mistress* Kirk se encogió de hombros.

—Es usted una mujer inteligente —dijo levantándose.

—Y una vez sentado esto y enterada yo de que fue *mistress* Tupper-Brock quien le presentó a usted a la muchacha —continuó *miss* Morrow—, no hay ya motivo para que se niegue usted a darme detalles. ¿Cuánto tiempo hace?

*Mistress* Kirk dudó, pero se rindió al fin.

—Hace varios meses —dijo—. Elena llevó a la mujer a la casa. Me dijo que se habían encontrado en un vapor, que eran antiguas amigas, que se habían conocido en Devonshire hacía muchos años.

—En Devonshire. Haga el favor de continuar.

—Elena me dijo que a aquella chica le habían pasado...

—¿Qué?

—No pregunté. Tengo mi delicadeza. También me dijo que estaba en situación muy difícil y que necesitaba trabajar en lo que fuera. Era tan bonita, tan sencilla, tan femenina, que le cobré afición en seguida. Y le di la colocación en la casa.

—Sin consultarme a mí —sugirió Kirk.

—¿Y para qué había de consultarte? Era asunto que requería solución inmediata. Tú, como de costumbre, andabas por no sé dónde.

—¿Y es eso todo lo que sabe usted acerca de Grace Lane? —preguntó *miss* Morrow.

—Sí. Pregunté y me informaron de que cumplía bien con su trabajo y que aparentemente estaba contenta. Cuando subí la otra noche hablé con ella. Me dio las gracias muy amablemente. Siento mucho que haya desaparecido de la ciudad.

*Miss* Morrow sonrió.

—Otra cosa. ¿Tiene usted algún indicio para suponer que exista una amistad estrecha entre *mistress* Tupper-Brock y el coronel Bettham?

—Tengo idea de que han salido juntos alguna vez. No me dedico a espiarlos.

—Claro que no. Pues nada más, *mistress* Kirk.

*Mistress* Kirk se levantó. Parecía hallarse muy humanizada.

—Muchas gracias. Por suerte aún llego a la conferencia.

—Un ruego —agregó la muchacha—. No quisiera que diera usted cuenta de esta conversación a *mistress* Tupper-Brock.

—No le daré cuenta a nadie —dijo la dama sonriendo amargamente—. No he salido de ella, después de todo, tan bien como esperaba.

Se despidió y salió apresuradamente.

—¿Es usted terrible! —dijo Kirk a *miss* Morrow con una mirada de admiración.

—¿Qué le dije yo a usted esta mañana? —dijo ella, enarcando las cejas—. Que *mistress* Tupper-Brock había mentado. Pero no esperaba tener tan pronto la confirmación.

—¿Va usted a llamarla otra vez? —preguntó Kirk.

—No. ¿Para qué quiero más mentiras? Grace Lane era antigua amiga suya, lo que hace posible que le escriba desde donde quiera que esté escondida. Voy a disponer lo

necesario con las autoridades postales. La correspondencia de *mistress* Tupper-Brock le llegará por mediación de mi despacho, de ahora en adelante.

—Excelente —aprobó Chan—. Porta usted inteligente cabeza sobre deliciosos hombros. ¡Qué inesperada combinación! ¿Me es dado preguntar qué está haciendo nuestro amigo, el capitán Flannery?

—El capitán ha tomado ahora la manía de Lila Barr. Creo que ha dispuesto para esta tarde, a las cinco, en su despacho, lo que él llama una vuelta de torno. Yo no puedo ir; pero si fuera usted me daría por allí una vuelta.

—Espero que voy a buscar en vano los empavesados mástiles en que se me dé la bienvenida. Sin embargo, me llegaré por allí con aire de fingida indiferencia.

—Supongo —dijo *miss* Morrow a Kirk— que su abuela no la tomará conmigo por el interrogatorio.

—Al contrario. Estuvo usted espléndida. De seguro está que bebe los vientos por usted. Se lo conocí en los ojos cuando salía.

—Yo no —sonrió la muchacha.

—Porque no miró. Hizo usted mal. Lo primero que hay que mirar son los ojos. Encontrará usted siempre mucha más aprobación de la que supone.

—Bueno; no tengo tiempo de dedicarme a esos menesteres propios de chicas a la antigua usanza. Ahora tengo que marcharme. Voy a ver si le encuentro a Grace Lane al capitán Flannery. Alguien tiene que encontrársela.

La despidió Kirk.

A las cuatro y media Charlie Chan entró como si vagara en el Palacio de Justicia y se metió en el despacho del capitán Flannery. El capitán estaba de un buen humor poco corriente en él.

—¿Qué tal, sargento? —dijo. ¿Qué cuenta usted de nuevo?

—Todo lo que cuento tiene envejecido aspecto —contestó Chan.

—No van las cosas tan de prisa como usted esperaba, ¿verdad? —preguntó Flannery—. Esto le servirá de lección. Zapatero a tus zapatos. En una aldea como Honolulu puede usted ser un águila, pero aquí no sabe usted por dónde se anda.

—Muy verdad —convino Chan—. Siento a cada paso el miedo de la desorientación; pero pienso en usted y entonces recobro la confianza de que usted no ha de permitir que me extravíe. ¿Ha sobrevenido algún acontecimiento que reanime su espíritu?

—¡Vaya si ha sobrevenido! He tenido una gran idea. He puesto en los periódicos de la mañana un anuncio ofreciendo una gratificación por las zapatillas de terciopelo.

—Muy bien —dijo Chan con una sonrisa—. El inspector Duff ya me dijo que estaba a punto de ocurrírsele a usted esa idea.

—¿Cómo? Sabrá usted que yo no recibo órdenes de Duff. Hacía días que estaba para poner el anuncio, pero se me pasaba. Duff me lo recordó; eso es todo. He puesto un anuncio muy atrayente en los periódicos y...

—Ya ha dado resultado espléndido —terminó Chan.



—¿Que si ha dado? Ya lo creo.

Flannery sacó un envoltorio hecho con papel sucio. La cuerda que lo sujetaba había sido aflojada ya, y, echada a un lado, permitió ver el contenido del paquete. Ante los ojos de Chan aparecieron las zapatillas de terciopelo rojo procedentes de la Legación china; las zapatillas que tenía Hilary Galt puestas aquella trágica noche de Londres; las zapatillas con que *sir* Frederic Bruce había caminado hacia la muerte hacía poco más de una semana.

—¡Buena suerte! —dijo Chan.

—¿Verdad que sí? —aceptó Flannery—. Un soldado del Fuerte las trajo todavía no hace una hora. Parece que iba a Oakland a ver a su novia el miércoles pasado, a mediodía, cuando se encontró este paquete en uno de los asientos del tren. No lo reclamó nadie y se lo llevó. Claro que debió entregarlo al personal del ferrocarril; pero no lo hizo. Le dije que había hecho muy bien.

—En el tren de Oakland —repitió Chan.

—Sí. El muchacho no sabía qué hacer con el hallazgo y se ha puesto muy contento cuando le he dado cinco dólares.

Charlie miró las zapatillas por todos lados. Volvieron de nuevo a interesarle los caracteres chinos en que se deseaba larga vida y felicidad. Engañosa promesa. Las zapatillas no habían proporcionado larga vida y felicidad a Hilary Galt. Ni a *sir* Frederic Bruce.

—¿Y adónde llegamos ahora? —preguntó Chan.

—Sí; hay que reconocer que, en efecto, estamos todavía bastante lejos del puerto —contestó Flannery—. Pero adelantamos. El miércoles pasado, al día siguiente del crimen, alguien dejó estas zapatillas en un tren que iba a Oakland. Apostaría a que se las dejó a propósito, encantado de deshacerse de ellas.

—¿Y fueron halladas en el mismo papel en que hoy aparecen envueltas? —preguntó Chan.

—En el mismo. Un periódico de la noche del miércoles. Una primera edición que sale a eso de las diez de la mañana.

Chan extendió el periódico y lo estudió con atención.

—Estoy seguro de que este periódico ha merecido ya la atención de usted.

—La verdad... No... No he tenido tiempo.

—Nada de particular hiere el ojo atento —observó Chan—. Excepto... ¡Ah, sí! Aquí, en el margen de la primera página. Unas cifras, descuidadamente escritas con lápiz. El papel está roto en este lugar, lo que es causa de que aparezcan casi borradas.

Flannery se acercó y Charlie le indicó. Indudablemente había escrito una pequeña operación de sumar:

79 dólares + 23 dólares = 103 dólares.

—Ciento tres —leyó Flannery—. Está mal. Setenta y nueve y veintitrés no son

ciento tres.

—Habremos de buscar entonces a alguien que no sea versado en la ciencia aritmética —contestó Chan—. Si no tiene usted objeción que poner, voy a tomar nota de estas cifras.

—Haga lo que quiera. Ejercite en ellas su cerebro. Pero no se olvide que soy yo quien ha encontrado las zapatillas.

—Y el periódico —agregó Chan—. El acto de mayor brillantez que ha realizado usted hasta el presente.

Se abrió la puerta y se presentó un policía de uniforme.

—Ahí está esa señora, capitán —anunció—. Trae a su amigo con ella. ¿Les digo que pasen?

—Sí —dijo Flannery—. Es *miss* Lila Barr —explicó a Chan—. He pensado en ella y no veo claro. Voy a charlar con ella otra vez. Puede quedarse, si quiere.

—Abrumado por su cortesía —respondió Chan.

*Miss* Lila Barr entró tímidamente. Detrás de ella Kinsey, el secretario de Kirk. La muchacha parecía muy disgustada.

—¿Me llamaba usted, capitán Flannery?

—Sí. Pase. Siéntese. (Se quedó mirando a Kinsey). ¿Quién es éste?

—Mister Kinsey, un amigo mío —explicó la muchacha—. Creí que no importaría...

—Su novio, ¿eh?

—Sí... Pensamos...

—El tipo por quien estaba usted llorando la noche aquella al salir del despacho de donde vio a *sir* Frederic ¿eh?

—Sí, señor.

—Me alegro de conocerle. Supongo que se portará usted ahora como un buen chico. Pero, con todo... Lo que usted me contó no acaba de convencerme.

—Yo no puedo hacer que le convenza a usted —contestó la chica con ánimo—. Es la verdad.

—Bien. Dejemos eso. De lo que quiero hablarle a usted es de aquella noche, de la noche en que fue asesinado *sir* Frederic. Aquella noche estaba usted trabajando en su oficina, ¿verdad?

—Sí, señor. Pero yo me marché antes de que... ocurriera aquello.

—¿Cómo sabe usted que se marchó antes de que ocurriera?

—Saberlo no lo sé. Lo supongo.

—Conmigo déjese de suposiciones —le dijo Flannery con brutalidad.

—Tiene motivos para pensar que salió antes de que se cometiera el asesinato —intervino Kinsey—. No oyó el disparo.

Flannery se volvió airadamente hacia él.

—Cuando necesite que usted me conteste le preguntaré. (Se dirigió de nuevo a la muchacha). ¿De modo que no oyó usted ningún tiro?

—No, señor.

—¿No vio usted a nadie en el rellano cuando salió para su casa?

—La verdad... yo...

—¿Sí? Pues venga.

—En este punto quisiera cambiar mi declaración.

—Sí, ¿verdad?

—Sí. He hablado del asunto con míster Kinsey y él me ha dicho que... que hice mal en declarar lo que declaré...

—De manera que mintió usted, ¿no es eso?

—Es que no quería verme metida en esto —dijo la muchacha con tono suplicante—. Me figuraba que iba a tener que declarar ante los tribunales y que iban a faltarme las fuerzas...

—Le iban a faltar las fuerzas para ayudarnos ¿eh? Joven, este es un asunto muy serio. Podría encerrarla a usted ahora mismo...

—Pero si cambio la declaración... Si le digo a usted la verdad ahora...

—Bueno, veamos. Pero ándese con cuidado de que sea la verdad exactamente ya. De modo que en el rellano había alguien ¿no?

—Sí. Me dispuse a marcharme de la oficina; pero cuando ya había abierto la puerta me acordé del paraguas. Entré por él. En aquel momento, a la puerta, cerca de los ascensores, vi a dos hombres.

—Vio usted a dos hombres. ¿Y cómo eran esos hombres?

—Uno... Uno era chino.

Flannery dio un repullo.

—¿Chino? ¿No sería míster Chan, aquí presente?

Chan sonrió.

—¡Oh, no! —siguió la muchacha—. Era un chino más viejo. Estaba hablando con un hombre alto y delgado. Un hombre cuyo retrato he visto yo en los periódicos.

—¿Que ha visto usted su retrato en los periódicos? ¿Y cómo se llama?

—Se llama coronel John Bettham. Creo que es explorador.

—Ya —dijo Flannery, al tiempo que se levantaba y empezaba a dar paseos—. De modo que usted vio a Bettham hablando con un chino en el descansillo poco antes de ser asesinado *sir* Frederic. Y entonces volvió a entrar a coger su paraguas.

—Sí. Y cuando volví a salir ya se habían ido.

—¿Nada más?

—No... Creo que no.

—Piense bien. Ya ha hecho usted pajaritas con la verdad una vez.

—No declaró bajo juramento —protestó Kinsey.

—¿Y qué importa eso? Dificultaba nuestro trabajo y esto no es cosa de juego. Pero, en fin, lo olvidaré, ya que ha acabado por decirla. Puede usted marcharse. Tal vez la necesite más adelante.

La muchacha y Kinsey salieron. Flannery se paseaba con gran alegría.

—¡Vamos! Ya parece que vamos a alguna parte —exclamó—. ¡Bettham! No me he preocupado mucho de él, pero en adelante me desquitaré. De modo que Bettham estaba en el rellano hablando con un chino cinco minutos antes del asesinato. Y se le suponía arriba proyectando sus películas. Un chino. ¿Se da usted cuenta? Esas zapatillas procedían de la Legación China. Por fin empezamos a atar cabos.

—Si me es permitido adivinar —dijo Chan—, lo que usted se propone es...

—Lo que me propongo es echar mano al coronel Bettham. Dijo a *miss* Morrow que no había salido de la habitación. Otro embustero... Y de clase distinguida ahora.

—Pidiéndole humildemente perdón —aventuró Chan—, séame permitido indicar que el coronel Bettham es hombre de superiores dotes de inteligencia. Ponga conato en no dejarse aventajar por él.

—No le tengo miedo. De mí no se ríe. Soy ya viejo en el oficio.

—¡Espléndida confianza! —dijo Chan con una sonrisa—. Confiemos en verla justificada hasta el fin.

—Tenga la seguridad de que sí. Déjeme usted a mí al coronel Bettham.

—Con el más regocijado de los ánimos —asintió Chan—. Con tal de que usted me otorgue a mí a su vez otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Flannery.

—Me refiero a las desvanecidas cifras que hay estampadas en el margen del periódico.

—¡Mala aritmética! —dijo Flannery con mofa—. Y mala clave.

—El tiempo habrá de revelarlo todo —dijo Chan amablemente.

## CAPÍTULO XVII

### *La mujer de Peshawar*

Barry Kirk contestó a la llamada del teléfono a la mañana siguiente a las diez y le saludó una voz que hasta por teléfono le proporcionaba placer.

—Buenos días —dijo—. Me alegro mucho de tener noticias tuyas. Esto es lo que se llama empezar bien el día.

—Muchas gracias —le contestó *miss Morrow*—. Y ahora que ya ha empezado su día con buenos auspicios, ¿me hará usted el favor de retirarse a un segundo término y dejar el aparato a *míster Chan*?

—¡Cómo! ¿Es que no quiere usted hablar conmigo?

—No. Lo siento mucho, pero hoy estoy muy atareada.

—En fin, creo entender que no es conmigo con quien quiere usted hablar. Aquí está *míster Chan*. No estoy enfadado, pero sí terriblemente dolido...

Dio el aparato a *Chan*.

—¡Hola, *míster Chan*! —dijo la joven—. El capitán *Flannery* va a hablar con el coronel *Bettham* a las once. Hoy es el día *Bettham*. Me ha pedido que esté presente para recordarle al coronel su declaración de la noche del crimen, y me ha indicado que vaya usted también.

—¿Que el capitán quiere que vaya? —preguntó *Chan*.

—Le llamo yo. ¿No es bastante?

—Para mí es una deliciosa totalidad —contestó *Chan*—. Pues iré. Supongo que al despacho del capitán *Flannery* ¿no?

—Sí; no me falte —dijo *miss Morrow*. Y colgó el teléfono.

—¿Algo que hacer? —preguntó *Kirk*.

*Chan* se encogió de hombros.

—El capitán *Flannery* tiene ahora la fiebre del coronel *Bettham*. Le interroga a las once y estoy invitado.

—Y yo ¿qué?

—El pesar me abruma; pero usted no ha sido mencionado.

—Pues entonces me parece que no voy —dijo *Kirk*.

Un poco antes de las once se encaminó *Chan* al Palacio de Justicia. En el tenebroso despacho de *Flannery* encontró a *miss Morrow*, iluminando con su

presencia el siniestro rincón en que se hallaba.

—Buenos días —le dijo ella—. El capitán está enseñando el edificio al inspector Duff. Me alegro de que llegue usted. No sé por qué me parece que al capitán Flannery no le importo yo mucho hoy por la mañana.

—La Policía del continente tiene lamentables caídas en la estupidez —le dijo Chan.

Entró Flannery seguido del inspector Duff. Se quedó un rato mirando a Charlie y a la joven.

—¡Buena pareja! —rugió—. Y ¿qué hay?

—Eso digo yo, ¿qué hay, capitán? —contestó *miss* Morrow con dulzura.

—Parece que lo que hay es el propósito de tenerme a oscuras a mí —siguió Flannery—. ¿Quién se han figurado ustedes que soy yo? ¿Un aficionado a la lectura? Acabo de hablar con el inspector Duff acerca del coronel Bettham y les voy a descubrir a ustedes dos a propósito del coronel mucho más de lo que ustedes me han dicho.

—Sírvanse comprender que yo no he venido con cuentos —dijo Duff sonriendo—. He hablado de estas cosas suponiendo que el capitán ya las sabía.

—¡Pues claro que suponía que las sabía! —estalló el capitán—. ¡Y cómo no había de saberlas! ¿Estoy encargado del caso o no lo estoy? Pero el caso es que ustedes dos han estado buceando y guardándose para ustedes lo que sacaban. Les aseguro que la cosa me tiene...

—¡Oh, perdón...! —empezó *miss* Morrow.

—¡Sí que es manera de buscar la solución! ¿Qué me dicen ustedes de un criado del coronel, un chino llamado Li Gung? ¿Tiene usted la amabilidad de hablar ya, sargento Chan, o va usted a seguir con esos tapujos...?

—La culpa la tengo yo —cortó la joven—. Yo soy quien se lo debía haber dicho. Naturalmente, mister Chan creyó que usted ya lo sabía.

—¡Oh, no! —protestó Chan—. Sírvase pasar el peso de la culpa de sus lindos hombros a los robustos míos. Yo me he equivocado. Cierto que he incubado en el silencio determinados hechos, pero era porque así esperaba que se hiciera en ellos radiante luz...

—Bien, bien —interrumpió Flannery—. Pero lo que me interesa saber es si ahora va usted a hablar o no. ¿Cuándo oyó usted hablar por primera vez de ese Li Gung?

—En el mediodía del día siniestro en que *sir* Frederic fue asesinado, había yo disfrutado el inmerecido honor de almorzar con él. Una vez terminado el almuerzo me llamó aparte y me habló del tal Li Gung, forastero que paraba en casa de unos parientes domiciliados en Jackson Street. Me indicó que hiciera sagaces averiguaciones acerca de él; pero vine compelido a rechazar el encargo. A la mañana siguiente del asesinato encuéntrome yo en mi camarote del «*Maui*» haciéndome la ilusión de hallarme ya en Honolulu, cuando oigo en el camarote contiguo al coronel Bettham despedir a un hombre a quien designa por el nombre de Li Gung. El coronel

recomienda a Li Gung que no se deje ver en Honolulu y que no conteste cuando le pregunten.

—Y todo eso era tan poco importante que no había por qué darme cuenta de ello ¿no? —dijo Flannery como una tromba—. ¿Y qué hay del hecho de haber sido Bettham uno de los participantes en la jira de Peshawar?

—Eso no lo supimos hasta el martes por la noche —le dijo *miss* Morrow.

—Y han hecho falta treinta y seis horas para decírmelo, ¿verdad? El 4 de mayo de 1913 el coronel Bettham salió de Peshawar por el camino de... bueno, por el paso de Khyber... para ir... para hacer una excursión.

—A Teherán, por Afganistán y el desierto de Kevir, al norte de Persia —le auxilió Duff.

—Exactamente. Usted le dijo esto al inspector, sargento; pero no me lo dijo a mí. Charlie se encogió de hombros.

—¿Para qué iba a molestarle a usted? El acontecimiento no parecía revestir la menor importancia. Muy cierto que podía yo concebir alguna sospecha; sospecha de índole pintoresca. Pero yo le veo, capitán, desojándose en el desentrañamiento de un difícilísimo caso de asesinato. ¿Podía yo requerirle para que viniera a mirar conmigo la abigarrada tapicería de la novela?

—Fuera lo que fuera —replicó Flannery—. Si yo no hubiera cogido a esa chica, a la Barr, me encontraría ahora en la oscuridad. He sido demasiado amable con ustedes. Yo fui quien dio con la pista de Bettham... Pero eso no les disculpa a ustedes. Me han dado los dos el gran chasco.

—Abrumado con el más doloroso remordimiento —dijo Chan inclinándose.

—Bien; dejémoslo.

Un policía de uniforme introdujo al coronel Bettham en el despacho.

—Buenos días —dijo el coronel. Hizo una inclinación a *miss* Morrow y a Chan y añadió—: Supongo que este señor es el capitán Flannery.

—Buenos días —contestó Flannery—. Le presento al inspector Duff, de Scotland Yard.

—Mucho gusto —dijo Bettham—. Encantado de encontrarme con un funcionario de Scotland Yard. Sin duda ahora marchará la averiguación del asesinato de *sir* Frederic.

—Supongo que sí —gruñó Flannery— si usted contesta a algunas preguntas que tenemos que hacerle... y dice la verdad...

El coronel alzó ligeramente las cejas.

—Claro que diré la verdad —dijo con una leve sonrisa—. Todo lo que pueda. ¿Puedo sentarme?

—Desde luego —le contestó Flannery, indicando una silla polvorienta, y continuó —: La noche en que asesinaron a *sir* Frederic usted estaba proyectando unas películas en el piso de arriba... Hacia el final dejó usted que la linterna funcionara sola. Después le preguntó a *miss* Morrow, aquí presente... ¿Qué fue lo que le preguntó

usted, *miss* Morrow?

—Me referí al momento en que se había separado de la máquina —dijo la joven—. Me aseguré que no había salido de la habitación en el intervalo.

El capitán miró a Bettham.

—¿Eso es verdad, coronel? —le preguntó.

—Sí; creo que eso fue lo que le dije.

—¿Porqué?

—¿Cómo por qué?

—¿Por qué no le dijo usted que cuando usted sabe perfectamente que había estado en el piso de abajo hablando con un chino?

Bettham se echó a reír moderadamente.

—¿No ha hecho usted nunca nada que después le haya pesado, capitán? La cuestión me pareció que no tenía importancia. Por eso no dije nada de mi momentánea escapatoria al piso de abajo. Tenía una especie de innata repugnancia a verme metido en el escándalo. Por eso dije una ligera... inexactitud.

—¿De modo que bajó usted al piso veinte?

—Un segundo tan sólo. Ya comprenderá usted que una máquina de proyectar y siete cintas son un peso considerable. Mi antiguo criado Li Gung, me había ayudado a llevarlo a casa de míster Kirk. Creí que a las diez habríamos terminado, y le dije que fuera a esa hora. Pero cuando, a las once menos diez, dejé la máquina funcionando sola, me di cuenta de que quedaba todavía otra cinta. Bajé las escaleras, encontré a Gung en el piso de abajo y le dije que se marchara a casa, que yo mismo me llevaría la máquina.

—Muy bien. ¿Y se marchó?

—Se marchó en seguida, en el ascensor. La muchacha del ascensor podría confirmar mis palabras si...

—¿Si qué?

—Si quisiera.

—Iba usted a decir «si la encontráramos».

—¿Por qué había de decir eso? ¿Es que no está?

—No. Y a falta de ella es posible que Li Gung pueda confirmar lo que usted dice.

—Seguramente lo hará... si le cablegrafían ustedes. Se encuentra actualmente en Honolulu.

—Se marchó a la mañana siguiente en el «*Maui*».

—Sí.

—¿Usted fue a despedirle?

—Claro. Llevaba conmigo más de veinte años. Es un gran chico.

—Y al despedirle le dijo usted que no se dejara ver en Hawai.

—Sí; se lo dije. Su pasaporte tenía ciertas irregularidades. Temía yo que pudiera acarrearle perturbaciones.

—¿Y le dijo usted también que no contestara a las preguntas que le hicieran?



—Desde luego; por la misma razón.

—Usted sabía que iba a tener que enseñar el pasaporte al desembarcar. Si sabía usted que no lo llevaba en regla, ¿de qué cree usted que le podía servir esconderse después?

—¿Enseñar el pasaporte en otro puerto americano? La verdad es que soy de la mayor ignorancia respecto de sus reglas de ustedes. Me parecen terriblemente confusas.

—No es extraño. Un hombre que ha viajado tan poco como usted, coronel...

—Bien. Ahora se me pone usted irónico.

—¡Bah! No haga usted caso —dijo Flannery—. Vamos a dejar a Li Gung a un lado. Pero no hemos acabado todavía. Tengo entendido que usted estaba en Peshawar en la noche del 3 de mayo de 1913.

Bettham asintió con la cabeza lentamente.

—Fue usted a una jira en las montañas —siguió Flannery. En la partida iba una mujer llamada Eva Durand. (Bettham mostró cierta inquietud). Aquella noche desapareció Eva Durand y no se ha vuelto a saber de ella. ¿Tiene usted idea de cómo pudo salir de la India?

—Si no se ha vuelto a saber de ella desde entonces, ¿cómo sabe usted que salió de la India?

—No importa. Soy yo quien está preguntando. ¿Recuerda usted el incidente?

—Natural. Un suceso extraño.

Flannery le miró estudiando su fisonomía.

—Y dígame, coronel: ¿Usted no conocía a *sir* Frederic hasta aquella noche en que se le presentaron a usted en casa de *míster* Kirk?

—No. Espere un poco. Creo que me dijo que había asistido a una comida de Real Sociedad Geográfica de Londres y me había visto allí. Pero yo no recuerdo.

—¿No sabía usted que había venido a San Francisco en busca de Eva Durand?

—¿De veras? ¡Es extraordinario!

—¿No lo sabía usted?

—Claro que no.

—¿Le hubiera usted prestado alguna ayuda si lo hubiera sabido?

—No podía prestársela —contestó Bettham con firmeza.

—Muy bien, coronel. ¿Piensa usted salir de San Francisco en breve?

—Dentro de unos días. Todavía no tengo terminados los preparativos para un largo viaje.

—Pero, querido amigo. Usted no supondrá...

—No deberá usted marcharse hasta que haya sido descubierto quién mató a *sir* Frederic. ¿Comprendido?

—Supongo que su testimonio de usted puede ser de utilidad. Le pregunto: ¿comprendido?

—Perfectamente. Deseo que llegue usted pronto a la solución.

—Todos lo deseamos.

—Es de suponer —dijo Bettham; y luego, volviéndose al inspector Duff, añadió—: ¡Qué cosa tan terrible! *Sir Frederic* era un hombre encantador...

—Y muy querido de todos —dijo Duff lentamente—. En fin, no se inquiete. Se está haciendo todo lo posible, coronel.

—Me alegro mucho de que así sea —dijo, levantándose—. Y ahora si no soy necesario...

—Por ahora no —dijo Flannery.

—Pues muchas gracias —dijo el coronel. Y se marchó con aire despreocupado.

Flannery le siguió con la mirada.

—Miente como un caballero, ¿verdad?

—Lindamente —suspiró *miss Morrow*, con los ojos puestos en la puerta por donde el explorador acababa de irse.

—Pero lo que es a mí no me la da —continuó Flannery—. Sabe de la cosa mucho más de lo que dice. Como no fuera un personaje le había yo encerrado esta misma mañana.

—¿Cómo va usted a hacerlo?

—Ya sé que no. Se me echaría encima todo el Club femenino de Bay District. Tampoco hace falta, después de todo. Es demasiado conocido para que pueda intentar escaparse. Sin embargo, le pondré vigilancia. En fin, a lo nuestro. Si estuviera aquí *Li Gung* ya le sacaría yo algo. ¿Qué fue lo que *sir Frederic* dijo a usted, sargento? ¿Eso de los parientes de *Li Gung* que viven en Jackson Street? Voy a hacerles una visita.

—Inútil —contestó Chan—. Ya se la he hecho yo.

—¡Ah, se la ha hecho usted! Sin decirme a mí palabra, desde luego.

—Las palabras carecen de rendimiento. Sufrí el más lastimoso de los fracasos. Logré entrar en la casa; pero todos mis planes vino a trastornarlos un niño en función de *boy scout*...

—De modo que hay un *boy scout* en la familia, ¿eh?

—Sí. Su nombre es *Willie Li*. Es la familia de *Henry Li*, que vive en los Pisos Orientales.

Flannery pensó.

—Pues bien. La generación joven hablará si la vieja no quiere. Probaremos a *Willie Li*.

—Ya le hemos probado. Me dijo poco, salvo que, en una áspera jornada, el coronel Bettham mató a un hombre.

—¿Que le dijo a usted eso? De modo que sabe algo de los viajes de Bettham.

—Indubitablemente sabe. Ha oído hablar...

Flannery se levantó de un salto.

—Me basta. Haré que *Manley*, de la brigada de la Chinatown, me traiga esta misma noche al chico. Todos los chicos tienen miedo a ese *Manley*. Le sacaremos algo.

Sonó el teléfono. Contestó Flannery, que lo cedió a *miss* Morrow. Ella, conforme escuchaba, iba reflejando en el rostro viva excitación. Colgó y se volvió a los demás.

—Era el fiscal del distrito —dijo—. Hemos cogido una carta dirigida a *mistress* Tupper-Brock desde Santa Bárbara. Está escrita por Grace Lane, que le da su dirección actual.

—Está bien —exclamó Flannery—. Ya les dije yo que no se me escaparía. Enviaré inmediatamente a dos hombres en un auto. Irán por el despacho de usted a recoger la dirección.

—Me voy para allá —dijo ella—. Yo misma se la daré.

Flannery se frotó las manos.

—Por fin van arreglándose las cosas. A las siete de la tarde quiero tener aquí al muchacho. Usted venga, sargento. Necesito su ayuda. Y también usted, si quiere, inspector.

—Gracias —dijo Duff.

Se disolvió la partida y Charlie Chan se volvió al ático, donde encontró a Barry Kirk esperando noticias ansiosamente. Cuando hubo oído el plan para la tarde, insistió en llevar a *miss* Morrow y a Chan a comer. A las seis y media salieron del restaurant y se dirigieron al Palacio de Justicia. Flannery y Duff estaban esperando. El capitán miró a Barry Kirk sin gran entusiasmo.

—Ya estamos aquí todos, ¿eh? —preguntó.

—Creí que no tendría usted inconveniente —dijo Kirk sonriendo.

—Bien; está bien. No voy a ponerle a usted ya en la puerta —y añadió dirigiéndose a *miss* Morrow—: ¿Vio usted a Petersen?

—Sí. Le di las señas.

—Va Myers con él. Los dos son listos. Estarán en Santa Bárbara esta noche, y al amanecer pueden emprender el regreso. Mañana a primera hora de la tarde, si no ocurre algún accidente, estarán en este despacho. Y a ella es posible que le ocurra alguna cosa, si trata de escapárseme otra vez.

Se sentaron. Entró un policía vestido de paisano, con camisa kaki. Se mostraba amable y sonriente; pero al mismo tiempo se distinguía en él la mirada del hombre dispuesto a lo que sea. Flannery le presentó.

—El sargento Manley, jefe de la Brigada de la Chinatown desde hace siete años; ha vivido más que nadie en esa tarea.

Manley era de maneras cordiales.

—Encantado de conocerles —dijo—. He cogido al chico fuera. Le agarré y me lo he traído sin darle tiempo a ir a casa a recibir instrucciones.

—Buena idea —aprobó Flannery—. ¿Hablará?

—¡Ya lo creo que hablará! Somos antiguos amigos. Ahora lo traigo.

Desapareció hacia el interior y se presentó luego con Willie Li. El *boy scout* no iba de uniforme y tenía el aspecto de quien deseara el apoyo moral de ir uniformado.

—Ya estamos aquí, Willie —dijo Manley—. Este es el capitán Flannery. Tiene

que pedirte un gran favor.

—Bueno —dijo Willie sonriendo.

—Todos los *boy scouts* —continuó Manley— son ciudadanos americanos y defensores de la ley y del orden, ¿verdad, Willie?

—Bajo juramento —contestó Willie gravemente.

—Ya le he explicado —continuó Manley— que no hay comprometido ninguno de su familia. No les causará perjuicio nada de lo que tú digas.

—Desde luego, muchacho —añadió Flannery—. Te doy mi palabra de honor. Vamos a ver: tu primo Li Gung ha estado mucho tiempo al servicio del coronel Bettham, ¿verdad? Ha recorrido con él todo el mundo, ¿no?

Willie asintió.

—El desierto de Gobi. El desierto de Kevir. El Tibet, la India, el Afganistán.

—¿Y has oído tú a Li Gung hablar de sus aventuras con el coronel?

—Sí.

—¿Y te acuerdas?

—No se me olvidará jamás —contestó Willie con los ojillos encandilados.

—¿Has contado a tu amigo mister Chan que en una ocasión el coronel, por la razón que fuera, mató a un hombre?

El muchacho entornó los ojos.

—Porque era necesario. No fue un crimen.

—Claro; claro que era necesario —convino Flannery afectuosamente—. No temas que le hagamos nada por eso al coronel. No tenemos autoridad en cosas ocurridas fuera de San Francisco. Es simplemente curiosidad. ¿Recuerdas en qué viaje fue en el que el coronel mató a ese hombre?

—Sí, sí. Fue en el viaje desde Peshawar, por Afganistán y el paso de Khyber.

—¿Ocurrió en Afganistán?

—Sí. Era un hombre malo. El camellero Mohamed Ashraf Khan. Quería robar...

—¿Robar qué?

—Un collar de perlas. El coronel Bettham le vio entrar en la tienda de campaña... En la tienda en que no podía entrar hombre ninguno, pena de la vida...

—¿Y qué tienda era esa?

—La tienda de la mujer.

Hubo un momento de tenso silencio.

—¿La tienda de la mujer? —repitió Flannery—. ¿De qué mujer?

—La mujer que viajaba con ellos a Teherán. La mujer de Peshawar.

—¿Explicó tu primo cómo era?

—Era bella, con cabellos de oro y ojos como el cielo azul. Muy bella, decía mi primo que era.

—¿Iba de Peshawar a Teherán?

—Sí. Cuando atravesaron el Paso sólo lo sabían Li Gung y el coronel, porque iba escondida en un carro. Luego salió y vivía en su propia tienda; y entonces dijo el

coronel que si algún hombre entraba en aquella tienda lo mataría.

—Pero aquel camellero desobedeció, ¿eh? Y lo mató de un tiro, claro.

—Eso es —dijo Willie Li.

—Naturalmente —añadió Flannery—. Pues nada más. Te quedamos muy agradecidos. Ahora puedes irte.

Salió el muchacho con Manley y Flannery empezó a pasear.

—¿Eh?... ¿Qué les parece a ustedes? —exclamó—. Parece demasiado bueno para ser verdad. Eva Durand desapareció en la noche; el pobre marido enloquece; se revuelve toda la India en su busca. Y ella atravesando el Afganistán con el coronel Bettham, el famoso explorador, por el que todas pierden el juicio. ¿Eh? ¿Qué le parece, míster Chan? Usted tal vez dirá que esto son novelas...

Chan se encogió de hombros.

—Lo que digo es que esta noche vuela usted con alas de águila.

—No lo dudo. Tengo a mi hombre y tengo el motivo también. *Sir Frederic* viene a San Francisco a la caza de Eva Durand. Se entera *sir Frederic* que está aquí, honrado y reverenciado por todos. Sabe que el detective ha estado en la India y cree que ha descubierto cómo salió Eva Durand de aquel país. Si lo ha averiguado efectivamente y lo descubre, la carrera gloriosa de John Bettham quedará destrozada; es decir, que el tal no conseguirá un dólar más para sus expediciones. ¿Es hombre que espere a ver que ocurra? No. ¿Qué hace entonces?

—La pregunta es un mero efecto retórico, claro —indicó Chan.

—Lo primero, necesita averiguar hasta dónde está enterado *sir Frederic*. Durante la comida oye que la caja se ha quedado abierta y le acomete irresistible deseo de bajar y mirar. A la primera oportunidad, baja, entra en el despacho de míster Kirk...

—¿Por la puerta cerrada? —preguntó Chan.

—Pudo darle una llave la muchacha del ascensor. Es Eva Durand, no lo olvide usted. Y Li Gung se encuentra en escena... Tal vez por casualidad... Pero puede ser utilizado... La bajada de incendios... El caso es que Bettham entra en el despacho. Busca como loco, se apodera de los datos, descubre al mismo vistazo que *sir Frederic* está al corriente de todo. En este momento entra *sir Frederic*; el único hombre que sabe cómo salió de la India, Eva Durand... y que lo dirá. El hombre que puede arruinar para siempre a Bettham. A Bettham se le nubla la vista. Dispara la pistola; cosa fácil para él, que ya lo ha hecho otras veces. *Sir Frederic* cae y Bettham escapa con los datos. El secreto de aquel remoto escándalo, de aquella huida con la mujer de otro, queda a salvo. ¿Hace falta más motivo que éste?

—En lo cual no tiene nada que ver —indicó Chan amablemente— las zapatillas de terciopelo. Las zapatillas de Hilary Galt.

—¡Váyase al infierno! —gritó Flannery—. ¡Sea usted razonable! Cada cosa vendrá a su tiempo.

## CAPÍTULO XVIII

### *La gran escena de Flannery*

Altamente complacido de sí mismo, el capitán Flannery se sentó tras su mesa.

—Todo saldrá —continuó—. Mañana por la noche tendré en este mismo despacho mi gran escena, y si no saco de ella nada, no sé palabra de la humana naturaleza. Lo primero, traigo al comandante Durand. Le digo que hemos encontrado a Eva Durand y que viene hacia acá, y mientras esperamos, tocamos otra vez el tema de cómo salió de la India. Le hago que sospeche de Bettham. Luego hago entrar a la mujer; es decir, que ve a su esposa después de quince años de espera y ansiedad. ¿Qué pensará? ¿Qué le preguntará a ella, y qué se preguntará a sí mismo? ¿Dónde ha estado su mujer? ¿Por qué se marchó? ¿Cómo se escapó de la India? En este momento hago entrar al coronel Bettham y le pongo frente a frente con el marido a quien engañó; con la mujer a quien se llevó en la caravana. Digo a Durand que tengo ciertos fundamentos para suponer que su mujer se marchó con Bettham. Entonces me recuesto tranquilamente y espero la función de fuegos artificiales. ¿Qué le parece a usted, sargento Chan?

—Que es usted capaz de derribar el árbol de madera preciosa para coger el cuervo —dijo Chan.

—Algunas veces hay que hacerlo. ¿Y usted, inspector?

—Me suena bien como drama —contestó indolente Duff—. Pero ¿cree usted que servirá para descubrir al asesino de *sir* Frederic?

—Puede que sí. Alguno... La mujer o Bettham... estallará. Palabras que serán un reconocimiento. Siempre ocurre. Ya verán ustedes como mañana damos el gran paso.

Dejaron al capitán abandonado a los entusiasmos que habían despertado en él sus propios talentos y marcharon. Chan y el inspector se alejaron juntos. Kirk y *miss* Morrow echaron a andar lentamente calle arriba.

—¿Ha visto usted? Bettham —dijo Kirk.

—Tontería —contestó la joven—. No lo creeré en mi vida. Aunque lo confiese él mismo.

—¡Claro! Porque es el héroe de sus sueños de usted. Pero es hombre muy capaz de ello, si *sir* Frederic se atravesó en su camino. Por lo menos creerá usted que Eva Durand iba en la caravana, ¿no?

—Eso sí —contestó ella.

—Porque lo desea usted —dijo él sonriendo—. Es romántico; la jira nocturna a las montañas, la partida de escondite. «Soy tuya; llévame contigo». Todo olvidado ante el amor. La caravana...

—No sabía que era usted tan romántico.

—Porque no me da usted oportunidad. No sale usted de los libros de derecho. Las noches del desierto, el calor sofocante, las nieves. Él y ella juntos...

—Y el pobre marido como loco por toda la India.

—¿Qué le parece a usted?

—Me parece que todo es muy dudoso; y que, aunque no lo fuera, no nos acercaría un paso al problema de saber quién mató a *sir* Frederic. El capitán Flannery no tiene la más pequeña prueba para comprometer a Bettham.

—Déjese usted de eso. Sigamos. Imaginemos que esta calle desierta es el camino del camellero de Teherán, el viejo camino de seda que va de Persia a China. Usted y yo...

—Ni usted ni yo tenemos tiempo de andarnos ahora por caminos de seda. Tenemos que buscar el camino que nos conduzca a la solución del misterio.

Kirk suspiró.

—Bien. Pero algún día la cogeré a usted sin estar en guardia, y entonces...

—Yo estoy siempre en guardia —dijo ella riendo.

El viernes por la mañana, después del desayuno, Chan, luego de titubear un momento, siguió a Barry Kirk a su alcoba.

—Si es usted tan legendariamente amable que me permita la imposición, tengo que hacerle un ruego encarecidísimo.

—Lo que usted quiera, Chan —contestó Kirk.

—Deseo que me lleve al Cosmopolitan Club y me presente a algún veterano empleado del club.

—¿Un veterano empleado? Pues Peter Lee. Lleva treinta años encargado del guardarropa. ¿Le sirve a usted?

—Excelente elección. Y luego deseo recomendarle a ese Lee que me enseñe el edificio del club desde el tejado hasta los sótanos. ¿Es ello posible?

—Desde luego que sí —dijo Kirk, mirándole con curiosidad—. ¿Es que sigue usted pensando todavía en el anuario del club que se encontró junto al cadáver de *sir* Frederic?

—Ni tan sólo un momento he dejado de pensar en él —le contestó Chan—. Cuando se encuentre usted en disposición, sírvase comunicármelo.

Muy intrigado Kirk le llevó al Cosmopolitan Club y le puso en comunicación con Peter Lee.

—No es necesario que se moleste usted en asistir a la escena —dijo Chan con una sonrisa—. Haré ciertas investigaciones y retornaré al ático muy luego.

—Bien —dijo Kirk—. Como quiera.

Era cerca de la hora del almuerzo cuando Chan regresó, animados los ojos.

—¿Suerte? —le preguntó Kirk.

—El tiempo ha de revelarlo —dijo Chan—. Este clima continental me excita al extremo los gástricos jugos.

Me temo que habré de despoblar la despensa llegado que sea el momento de almorzar.

—Bueno; pero no beba demasiado hidrocianuro —le dijo Kirk sonriendo—. No sé por qué me parece que sería una catástrofe que nos quedáramos sin usted, precisamente en este momento.

Después de almorzar, *miss* Morrow telefoneó para decir que a las cuatro iría al despacho de Flannery, Grace Lane, acompañada de dos policías. Añadió que los dos quedaban invitados a asistir... por la exclusiva iniciativa de ella.

—Vamos —dijo Chan—. La gran escena del capitán Flannery debe ser presenciada por concurrencia numerosa.

—¿Qué cree usted que saldrá de todo eso?

—Curioso estoy por saberlo. Si obtiene un éxito rotundo, mi labor aquí está terminada. Ahora, si no...

—¿Qué, entonces?

—Entonces habré de revelarme yo a mi vez como un pomposo organizador de espectáculos —dijo Chan, encogiéndose de hombros.

Flannery, Duff y *miss* Morrow estaban en el despacho del capitán cuando llegaron Chan y Barry Kirk.

—¡Hola! —dijo el capitán—. Quieren ustedes asistir al final, ¿eh?

—Es placer que no nos hemos sentido con fuerzas para negarnos —le dijo Chan.

—Pues ya está todo —siguió Flannery—. Ya están hechos todos mis planes.

Chan asintió.

—El sabio cava su pozo antes de tener sed.

—Y usted ¿ha cavado mucho? —le dijo Flannery con tono burlón—. No tengo más remedio que reconocer, sargento, que ha cumplido usted su palabra. Me ha dejado usted resolver el asunto sin prestarme gran ayuda. Lo mismo daría que se hubiera embarcado hace diez días.

—Amarga reflexión para mí —dijo Chan—. Mas no soy de mezquino natural. Mis más cordiales felicitaciones hállanse siempre dispuestas a acudir doquiera que son requeridas.

Entró el coronel Bettham tan amable e indiferente como de costumbre.

—Bien, capitán, aquí me tiene otra vez —dijo—. Siguiendo sus instrucciones...

—Mucho gusto en verle —cortó Flannery.

—¿En qué puedo serle útil hoy? —preguntó Bettham, dejándose caer en una butaca.

—Deseo que se encuentre usted aquí con determinada señora...

El coronel sacó la pitillera, tomó un cigarrillo.



—Muy bien. No soy precisamente lo que puede llamarse un hombre mujeriego, pero...

—A esta me parece que le interesará a usted verla —le dijo Flannery.

—¿Sí?

Encendió una cerilla.

—Sí —siguió Flannery—. Se trata de una mujer que hizo una vez con usted un largo viaje.

La mano fina y morena de Bettham se detuvo con la cerilla.

—No le comprendo a usted —dijo el coronel.

—Un viaje de ocho meses, creo —insistió el capitán—. Por el paso de Khyber y a través del Afganistán y de la Persia Oriental, por las cercanías de Teherán.

Bettham encendió el cigarrillo y tiró la cerilla.

—Querido amigo: ¿De qué me está usted hablando?

—Ya sabe usted de qué le estoy hablando. Eva Durand, la mujer a quien usted sacó de la India hace quince años. Nadie sospechaba de usted, ¿verdad coronel? Es usted un hombre demasiado elevado, al abrigo de toda sospecha. Con tantas medallas... Sin embargo, yo sé que fue usted; yo sé que se escapó usted con la esposa de Durand y he de probárselo además. Pero tal vez no haga falta; tal vez usted reconozca...

Se detuvo. Bettham, sin darle importancia, echó hacia el techo una bocanada de humo y miró como se disolvía en el aire.

—Todo eso es una perfecta tontería —dijo—. Me niego a contestar.

—Como usted quiera —contestó Flannery—. Así como así, Eva Durand estará aquí dentro de unos minutos, y quiero que vuelva usted a verla. Tal vez viéndola se le refresque a usted la memoria. Quiero que la vea usted... al lado de su marido.

Bettham movió la cabeza afirmativamente.

—Tendré mucho gusto. Hace tiempo que los conozco a los dos. Seré un testigo complacidísimo de la conmovedora reunión que me anuncia usted.

Se presentó un policía a la puerta y anunció:

—El comandante Durand.

—Bien —dijo Flannery—. Mire, Pat: este es el coronel Bettham. Lléveselo usted a la habitación de dentro (la segunda) y permanezca con él hasta que yo los llame a los dos.

—Quiere decirse que estoy detenido, ¿no? —dijo Bettham, levantándose.

—No; no está usted detenido; pero tiene usted que ir con Pat —contestó Flannery—. ¿Está claro?

—Perfectamente claro. Pat: estoy a la disposición de usted.

Desaparecieron los dos. Flannery se levantó y acercándose a la puerta que conducía a la antesala hizo pasar al comandante Durand; el cual entró y se sentó un tanto sorprendido.

—Siéntese, señor. Conoce usted a todos los presentes. Tengo grandes noticias que

darle a usted. Hemos dado con la mujer que suponemos que es su esposa, y dentro de unos minutos estará aquí.

Durand se le quedó mirando con asombro.

—¿Que han encontrado ustedes a Eva? ¿Es posible que sea verdad?

—Lo sabremos dentro de un minuto —dijo Flannery—. Puedo asegurarle que yo estoy cierto; pero usted es quien ha de decirlo. Antes de que venga quiero preguntarle a usted un par de cosas. ¿Iba entre los miembros de la jira el coronel Bettham, el explorador?

—Sí.

—¿Que se marchó a la mañana siguiente para hacer un largo viaje a través del Paso de Khyber?

—Sí. Yo no le despedí, pero me dijeron que se había marchado.

—¿Ha sospechado alguien alguna vez que pudiera él haberse llevado a su mujer de usted al partir?

La preguntó hirió a Durand con la fuerza de una bala.

—Jamás me ha sugerido nadie sospecha de ese género —contestó casi sin voz.

—No obstante, aquí estoy yo para decirle que eso fue precisamente lo que sucedió.

Durand se levantó y empezó a pasearse.

—Bettham —murmuraba Durand—. Bettham. No es posible. Si es un gran amigo. Todo un caballero. No es posible que haya hecho eso conmigo.

—Acaba de estar aquí y yo mismo le he acusado.

—Pero habrá negado, seguramente.

—Sí; negó. Pero mis pruebas...

—¡Al diablo sus pruebas! —gritó Durand—. No es hombre de esa clase, le digo a usted. No ha sido Bettham. Y mi mujer... Eva... Lo que acaba usted de decir es un insulto para ella. Me quería. Estoy seguro de que me quería. No lo creo... No puede ser.

—Pregúntele a ella cuando venga —le dijo Flannery.

Durand se recostó en su butaca y se escondió la cara entre las manos.

Aguardaron en silencio unos minutos interminables. *Miss Morrow* tenía las mejillas encendidas de la emoción. *Duff* fumaba en su inevitable pipa. *Charlie Chan* estaba sentado inmóvil como un ídolo de piedra. *Kirk*, nervioso, sacó un cigarrillo y lo volvió a meter en la pitillera.

Apareció en la puerta el policía *Petersen*. Estaba lleno de polvo y sucio del viaje.

—¡Hola, Jim! —le gritó Flannery— ¿La traes?

—Esta vez no se me ha escapado —dijo *Petersen*, al mismo tiempo que se hacía a un lado.

La mujer de los varios nombres entró en la habitación y quedó parada con ojos ansiosos y cansados. Otro largo silencio.

—Comandante Durand —dijo Flannery—. A menos que hayamos padecido un

error...

Durand se levantó lentamente y dio un paso hacia adelante. Miró atentamente a la mujer unos momentos y en seguida un leve gesto de desencanto.

—La historia de siempre —dijo descorazonado—. La historia de siempre otra vez. Capitán Flannery, se ha equivocado usted. Esta mujer no es mi esposa.

## CAPÍTULO XIX

### *Una guardia en la oscuridad*

Por un momento no habló nadie. El capitán Flannery se desinflaba poco a poco como un globo pinchado. De repente la cólera le animó los ojos. Se volvió indignado a Charlie Chan.

—¡Usted! —le gritó. ¡Usted es quien me ha metido en esto! ¡Usted y su corazonada! La mujer es Jennie Jerome. Es también María Lantelme. ¿Qué significa esto? Significa que también es Eva Durand. Una conjetura estúpida que yo tuve la debilidad de escuchar. ¡Seré idiota!

Los ojos de Charlie revelaban profunda contrición.

—Estoy consternado. He cometido el más estúpido de los errores. ¿Podré aspirar alguna vez a que usted me perdone, capitán?

Flannery dio un resoplido.

—¿Podré perdonarme a mí mismo? Yo, haciéndole caso a un chino; yo, Tom Flannery. Con mi experiencia, con mis éxitos... ¡Bah! Por fuerza he estado loco; loco de atar. Pero se acabó. (Se puso en pie). Comandante Durand, le pido mil perdones. Por nada del mundo quisiera haberle dado este desengaño.

Durand se encogió de hombros con desaliento.

—¿Qué se le va a hacer? Ya sé que la intención de usted ha sido buena. Por un momento, a pesar de todo lo que viene ocurriendo, llegué a esperar... Pensé que tal vez pudiera ser Eva. Tonto de mí, que debí aprender la lección hace ya tiempo. En fin; no hay más que hablar. (Dio un paso hacia la puerta). Si no es más que esto, capitán...

—Nada más. Lo siento, comandante.

Durand hizo una inclinación.

—También lo siento yo. Creo que volveremos a vernos alguna vez. Adiós.

Cerca de la puerta, al salir, se cruzó con la muchacha que se hacía llamar Grace Lane. Ella, que se había quedado como paralizada por el cansancio, dio ahora un paso hacia la mesa. Estaba pálida y en los ojos se le conocía la fatiga de un día angustioso.

—¿Qué van ustedes a hacer conmigo? —preguntó.

—Espere un minuto —rugió Flannery.

Miss Morrow se levantó y puso una silla a la otra mujer. Obtuvo en recompensa

una agradecida mirada.

—Y ahora me acuerdo de Bettham —dijo Flannery; y después añadió sarcásticamente dirigiéndose a Chan—: Le he puesto la mano encima... para nada. También tengo que agradecersele a usted.

—Mis culpables sentimientos crecen y aumentan por gigantescos saltos —suspiró Chan, que luego se acercó a la puerta que comunicaba con el interior y llamó—: ¡Pat!

Se presentó Pat al instante, seguido del coronel. Un instante se quedó Bettham mirando curioso la habitación.

—Pues no veo la emocionante reunión —dijo—. No veo a Durand, ni veo a su esposa.

A Flannery se le puso la cara más roja que de costumbre.

—Ha habido un error —reconoció.

—Me parece que ha habido gran número de errores —dijo Bettham despreocupadamente—. Es costumbre peligrosa esta de cometer errores, capitán. Debe usted perderla.

—Cuando necesite su consejo ya se lo pediré —contestó el enfurecido Flannery—. Puede usted marcharse. Pero sigo considerándole a usted un testigo importante en el caso y le advierto que no vaya a largarseme por ahí a ningún desierto hasta que yo le dé permiso.

—Me acordaré —dijo Bettham; y salió.

—¿Qué van ustedes a hacer conmigo? —insistió Grace Lane.

—Bien. Me parece que le han dado a usted la gran sofocación —dijo Flannery—. Usted dispense. Ya ve usted: es que he cometido la estupidez de hacer caso de un chino y me he equivocado acerca de su personalidad de usted. La he traído a usted acusada de haber robado un uniforme, pero seguramente no querrá llevar la cosa adelante.

—Bien seguro que no —exclamó Kirk; y añadió dirigiéndose a la mujer—: No creerá usted que ha sido cosa mía. Puede usted llevarse un carro de uniformes míos, si los quiere.

—Es usted muy amable —dijo ella.

—Nada de eso. Además, si usted quiere seguir en su puesto, siga. Ya sabe usted que a mí me gusta adornar la Casa Kirk y pierdo una oportunidad si usted se marcha.

Ella sonrió sin contestar.

—¿Puedo irme entonces? —preguntó, levantándose.

—Sí —contestó Flannery—. Váyase.

*Miss Morrow* se quedó mirándola fijamente.

—¿Y adónde va usted a ir?

—No lo sé. Yo...

—Yo sí lo sé —dijo el teniente fiscal del distrito—. Usted se viene a casa conmigo. Tengo un piso y me sobra sitio. Por lo menos pasará usted conmigo la noche.

—Es usted muy buena —dijo Grace Lane con voz velada.

—Nada de eso. Hemos sido todos bien malos para usted. Véngase.

Salieron las dos mujeres. Flannery se desplomó en el sillón de su mesa.

—Ahora, para cambiar, llevaré las cosas por mi propio camino —anunció—. Ha sido un mal golpe; pero bien merecido me lo tengo. ¡Escuchar a un chino! Y si Grace Lane no es Eva Durand ¿quién es? ¿A usted qué le parece, inspector Duff?

—Yo le prevengo también —dijo Duff sonriendo— contra los peligros de escuchar a un inglés.

—¡Oh! Pero usted es de Scotland Yard. Su opinión de usted me merece respeto. Vamos a ver: Eva Durand anda cerca de aquí, estoy seguro. *Sir* Frederic era hombre que no hablaba por que sí. Tenemos a Lila Barr, que responde a la descripción bastante bien. Tenemos a Gloria Garland. Nombre supuesto, tal vez desde Australia. Tenemos a Elena Enderby. Aquella noche tenía manchas de hierro en el vestido. Pero no veo claro. Puede ser... Pero probablemente no. ¿Tiene el sargento Chan alguna otra indicación que hacer?

—También tenemos —añadió Charlie— a *mistress* Tupper-Brock. Me atrevo a la indicación con toda suerte de temores.

—Y hace usted bien —dijo con mofa Flannery—. Si a usted le parece que será *mistress* Tupper-Brock, basta para que yo la descarte. Cuál de esas mujeres... Me será preciso empezar otra vez.

—Me siento humilde y contrito —dijo Chan—. No obstante lo cual, me hormiguea una indicación en la punta de la lengua. ¿Conoce usted, capitán, el viejo refrán chino que dice: «Siempre está más oscuro debajo del farol»?

—Estoy hasta los pelos de refranes chinos.

—¿Qué significa el que yo acabo de proferir? Que tenemos la luz precisamente encima de la cabeza. Tal es el hecho, capitán Flannery. Tome mi consejo y no vuelva a preocuparse de Eva Durand.

—¿Por qué no? —preguntó Flannery, a despecho suyo—. Porque se encuentra usted situado en el margen mismo del mayor triunfo de su vida. Dentro de pocas horas aturdirá nuestras cabezas el ruido de los elogios que a usted se le tributen.

—¿Por qué?

—Porque dentro de pocas horas detendrá usted al asesino de *sir* Frederic Bruce —dijo tranquilamente Chan.

—Pero ¿qué es lo que está usted diciendo? —preguntó Flannery.

—Existe una condición. Dura para usted, indudablemente —continuó Chan—. Por su propio interés le ruego con el mayor encarecimiento que le dé cumplimiento.

—¿Una condición? ¿Cuál?

—Que tiene usted que escuchar una vez más, y ya la última, a lo que usted llama con desdén un chino.

Flannery se movió con agitación. Se le subió a los labios una violenta negativa, pero veía algo en aquel hombrecillo que le inquietaba.

—Volver a escucharle a usted, ¿eh? Aunque lo hiciera...

El inspector Duff se levantó y volvió a encender su pipa.

—Si es verdad que respeta usted mi opinión, capitán, me atrevo a decirle que haga lo que él dice.

Flannery no contestó por el momento. Por fin, dijo:

—Bueno. ¿Y qué es lo que se trae usted ahora? ¿Alguna nueva corazonada?

Chan negó con un movimiento de cabeza.

—Una certidumbre. Yo soy un pobre hombre estúpido de una pequeña isla y me equivoco con harta frecuencia. Esta vez estoy completamente en lo cierto. Sígame y se lo probaré.

—Quisiera saber de qué es de lo que está usted hablando —dijo Flannery.

—De una detención en el curso de pocas horas, con tal de que usted condescienda a humillarse hasta lo que me permito pedir —le dijo Chan—. En Scotland Yard, que el inspector Duff honra perteneciendo a ella, existe para cada caso lo que llaman clave esencial. También había clave esencial en este caso.

—¿Las zapatillas? —preguntó Flannery.

—No —contestó Chan—. Las zapatillas eran para ser tomadas en consideración, pero no esenciales. La clave esencial fue puesta en la escena por una mano, muerta actualmente. La mano de un hombre cuya inteligencia excedía en mucho a la de sus congéneres... ¡Cuán triste que hombre tal haya dejado el mundo de los vivos! Cuando *sir* Frederic vio que la muerte le miraba resueltamente a la cara, pudo aproximarse a la estantería y hacer caer, ¿qué? La clave esencial que de su mano moribunda cayó al suelo y junto a su cadáver quedó en el polvoriento piso: el anuario del Cosmopolitan Club.

Hubo un momento de silencio. En la voz del detective había un timbre de convicción plena.

—Bien. ¿Qué es lo que quiere usted? —le preguntó Flannery.

—Quiero que vaya usted al Cosmopolitan Club en el decurso de media hora. El inspector Duff le acompañaría por descontado. Allí habrán ustedes de desarrollar facultades de paciencias no acostumbradas y esperar como hombres de piedra. No puedo predecir exactamente durante cuánto tiempo. Pero en el debido instante yo señalaré a ustedes el asesino de *sir* Frederic y exhibiré prueba de lo que afirmo.

Flannery se levantó.

—Bueno. Es la última oportunidad que le doy. Si vuelve usted a ponerme en ridículo le deporto como huésped indeseable. En el Cosmopolitan Club dentro de media hora. Allí estaremos.

—El huésped indeseable le saludará a usted a la puerta —dijo Chan sonriendo—, con la esperanza de convertirse en deseable en un momento determinado. Míster Kirk: ¿será usted tan amable que no se desdore con mi compañía?

Salieron él y Kirk.

—Decididamente, Charlie, está usted en desgracia con el capitán —dijo Kirk,

mientras estaban parados en la calle esperando un taxi.

—Pues ahora lo estaré más —dijo Chan.

Kirk se le quedó mirando.

—¿Cómo así?

—Voy a mostrarle el camino del triunfo. Se llevará para sí toda la gloria; pero mi presencia le será incómoda. Nadie ama a la persona que ha guiado sus pasos titubeantes hasta el último peldaño de la escalera del éxito.

Se metieron en un taxi.

—Al Cosmopolitan Club —ordenó Chan, y volviéndose a Kirk le dijo—: Y ahora debo hundir la cabeza en el polvo para suplicar a usted el más rendido perdón. He traicionado miserablemente la confianza depositada en mí.

—¿Cómo ha sido eso? —contestó Kirk sorprendido.

Chan sacó una carta del bolsillo. Estaba algo arrugada, y la escritura del sobre, un tanto desvanecida.

—La otra mañana, usted escribió en su despacho unas cartas, misivas que me dio a mí para que las pusiera en el correo. Hice como que iba al buzón, pero me guardé esta carta.

—¡Demonio! —exclamó Kirk—. ¿De modo que no ha salido?

—No. ¿Puede haber nada más enojoso? Hacer esto con quien me brinda graciosa hospitalidad y de cuyas manos he recibido todo género de galanuras. He quebrantado su confianza.

—¡Pero habrá usted tenido alguna razón! —sugirió Kirk.

—Una fuerte razón, cuyo velo el tiempo se encargará de descorrer. ¿Excedo los posibles límites si me atrevo a solicitar de usted benévolo perdón?

—Nada de eso —dijo Kirk sonriendo.

—Es usted el hombre más amable que los hados hayan puesto jamás en mi camino. (Había llegado el taxi a Union Square, y Chan dijo al conductor que parara). Desciendo aquí —explicó— para corregir mi crimen. La carta por tal modo retardada, va ahora a su destino por mensajero especial y de alados pies.

—Pero ¿qué quiere decir? —exclamó Kirk con asombro.

—Lo que quiero decir irá saliendo a la luz gradualmente —le dijo Chan y bajó del taxi—. Tenga la bondad de esperar mi llegada a la puerta del Club. El ángel guardián que está más allá del umbral muéstrase celoso respecto de quien entra en el Cosmopolitan Club. Su actitud ha servido bien a mi propósito; pero tenga la amabilidad de asegurarse de que no me van a rechazar desde el portal.

—Yo me cuidaré de eso —le prometió Kirk, que siguió hasta el Club, rodándole en la cabeza mil dudas y preguntas. «No, no puede ser —pensaba—; pero Charlie tenía un aspecto...».

A poco de haber llegado al edificio, Charlie apareció, y Kirk le escoltó para pasar ante el galoneado portero. Pronto llegaron Flannery y Duff. La actitud del capitán revelaba que iba a regañadientes.



—Supongo que esto será otra vez la caza del pato silvestre —dijo con rudeza.

—La caza en que vamos a coger el pato —le aseguró Chan—. Pero necesitan ustedes proveerse de calma oriental. ¿Tienen ustedes amplias existencias? Posible es que tengamos que vagar por aquí hasta la hora de la medianoche.

—Muy divertido —contestó Flannery—. Bueno, esperaré un poco. Pero conste que es la última oportunidad que le doy.

—Y su gran oportunidad al mismo tiempo —dijo Chan—. Que conste también. Procedemos erróneamente exponiéndonos aquí a la luz de la publicidad. Míster Kirk, he dispuesto un apartado rincón desde el cual poder acechar sin ser notados y sin dejar de observar. Me refiero a la pequeña estancia que detrás del despacho se parece, contigua al guardarropa.

—Bien. Ya sé lo que quiere usted decir —le dijo Kirk—. Hablaré con el gerente.

Habló con el gerente y los cuatro se metieron en una pequeña habitación trasera, sumida por el momento en una semioscuridad. Llevaron sillas y todos, menos Chan, se sentaron. El menudo detective iba de un lado para otro. Dispuso todo de manera que sus tres compañeros vieron sin obstáculo el guardarropa, donde su amigo de aquella mañana, Peter Lee, hallábase sentado ante su mostrador.

—Un momento —dijo Chan, y salió por la puerta que iba a dar cerca del mostrador del guardarropa.

Habló breve espacio en voz baja con Lee. Luego los tres hombres sentados en la oscuridad le vieron dirigir una rápida ojeada al vestíbulo del Club y volverse rápidamente a su escondite al lado de ellos.

Con el aire despreocupado de siempre, el coronel Bettham apareció ante el mostrador y dejó su abrigo y su sombrero. Kirk, Flannery y Duff le miraron ávidamente cuando cogió la chapa y se alejó. Pero Chan no hizo el menor movimiento.

Pasó tiempo. Llegaron al Club otros socios a comer y dejaron sus cosas, por completo ajenos a los ojos que les acechaban. Flannery empezó a sentirse inquieto en su incómoda silla.

—Pero ¿qué diablos es todo esto? —preguntó.

—Paciencia —le recomendó Chan—. Como dijo el chino, «con el tiempo la hierba se convierte en leche».

—Ya; pero yo prefiero echar mano a la vaca —rugió Flannery.

—La paciente espera —siguió Chan— es el primer requisito de un buen detective. ¿No es así, inspector Duff?

—A veces parece que sea el único requisito —convino Duff—. ¿Podré fumar aquí?

—Claro que sí —le dijo Kirk. A cuyas palabras Duff, con gran alivio, sacó su pipa.

Seguían pasando minutos. Oían el rumor de las pisadas en el piso de mosaico del vestíbulo, las voces de los socios que se saludaban.

Flannery estaba que no podía más.

—Como resulte que me pone usted en ridículo otra vez... —empezó.

La había traído a la memoria su reciente humillación el haber visto al comandante Durand dejar a Peter Lee su impermeable y su sombrero. El comandante tenía aspecto de muy preocupado.

—¡Pobre! —dijo Flannery en voz baja—. Hoy le hemos hecho una mala pasada. No hacía ninguna falta tampoco...

Su mirada acusadora buscó a Chan. El detective estaba estático en su silla como un Buda gordo e indiferente.

Pasó media hora; Flannery estaba en continuo contacto con las manecillas de su reloj.

—Ya no llego a comer —se lamentó—. ¡Y esta dichosa sillita! Parece un potro.

—No hubo tiempo para preparar un diván de terciopelo —dijo amablemente—. Le ruego que se tranquilice. El hombre feliz es el hombre tranquilo. Apenas hemos empezado la guardia.

Al cabo de otra media hora, Flannery echaba humo.

—Díganos siquiera alguna palabra —reclamó—. ¿Qué es lo que estamos esperando aquí? O me lo dice usted, o salgo de aquí en menos...

—Haga el favor —bisbiseó Chan—. Estamos esperando al asesino de *sir* Frederic Bruce. ¿No le parece bastante?

—No, no me parece —dijo el capitán con viveza—. Estoy hasta los pelos de usted y de sus condenados misterios. Ponga las cartas boca arriba como un hombre blanco. Le digo que no puedo seguir en esta silla...

—Chiss —dijo Chan.

Se inclinó hacia adelante, mirando por la puerta al guardarropa. Los demás siguieron su mirada.

Estaba ante el mostrador el comandante Eric Durand. Arrojó la chapa correspondiente a su abrigo y su sombrero; se la oyó tintinear en el silencio. Peter Lee le devolvió las prendas; se inclinó sobre el mostrador y ayudó a Durand a ponerse el impermeable. El comandante se buscó en los bolsillos y dio a Peter Lee un pequeño trozo de cartulina. El anciano la estudió un momento y luego alargó una cartera de cuero negro.

Chan había cogido por el brazo a Flannery y le había sacado, con gran asombro por su parte, al vestíbulo del Club. Kirk y Duff les siguieron. Se alinearon delante de la amplia puerta. Apareció Durand con paso vivo. Se detuvo al ver al grupo que le cerraba el camino.

—¡Hombre! ¡Otra vez nos encontramos! —dijo—. Míster Kirk, ha sido usted muy amable enviándome esta tarjeta de socio transeúnte de su Club. Ha llegado hace poco. La utilizaré; pienso venir por aquí frecuentemente...

Charlie Chan procedía de una raza que gusta del drama, y en su ancha cara se reflejaba la alegría. Alzó el brazo con amplio movimiento.

—Capitán Flannery —dijo—. Detenga a ese hombre.

—¿Cómo? Yo... No... —tartamudeó Flannery.

—Detenga a Durand —insistió Chan—. Deténgale en el preciso momento en que es portador de una cartera en que se contiene acopio de útil información. Lo que lleva bajo el brazo es la cartera que *sir* Frederic dejó en el guardarropa de este Club en la tarde correspondiente a la noche en que murió...

## CAPÍTULO XX

### *Llega la verdad*

Durand se había quedado sin color. Flannery extendió la mano y se apoderó de la cartera. El comandante no hizo el menor movimiento de resistencia.

—¡La cartera de *sir* Frederic! —exclamó Flannery, que había perdido su aire desconfiado y se manifestaba seguro y alerta—. Pues si es verdad, puede considerarse terminada la caza de nuestro hombre. (Intentó abrir la cartera). Está cerrada. No quiero forzarla. Se trata de una importante pieza de convicción.

—Míster Kirk se halla en posesión de las llaves de *sir* Frederic —indicó Charlie—. Hubiera yo deseado traerla; pero no era sabedor de dónde se encontraban.

—Están en mi mesa —le dijo Kirk.

Iba reuniéndose en torno de ellos un grupo de curiosos. Chan dijo, dirigiéndose a Flannery:

—Nuestra estancia aquí no tiene otro resultado que hacernos núcleo central de una multitud. Con la mayor humildad sugiero la conveniencia de que marchemos con toda diligencia al ático, donde nos será dado desarrollar el asunto cual sobre engrasadas ruedas.

—Buena idea —dijo Flannery.

—Me permito indicar asimismo que míster Kirk haga una pasajera visita a la cabina telefónica y ruegue a *miss* Morrow que rauda acuda al ático. Sería imperdonable rudeza y desconsideración dejarla aparte en coyuntura de tal seriedad e importancia.

—Desde luego —convino Flannery—. Vaya, míster Kirk.

—De igual modo —añadió Kirk, poniendo a Chan una mano en el brazo— recomiéndele que lleve consigo a la joven operadora del ascensor, Grace Lane.

—¿Para qué? —preguntó Flannery.

—El tiempo ha de revelarlo —dijo Chan, encogiéndose de hombros.

Al salir Kirk entró el coronel Bettham. Por un momento se detuvo a considerar la escena que tenía delante de sí. Su expresión inescrutable no se alteró.

—Coronel Bettham —le explicó Charlie—: aquí tenemos al hombre que mató a *sir* Frederic Bruce.

—¿De veras? —contestó Bettham con calma.

—Por modo indubitable. Es, asunto que concierne a usted, según me permito opinar. ¿Sería usted tan amable que se incorporara a nuestro exiguo grupo?

—No tengo inconveniente —contestó Bettham.

Se alejó en busca del abrigo y el sombrero. Chan le siguió y rescató de Peter Lee la cartulina a cuya presentación aquel hombre se había apoderado de la cartera de *sir* Frederic. Kirk, Bettham y Chan volvieron a reunirse con Flannery y Durand a la puerta.

—Todos listos —anunció Flannery—. Vamos, comandante Durand.

Durand titubeó.

—No estoy familiarizado con las leyes de ustedes —dijo—. Pero tiene que haber alguna clase de garantías...

—No necesita usted preocuparse de eso. Le detengo a usted por sospechas. No puedo obtener un mandamiento para esto. No sea tonto y venga...

Se metieron en un taxi Duff, Flannery y Durand y los siguieron en otro, Chan, Kirk y el explorador. Al montar Charlie surgió de entre la oscuridad una figura anhelante.

—¿Quién es el que va con Flannery? —dijo Bill Rankin, conteniendo la voz.

—Todo ha acontecido mientras yo telefoneaba desde el hotel —contestó Chan—. Tenemos a nuestro hombre.

—¿El comandante Durand?

—El mismo.

—¡Magnífico! Dentro de veinte minutos tendré una hoja en la calle. Ha cumplido usted su promesa.

—Inveterada costumbre mía.

—Y de Bettham, ¿qué?

Chan miró a la oscuridad del interior del coche.

—Nada hay que realizar en ese sentido. Era una pista errónea.

—Lo siento —dijo Rankin—. Bueno, adiós. Más tarde volveré por detalles. Mil gracias otra vez.

Chan zambulló en el taxi su ancha figura y partieron para la casa Kirk.

—He de expresar la humilde esperanza —dijo el menudo detective a Kirk— de que me sea perdonado mi crimen. Me refiero a la dilación en poner en el correo la carta para el comandante Durand, en que se contenía la tarjeta para el Cosmopolitan Club.

—¡No faltaba más! —le aseguró Kirk.

—Fue gran fortuna que no lo tuviera todo dispuesto en seguida para penetrar en el Club —agregó Chan.

—Me he quedado de una pieza —dijo Kirk—. De modo que, por lo visto, le tenía usted echado el ojo hace tiempo.

—Más tarde lo explicaré con toda la elocuencia de que sea capaz. Por el presente me contento con la siguiente afirmación: el comandante Durand era la única persona

en el mundo que no deseaba que se descubriera a Eva Durand.

—Pero ¡en nombre del cielo! ¿Por qué no? —preguntó Kirk.

—No soy hombre capaz de obrar milagros. Punto es que espero que se haga aparente y meridiano en el cercano porvenir. Tal vez el coronel Bettham pueda iluminarnos.

La voz del coronel resultaba fría incluso en la oscuridad.

—Estoy un poco cansado de mentir —dijo—. Pudiera iluminarlos a ustedes. Pero no quiero. He hecho la promesa. Y como a usted, sargento, me gusta cumplir mis promesas.

—Tenemos en común puntos muy recomendables.

Bettham se echó a reír.

—Ha sido gran generosidad por parte de usted decir al repórter que yo no tenía nada que ver en el asunto.

—Sólo con la esperanza —respondió Chan— de que los acontecimientos justifiquen mi magnánimo acto.

Descendieron ante la casa Kirk y subieron al ático. Paradise ya había hecho pasar a Flannery y a Duff con el detenido. Kirk fue a su mesa y sacó las llaves de *sir* Frederic. El capitán, con Duff al lado, se apresuró a abrir la cartera. Charlie se sentó en el borde de una butaca con los ojos fijos en el comandante Durand, que se hallaba sentado en un ángulo de la habitación, con la cabeza baja y la vista clavada en la alfombra.

—¡Por todos los santos! —exclamó Duff—. No tiene duda de que es la cartera de *sir* Frederic y de que en ella está lo que veníamos buscando. (Sacó una hoja de papel escrita a máquina). Aquí están los datos que se refieren a Eva Durand.

El inspector empezó a leerla con gran ansiedad. Flannery se dirigió a Durand:

—Bien, comandante; esto viene a explicar nuestra actitud. ¿Dónde encontró usted la ficha para recoger esta cartera?

Durand no contestó.

—Yo responderé por él —dijo Chan—. La sacó del bolsillo de *sir* Frederic la noche en que mató a aquel distinguido caballero.

—¿Entonces, había usted estado en San Francisco antes?

Durand no levantó la vista siquiera.

—Claro que estuvo —dijo Chan sonriendo—. Capitán Flannery, en breves momentos los reporteros se posarán sobre usted para saber cómo ha logrado capturar a este hombre peligroso. ¿No será mejor que yo le diga lo suficiente para que pueda darles inteligente respuesta?

Flannery se le quedó mirando, y Chan agregó:

—El asunto reclama de usted la más enérgica atención. Considero para ver por dónde debo comenzar.

Duff opinó:

—Yo creo que debe usted empezar por el momento en que sospechó de Durand.

Chan asintió.

—Fue aquí —dijo—, en esta habitación misma y la misma noche en que Durand llegó. Han oído ustedes decir... No tema, capitán: ahora no es un refrán chino. ¿Han oído ustedes decir que los chinos somos gentes con dotes adivinatorias? Es verdad. Una mirada, un gesto, una inflexión de voz, cualquier cosa nos permite penetrar en el alma humana. Oí a míster Kirk decir al comandante que le enviaría una tarjeta de transeúnte para el Club. Y por el calor y vehemencia con que contestó el comandante, obtuve el espasmo psíquico que me condujo a la sospecha. Me pregunté en el acto a mí mismo cuál podía ser el cálido interés que el comandante tuviera por los Clubs de San Francisco. Parecía como si... ¿Sería el hombre que buscábamos? No, no podía ser. No podía ser si había venido todo el viaje, desde Nueva York, con el distinguido inspector Duff.

Pero (me aconsejé a mí mismo) detente y reflexiona: ¿Qué es lo que el inspector Duff ha dicho respecto de este punto? Ha dicho que cuando descendió del convoy en Chicago se encontró con que el comandante iba en el mismo tren. Me sometí a estrecho interrogatorio. ¿Acaso este hombre inteligentísimo que se llama Duff se habrá dejado confundir por una vez en su vida? Háceme luego el inspector el honor inmerecido de invitarme a comer. En el curso de la agradable comida, intento comprobaciones. Amablemente le pregunto si vio con sus propios ojos montado en el tren al comandante Durand cuando el tren iba con acelerada marcha entre Nueva York y Chicago. No, no le había visto. Le vio por primera vez en la estación de Chicago. Durand le asegura que iba en el mismo tren del que el inspector había precisamente descendido. Anuncia también que va camino de San Francisco. Aquella misma noche toman los dos el tren para la costa.

Luego la cosa es posible. Hombres ha habido que han retrocedido en sus viajes. El estudio del tiempo transcurrido desde que el crimen se cometió revela la posibilidad de que lo haya cometido Durand. Comienzo a pensar en Durand con todas las fuerzas de mi imaginación. Recuerdo que en el almuerzo que tuvimos juntos al hacernos *sir* Frederic el relato del caso de Eva Durand hizo una curiosa omisión, que no dejé yo de advertir en el momento. Díjonos que cuando proyectó ir a Peshawar para estudiar el asunto de Eva Durand visitó a *sir* George Mannering, tío de la desaparecida. Y, sin embargo, el marido vivía en Inglaterra y era de suponer que tuviera acerca de todo tanto conocimiento, por lo menos como el tío tuviera. ¿Por qué no había interrogado *sir* Frederic al esposo?

Encuentro en ello pasto para el pensamiento. No se aparta de mí un solo instante el anuario del Cosmopolitan Club, que la mano de *sir* Frederic derribó junto a su moribundo cuerpo en la trágica noche. Míster Kirk me lleva amablemente a comer al Club y deja en el guardarropa una cartera. Advierto que la ficha para el abrigo es de metal; pero la correspondiente a la cartera es de cartulina, con el nombre del artículo depositado escrito por la temblorosa mano de Peter Lee. Me ilumina el entendimiento súbita claridad. Acométeme la suposición de que *sir* Frederic depositó una cartera en

aquel guardarropa, en la cual se encuentran los datos que buscamos tan ansiosamente, y que la cartulina correspondiente la tenía en el bolsillo la noche en que fue muerto. El criminal la extrajo, es hombre inteligente y se da cuenta de que, cuando menos, ha logrado localizar los papeles que tan ardientemente desea poseer. Mas para él las puertas del Club están cerradas; tan sólo pueden pasarlas socios y transeúntes. Huye en su desesperación; pero aquella tarjeta que lleva consigo le recuerda su ruina, que se consumará a menos que vuelva y se apodere del objeto que representa. Quiere hacerlo; pero el peligro es grande.

Va llegando la prueba. Las zapatillas de terciopelo regresan, llevadas por la marea de los acontecimientos, envueltas en un periódico. En el margen del papel, en parte desgarrado, hay cifras, una suma de dinero: 79 dólares, más 23 dólares, igual 103 dólares. Esto se refiere a los dólares solamente; los céntimos han sido desgarrados. Hago una visita a la estación del ferrocarril. Resuelvo lo que ha debido de figurar en aquel periódico antes del desgarramiento. Esto sencillamente: 79,84 dólares, más 23,63 dólares, igual 103,47 dólares. ¿Qué significa esto? El precio de un billete de ferrocarril a Chicago en la clase inferior. Tenemos después que la persona que hizo entrega de las zapatillas iba el miércoles por la mañana, día siguiente al del crimen, en el tren de Oakland, que termina en Chicago. ¿Quién de todas las personas que caían bajo mi sospecha podía haber realizado todo aquello? Sólo el comandante Durand.

Reflexiono profundamente en serena cogitación; pongo a la presión más alta posible mi nada brillante entendimiento. Estudio la tabla cronológica. Supongo al comandante en el tren de Oakland el miércoles a mediodía. Llega a Chicago el sábado por la mañana a las nueve. Sigue preocupándole la tarjeta del guardarropa; pero, con todo, estima que lo mejor es seguir hacia el Este y acude presuroso a la estación de La Salle Street para tomar tren hacia Nueva York. Llega a tiempo de ver al inspector Duff cuando desciende del tren en que ha llegado. Conoció en París al inspector, y es hombre el sospechoso de grandes y rápidas ideas. Lo primero daré la impresión de que he bajado del mismo tren, y luego retornaré a California en compañía del inspector de Scotland Yard. ¿Quién podrá sospechar de él entonces? Y de este modo, el inocente inspector Duff escolta el regreso del criminal al teatro de su crimen.

Todo esto parece articularse en lógico encadenamiento. Pero un punto queda flotando: ¿Depositó en realidad una cartera *sir* Frederic? Esta mañana visito a Peter Lee, encargado del guardarropa del Cosmopolitan Club.

Apenas puedo refrenar mi alegría cuando me informo de que, en efecto, *sir* Frederic dejó allí un tal objeto el día en que fue asesinado. El movimiento que hace en el momento de morir era para llamar nuestra atención sobre el hecho. Quiso presentarnos la clave esencial. ¡Qué hombre extraordinario! Acarició la cartera amorosamente, mirando el polvo que tenía. Sin duda, dentro había importante información. Pero no quiero abrirla de momento. Quiero poner un cebo. Me acomete



un deseo incoercible de mostrar al capitán Flannery el hombre a quien venimos buscando, en pie ante el mostrador del guardarropa con la cartera bajo el brazo. Tal prueba será irrecusable.

Salgo, pues, del Club en la más feliz disposición de ánimo. El asunto se había manifestado por sí mismo. No he descubierto los motivos aún; pero estoy seguro de que es el comandante Durand quien ha opuesto tan encarnizada y asesina resistencia a que sea encontrada su mujer. No ha venido a esta ciudad llamado por un cable de *sir* Frederic. Eso es mentira. *Sir* Frederic no le necesitaba. Pero tal vez ha descubierto, por mediación del tío de su mujer, que *sir* Frederic está a punto de encontrar a su esposa. Por alguna razón todavía oculta en tenebrosidades, determina que no sea. Llega a San Francisco al mismo tiempo que *sir* Frederic. Averigua dónde para el gran detective, estudia la disposición del despacho y espera su momento. Para evitar que el detective descubra dónde está su mujer, hacen falta dos cosas. Tiene que destruir los datos y tiene que matar a *sir* Frederic. Decide empezar por los datos, y en la noche de la comida fuerza la entrada del despacho sin ser visto por nadie. Buscando se halla cuando *sir* Frederic se desliza sobre las zapatillas de terciopelo y le sorprende. Su oportunidad es llegada. *Sir* Frederic no va armado; lo mata de un tiro. Pero sólo está hecha a medias la tarea y busca frenéticamente los datos. No los encuentra. Pero encuentra la tarjeta correspondiente a la cartera. La extrae, yendo con el atrevido pensamiento al Club, pero no se decide. Huye en el primer tren con la tarjeta, que le quema las manos en el bolsillo. Si pudiera volver... Al llegar a Chicago se le presenta la oportunidad.

Sobre todos estos hechos y razonamientos monto yo esta noche el ceпо. Y en él viene a caer el hombre que mató a *sir* Frederic Bruce.

El inspector Duff, que había estado mirando el contenido de la cartera y escuchando al mismo tiempo, levantó la vista.

—Inteligencia, trabajo duro y suerte —dijo—. Estas tres cosas contribuyen a la solución de esta clase de problemas. Y debo decir que, en mi opinión, por lo que hace al caso presente, la más importante de la trinidad ha sido la inteligencia.

Chan se inclinó en una reverencia:

—Observación que guardaré a lo largo de toda mi vida tan orgullosa como celosamente.

—Sí, sí; está muy bien —reconoció el capitán Flannery con una especie de gruñido—. Muy bien. Pero falta algo. ¿Y las zapatillas de terciopelo? ¿Y Hilary Galt? ¿Cómo está enlazado con esto el asesinato de Hilary Galt?

Chan sonrió.

—No soy tan desconsiderado —dijo—. Dejo unos cuantos extremos a la aguda inteligencia del capitán Flannery.

Flannery se dirigió a Duff:

—¿Hay algo entre esos datos?

—Ando todavía por la mitad —contestó Duff—. Ya he encontrado una mención

de Hilary Galt. Aquí dice que entre las personas que estuvieron en el despacho de Galt el día en que fue asesinado, figuraba Eric Durand. El capitán Eric Durand, pues, entonces tenía esta graduación. Para descubrir el significado de esto tendré que seguir buscando.

—Y ahora —preguntó Chan—, ¿sabía *sir* Frederic cuál de las mujeres de quienes nosotros hemos sospechado era Eva Durand?

—Evidentemente, no. Todo lo que sabía era que estaba en la casa Kirk. Parecía mostrar cierta preferencia por *miss* Lila Barr.

—Ya. ¿Sabía cómo había salido de la India Eva Durand?

—Lo sabía; no hay duda.

—¿Sabía que se había ido con la caravana?

—Con la caravana por el Paso de Khyber. En compañía del coronel Bettham —añadió Duff.

Todos miraron al coronel, que estaba sentado y como abstraído en un segundo término.

—¿Es cierto, coronel Bettham? —le preguntó Flannery.

El explorador contestó:

—No he de seguir negando. Es verdad.

—Tal vez usted sabe...

—Sepa lo que sepa, no tengo libertad para decirlo.

—Pero si yo le obligo —estalló el capitán.

—No puede usted. Pruebe. No conseguirá usted nada.

Se abrió la puerta y entró rápidamente *miss* Morrow. Iba con ella la muchacha del ascensor. ¿Jennie Jerome? ¿Maria Lantelme? ¿Grace Lane? Quienquiera que fuera entró y se quedó mirando a Eric Durand fijamente.

—¿Eric! —exclamó—. ¿Qué has hecho? ¡Oh! ¿Cómo es posible?...

Durand levantó la cabeza y la miró con ojos inyectados de sangre.

—Quítate de mi vista —le dijo sombríamente—. Vete. No me has traído más que desastres... siempre. Vete. Te odio.

La mujer retrocedió, asustada por el tono amenazador de estas palabras. Chan se le acercó.

—Perdón —le dijo amablemente—. Tal vez ya tenga usted noticia. Ha sido Durand quien ha matado a *sir* Frederic. Su esposo de usted, ¿verdad, señora?

Ella se dejó caer en un sillón y se tapó la cara con las manos.

—Sí —dijo sollozando—. Mi esposo.

—Así que usted es Eva Durand.

—Sí.

Charlie miró seriamente a Flannery.

—Ahora llega la verdad —dijo—. Haber escuchado a un chino no ha sido para usted desgracia irreparable, después de todo.

## CAPÍTULO XXI

### *Lo que le ocurrió a Eva Durand*

Flannery se volvió enfurecido contra Eva Durand.

—Es decir, que usted lo sabía todo —gritó—. Usted sabía que el comandante había estado aquí antes; usted le vio la noche que mató a *sir* Frederic...

—No, no —protestó ella—. No le vi. Nunca pude imaginarme tal cosa. Y si él sabía que yo estaba en la casa aquella noche, tendría buen cuidado de que yo no le viera. Porque si le hubiera visto, si hubiera sabido... Hubiera sido el último episodio. Lo hubiera dicho. Lo hubiera dicho todo al instante.

Flannery se calmó un poco.

—Bien, volvamos a lo nuestro. Usted, Eva Durand, por fin lo reconoce usted. Hace quince años huyó usted de su marido en Peshawar. Se marchó usted en la caravana con el coronel Bettham, aquí presente.

La mujer levantó los ojos, sorprendida, y vio al explorador, a quien no había visto hasta ese momento.

—Verdad —dijo con voz queda—. Me marché con el coronel Bettham.

—¿De modo que se marchó usted con otro hombre, abandonando a su marido? ¿Por qué? ¿Enamorada del coronel...?

—No —dijo con un relámpago en los ojos—. No tiene usted derecho a pensar eso. El coronel realizó un acto generoso, un acto impensado, y no está bien que le ocasione ningún disgusto. Hace mucho tiempo que tomé una resolución en este sentido.

—Bien, Eva —dijo el coronel—. No me pasará nada. No hable por mi causa.

—Es una actitud muy propia de usted —dijo ella—. Pero insisto. Dije que si me descubrían alguna vez, lo contaría todo. Y después de lo que ha hecho Eric, no hay para qué callar más tiempo. ¿Me servirá de tanto alivio contar, por fin, todo el horrible suceso?

Se dirigió a Flannery y continuó:

—Me eduqué en Devonshire, en casa de unos tíos; mis padres habían muerto. No era feliz; mi tío era hombre de ideas anticuadas. Bueno; pero no podíamos entendernos. Conocí a Eric y me enamoré de él. Tenía yo diecisiete años. El día en que cumplí los dieciocho nos casamos. Le destinaron a Peshawar y allá nos fuimos.

Ya antes de partir empecé a sentir lo que había hecho. Eric era ruin y desordenado. Jugaba, bebía. Era brutal. Era falso. A poco de llegar a Peshawar empezaron a llegarle cartas de Londres, escritas con letra de persona poco acostumbrada a escribir. Aquellas cartas enfurecían a mi marido. Yo me alarmé. Un día, el mismo día de la jira, me dieron a mí una de esas cartas en ausencia de Eric. Dudé; pero estaba ciega. La abrí. La leí. Lo que leí destrozó mi vida para siempre. Era de un portero de una casa de oficinas de Londres, que le pedía «más dinero». No insinuaba; pedía francamente. Eric, mi marido, tenía que dar dinero constantemente a aquel portero, que le hacía víctima de un chantaje. Si no se lo daba, revelaría que le había visto salir de una oficina de Londres hacía un año. Le había visto salir de la oficina que estaba en el piso en que se encontró al abogado Hilario Galt con un balazo en la cabeza. Llegó mi marido, de mejor humor que de costumbre, y le dije: «Quiero separarme de ti en seguida». Me preguntó por qué, y le di la carta.

Se puso pálido y se desmayó. Luego se puso de rodillas, suplicante, delante de mí. Sin que yo le preguntara, me dijo la terrible historia. Hilary Galt y mi tío George Mannering eran antiguos amigos. En la mañana de aquel día terrible, el abogado había mandado llamar a Eric y le había dicho que como mi tío se oponía a nuestro matrimonio, si insistía en su pretensión de casarse conmigo, él le contaría ciertos hechos poco recomendables de su pasado. Eric le oyó y salió de la oficina. Pero aquella misma noche volvió y mató a Hilary Galt. El portero le vio salir.

Me dijo que lo había hecho por amor hacia mí, por no separarse de mí; que le perdonara...

—Perdón —interrumpió Chan—. ¿Acaso en aquel desventurado momento hizo mención de unas zapatillas de terciopelo?

—Sí que hizo. Después de matar a míster Galt vio unas zapatillas de terciopelo encima de una silla. Sabía que Scotland Yard buscaba siempre una clave esencial y quiso proporcionarle una. Una que no significara nada, que sirviera para desorientar. Quitó a Hilary Galt los zapatos y le puso las zapatillas. Lo decía con cierto orgullo. Me rogó; me pidió que no dijera nada. Yo no quería decir nada, sino sólo separarme de él. Entonces me dijo: «Antes me mato». Y lo hubiera hecho.

Fui a la jira con el ánimo destrozado. Me encontré al coronel Bettham; un caballero a quien había tenido ocasión de hablar en otra ocasión. Se iba a la mañana siguiente. Se me ocurrió, como un relámpago, que me llevara consigo. Yo propuse la partida de escondite; ya había quedado con el coronel en dónde nos veríamos. Acudió, le prometí no hablar jamás; le expliqué la situación horrible en que me encontraba. El coronel lo dispuso todo. Estuve escondida en la montaña toda aquella noche. Al amanecer llegó con Li Gung en el carro y me agregué a la caravana. Ocho meses a través de un país salvaje sobre un camello. A las puertas de Teherán me separé y seguí ya sola a Bakú. De allí pasé a Italia.

Pero luego me di cuenta de lo que había hecho. El coronel Bettham era un héroe, a quien en todas partes se honraba. ¿Qué ocurriría si llegaba a averiguarse cómo

había salido yo de la India? Por un rasgo de generosidad, el coronel se había colocado en tal situación, que era posible que dijeran de él, aunque con notoria injusticia, que se había llevado a una mujer ajena. Su espléndida carrera padecería si llegaba a saberse. Formé el propósito de que no se supiera jamás.

—Y lo ha llevado usted a cabo —dijo Bettham suavemente—. Si mi acto fue generoso —dijo a los demás—, nada es al lado de la generosidad de que Eva Durand ha dado prueba desde entonces.

—Ante todo —continuó la mujer—, escribí una carta a Eric, diciéndole que no tratara de buscarme jamás, en su propio interés. Resolví que si alguna vez llegaba a descubrirse cómo había salido yo de la India, no titubearía en decir, para dejar en el lugar que merecía el nombre del coronel, que había sido porque había descubierto que mi marido era un asesino. Eric no contestó; pero sin duda recibió la carta, ya que no trató de buscarme nunca. Ni quería que me encontrara nadie, como se ha demostrado ahora.

Y nada más —continuó después de una pausa y un suspiro—. Sufrí muchas vicisitudes. Vendí mis joyas y viví algún tiempo. Luego fui a Niza y me contraté en una compañía teatral con el nombre de María Lantelme. Allí fue donde me di cuenta de que me perseguía *sir* Frederic Bruce, el cual sabía que Eric había estado en la oficina de Galt el día del asesinato y sin duda había establecido conexión entre los dos hechos. Una noche, al salir del teatro, me paró un inspector de Scotland Yard y me dijo: «Usted es Eva Durand». Negué y me escapé a Marsella. De allí fui a Nueva York y me coloqué de maniquí con el nombre de Jennie Jerome. Otra vez dio conmigo Scotland Yard, y otra vez desaparecí una noche. Llegué a San Francisco desesperada y sin un céntimo. Me encontré en el tren a Elena Tupper-Brock, que había sido vecina nuestra en Devonshire. Ella me colocó. Estaba tan contenta, hasta que se presentó otra vez *sir* Frederic siguiéndome la pista.

Durand se puso lentamente en pie.

—Supongo que ya estarás satisfecha —dijo ásperamente—. Ya me has perdido.

—¿Es que va usted a confesar? —le preguntó Flannery.

Durand se encogió de hombros.

—¿Qué hacer ya? —Y añadió, clavando los ojos en Chan—: Todo lo que ha dicho este hombre o este diablo es verdad. Le admiro. Yo me creía inteligente; pero éste ha podido conmigo. Sí; yo maté a *sir* Frederic. Era el único camino. ¡Qué hombre! ¡No me soltaba! Dieciséis años pisándome los talones. Sí; yo le maté.

—¿Y las zapatillas de terciopelo? —preguntó suavemente Chan.

—Puestas las tenía. Las mismas que yo había dejado en aquel despacho hacía tanto tiempo. Las vi antes de disparar y perdí el juicio. Eran mi acusación. Se las quité y me las llevé. No sabía qué hacer con ellas. Me faltaba aplomo. Pero ya había matado a *sir* Frederic. Sí; yo le maté. Dispuesto estoy a pagarlo. Pero no del modo que ustedes creen.

Dio una rápida vuelta y salió por la puerta vidriera al jardín del ático.

—¡La bajada de incendios! —gritó Flannery—. ¡Vamos corriendo!

El capitán, Duff y Chan avanzaron rápidamente. Charlie se precipitó a la bajada de incendios. Pero no era por allí por donde Eric Durand había bajado esta vez. Saltó la barandilla, se dibujó un instante su silueta sobre el cielo nuboso. Desapareció en silencio.

Miraron hacia la calle. Un informe bulto a la luz de un farol. Empezaba a reunirse gente en torno.

## CAPÍTULO XXII

### *Rumbo a Hawai*

Terminada de modo tan trágico la persecución, los tres hombres volvieron a entrar. *Miss Morrow*, que atendía solícita a *Eva Durand*, se la llevó de nuevo consigo.

Dijo el coronel *Bettham*:

—¡Qué vida la suya! ¡Lo mejor ha sido su muerte! ¡Pobre comandante!

—A propósito —dijo *Duff*, fumando tranquilamente su pipa—: acabo de recibir un cable en que se me dice que fue exonerado hace diez años de su cargo en la marina inglesa. De modo que su título es muy discutible. Usted debía de saberlo, coronel.

—Lo sabía.

—Usted sabía mucho más de lo que dice. ¿A qué bajó usted al piso de abajo el martes por la noche?

—A lo que dije a *Flannery*: a decir a *Li Gung* que podía irse.

—Creí que habría bajado usted a hablar con *Eva*.

—Con *Eva* ya había hablado. Sabía dónde estaba hacía días. Después de haberle perdido la pista por diez años, vine a San Francisco a causa del rumor de que se encontraba aquí. Bajé a hablar con *Li Gung*.

—Y al día siguiente lo expidió usted para Honolulu.

—A súplicas de *Eva*. Sabía que *sir Frederic* le buscaba y temió que estropeará la expedición que estaba yo disponiendo. Inútil; *Li Gung* no hubiera hablado. Pero le envié fuera para tranquilizarla.

*Duff* le miró con reproche.

—Usted sabía —le dijo— que *Durand* había cometido un crimen y no dijo nada a la Policía.

—No pensé que *Durand* hubiera estado en San Francisco la noche del crimen. Y aunque lo hubiera sabido... Comprenderá usted...

—No; no comprendo —cortó *Duff*.

—Ni es nada que necesite explicarle a usted —continuó *Bettham*—. Pero, con todo, voy a explicarlo. Algo ocurrió en el largo viaje a través del desierto de *Kevir*. *Eva* era tan brava, tan sufrida... Me enamoré de ella. Por primera y última vez. Pero no se lo dije nunca; no sé si a ella yo le importo o no. Mientras *Durand* viviera era, en

cierto modo, mi rival. Si le hubiera denunciado, yo mismo no hubiera estado muy seguro del motivo. Yo mismo, por esa razón, ayudé a Eva a escaparse de los guardianes que le puso aquí el capitán Flannery.

—Curioso concepto del honor —dijo Duff—. Sin embargo, me atrevo a desearle a usted buena suerte.

—Gracias —dijo, cogiendo el abrigo—. Sargento Chan: Mi calurosa felicitación. Pero yo conozco su raza y no me sorprende.

Chan hizo una reverencia.

—Por siempre vivirán conmigo estas palabras de usted, bellas y aromáticas como flores inmortales.

Salió Bettham y Duff preguntó a Chan si quería mirar lo que había en la cartera de *sir* Frederic. Pero Chan movió la cabeza.

—Mi curiosidad se ha apagado como fuego en que cayera la lluvia. Por fin, hemos mirado tras de esa cortina a que *sir* Frederic se había referido y estoy satisfecho. Entregábame ahora a pensamiento más amargo. No hay barco para Honolulu hasta el próximo miércoles. Cinco días terribles.

Duff se echó a reír.

—Yo he dado un vistazo a los datos de *sir* Frederic —continuó—. Había hablado con algunos amigos del portero ese de Londres. Pero el hombre había muerto antes de que Scotland Yard le hubiera echado mano, y las pruebas contra sus cómplices están casi borradas para poder presentarlas ante los tribunales. Hacía falta la corroboración de Eva Durand, y eso era lo que *sir* Frederic estaba decidido a alcanzar a toda costa.

—¿Cómo sabía *sir* Frederic que Eva Durand estaba en San Francisco? —preguntó Barry Kirk.

—Se enteró por una carta escrita por *mistress* Tupper-Brock a una tía suya que está en Shanghai. En esa carta se decía que Eva Durand estaba empleada en la Casa Kirk, de San Francisco. Todo esto viene a explicar el afán por venirse a vivir con usted, míster Kirk. Pero no había llegado a saber quién era. Ha muerto sin esa satisfacción el pobre. Se inclinaba por Lila Barr. No quería decir nada a *mistress* Tupper-Brock, por miedo de que se le escapara Eva Durand entre los dedos otra vez. La noche del crimen había puesto un cebo: la caja abierta, la mesa también. Esperaba que entraría alguien a ver...

—Y hubiera vencido si no hubiera muerto —observó Chan.

—Sin duda. En Peshawar averiguó cómo había salido de la India Eva Durand. Estaba tan seguro como ella misma. Aquí hubiera terminado su larga peregrinación en busca del asesino de Hilary Galt.

Se despidió Duff, acompañado por Kirk hasta la puerta. Cuando volvió éste a la habitación se encontró Chan de pie ante la ventana mirando los tejados. El detective dijo:

—Voy a hacer el equipaje.

—¡Pero si faltan cinco días!



Charlie movió la cabeza negativamente.

—Huésped que permanece más del debido tiempo —dijo— se deteriora como pescado por el que pasa tiempo excesivo. Ha sido usted espejo de cortesía para mí; más sería enojoso. Cesa mi presencia aquí.

—¡De ningún modo! El buen Paradise nos va a servir en seguida la comida.

—Permítame, por fin —dijo Chan—, el lujo de hacer lo que digo que voy a hacer. (Se entró en su cuarto y salió en brevísimo espacio). El equipaje estaba dispuesto tiempo hacía —explicó; y luego añadió mirando por la ventana—: La luna esta noche en Honolulu. Me acuerdo de aquellas noches; largas noches con largas charlas; largos sorbos de té, largo dormir y largos sueños de paz. (Salió al *hall*, donde se había dejado el abrigo y el sombrero). Fracaso en el propósito de encontrar o formar palabras con que agradecer sus cortesías —dijo al volver—. En presencia con una amabilidad como la suya...

Sonó insistente el timbre de la puerta. Charlie se metió en su cuarto. Kirk abrió y entró como una tromba Bill Rankin, el repórter.

—¿Dónde está Charlie Chan? —preguntó sin aliento.

—En su cuarto. Se marcha dentro de un minuto —le contestó Kirk.

—Tengo que darle las gracias —siguió Rankin en tono elevado—. He tenido un gran éxito. Y traigo noticias para él. Acaban de matar en Oakland a una mujer en las más extrañas circunstancias. Hay muchas pistas, y como él no se puede marchar hasta la semana que viene...

Kirk se echó a reír.

—Dígaselo si quiere —le indicó.

Esperaron unos momentos y luego Kirk entró en el cuarto de Chan. Estaba vacío. La puerta que daba al pasillo estaba abierta. La traspusieron y encontraron que también estaba entreabierta la de la escalera interior que comunicaba con el despacho del piso inferior.

—¡Rankin! —llamó—. ¡Venga, haga el favor!

Kirk precedió al repórter escalera abajo. El despacho estaba a oscuras. En la habitación del centro Kirk encendió una luz. Echó una rápida ojeada y luego señaló hacia la ventana de la bajada de incendios que estaba de par en par.

—¡Se nos ha escapado! —gritó Kirk.

—Ha hecho de Eva Durand con nosotros —exclamó Rankin—. Pues le echaremos la mano.

Kirk se echó a reír.

—Bueno. Ya sé dónde encontrarle el miércoles a mediodía.

Decidido a hacer buena su predicción, Kirk se presentó en el despacho de *miss* Morrow el miércoles, a las once de la mañana. Salieron juntos.

—¿Sabe usted algo de Charlie Chan? —preguntó ella.

—Ni palabra —contestó él—. Pero le encontraremos a bordo. He apostado a que le encontraremos.

Entraron en el coche y Kirk pisó el acelerador.

—¡Qué hermosa mañana! —dijo—. Encerrada en ese inmundo despacho no tiene usted idea de las cosas que hay fuera. La primavera avanza.

—Así parece. Y a propósito: ¿Sabe usted que el coronel Bettham salió anoche para la China?

—Sí. ¿Y de Eva Durand?

—Se marcha mañana a Inglaterra con sus tíos. El coronel se pasará un año en el desierto de Gobi, y luego irá a Inglaterra también. Cuando llegue a Devonshire será primavera. Parece que les aguarda una primavera de amor encantadora, según creen.

—Pero dentro de un año —objetó Kirk—. No es cosa de esperar tanto. Hay que disfrutar la primavera que tenemos. Eso les hubiera aconsejado yo.

Llegaron al muelle. Subieron al vapor; buscaron. Al dar una vuelta tenían al lado la cara henchida de satisfacción de Charlie Chan.

—Abrumado por la atención de usted —dijo a la joven.

—¿Dónde ha estado usted metido? —le preguntó ella—. Le hemos echado mucho de menos.

Él sonrió.

—Huyendo de la tentación —explicó.

—Pero es que el capitán Flannery se ha llevado toda la gloria del éxito de usted. Eso no está bien.

Chan se encogió de hombros.

—Desde el primer instante supe yo que mi trabajo en este caso era como hacer reverencias en las tinieblas. ¿Qué importa? ¿Me es permitido agregar que su presencia de usted engrandece los encantos de la mañana?

—¿Qué le parece a usted con este ramo de orquídeas que lleva prendido? —preguntó Kirk, refiriéndose a unas flores que él se había cuidado de llevarle al despacho y que ella se había colocado en el pecho.

—Paréceme una novia —dijo Chan—. Una novia que sale en su viaje de luna de miel en la agradable compañía de un marido recién capturado.

—Precisamente —convino Kirk—. Está ensayando el papel.

—Es la primera vez que oigo semejante cosa.

—Un sabio ha dicho —añadió Chan—: «El pájaro bello es el que se enjaula». No podía usted tener la pretensión de escapar. Los chinos tenemos alguna facultad de penetrar en la humana naturaleza. Yo, ya lo había visto. ¿Tengo razón? Considere que toda mi reputación está pendiente de su respuesta.

—Me temo que tenga usted siempre razón.

Sonó el último «a tierra los visitantes». Se dieron las manos. En la plancha todo eran despedidas apresuradas; abrazos, besos, promesas, recomendaciones. Kirk se inclinó en un movimiento rápido y besó a *miss* Morrow.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó ella.

—Perdón. Es que creí que se iba usted también.

—Pues no me voy. Ni usted tampoco.

—Nadie lo habrá notado en medio del barullo. Vamos.

Descendieron al muelle. Chan los miraba sonriente. Kirk sonreía feliz.

—¡Si me llegan a decir a mí hace quince días que yo iba a besar a un abogado... y que me iba a gustar...!

Le interrumpió el sonido de la sirena del barco. El vapor se apartó del muelle lentamente. Charlie se recostaba en la barandilla.

—¡Adiós! ¡Hasta la ventura de volver a verlos! —gritó.

La cara le irradiaba alegría. El buque se detuvo, tembló y puso proa hacia Hawai.

**FIN**



Earl Derr Biggers nació en 1884 en Warren, Oregon, EE. UU. Mientras estudiaba en el college, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el *Boston Traveller*. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas.

Ese año comenzó a escribir su primera novela *Las siete llaves*. El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del *Traveller*. Se casaron en 1914.

En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el *Saturday Evening*. Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25 000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje.

Ese mismo año se trasladó a vivir a Pasadena, California con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardíaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los «chinos malvados» habituales en otras obras de la época, como *Fu Manchu*.

# Notas

[1] Patanes son los miembros de las tribus afganas de la frontera india. <<